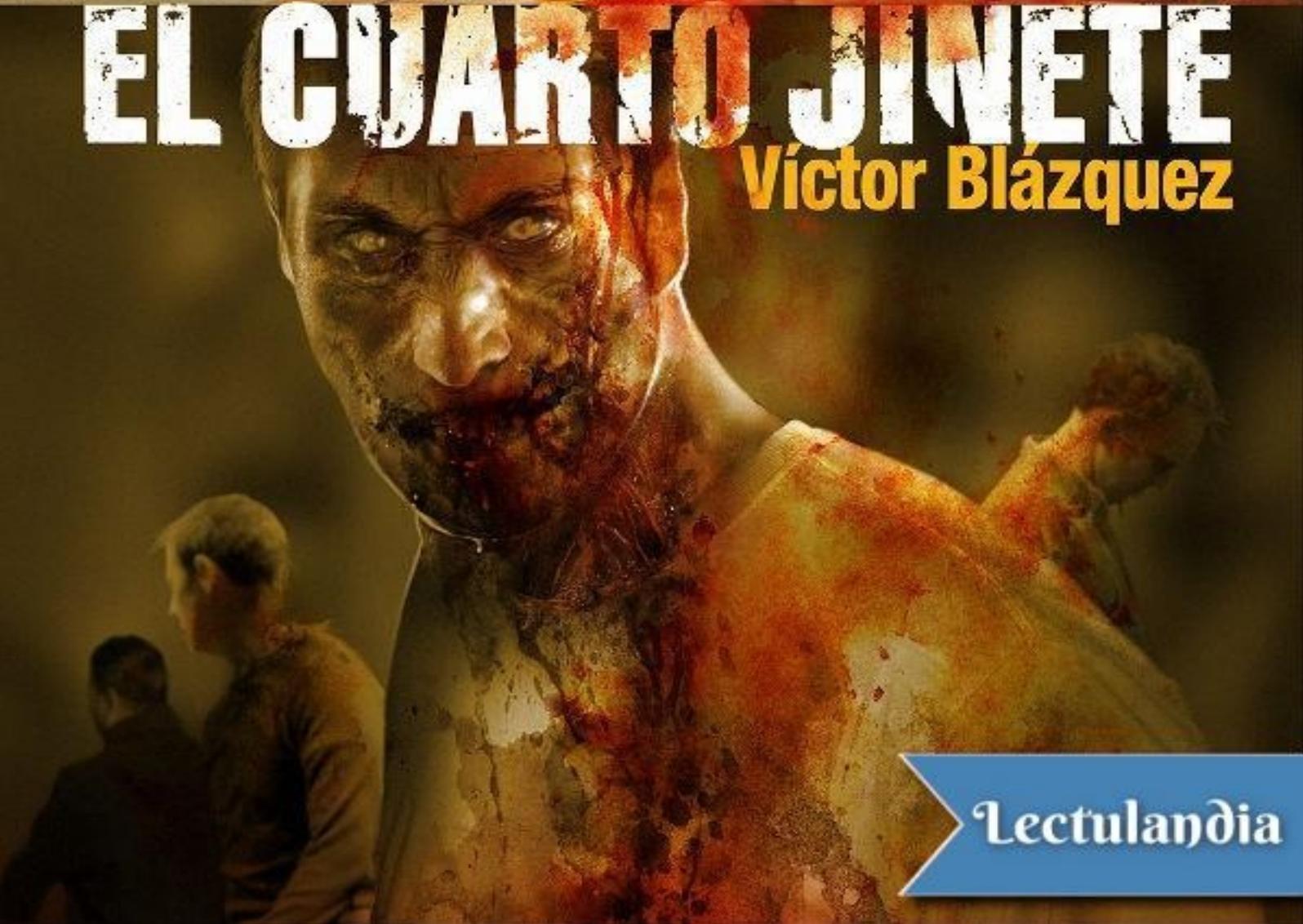


EL CUARTO JINETE

Víctor Blázquez



Lectulandia

¿Qué ocurriría si tus familiares, vecinos y todos aquellos a los que conoces se convirtieran en insaciables e incansables asesinos? Ven, acompáñame, Castle Hill es un pequeño y apacible pueblo americano digno de postal, un lugar donde la vida es tranquila y fácil. Todos los pueblos tienen ovejas negras pero, por lo general, la paz domina la vida de este pequeño y agradable lugar.

Las cosas están a punto de torcerse del todo. El cuarto jinete, el más mortal de todos los virus concebidos por el hombre, el principio del fin, un virus capaz de someter a toda la raza humana, está a punto de ser liberado. Enfrentados a un enemigo sin miedo, inagotable y atroz, los habitantes de Castle Hill tendrán que valerse por sí mismos para sobrevivir. La pesadilla está a punto de comenzar. No hay ningún sitio al que huir si la muerte corre más que tu.

Lectulandia

Víctor Blázquez

El cuarto jinete

ePub r1.0

patrimope 25.12.13

Título original: *El cuarto jinete*
Víctor Blázquez, 2012

Editor digital: patrimope
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mi mujer, Cristina.
A mis hijos Kike y Nacho.

PRÓLOGO

-EL ÚLTIMO COCHE-

1

La primera víctima fue el soldado Morris Ames. Ni siquiera lo vio venir, no tuvo tiempo de pedir ayuda, ni tan siquiera de gritar antes de que su sangre salpicara todo a su alrededor. Murió pensando en su cocker spaniel. Y después de Ames vinieron muchos más.

Demasiados.

2

Para entonces, el Kia Ceed de Mark Gondry estaba detenido junto al arcén, y tanto el propio Mark como el joven fotógrafo que observaba el cielo junto a él esperaban que les cambiaran la rueda pinchada. El mecánico, un hombre de aspecto sucio y manos manchadas de grasa que no había dejado de mascar y escupir desde que se había bajado de la grúa, sudaba bajo el sol mientras terminaba de apretar las tuercas del nuevo neumático. Mark procuraba no mirar hacia él, porque la camiseta se le había subido y dejado a la vista la raja del culo de ese hombre. Un espectáculo que podía pasar sin ver.

A Neville sin embargo le había hecho gracia y le había sacado una foto al trasero del mecánico sin que este se diera cuenta. Y después, había vuelto la cámara al cielo, había movido los dedos con la agilidad y eficacia de un profesional, y había tirado un par de fotos más. Mark levantó la vista, buscando el objetivo de aquellas fotografías, pero no vio nada que le llamase la atención.

-¿Qué haces?

Neville puso la tapa al objetivo de forma inconsciente mientras se giraba hacia él. El tipo de acto que uno está tan acostumbrado a hacer que ni siquiera le presta atención.

-Fotografío nubes - respondió el chico. Era joven, recién salido de la facultad, seguramente. Mark no le había preguntado, pero le echaba veinticuatro o veinticinco años. Llevaba una camiseta con el logotipo de Dharma. A Mark nunca le había gustado Lost, le parecía pretenciosa y tramposa, pero conocía el símbolo. Era imposible no hacerlo. Lost había llegado a estar hasta en la sopa.

-¿Y eso?

-Es un pasatiempo. Lo hago a menudo. Tengo una colección enorme. Me gustan

sobre todo aquellas que tienen forma. Esa, por ejemplo, me recuerda a un gato a punto de saltar.

Mark levantó la vista y siguió la dirección que le indicaba el dedo extendido de Neville. Tuvo que concederle el beneficio de la duda al chico. La nube realmente recordaba a un gato, aunque a Mark le parecía que estaba cagando.

-Nunca me han gustado los gatos - murmuró-. Tienen esa mirada maliciosa, como si en todo momento estuvieran perdonándote la vida a pesar de desear saltarte a la garganta.

Neville se encogió de hombros.

-¡Ya está! - exclamó el mecánico, levantándose y frotándose las manos ennegrecidas. Grandes gotas de sudor le resbalaban por la frente. Escupió a un lado. Mark tuvo que morderse la lengua para no decirle que era un cerdo-. Y, coño, recuerde, no debería viajar sin rueda de repuesto.

Mark asintió y acompañó al hombre hasta la grúa, para firmar lo que tuviera que firmar y pagar lo que tuviera que pagar. Neville se apoyó en el coche y les apuntó con la cámara. Manipuló el foco y apretó el disparador. Le habían contratado hacía tres días como fotógrafo en un pequeño periódico local. No era gran cosa, pero de momento era todo lo que tenía. Aquella era su primera asignación, un viaje a un pueblo cercano para entrevistar y fotografiar a un hombre que se había proclamado campeón mundial de dominó. Cuando se lo había comentado a sus colegas, todos se habían reído y burlado y comentado en tono irónico lo trascendental que era aquel reportaje. A Neville no le importaba que la historia aparentemente no fuera nada importante. A veces las cosas mundanas resultaban ser mucho más interesantes que los grandes acontecimientos. Y aunque pudiera ser que ese no fuera el caso, Neville estaba encantado. Era su primer trabajo y estaba entusiasmado por hacerlo bien. Y Mark Gondry era toda una personalidad en la ciudad, un periodista que ponían como modelo en la universidad, cuestionado por muchos por mantenerse bajo el radar en un periódico local y alabado por muchos más por su trabajo. Y Neville quería aprender de él.

Mark terminó los trámites del mecánico y se dio la vuelta hacia el coche. Neville hizo otra foto.

-¡Chico, si no quieres irte andando será mejor que no me hagas más fotos!- exclamó.

-Bueno - respondió Neville, guardando la cámara en su funda y abriendo la puerta de copiloto del Kia-. Luego dirás «qué guapo salgo en esta foto, ojalá me hubieras sacado más para poder dárselas a mis fans» ; y yo me encogeré de hombros y te diré «deberías haberme dejado que te hiciera fotos».

Mark suelta una carcajada y arranca el coche. Se ponen en marcha.

-Ya lo dudo - dice Mark-. Odio a la gente que después de que pase algo te dice

'deberías haber hecho esto', como el mecánico. Ya sé que debería haber traído la puta rueda de repuesto, y si las putas ruedas no fueran tan jodidamente caras, lo habría hecho. Pero lo son. Jodidamente caras. La última vez que me tocó cambiar las ruedas, todo el dinero que gané ese mes se fue en esos putos círculos de caucho. Cabrones.

Esta vez fue Neville el que rió. Le habían advertido que Mark Gondry era un malhablado, pero Neville no imaginaba que lo fuera hasta ese punto. Rió con ganas durante un rato mientras Mark aceleraba el coche hasta ponerlo a ciento cuarenta kilómetros por hora.

-¿Llegaremos a tiempo?

Neville miró su reloj e hizo un cálculo mental.

-Creo que llegaremos diez o quince minutos tarde.

-Odio llegar tarde, joder - y aceleró un poco más.

Neville se encoge de hombros y mira al cielo, en busca de alguna otra nube interesante. Mark le echa un vistazo a través del espejo y no puede evitar volver a pensar en la extraña afición del chico por fotografiar nubes. A lo largo de su vida, Mark había coleccionado toda clase de cosas, desde cromos hasta chapas, canicas, sellos, plumas, servilletas, calendarios, y había tenido un gran número de aficiones más o menos normales. Incluso había tenido una amiga que coleccionaba pegatinas de las frutas, esas que vienen en las mandarinas, manzanas y demás. Su obsesión era tal que iba por los supermercados robando las dichas pegatinas y tenía páginas y páginas de álbumes llenas de pegatinas de fruta.

Y ni siquiera era la colección más rara que había conocido. Hace tiempo, durante la carrera, le tocó hacer una práctica con un chico (tengo el nombre en la punta de la lengua) que coleccionaba etiquetas de sujetador. La primera vez que habían hablado de ello, Mark había pensado que se trataba de una broma, que el otro chico simplemente estaba diciendo tonterías. No le dio mayor importancia y se olvidó de ello.

Por aquel entonces, Mark tenía una novia en la universidad. Una chica risueña y sonriente, de buena figura y dos años menor que él. Estudiaba medicina y venía de buena familia. Era corriente verlos por el campus en sus ratos libres, a veces cogidos de la mano, a veces simplemente charlando, y, más de cuando en cuando, besándose apasionadamente. No había sido la relación más apasionada de Mark ni por asomo. Ella era bastante fría y casi no dejaba que él la tocara. Nada que ver con la fotógrafa de la redacción con la que de vez en cuando se veía ahora. Karen era pura pasión. Le había pedido a Logan que les enviara juntos a hacer este reportaje, pero Logan era un viejo cascarrabias al que gustaba atrincherarse en sus ideas y jamás daba su brazo a torcer. Quería que Mark fuera con el chico, y así había sido. Si hubiera sido Karen la que se encontrara sentada junto a él, aquel trabajo no le daría tanta pereza. O al menos, no la noche de hostel que les esperaba.

Mark no había olvidado nunca el día en que el chico de estrambótica afición por los sujetadores se le había acercado en clase, sigiloso como un agente de las fuerzas especiales durante una incursión. Mark estaba apuntando unas señas del tablón de anuncios cuando aquel chico (¿cómo se llamaba?) se había colocado a su lado, sobresaltándole.

-Joder, vaya susto - había dicho Mark.

El otro (maldita sea, su nombre era...) le había sonreído con timidez. A Mark siempre le había recordado a un ave escurridiza. De hecho, nunca le había visto por la facultad antes de que les tocara hacer juntos la práctica (aunque él juraba ir a clase todos los días, maldita sea, ¿cuál era su nombre?) ni tampoco después de acabar la práctica. Hasta aquel día en que se le acercó por la espalda mientras estaba copiando unas cosas.

-Hola.

-Hola. ¿Qué haces?

-Venía por aquí. Te he visto. ¿Qué haces tú?

-Copiar esto - había respondido Mark, mostrándole la hoja en que estaba escribiendo. El otro ni siquiera la miró.

-Es que... verás... tenía que preguntarte algo.

-Bueno, dime.

-Es que... verás... tú... el otro día te vi con una chica... así, morena, delgadita...

-Sí, es mi novia.

-Ah. Eso imaginé. Quería preguntarte si podrías... no sé si te acuerdas de que yo colecciono... y tú pudieras conseguirme... alguna.

Aquel tipo raro le estaba pidiendo que cortara las etiquetas de los sujetadores de su novia para dárselos a él. La asombrosa petición pilló tan desprevenido a Mark que no supo cómo reaccionar y se quedó quieto, sonriendo, mirando a aquel chico. Después, había empezado a reírse, se le habían caído las cosas de las manos y la risa se había vuelto tan descontrolada que tuvo que sentarse para no caerse. Todos los que pasaban por allí le miraban como si él fuera el tipo raro, y Mark era incapaz de dejar de pensar: «¿Yo el tipo raro?» lo cual le producía un nuevo ataque de risa.

-¡Olson! - exclamó de pronto. Y un segundo más tarde se dio cuenta que lo había dicho en voz alta y Neville le estaba mirando sorprendido.

-¿Quién es Olson?

-Eh... estaba recordando una cosa. Olson era un chico, de mi universidad, que coleccionaba cosas raras.

-¿Qué cosas?

-Etiquetas de sujetador.

-¿Etiquetas...? - Neville le miró-. ¿En serio?

-Sí.

-¿Y se los ponía también?

-¿El qué, los sujetadores? Yo que sé.

-No sé, era tu amigo, no el mío.

-No era mi amigo, solo un tipo que conocí en la facultad. La última vez que le vi fue en un centro comercial. ¿Sabes qué estaba haciendo?

-¿Qué?

Mark empezó a reír. Neville le miró con curiosidad, esperando que a Mark se le pasara el ataque, pero durante al menos cuarenta segundos, Mark no fue capaz de decirlo, porque bastaba que abriera la boca para que empezara de nuevo a reírse.

-Tenía unas tijeras y estaba en la zona de lencería. Imagínatelo.

Los dos soltaron una carcajada tal que a punto estuvieron de perderse el cartel que indicaba el desvío hacia el túnel que cruza la montaña hacia Castle Hill. Mark situó el coche en el lado derecho de la carretera y, cuando una carretera secundaria se desvió de la autopista, Mark enfiló el Kia Ceed en dirección a Castle Hill.

3

El Kia Ceed conducido por Mark Gondry aún tardará al menos media hora en alcanzar el túnel. Y será el último coche que entre en Castle Hill antes de que el ejército de los Estados Unidos bloquee todas las carreteras que salen del pueblo. El infierno ya se ha desatado, y los soldados que establecen el perímetro alrededor del pueblo solo han recibido una orden: Contención.

A toda costa.

I

-VISITA TURÍSTICA-

Será mejor que dejemos por un instante a Mark y Neville, porque para poder entender todo lo que está sucediendo (y lo que es más importante aún, para entender lo que va a suceder) necesitamos tener una situación global previa. Así que ven conmigo, deja que yo te guíe y te mostraré todos los ángulos de esta situación. De entrada, sabemos que Castle Hill es un pueblo pequeño, el típico sitio que desaparecería arrasado por el progreso y el éxodo a las ciudades de no ser porque hacen falta manos que cultiven los alimentos y cuiden de los animales que luego se comerán en esas ciudades. Pueblos como Castle Hill sobreviven por eso, y algunos, como éste en concreto, mantienen aún cierto nivel.

No deja de ser un pueblo, claro que no, y la mayoría de la gente conoce al resto de vista, incluso de nombre, algo que en una gran ciudad es imposible. Jodidamente imposible, como bien diría nuestro querido Mark Gondry. El nivel de Castle Hill se debe sobre todo a dos cosas fundamentales: la fábrica papelera, que da trabajo a un buen número de habitantes del pueblo, y la pequeña base militar construida a mediados de los ochenta. La práctica totalidad de los soldados viven en el cuartel, por lo que no se relacionan demasiado con los habitantes de Castle Hill, y cuando tienen días libres la mayoría se marcha a sus casas, sean de donde sean. Pero algunos salen por el pueblo, y oye, no lo negaremos, ingresos son ingresos y eso es bueno para el pueblo.

Ven, sígueme. Te enseñaré como van las cosas por aquí. Así después nada nos pillaré por sorpresa. Quizás sea mejor que te avise. Lo que estás a punto de presenciar no es algo que se pueda ver todos los días. Y sí, imagino que habrás presenciado cosas muy interesantes, pero en Castle Hill está a punto de pasar algo realmente impresionante. Y digo REALMENTE, así, con todas las letras y en mayúsculas.

No me estoy tirando flores ni nada por el estilo, pero, de verdad, vas a ver cosas que nadie ha visto, y probablemente, algunas sean aterradoras. Las verás con tus propios ojos, y maldito sea si te miento. Eso sí, procura estar siempre detrás de mí. A mí no pueden hacerme nada, y es la única forma posible de que a ti tampoco. No debemos intervenir en los acontecimientos, aunque podremos ser testigos de excepción, lo cual tampoco está nada mal.

Ven, ya hemos llegado. Esto es el mirador. Como ves, es un paraje hermoso, sobre todo en verano, cuando las flores lo llenan todo con sus intensos colores. Te delata esa sonrisa. Sé lo que estás pensando, y sí, es cierto, las parejas vienen aquí a retozar, algunas incluso a pasar el día, cogidos de la mano y besuqueándose. Por aquí y por allí puedes observar diferentes indicios de la presencia humana en el lugar: latas

oxidadas de diferentes refrescos, envoltorios de chicles, un llavero oxidado que alguien llamado Francine Newcomb perdió hace casi veintitrés años la misma noche en la que perdía su virginidad con un chico (que ahora es un hombre) llamado Richard Jewel (es el mismo llavero que luego buscaría desesperadamente sin llegar a encontrarlo el día antes de enterarse de que aquel primer arrebató sexual le había dejado embarazada con diecisiete años), una moneda, y allí, junto a aquel árbol, puedes ver un condón usado no hace más de tres días (estos seguro que no tienen problemas de embarazo). Vamos a acercarnos hasta el borde y podremos admirar las vistas. Por algo es un mirador, ¿no?

Eso que se ve a la derecha, en la cuesta del mirador, es la zona pija de Castle Hill. Ahí vive la gente con dinero. Si te fijas, son todas casas de dos o tres pisos y todas ellas poseen su piscina y su pequeño jardín. Una gozada. Como ves, hay un súbito corte cuando la ladera llega abajo. Ahí empiezan las casas normales de este condenado pueblo. La gente de por aquí llama a la parte sur del pueblo «la zona sangrienta» porque como ves, las casas son de ladrillo rojo. Hay dos o tres manzanas así.

Justo debajo de esta ladera está el túnel de entrada al pueblo. Pero desvía un poco la mirada hacia el Oeste. Allí, en la intersección entre las calles Abraham Lincoln y Kest, el edificio blanco coronado por una cúpula de acero. Eso es el cuartel de bomberos. Sí, es un poco extraño para ser un cuartel de bomberos, pero, ¿qué quieres que te diga? Yo no construí esta ciudad. Más al Oeste, en la calle Gilead, puedes ver la comisaría. Se ve desde aquí porque no hay nada construido a ninguno de sus lados, y además tiene un amplio aparcamiento que nunca, ni remotamente, está lleno. Como mucho llegan a aparcar tres coches al día.

La verdad, ser policía en Castle Hill tiene que ser como estar en el paraíso, en un día normal, me refiero, claro. Hoy, cuanto más lejos de Castle Hill te encuentres, mucho mejor. Su trabajo no suele ir más allá de tranquilizar a los borrachos, dar reprimendas a los gamberros, y poco más. En nómina hay cuatro agentes, sin contar por supuesto, al comisario. El comisario es un buen hombre. Le conoceremos más adelante. Apúntate bien el nombre, te conviene recordarlo. Si alguna vez tienes problemas, tendrás que acudir a él. Dennis Sloat. Como a él mismo le gusta decir, él es la ley en esta ciudad.

Avanza un poco más con la mirada hacia el norte. Hasta la glorieta del Rey, conocida por los chavales como Plaza «K», vete tú a saber por qué. La glorieta recibe su nombre del fundador de la ciudad, un hombre que se hacía llamar Rey y a los que pocos recuerdan ya, ni siquiera en los libros de historia. En la glorieta hay una tienda donde todos los jóvenes del pueblo han ido alguna vez a comprar revistas guarras, de esas en que las mujeres enseñan todo lo negro. Y no es que sean revistas malas, es solo que no están bien vistas, y ya se sabe, de ahí el calificativo de guarras. Pero los

jóvenes las compran, como todos hemos hecho alguna vez, y después se las esconden bajo la camiseta para que nadie vea lo que han comprado. El dueño del quiosco, Stan Marshall, es un viejo arisco y nada agradable. No es una persona muy querida. Ni siquiera su difunta mujer, que en paz descansa, le quería demasiado.

Sigue más hacia el norte. ¿Ves esa carretera que sale del bosque en dirección noroeste? Esa es la Carretera 113. Si la sigues durante casi dos kilómetros y medio llegarás a una edificación grisácea, totalmente apartada del pueblo. A pesar de ser un complejo gigantesco, resulta difícil verlo desde aquí. Es por culpa de esa colina que nos queda en medio. Bueno, hazme caso, detrás de esa colina se encuentra la base militar donde a un idiota se le resbala el maldito frasco que libera cierto virus al romperse en el suelo, iniciando los acontecimientos que vamos a presenciar hoy. Tampoco es que lo hiciera a propósito. Anoche discutió con su novia, porque ella vive en Denver y la distancia les está ahogando y ella ha conocido a alguien y ha empezado a quedar mucho con ese alguien, y a nuestro idiota eso le ha sentado especialmente mal, y cuando coge el dichoso tubo de ensayo tiene la mente en Denver y está pensando en algo totalmente distinto a las precauciones que debería tomar. Y el tubo de ensayo resbala de su mano y cae al suelo, partiéndose en mil pedazos y liberando una toxina.

¿Qué te parece Castle Hill? Parece un lugar bonito, es cierto. Tiene todo el encanto de los pueblos hermosos, con sus casas bajas, sin mucho ajeteo o problemas, sin tráfico ni polución, siempre que no desvíes la vista hacia el Oeste, hacia la fábrica papelera con sus grandes chimeneas. Un buen lugar para vivir si te gusta el campo. Tendríamos que visitarlo más de cerca. Además, ya es hora de que lo hagamos, si no, después no tendremos tiempo.

Abandonamos el mirador. Le echamos una última mirada sonriente al gran roble bajo el que se encuentra un preservativo recientemente usado, puede que hasta nos preguntemos si la pareja que lo utilizó disfrutó del acto, y preferimos pensar que así fue, que fue algo agradable. Después de todo, las cosas desagradables están por llegar a Castle Hill.

El camino de salida del mirador es de tierra marrón, y la marca de neumáticos es evidente. Es el típico camino que se ha formado tras muchas idas y venidas de vehículos, tanto de dos como de cuatro ruedas. Empezamos a bajar por él, tranquilamente, pero tampoco despacio. Después de todo, tampoco tenemos todo el tiempo del mundo. La ladera por esta parte no está muy empinada, y parece que el camino se dirige al sur, alejándonos del pueblo. Es tan solo una ilusión, tras aquellos árboles empieza a girar para encaminarse hacia el norte, hacia la zona pija, y más allá, el centro de Castle Hill. ¿Estás preparado? No creo que después tengas la posibilidad de retroceder.

Una vez el camino enfila hacia el norte, hay un centenar de metros más en que el

camino es de tierra y piedra, para después, sin previo aviso y de sopetón, convertirse en un camino asfaltado, estrecho, pero asfaltado. Ha ocurrido tan de golpe que tenemos que mirar atrás para asegurarnos de que en realidad ha pasado. Ya divisamos las primeras casas, los primeros chalets de la gente rica que se ha comprado una casita en este pueblo para veranear. Así es la mayoría de los casos. La mayor parte de estas casas está cerrada durante tres estaciones del año, esperando, envejeciendo, hasta que en verano - y muchas veces ni siquiera el verano entero - sus dueños vienen y vuelven a resucitarla, llenándola de vida. Ahora nos encontramos en primavera, así que no debemos asustarnos si nos encontramos con persianas bajadas, jardines descuidados y casas sombrías.

La intuición no falla. Las casas que pasan a nuestro lado mientras recorremos la carretera están cerradas a cal y canto. Mira, en aquella esquina hay una con las persianas subidas. Sí, es la casa de Elvira Tuckson, una anciana ricachona que vive permanentemente en Castle Hill. Algunos la conocen como Nosferatu, pero son las malas lenguas. Hay muchos rumores acerca de Elvira Nosferatu Tuckson. Tras la muerte de su esposo, dicen, se sumió en una extraña depresión, y uno podía encontrársela merodeando por las noches cerca del cementerio, con el rostro pálido (esto tiene explicación, y es que Elvira es una mujer de piel excepcionalmente clara) y una mueca de angustia y pesar que producía verdadero pavor.

Entremos. Tenemos suerte de ser quienes somos, porque nos podemos colar a través de la puerta y observar qué hace en estos momentos Elvira. Nada más entrar en su casa percibimos un olor muy desagradable que en el exterior no se apreciaba. Observamos que las paredes tienen la pintura desconchada y hace mucho que nadie limpia el suelo. Hay pelusas de grandes dimensiones en torno a inmensos montones de libros y periódicos, que llenan el suelo. Parecen esos matojos redondos que solían verse en las películas del Oeste rodando por las calles desiertas. Esos matojos tienen un nombre, pero nunca consigo acordarme... si te acuerdas tú, no te olvides de decírmelo. Pero no hay ni rastro de la mujer que vive en esta casa.

Avanzamos por el pasillo, y llegamos hasta la cocina. Nos asomamos. Si el pasillo nos parecía descuidado, esto nos parece asqueroso. Las paredes están casi grises de suciedad, y por todos los sitios hay platos sucios y algunos con comida medio podrida. De hecho, sobre un cacho de tarta de chocolate hay una cucaracha moviendo grácilmente sus antenas. El fregadero está a rebosar de platos, vasos y cubiertos. El suelo tampoco está mucho mejor. De hecho, cerca de una silla caída hay una mancha de color amarillento que es muy sospechosa, y cuando menos, asquerosa y repugnante.

Salimos de la cocina y seguimos avanzando por el pasillo hasta llegar a las escaleras. Al fondo está el salón, pero advertimos que no hay nadie entre el desorden reinante. El suelo del salón está aún más copado de montones de libros, periódicos y

ropa vieja. No hay más opciones, Elvira debe estar arriba, así que empezamos a subir.

La escalera cruje bajo nuestros fantasmales pies, y al mirar hacia abajo vemos grietas en más de un escalón. La sensación que daba la casa desde fuera era hermosa, parecía casi nueva. Por dentro, esto es un cuchitril. El vestíbulo del segundo piso es una pequeña estancia con tres puertas. El suelo, otrora parqué, está levantado en varios puntos. No hay ningún cuadro ni fotografía en las paredes. Las puertas no tienen ninguna marca, así que nos encaminamos a la que más cerca nos queda.

Al otro lado, mientras la puerta es empujada por una de nuestras manos, vemos un cuarto de baño digno de una película de terror de serie B sobre hoteles embrujados. La versión cutre del motel de Norman Bates. Hay telas de araña por las esquinas, todo está mugriento. Por la bañera pasea una cucaracha, seguramente en busca de algo que llevarse al buche. El espejo está agrietado y ennegrecido.

Y huele mal. Espera, sé que dan ganas de irse, pero ya te dije que no podrías retroceder una vez comenzado el viaje. Mientras salimos del cuarto de baño, pensamos que tal vez el mal olor no provenga solo del cuarto de baño, que tal vez ya estu viera presente pero nosotros solo lo hayamos percibido una vez visto aquel lugar. Tal vez Elvira Nosferatu Tuckson esté muerta, descuartizada en algún lugar de esta casa. Tal vez un loco psicótico se coló en su casa, de la misma manera en que nosotros lo hemos hecho, y asiendo su hacha con las dos manos, hundiera el filo de la hoja en el cráneo de Elvira, salpicándolo todo del rojo intenso de la sangre, sin dar siquiera tiempo a la vieja mujer a dar un grito. Después, el loco podría haber descuartizado el cuerpo y ocultarlo, como en esa vieja película de fantasmas, tras una de las paredes. Eso, sin duda, aclararía el mal olor.

Pero también podría ser que la propia Elvira fuera la asesina. Esa afición suya de deambular por ahí por las noches podría esconder una vena asesina. Ya sabes, por las noches busca su presa, y una vez la encuentra, digamos, chicos jóvenes que caminan solos de vuelta a casa, les rapta de alguna manera, les lleva hasta su hogar en la zona más pija de Castle Hill, y acaba con su inocente vida de una forma brusca y sanguinolenta.

Con los pelos de los brazos erizados y sintiendo un poco de temor, extendemos la mano hacia la segunda de las puertas, pero, un segundo antes de que logremos asir el pomo de la puerta, esta gira y se aleja de nosotros, descubriendo lo que hay más allá, que es el maltrecho y envejecido cuerpo de Elvira, que pasa junto a nosotros sin percibir que estamos allí. Esto tira por los suelos nuestra teoría de un psicópata que hubiera acabado con la vieja, y observando el lento y pesado caminar de la mujer, y sus viejos, flacos y huesudos brazos, nos cuesta imaginarla como asesina de niños.

La seguimos, mientras ella baja los escalones de uno en uno. Para ella somos invisibles, como para todos los demás en este lugar. Esa es nuestra ventaja como espectadores de la acción, lo que nos permite también mantenernos al margen de los

hechos. Es muy importante que comprendas eso, porque cualquier cosa que hagas o que hagamos para cambiar el rumbo de los acontecimientos no surtirá efecto. Ver pero no tocar, esa es la regla, como si fuéramos espectadores de una película en vivo, o estuviéramos en realidad leyendo un buen libro de los que hacen que te imagines las cosas de verdad. Estoy seguro de que a lo largo de tu estancia en Castle Hill verás muchas cosas que te disgusten pero no podrás cambiar nada de ello. Acéptalo. Es lo único que puedes hacer.

Elvira se dirige hacia la cocina. A pesar de que todo se halla en penumbra, ella no enciende la luz, y sin embargo, sorteando todos los obstáculos que pueblan el suelo, como montones de periódicos y revistas. Se dirige a la encimera y abre uno de los armarios. Es notable que aquí, en el piso de abajo, el olor no es tan desagradable. Elvira saca un vaso, y vuelve a girarse hacia donde estamos nosotros. Su rostro surcado de arrugas y pecas está contraído por una mueca de agrio resentimiento y mal humor que ha regido su vida. Lleva los labios estirados en algo que pretende ser una sonrisa, pero que más parece el gesto que el lobo feroz le haría a Caperucita Roja antes de devorarla. Tiene los dientes ennegrecidos, pero, por suerte, sus colmillos son normales, nada que se parezca a lo que esperaríamos del verdadero Nosferatu.

Elvira, con el vaso en la mano, empieza a subir de nuevo los escalones. Lo hace subiendo primero el pie izquierdo, después igualando la altura con el pie derecho. Después, el pie izquierdo sube un nuevo escalón, y lo vuelve a igualar con el derecho. No apoya la mano en la barandilla, que, como observamos, está recubierta por una capa de polvo de algo más de un centímetro.

Observamos que su bata es de color azul y tiene varios agujeros. Es el tipo de prenda vieja que solo encontramos en los vertederos. ¿Has estado alguna vez en un vertedero? Yo sí, una vez. A ti, como buen explorador de lugares y acontecimientos increíbles, te hubiera gustado estar. Fue hace un par de años, en un pueblecito llamado Dopek. En el vertedero se escondía un fugitivo de la justicia, y la redada que hicieron para cazarle fue digna de mención. Murieron doce policías, y al final, aquel pobre diablo acabó cayendo también, pero no fue fácil, qué va. Llevaba una herida de bala en el costado derecho y otra en la pierna, y aún así, consiguió desembarazarse de un par de polis. Era un cabrón fuerte, con decirte que medía casi dos metros y era culturista, deberías poder imaginártelo. Trató de esconderse tras un montón de chatarra, pero Lincoln Kired, el brazo derecho del sheriff de Dopek, le vio, y tras acomodarse en una buena posición, acribilló el lugar y a aquel hijo de puta.

Mierda, ¿Has visto qué hora es? Como sigamos a este paso nos vamos a perder la mitad de las cosas emocionantes. Recuerda además que hemos dejado en modo «pause» a Mark y Neville en el desvío hacia el túnel que lleva a Castle Hill. Dejemos a Elvira y su vaso, dejemos el mal olor de este antro, y aún es más, dejemos la zona pija de Castle Hill. Así no acabaremos nunca, no. Si tenemos tiempo, volveremos

luego.

2

El sol pega con fuerza tras haber pasado tanto tiempo en la penumbra de la casa. Sin duda recordaba al castillo de un vampiro, tan tétrico y oscuro. Los que le dieron el mote a la señora Tuckson la conocían externamente, pero se reafirmarían si conocieran su vivienda, ¿no crees?

Vamos, el tiempo apremia. Aquella de allí es la calle Winnewood. Como puedes observar, ya empieza a haber gente por las calles. Esos chiquillos que pasean con sus flamantes bicicletas hoy no tienen que pensar en ir al colegio. Su profesor sufre una apendicitis y se encuentra internado en el hospital. Castle Hills no es un lugar muy grande, pero en tan poco tiempo no ha sido posible buscar un sustituto. La señora que les grita desde la puerta del supermercado con las bolsas en las manos es la madre de Dennis Sloat, el comisario. Vive en esta misma calle.

Ese sí que es interesante. El coche azul con el morro abollado que se detiene un poco más allá del cruce con la calle Abraham Lincoln. De él sale un hombre con prominente barriga, calzado con botines de piel y enfundado en un traje hecho a medida. El sombrero que lleva a él le hace sentir más importante. A todos los demás, y entre ellos nos incluimos, nos parece ridículo. ¿Has visto la cámara que lleva colgada al cuello? Se llama Brad Blueman y es un periodista venido a menos, y digo así porque en tiempos fue la estrella del periódico provincial y se le auguraron nuevos y grandiosos destinos, incluso se rumoreaba que era muy posible que algún día llegara a ganar el Pulitzer, porque como aquel, haciendo gala de un enorme sensacionalismo, Brad era capaz de internarse en cualquier sucio agujero en busca de cualquier sucia historia, siempre que fuera carne de portada. De Brad se decía que era como un ave de rapiña, capaz de oler los hechos a distancia, se presentaba en ellos a toda velocidad y era especialmente voraz a la hora de hacer fotografías, sin que la sangre, el sexo o la moral le echaran hacia atrás.

Pero la jodió.

Como todo buen periodista que se encamina a la cima, Brad perseguía cualquier cosa que pudiera servirle de trampolín a periódicos de tirada nacional o internacional. Ya tenía varios ojos fijados en él, preparados para realizar una buena oferta, cuando Brad encontró lo que él creía que era un filón y que resultó ser un caso que afectó a varios representantes políticos y hundió una operación policial llevada con sumo cuidado y en el mayor de los secretos durante casi cinco años en colaboración con los servicios especiales. Brad fue sometido a un juicio que a punto estuvo de costarle la cárcel. Y cuando todo acabó, nadie requería ya sus servicios, y le costó casi dos años volver a encontrar trabajo dentro del área que a él tanto le gustaba: el periodismo. Lo

encontró, si bien se trataba de un periodicucho de tres al cuarto, de tirada local, para un pueblecito del sur de la provincia, el Castle Hill Journal. Brad no lo dudó ni un instante. Aceptó el trabajo, plantó el gorro de empleado de un Mac Donalds que le había servido para sobrevivir mientras buscaba trabajo como periodista, y se mudó a Castle Hill, donde ya todos le conocían y temían.

El hecho de que el Journal fuera un periódico literalmente de mierda no minó los ánimos de nuestro intrépido hombre azul ^[1], sino más bien todo lo contrario. Brad era un hombre con mucha visión de futuro, y poco a poco, se había ganado la amistad y confianza de su jefe y dueño del periódico, Andy Probst, hasta conseguir libertad de reportaje. Y lo cierto es que sus reportajes tenían la aceptación deseada, y el periódico tenía ya una tirada que alcanzaba varios pueblos cercanos, lo que había obligado, entre otras cosas, a ampliar la plantilla para abarcar más lugares. Y la estrella de todo: el sensacionalista y despiadado Brad Blueman.

La gente esperaba con una mezcla de ansiedad y temor el siguiente artículo de Brad Blueman.

Que ahora abre las puertas del bar Yucatán y entra, al tiempo que, con gesto desenfadado, se enciende un cigarrillo. No entraremos tras él. Sabemos lo que va a hacer. Tomarse un café con Ozzy, el dueño del bar, mientras espera a que la aguja del reloj marque y media. Ayer la selección mexicana de fútbol ganó por goleada a Argentina en un partido amistoso, por lo que Ozzy, de nombre real Oscar Morales, mexicano de nacimiento, aunque más yanqui en realidad que muchos otros nacidos en el país, estará exultante y ansioso por darle palique deportivo a Blueman. No te preocupes por Brad, volveremos a verle, dalo por seguro. Es una persona con tendencia a meterse en todos los berenjenales, ¿recuerdas? En cierto modo, es como nosotros, le gusta observar los acontecimientos, solo que esta vez, él se va a ver envuelto en ellos, y nosotros seguiremos siendo meros espectadores.

Vamos. Nuestro destino es la plaza en la que desemboca la calle Winnewood. Es la Plaza de la Constitución, el lugar donde los jóvenes quedan por las noches antes de ir de bares o de fiesta o de lo que vayan, el lugar donde se encuentran los juzgados. Aunque llamarlos así es algo presuntuoso. En realidad, se trata de un edificio blanco, de tres pisos, el primero de los cuales es un recibidor enorme, el segundo está lleno de oficinas, y el tercero, es una sala amplia, como si de un salón de actos se tratara, comandado por una tarima y algo semejante a una sala de juicios.

En el pasillo, una mujer llora, rodeada por un grupo de personas que tratan de calmarla mientras ella, con un pañuelo en la mano y limpiándose las mejillas, se sienta nerviosa en un banco, a la espera. Su nombre es Dolores Fletcher y los que la rodean son sus dos hermanas, su padre y una joven de veinte años llamada Carrie Spencer.

También deambula por allí un hombre vestido con un traje verdoso. Es el

abogado de Dolores Fletcher, pero no por ello debemos pensar que es ella quien se encuentra en un lío. Nada más lejos de la verdad. Pero fijémonos en el abogado, porque merece la pena. Es un hombre bajito y regordete, con el pelo, aunque escaso, de color blancuzco. Su rostro bonachón está enrojecido, y su sonrisa le hace parecer un osito de peluche. De ahí que se mantenga siempre tan serio. Lleva un maletín de cuero negro en la mano derecha, y mira al reloj con cierto nerviosismo. La aguja grande está a punto de llegar al seis.

-Tranquilízate, Dolores - está diciendo en esos momentos su hermana Eliza-. Todo va a salir bien, ya lo verás.

Ojalá todo sea así, está pensando el abogado, que se detiene y cruza una mirada con Carrie. La joven parece preocupada y tiene los ojos enrojecidos. Seguramente ha llorado largo y tendido por la noche. El abogado no comprende esa dedicación tan absoluta. Él conoce al hijo de Dolores, y, la verdad, no le extrañó en absoluto enterarse de lo ocurrido - por supuesto, se había enterado, como la mayoría de la población de Castle Hill, por medio de uno de los reportajes firmados por Brad Blueman en el Journal-. De hecho, le costaba imaginar que alguien pudiera amar, o siquiera ser amigo, de alguien como ese chico.

Los ojos de Carrie incomodan al abogado, parecen decirle que más vale que todo salga bien. Pero el abogado no está seguro de que eso pueda ser así. De hecho, si pudiera apostar, lo haría a que el hijo de su cliente se dispone a pasar un tiempo a la sombra. No confía mucho en poder hacer algo, puesto que simplemente luchar contra los antecedentes de Jason Fletcher supone algo casi imposible. Y luchar contra la evidencia de las fotografías de Brad Blueman es algo mucho más que imposible. Por supuesto, Jason dice que él no lo ha hecho. Por supuesto, Carrie asegura que Jason no lo ha hecho, y lo que es más, que él jamás sería capaz de hacer algo así. Por supuesto, Dolores afirma que su pequeño no lo ha hecho y que jamás lo haría.

Pero lo cierto es que ni su propio abogado confía en él. Y Carrie lo sabe. Sabe que ese hombrecillo - Jason siempre se refiere a él como Papá Pitufito de forma burlesca, lo cual hace reír a Carrie - es como todos los demás. Creen que Jason es malo, porque en realidad no tienen ni puta idea, no le conocen. Carrie también sabe que las cosas están muy difíciles. Se lo ha dicho su madre. Además, ha visto las fotografías en el Journal, y realmente, viéndolas, a ella misma le ha costado no creérselo. Maldito sea Brad Blueman.

Escuchan unos pasos por las escaleras. Las miradas de Carrie, Dolores y del abogado se giran hacia allí. Están subiendo tres hombres: Russell T. Dinner, agente de policía local que viene a hacer las veces de testigo del juicio y a vigilar que no ocurra nada incorrecto; el juez Parkinson, cuyo apellido le ha valido más de una burla a sus espaldas, pese a ser un hombre de excelente salud; y un tercer hombre al que ninguno de ellos conoce.

El abogado se acerca hacia el juez y le estrecha la mano, mientras ambos se cruzan palabras de saludo. El juez presenta a Rusell, el cual, cortés y educado, agacha un poco la cabeza a modo de saludo. El abogado de Dolores se gira entonces hacia el otro hombre, el que ninguno de ellos conoce.

-Este es Martin King - dice el juez-. Trabaja para la oficina del fiscal.

-El rival - bromea el abogado con una sonrisa en los labios, tratando de parecer simpático. Martin King, el hombre que dentro de quince minutos habrá logrado que condenen a Jason Fletcher a pasar quince años en la cárcel del condado, sonríe y estrecha la mano del abogado.

Todos los allí presentes van entrando en la otra sala, donde se va a celebrar una corta sesión judicial que determinará el futuro de Jason Fletcher. En breve, un guarda jurado hará entrar a Jason por la parte trasera de la sala y le hará sentarse en el banquillo de los acusados. Aún falta su llegada y también la de otra persona clave para la resolución de este juicio, el hombre que sacó las fotografías que han de condenar al joven, el periodista que en estos momentos está abandonando el Yucatán y se acerca hacia la plaza, caminando tranquilamente, despreocupado.

Ya conocemos el resultado del juicio, aunque la verdad, todos ellos lo presuponen tras haber visto las fotografías. No tenemos mucho tiempo, así que, una vez hecha esta visita y conocidas estas gentes, vayámonos. Por las escaleras nos cruzamos con Brad, que camina con el porte que se les intuye a las clases altas. Ya conocemos a Brad, es un hombre con mucha visión de futuro y unos sueños que incluyen mucho dinero y muchos premios en su vitrina particular. Son sueños de grandiosidad.

Mientras abandonamos el edificio escuchamos los gritos de la señora Fletcher en el tercer piso. Maldita sea, tal vez no debiéramos perdernos esto. Volvemos a subir a toda prisa las escaleras, justo a tiempo de ver a un descompuesto Brad, apoyado contra la pared con una mueca de temor, mientras Dolores le grita mil y un improperios. El agente Dinner sujeta a la mujer, puesto que a su familia le parece perfecto todo lo que la desconsolada mujer está diciendo.

Eh, esta es buena. Está acusando al pobre Brad de haberlo tramado todo para acusar a su retoño. Hombre, Brad es conocido por su falta de escrúpulos y por su afán sensacionalista, pero, la verdad, es dudoso que jamás llegue a hacer algo como inventarse las noticias. No le van ese tipo de cosas. Él solo informa sobre lo que ve, aunque después sea capaz de darle otro tinte.

Cuando Brad se cree a salvo ya de la furia de Dolores, se agacha a recoger su sombrero, pero un momento antes de que lo haga, un pie enfundado en una Reebok negra lo aplasta. Brad siente arder su corazón, pues le gustaba ese sombrero. Siente la furia de quien es atacado sin motivo, y mira hacia arriba. Carrie Spencer le sonríe.

-¡Eh! - protesta Brad, dolido, pero nada más sale de su boca.

Rusell se gira hacia la escena.

-¡Señorita! - exclama, apuntando a Carrie con un dedo-. Señorita, puedo detenerla por eso.

Carrie se gira hacia el agente. En ese momento, el abogado de Dolores ve más que perdido el caso, mientras piensa que Carrie y Jason están hechos el uno para el otro.

-Me conoces de toda la vida, Russell, - responde Carrie, desafiante - y sabes cómo me llamo.

Vemos cómo sube el color a las mejillas del agente Dinner.

-No pasa nada, agente - asegura Brad, recogiendo su maltrecho sombrero y mirándolo con la expresión de quien piensa que sí pasa algo. Sacude el sombrero contra su propio pantalón, pero es imposible, tendrá que llevarlo al tinte, y quién sabe si ni siquiera de esa forma...

-¡Comportémonos como personas adultas, hombre! - exclama Russell sin dirigirse a nadie en concreto, pero mirando primero a Carrie y después a Dolores.

Ahora sí que podemos irnos. La tempestad ha pasado. Seguramente regresará cuando el juez Parkinson declare culpable a Jason Fletcher del incendio de la granja en la que resultaron heridas de gravedad dos personas. Seguramente Dolores se echará a llorar mientras su hijo es sacado por la parte trasera. Seguramente Carrie le pondrá la mano en el hombro, mientras los familiares de Dolores tratan de consolarla. Seguramente, el rostro de Jason permanezca imperturbable mientras se lo llevan. No llorará ni gritará que es inocente. ¿Lo es? Eso es algo que desconocemos, pero si algo sabemos de Jason es que no le afectará lo más mínimo la decisión que se va a tomar en el juicio. Cruzará una mirada con Carrie, pero ni siquiera sonreirá. No importará, porque Carrie sí que le sonreirá a él.

3

El sol sigue en lo alto, aunque hay algunas nubes, pero el cielo sigue de un azul casi inmaculado. Hace un buen día para disfrutarlo. Puedes estar seguro de que, si las cosas no estuvieran a punto de convertir Castle Hill en una zona de guerra, hoy sería un día de actividad en el Mirador. Lo de siempre, parejas cogidas de la mano, besuqueándose, tal vez algún polvo.

Ahora, en la Plaza de la Constitución no hay mucho ajeteo. Gente que camina por las aceras, solos o acompañados. Un par de ciclistas, un par de coches. Nada que resalte o llame la atención. Frente a los juzgados está aparcado el coche patrulla de Russell.

Tomamos la calle Lexington hasta la primera esquina y giramos a la derecha por la calle Westgate. Al fondo tenemos la Glorieta del Rey, y hacia allá nos encaminamos. Al llegar, vemos un enorme autobús verde, frente a la puerta de la

pequeña pero encantadora iglesia del pueblo. Está parado en un semáforo y se aleja en dirección Norte cuando éste se pone en verde. Desde aquí podemos ver el quiosco de Stan. De hecho, podemos verle a él, el mismísimo Stan Marshall. Es el hombre de pelo negro y rizado, con un poco de calva incipiente en la zona trasera de la cabeza, que está vendiendo una revista a un chico de quince años. El chiquillo le paga con un billete, y Stan refunfuña. No es que le fastidie tener que dar la vuelta en monedas, ni tampoco el hecho de tener que dar mucha vuelta, pero Stan es así, siempre enfadado, siempre refunfuñando. Probablemente hubiera refunfuñado igualmente si le hubiera dado el precio exacto. El mal humor de Stan Marshall es un mito para los jóvenes de Castle Hill, y siempre se burlan de él con gruñidos y broncas. Más de una vez Stan Marshall ha corrido tras algún chiquillo que le ha hecho alguna trastada. De hecho, el mismo Jason Fletcher, que ahora debe estar siendo juzgado, le hizo alguna cuando era chico. Son gamberradas que parecen pasar de generación en generación. Digamos que Stan es el objeto de ellas. No debemos pensar que ese es el motivo de su eterno mal humor, por supuesto que no, porque le viene de más antiguo. Tanto que tal vez, para comprenderlo debiéramos adentrarnos tanto en su pasado que necesitaríamos ayuda para salir.

Ya comentamos antes que ni siquiera la mujer de Stan le quería demasiado, pero tampoco eso es el motivo de su mal humor, porque, a decir verdad, él tampoco quería demasiado a su mujer. Para él, solo era una compañera, alguien con la que se había acostado en un par de ocasiones en el pasado, después se habían casado y luego la vida se había convertido en una aburrida rutina que ninguno de ellos soportaba, y sin embargo, estaban tan acomodados que no pensaban cambiarla, así que no lo hicieron, y vivieron sin tocarse, sin casi hablarse ni mirarse, durante un montón de años. No había amor entre ellos, pero no debería resultarnos raro, porque tampoco había amistad. Casi no había trato.

La personalidad de Stan, así como su forma de ocupar el tiempo cuando no está atendiendo el quiosco, es algo que puede eclipsar lo que en realidad tenemos que hacer. Por desgracia, no disponemos de tanto tiempo para conocer a fondo a Stan. Tal vez en otro momento, aunque no podemos prometer nada. Pero nos hemos acercado aquí por una razón, y esa razón se acerca por ahí.

De la calle Gilead emerge un gran coche blanco, de grandes ruedas negras y llantas plateadas. Los cristales son oscuros, de esos que impiden ver el interior. Se acerca rodando a poca velocidad y gira por la rotonda hasta detenerse justo frente al quiosco de Stan. El motor, silencioso como la muerte, se detiene, y un momento después, la puerta trasera se abre lentamente. Del interior surge el aroma del triunfo y del sexo femenino, acompañados de la música tranquila y relajante de Mozart. Después, un mocasín blanco, al que sigue un pantalón beige, una chaqueta del mismo color, un bastón negro, rematado en una empuñadura plateada con forma de lobo, y

un rostro verdaderamente encantador, de facciones amables, enormes ojos verdes y pelo negro peinado hacia atrás. Con la mano que no sujeta el bastón cierra la puerta del coche. Luce una sortija de oro blanco en el dedo anular. Se acerca, caminando con paso relajado, hacia el quiosco. No observamos defecto alguno en su caminar, con lo que suponemos que no lleva el bastón por necesidad, sino más bien por gusto. De hecho, podemos adivinar que en ese hombre todo es fachada. Tal vez sea tan rico como aparenta, pero sin duda no es tan sofisticado.

-Buenos días, Stan - saluda el hombre, mientras observa las revistas y periódicos expuestos.

-Buenos días, señor Lambert - gruñe Stan.

-¿Cómo te va hoy, Stan?

Stan frunce el ceño. No le gusta que le hagan preguntas. No le gusta que la gente se dirija a él. De hecho, no le gusta el señor Lambert.

-Bien.

-¿Cuenta algo interesante hoy el Journal?

Stan vuelve a fruncir el ceño. No le gusta que le pregunten si tal revista o cual periódico es interesante, él solo quiere venderlo, y si no lo vende, le da igual. Pero no le gusta tener que dar la opinión.

-No lo sé. No lo he leído - responde. Es mentira, porque sí que se lo ha leído, prestando especial interés al reportaje firmado por Blueman.

El señor Lambert asiente lentamente con la cabeza, al tiempo que mete la mano libre en el bolsillo. Es la mano que luce la sortija. Sigue mirando los periódicos. Al final, levanta la mirada hacia Stan.

-¿Dice algo del juicio?

-Que se celebra hoy.

-Entonces, sí que te lo has leído.

Stan vuelve a fruncir el ceño, disgustado consigo mismo por ser tan torpe. Su respuesta a tal afirmación es un gruñido, que el señor Lambert acepta con una sonrisa.

-No te preocupes, Stan. Dame el Journal, me lo llevo.

-Sí, señor - gruñe Stan, arisco.

El señor Lambert extrae varias monedas del bolsillo y las deposita sobre el mostrador. Stan le entrega el periódico y recoge las monedas. El canje ha concluido. Después, Aidan Lambert se da la vuelta y regresa a su coche. Al abrir la puerta, del interior surgen las risas divertidas de al menos un par de mujeres. Después, el coche arranca y se aleja. Aidan Lambert es una personalidad interesante e importante en Castle Hill, y sin duda alguien al que tener en cuenta. Es el dueño de la fábrica papelera, aunque no pasa allí más de una hora al día, para hacer acto de presencia. Nadie sabe de dónde proviene todo el dinero que parece manejar, aunque sí las

mujeres. Del mismo sitio de donde provienen las mujeres de todo aquel que quiera pagar por su compañía. Y en Castle Hill solo hay un sitio donde eso sea posible, el burdel de Kest, que recibe su nombre por la calle donde se haya emplazado. No es que sea un burdel propiamente dicho. En realidad es un bar, y se llama Chester, pero es un bar donde los hombres van en busca de compañía femenina de la que se paga. Allí, los hombres se toman una copa mientras miran a las mujeres que hay en la sala. Después, eligen una y pueden optar entre irse con ella a casa o subir a una de las habitaciones. O simplemente, charlar en la barra. Como es obvio, cualquiera de las tres cosas cuesta dinero.

Olvidemos por el momento el bar Chester y su legión de mujeres en venta. Olvidemos también el coche blanco de Aidan Lambert, al que nos cruzaremos más adelante. Olvidemos también a Stan Marshall y sus gruñidos. No te diré que entremos en la iglesia, donde el padre Merrill, te lo aseguro, bebe a escondidas de una botella de vino tinto que guarda al fondo de un cajón mientras se plantea si debería admitir que ha dejado de creer en Dios. O no, porque él quiere creer, pero desde hace tiempo le acucian las dudas. Olvidémonos de él también por el momento. Vayamos hacia el callejón que pasa por detrás de su Iglesia, una callejuela llamada Rose Street en los mapas.

Rose Street, también conocida como El callejón de la Rosa, pasa por detrás de la Iglesia y llega hasta Counton Street. En El callejón de la Rosa hay varios contenedores de basura que almacenan los residuos de las casas cercanas y de los dos bares que se encuentran en la Glorieta del Rey. El padre Merrill interpuso en una ocasión una queja ante el alcalde, quejándose de que su vicaría se veía azotada por el olor a basura proveniente del callejón. Ya sabes cómo son estas cosas. Ya lo solucionaremos, padre. Y, si te he visto, no me acuerdo.

El muro que se encuentra frente a la Iglesia está lleno de pintadas. Si nos acercamos, podemos leer algunas de ellas. Aquí estuvo tu puta madre dice una en letras rojas. No es un prodigio de inventiva. No hay arena bajo los adoquines dice otra, en letras azules. Ínfulas de revolución. La muerte os espera a todos está pintada en letras negras junto a un símbolo nazi, la de sobra conocida esvástica que alguien se ha ocupado de tachar después, aunque sigue viéndose. Fue pintada por un joven llamado Keith Ward. Aún sigue lleno de ideas radicales y de odio contra la sociedad y contra todo. Es un chico problemático. Está internado en la misma prisión donde enviarían a Jason Fletcher esta misma noche si no fuera porque algo va a ocurrir en Castle Hill. Hace año y medio que Keith violó a una joven en el Mirador, tras darle una paliza al novio de esta. Keith estaba borracho y acompañado de sus amiguetes. Fue un hecho que conmocionó a los habitantes del pacífico Castle Hill - pacífico salvo en contadas ocasiones y que fue seguido con gran pericia periodística por nuestro de sobras conocido Brad Blueman en el Journal. Ese fue el artículo que sirvió

para que el Journal se extendiera por un par de pueblos de la provincia más.

Dejemos ya el callejón de La Rosa y tomemos la Calle Gilead. Hay que ver que rápido pasa el tiempo. Ya casi es mediodía. A estas horas, el juez Parkinson ya habrá dictado su sentencia allá en los juzgados. Nos es inevitable preguntarnos qué estará haciendo Elvira Nosferatu Tuckson en su maloliente y desvencijado hogar, pero no hay tiempo para perderlo en preguntas que no tienen solución. Nos dirigimos a la comisaría. Si nos damos prisa, tal vez podamos terminar esta pequeña visita turística antes de que todo empiece a ir mal en Castle Hill.

Pero antes de eso, tal vez querrías echar un vistazo al pequeño polideportivo del pueblo. En él, en estos momentos, Patricia Probst está a punto de comenzar la clase de natación para niños que imparte dos veces por semana. Patricia Probst es, como puedes imaginar, la hermana de Andy Probst, el dueño del periódico para el que trabaja el intrépido Brad Blueman. Patricia tiene treinta y dos años y la apariencia de una adolescente. De ojos azules, larga melena rubia que lleva en una trenza la mayoría de los días, cara de eterna niña, con numerosas pecas en las mejillas y frente, en bikini es una mujer que llama la atención. Tal vez un poco ancha de caderas y demasiado baja, pero nada desmesurado.

Patricia siempre ha sido una amante de los niños. Le encantan esas horas semanales que pasa con los críos en la piscina. Ahora está sentada junto a la piscina, en una silla de plástico blanco, ayudando a Ben Wade, un chico de seis años con cara de pillo y ojos verdes, a ponerse los manguitos. Ben Wade ni siquiera se acerca a menos de dos metros de la piscina si no tiene puestos los manguitos.

Patricia le revuelve el pelo, y el niño sonrío, ansioso por entrar al agua pero observando con expresión preocupada como Patricia le coloca el segundo de los manguitos.

-Hecho. Ahora ya flotas.

-¿Puedo esperar en el agua hasta que lleguen los demás?

Patricia sonrío y asiente con la cabeza. El resto de niños ya están llegando, ha visto a alguno entrando en el vestuario para cambiarse. Ben Wade corre hacia las escaleras para meterse al agua.

Sigamos con nuestro camino. Nos dirigíamos a la comisaría. Desde el polideportivo es un paseo de poco más de diez minutos, pero nosotros podemos ahorrárnoslo.

Es ese edificio de forma rectangular y color gris, el del enorme aparcamiento. A medida que nos vamos acercando, vemos que solo hay tres coches aparcados, y ninguno de ellos tiene algún distintivo especial. Las puertas de la comisaría son de madera marrón, y tienen un pequeño cristal en la parte superior, donde unas letras pintadas en blanco repiten lo que ya sabemos: comisaría.

Nada más cruzar la puerta nos encontramos con un vestíbulo que parece la sala de

espera de un hospital, tal vez de ese hospital donde está internado el profesor que sufre de apendicitis. Pero no, esto es una comisaría, y lo vienen a demostrar los carteles que adornan las paredes, llenos de fotografías de policías y de lemas como «Velamos por su seguridad».

Frente a la puerta, hay un mostrador protegido por una mampara de cristal. Tras él, una mujer de mediana edad pero con una sonrisa hermosa y perfecta, de esas que podrían enamorar a cualquiera, y vestida con el uniforme de la policía local. Según la placa que luce sobre uno de sus redondos pechos, su nombre es Zoe. En el momento en que nosotros entramos, está leyendo un reportaje en el Journal, aunque no se trata del firmado por hombre azul, sino uno sobre la liga de baseball juvenil, donde el sobrino de Zoe participa. No levanta la mirada hacia nosotros, ni se percata de que hemos entrado. Tampoco podría hacerlo.

Hay una puerta en la parte derecha y la cruzamos sin que nadie más que nosotros lo advierta. Al otro lado, una sala amplia, con varias mesas cubiertas de papeles y demás parafernalia. Hay dos personas en la sala. Una de ellas es el comisario Dennis Sloat, un hombre maduro, de casi cincuenta años, con un bigote muy poblado y un bonito pelo negro brillante. Está sentado en su mesa, con los pies apoyados en ella. Cerca de él, de pie y con una taza de humeante café en la mano, Patrick Flanagan, otro de los agentes, algo más joven que Dennis y también más atractivo.

-Los jodidos Lakers han vuelto a perder - murmura Patrick-. Ayer aposté por ellos.

-Eso te pasa por apostar.

Se trata de una conversación a la que hemos pillado por la parte final. No es muy importante. Sobre la mesa de Dennis hay, como objeto más significativo, una fotografía enmarcada de su mujer e hijo, ambos sonrientes y semejando la familia feliz que puede que sean y puede que no. Tampoco nos importa, pero por si quieres saberlo, tanto la mujer como el hijo de Dennis Sloat morirán al principio de la oleada de terror que se extenderá por el pueblo como lo hace cualquier epidemia, equitativamente. El teléfono suena en el vestíbulo, pero Dennis y Patrick siguen ahí, quietos, comentando el último partido de los Lakers. Un momento después, el teléfono que hay sobre la mesa de Dennis empieza a sonar. Con gesto amargo, el comisario de Castle Hill lo coge y se lo lleva al rostro.

-¿Sí?

-Jefe, soy Rusell.

-¿Cómo ha ido el juicio?

-Culpable, claro.

-Ajá. ¿Te encargas tú de llevarle?

-Claro jefe, saldremos en un rato.

-Perfecto. Llámame cuando ese hijo de puta esté entre rejas.

Dennis Sloat no tiene mucha consideración por el hijo de Dolores Fletcher. Tampoco es de extrañar. Desde que Jason Fletcher tuvo diez años, Dennis Sloat le ha detenido por tantas cosas menores que no tiene dedos suficientes en la mano para contarlas todas. Detesta a Jason. Piensa que es un tumor cancerígeno al que habría que extirpar del pueblo. Y el maldito incendio ha sido la gota que colmó el vaso. Jason irá a prisión, y Dennis no tiene la menor duda de que eso será bueno para el pueblo.

Dennis cuelga el teléfono y mira a Patrick, que sigue sorbiendo su café, mientras mira por una ventana el cielo azul que se extiende sobre sus cabezas. Hay pocas nubes, pero una de ellas tiene forma de tortuga. A Neville le habría encantado, eso te lo aseguro.

-¿Culpable? - pregunta.

-Pues claro. Estaba bastante cantado.

-¿Cómo están los Meyer?

Los Meyer son la pareja que resultó herida en el incendio presuntamente iniciado por Jason Fletcher. Ninguno de ellos fue capaz de identificar al causante del desastre, menos aún la señora Meyer, cuyas heridas eran de mayor gravedad. Sin embargo, Blueman, que se encontraba cerca del lugar cuando vio el fuego, se había acercado con intención de realizar unas fotografías, y lo que había encontrado le había hecho sonreír - podemos imaginar con facilidad la gorda cara del afanado periodista, sonriendo babeante por saber que lo que tiene entre manos es algo de altura -. Por supuesto que había hecho fotografías, unas imágenes que habían recorrido media provincia como portada del Journal y que incluso se habían vendido a periódicos de mayor envergadura. Sí, Brad tenía razones para estar contento, su nombre volvía a sonar fuera de los límites de Castle Hill.

Aquellas fotografías comprometían al hijo de Dolores Fletcher como culpable del incendio. Se le veía por los alrededores de la granja en llamas, sujetando una botella de la que sobresalía, a modo de cóctel molotov, un pequeño trapo húmedo. La segunda de las fotografías mostraba a Jason Fletcher guardando dicha botella en la mochila que siempre llevaba en su moto de carreras. En la tercera de las fotografías podía vérselo alejándose en su moto. Esta era la fotografía más reveladora, ya que se apreciaba, en el mismo plano, la casa en llamas y la moto alejándose.

Brad se había mantenido oculto tras unos arbustos, intentando permanecer fuera de la vista de Jason Fletcher. Lo había conseguido. Una vez se hubo ido el joven, Brad había corrido hacia su coche, donde había dejado, en el asiento del copiloto, junto a su americana, el teléfono móvil. Había marcado el número de la policía, puedes estar seguro de que fue Zoe quien contestó al teléfono, y tras hablar con ella atropelladamente, Zoe le pasó con Dennis Sloat, al cual le había contado que se estaba produciendo un incendio en la granja de los Meyer.

Tras haber cumplido con su deber como ciudadano - Brad desconocía que pudiera haber gente en el interior de la granja, de haberlo sabido, podríamos apostar a que hubiera entrado armado con su cámara fotográfica dispuesto a realizar unas cuantas instantáneas de lo más llamativo - nuestro hombre había sacado un par de fotografías del incendio, y después, había vuelto a montar en el coche y había arrancado. Abandonó la escena antes de la llegada de bomberos o policías movido por una urgente necesidad de revelar el carrete.

Que no te extrañe. Más de una y de dos y de tres personas habían tratado de convencerle de la efectividad de la tecnología y la sencillez de las cámaras digitales, pero todos habían obtenido la misma respuesta de Brad Blueman: un gruñido.

Dennis se había acercado por su casa esa misma noche. Su rostro estaba surcado por el agotamiento y se había derrumbado en el sillón de Brad, el cual había torcido el gesto pero había mantenido la boca cerrada. El motivo de ello era el hollín y la suciedad del traje del comisario. Habían hablado un poco del tiempo, de los Bulls y de un par de cosas sin importancia. Entonces, el comisario le había informado acerca de los dos heridos, y los oídos de Brad se habían abierto de par en par.

Por supuesto, le había enseñado a Dennis las fotografías, recién reveladas y ya enviadas a la imprenta del Journal vía fax. Lo contrario hubiera sido ocultación de pruebas. Mientras el comisario miraba las fotografías, con cara de preocupación, Brad se había levantado, había garabateado algo en una hoja y la había enviado por fax al Journal. Se trataba de un par de indicaciones: dos heridos en el incendio, los Meyer, ella grave, fuente: comisario.

Después, Dennis había abandonado la casa de Brad, llevándose una de las fotografías como prueba. Sentía el corazón desbocado en su pecho. Se había metido en el coche patrulla y respirado hondo, tratando de calmarse. Después, había cogido la radio y llamado:

-Aquí Dennis, ¿Quién me oye?

Habían tardado un poco en contestar, por lo que Dennis había repetido su mensaje una vez más.

-Estoy aquí, jefe - era la voz de Ken Jackson, el agente que ocupaba el turno de noche la mayoría de los días, y lo hacía por gusto, que estaba en el servicio.

-Escúchame, Ken. Tenemos un sospechoso para el incendio de esta tarde. Coge el coche patrulla y dirígete, sin encender la sirena, a la calle Winewood, a la altura de la plaza de la Constitución. Nos encontraremos allí.

-¿De quién se trata, jefe?

-Jason Fletcher.

-Joder.

Ya te he dicho que esto es un pueblo pequeño y la gente se conoce. Si además eres lo que podríamos definir como «chico problemático», entonces puedes estar

seguro de que todo el pueblo sabrá quién eres. Sin excepción.

Dennis había arrancado el coche. No deberíamos olvidarnos de nuestro querido Brad Blueman. En cuanto Dennis había abandonado su casa, Brad se había calzado unas deportivas, había cogido su cámara, que ya estaba cargada con un nuevo carrete, y había bajado corriendo las escaleras que le separaban de la calle. Sabía donde vivía el joven Fletcher, y hacia allí se dirigía, cámara en mano, dispuesto a sacar alguna fotografía de la detención. Había salido a la calle en el momento en que Dennis arrancaba el coche patrulla, y ambos se habían quedado mirándose. Dennis había bajado el cristal de la ventanilla.

-¿A dónde coño vas a estas horas?

-Al mismo sitio que tú, Dennis.

Dennis había suspirado y chasqueado la lengua. Después, con un gesto de resignación, se había encogido de hombros.

-Supongo que no puedo hacer nada por evitarlo. Sube.

Y Brad, por supuesto, había subido al coche patrulla. Dennis había arrancado y tomado la calle Winnewood en dirección a la Plaza de la Constitución. Brad, en el asiento del copiloto, se restregaba las manos una y otra vez contra el pantalón.

-Te quedarás en segunda línea - advirtió Dennis.

-Puedes estar tranquilo - aseguró Brad, que, por supuesto, se quedó en segunda línea y sacó un montón de jugosas fotos.

4

El teléfono vuelve a sonar en la comisaría. Ejerciendo con su labor de secretaria, Zoe coge el teléfono y pregunta. Parece aburrida y ha estado garabateando sobre un crucigrama que se veía incapaz de resolver. Científico ruso de nueve letras. Ciudad española que empieza por ese y con una uve en la tercera letra. Rey visigodo, siete letras.

La voz al otro lado del teléfono parece nerviosa y el rostro de Zoe muestra su perplejidad ante lo que está escuchando. Murmura unas palabras al aparato, se levanta de la silla y cruza una puerta hacia la sala de trabajo. Dennis y Patrick siguen tomando café y charlando amistosamente.

-Dennis.

Su voz hace que ambos se pongan de pie y miren hacia ella asustados y expectantes. Ella trata de calmarse y sonrío. Es una sonrisa demasiado forzada, y sabe de sobra que ellos se han percatado de que pasa algo grave.

-Ha habido un accidente.

Dennis resopla, aliviado. No es que le gusten los accidentes, pero se había imaginado algo peor y bastante más terrible al oír la voz de Zoe.

-¿Dónde? - pregunta Patrick, cogiendo su cinturón y empezando a ponérselo.

-En el túnel.

-¿En el túnel? - pregunta Dennis. Por dentro, una parte de sí está gritando «mierda». Vuelve a resoplar-. Bien, vamos para allá. ¿Cómo de grave?

-Un camión y cuatro turismos.

Dennis asiente, al tiempo que se pasa las manos por la cabeza.

-Bien. Localiza a Duck y dile que vaya para allá. No le digas nada a Russell a menos que la cosa vaya a peor.

Zoe asiente y vuelve a cruzar su mostrador. Patrick y Dennis giran por el pasillo lateral y corren hacia las escaleras que llevan al garaje de la comisaría. Y ya va siendo hora de continuar nuestra pequeña visita turística por Castle Hill. Supongo que habrás ido quedándote con todo. Es importante que así sea, porque las cosas aquí van a cambiar pronto. De momento, salgamos de la comisaría, y prosigamos nuestro tour de instituciones públicas.

El cuartel de bomberos se encuentra en la calle Abraham Lincoln, esquina con la calle Kest, y es una maravilla arquitectónica que luce en la entrada una placa declarando el edificio como de interés turístico. El arquitecto que lo diseñó era en realidad una mujer, y sin duda hizo un gran trabajo. Pintado en colores vivos por fuera, lleno de columnas y arcos, y rematado en una gran cúpula, cualquiera diría que se trata de un museo, pero jamás de un cuartel de bomberos. Pero así es, y el por qué habría que preguntárselo al alcalde de Castle Hill.

La puerta metálica está levantada, por lo que se ve el rojo camión de bomberos que descansa en el garaje. Entramos por allí, e inmediatamente notamos la tranquilidad con que se vive en ese lugar. Echada en un camastro, con los brazos bajo la cabeza descansa Verónica Buscemi, una hermosa mujer de impresionantes ojos verdes, de sobrecogedora belleza, con un cuerpo digno de cualquier supermodelo - de hecho, Verónica es una mujer que, por su profesión, mantiene siempre una buena forma física - y un hermoso cabello color fuego. Y como nos cuesta imaginar que esta mujer no encienda pasiones entre los hombres - realmente lo hace, y no nos extraña - nos preguntamos cómo puede dedicarse a una profesión como esa.

Cerca de ella, sentado en una cómoda silla, se encuentra el otro bombero de servicio, un hombre cercano a los cuarenta, bastante más musculoso que Verónica, con una cicatriz en la mejilla derecha.

Ambos acudieron a la llamada de Dennis Sloat por un incendio en la granja de los Meyer. Terence, que así se llama él, fue quien cruzó, hacha en mano, la puerta en llamas para rescatar a la pareja del fuego mientras, en el exterior, Verónica apuntaba la manguera y el chorro de agua contra las llamas.

Pero por ahora es simplemente un día más para ellos, un día dentro de la rutina de no hacer nada, o como mucho acudir a alguna clase de accidente doméstico. Terence,

sentado en la silla, no puede evitar mirar los pechos de Verónica, que suben y bajan acompasados a la respiración de la mujer, debajo de la camiseta roja y con el anagrama de los bomberos que lleva. Conoce esos pechos de memoria, de hecho, puede contarse entre los pocos que los han saboreado, porque se ha acostado con ella en más de una ocasión. Y sin embargo, ella no le deja entrar en su vida.

-Donde tengas la olla no metas la olla - era su manera de decirle a él que no quería líos en el trabajo. Él siempre le decía que ya tenían un lío, que se habían acostado juntos y por tanto, ya habían metido la olla (y nunca mejor dicho), pero ella se limitaba a sonreír - y podemos estar seguros de que verla sonreír mientras está desnuda y tumbada en la cama tiene que suponer un enorme placer - le acariciaba la mejilla con el dorso de la mano y se levantaba para comenzar a vestirse.

-Cariño, esto no significa nada-. Todo aquello carcomía a Terence, porque para él sí significaba algo. Él estaba dispuesto a pasar toda su vida con una mujer de tal magnitud, tan impresionante como ella, pero ella se limitaba a sonreír, le guiñaba el ojo y le impedía acercarse a ella más de lo necesario. Después, en el trabajo, ella se comportaba como si nada hubiera ocurrido.

Terence se levanta en ese instante y se acerca al camión. Vemos como Verónica abre un ojo y le mira. De hecho, admira su prieto trasero. Terence abre la puerta del camión y sube. Verónica vuelve a cerrar el ojo. Sin duda es una mujer preciosa, y no nos extraña lo más mínimo que Terence, como muchos otros hombres, esté enamorado de ella. Al menos, Terence conoce la suerte de haberse acostado con ella.

Podría pasar horas enumerando la enorme cantidad de gente que ha intentado ligar con Verónica, pero no tenemos tanto tiempo. Son muchos. Y muy pocos lo han conseguido. Cuando tengamos ocasión de ver a Dennis Sloat y a Verónica juntos en el mismo espacio, fíjate bien en la actitud de él. Jamás la mirará a los ojos. Probablemente, Verónica es la única persona del mundo que hace que Dennis Sloat se sienta tan jodidamente incómodo, en palabras de Mark Gondry. Ella le rechazó hace unos años, después de que él le declarara su amor.

El teléfono suena. Sabemos quien es. Podemos imaginarlo habiendo asistido a la última llamada recibida en la comisaría. Verónica se levanta y corre hacia el teléfono, que descuelga al tercer timbrazo. Hemos acertado, es Zoe. Dennis acaba de pedir la ayuda de los bomberos en un accidente grave en el túnel de entrada a Castle Hill. Cuando Verónica cuelga, ya no parece la misma mujer. Ahora está concentrada en su trabajo. Y ante todo, ella es una buena bombero. De un grito, le explica a Terence que tienen que irse, y que es urgente.

Salimos del cuartel de bomberos. El tiempo apremia. De hecho, hemos ido más lentos de lo que deberíamos, así que tendremos que dejar muchas cosas, muchos lugares interesantes y gente por conocer. Sin embargo, aún nos da tiempo a visitar al menos un sitio más: el bar Chester, también conocido como el burdel de Kent. Está

aquí al lado, un poco al sur, cerca de la zona pija de Castle Hill - nos preguntamos qué será de la señora Tuckson -. Es aquel bar cuya puerta tiene un letrero luminoso y parpadeante. Al menos, era luminoso y parpadeaba cuando las luces funcionaban. Hoy, solo la ese de Chester luce en un rosado color, pero no parpadea.

La puerta del lugar es como la de cualquier casa, sin marcas distintivas. La atravesamos, y el olor a Whisky, Ron, sudor y sexo nos golpea como un huracán en el rostro. El ambiente está oscurecido, dotado de un tono rojizo y azulado. Tras la barra está el dueño del lugar, un hombre musculoso, calvo y con cara de asesino al que todos llaman Bulldog y del que nadie, salvo contadas personas, conoce su verdadero nombre.

No me detendré a intentar explicarte cuántos millones de veces se ha pedido el cierre del Chester, calificándolo de antro de perdición, lugar impuro y ese tipo de cosas. Sobre todo las mujeres, claro. A demasiados hombres les gusta que el Chester esté por allí, por si necesitan desfogarse. Aunque muy pocos admitan que lo visitan de cuando en cuando.

Si Bulldog hablara...

Pero el Chester se mantiene, año tras año, con licencia de bar de copas y aunque todos saben lo que sucede tras sus puertas. Ya sabes, este es un pueblo pequeño, todos se conocen, y Bulldog conoce al alcalde de Castle Hill. Y al alcalde de este pequeño pueblo le encantan los sobres marrones que Bulldog le hace llegar religiosamente cada mes. Ya puedes imaginarte...

Hay una zona llena de sillones donde el ambiente es más oscuro. Ahora mismo, podemos ver allí a tres mujeres, dos de ellas claramente extranjeras, y todas vestidas - o desvestidas - de forma provocativa. No hay ningún hombre. Que no te extrañe. Apenas es mediodía de un día cualquiera entre semana. Cerca de la barra, al fondo del bar, hay una puerta negra que conduce a los pisos superiores, donde aquellos que no pueden permitirse el lujo de ir a casa, o los que no pueden aguantar las ganas, suben a montárselo con las señoritas. Ahora mismo, de esa puerta está saliendo una señora teñida de rubia, algo entradilla en carnes, que va vestida con un pequeño camisón que tiene un gran escote. Se acerca a la barra, y nosotros lo hacemos también para poder oírla por encima de la música de John Denver, al que todos recordamos por cantar buenas canciones country y morir en un accidente de avión. Que no se te ocurra hablar mal del jodido John Denver, o tendremos un problema.

-Bulldog, ¿Puedes ponerme a tono?

-¿Martini? - pregunta, aburrido, el hombre calvo y fortachón del otro lado de la barra. Ella asiente, así que él se dispone a servirle lo que le ha pedido.

-¿Cómo fue ayer?

-Estuvo bien. He visto días mejores, pero bien.

-Ayer estuve con un cliente que estaba tan nervioso que ni se le levantaba. Creo

que no era del pueblo.

Bulldog estira los labios en algo semejante a una sonrisa.

-Era un casado - continúa ella - supongo que era la primera vez que iba de putas y le entró remordimientos. Sin embargo, bastó que se la cogiera entre las manos para que se olvidara de su mujer, de sus hijos, de su perro y de su trabajo allá donde lo tenga y si lo tiene.

-Candy dice que estuviste hasta tarde.

La otra mujer levanta la mano con todos los dedos extendidos y sonrío. Bulldog también sonrío, al tiempo que le entrega el vaso cargado de Martini.

-Cinco veces. El tipo era un incansable.

-Y tenía dinero.

La mujer asiente. Le da un trago al Martini mientras rebusca entre sus pechos, de donde un momento después extrae un fajo de billetes que entrega a Bulldog. Este los mira con una sonrisa y asiente. La mujer le da otro trago al licor, le guiña un ojo al hombre, y se retira por donde ha venido.

Mientras Bulldog guarda el dinero en la caja registradora, la puerta del local se abre, dejando entrar por un momento la luz solar, y aparece un hombre de cuarenta y tantos, pelo largo, sucio y descuidado, barba de varios días, y vestido con una camisa azul que contrasta con el resto de su aspecto. Se trata del conocido y reputado, si es que se puede tener tal reputación, borracho del pueblo: Richard Jewel, mecánico en el taller de Wayne, ebrio el resto del día y de la noche. Es un viejo conocido en los calabozos de la comisaría. Digamos que ha dormido en ellos en más de una ocasión. Y nosotros también le conocemos, claro, ya te he hablado de él. Es el hombre que, contando con veinte años, desvirgó y embarazó, aunque nunca lo ha sabido, a Francine Newcomb, allá en el Mirador.

También es un viejo conocido y asiduo del burdel de Kent. Podría pensarse que, por su condición de borracho, las chicas, así como el mismo Bulldog, le harían ascos y desprecios, pero nada más lejos de la realidad. Para Bulldog, Richard Jewel es una fuente de ingresos enorme. Para las chicas, Jewel es uno de los hombres más caballerosos del mundo, pues se comporta con ellas, las trata bien, la mayoría de las veces solo quiere conversación, y, cuando quiere sexo, lo hace de forma cuidadosa y respetuosa.

Si nos estamos preguntando cómo lo pasó Francine Newcomb con él hace veintitrés años en el Mirador... bueno, con ella también fue cuidadoso, así que a ella no le dolió en exceso. Tampoco lo disfrutó, pero, joder, era su primera vez y no se le puede pedir peras al olmo.

Una de las chicas que se encontraba en los sillones, una mulata de bastante buen ver, se está acercando a la barra al tiempo que lo hace Richard Jewel. Se encuentran allí, y Richard le sonrío a la mujer. Ella le da un sonoro beso en la mejilla.

-Buenos días, amorcito - le dice ella.

-Hola Zambia, ¿qué tal pasaste la noche?

-Algo triste porque tú no estabas.

Richard sonríe, al tiempo que se gira hacia Bulldog, que ya se encuentra frente a él y le estrecha la mano.

-¿Qué va a ser hoy, Richie?

-Vamos a empezar con una cerveza - le responde, y se gira hacia Zambia, que ya ha tomado asiento junto a él-. ¿Qué quieres tú?

-Me tomaré un Whisky.

Bulldog asiente y se aleja para servir la bebida. Richard se gira en el taburete y mira hacia las dos chicas que se han quedado en los sillones. Las saluda con la mano, y ellas le devuelven el saludo. Después, mira a Zambia.

-¿Alguien conocido ayer?

-No, amorcito, ayer un par de turistas con ganas de juerga. Pasaban por aquí.

-Y se dejaron caer. ¿Buena gente?

-Me trataron bien, sí.

-Eso es importante. Hoy he tenido un día asqueroso.

-¿Por qué?

-Ese capullo de Wayne...

Antes de que el afamado señor Jewel empiece a despotricar en serio contra su jefe en el taller, salgamos del Chester porque se nos acaba el tiempo, y tenemos que estar en los juzgados de la plaza la Constitución si no queremos perdernos parte de los acontecimientos. La visita por Castle Hill ha concluido. Después de todo, hemos conocido suficientes lugares y personas interesantes por el momento.

Vamos. Bajamos la calle Sutter a todo correr hasta Baker Road. Desde este cruce se ve, en la colina que lleva al mirador, la casa de Nosferatu Tuckson, pero no tenemos tiempo de regresar ahora a ella. Giramos por Baker Road en dirección Norte y alcanzamos la que probablemente sea la calle más larga del lugar, la única con nombre presidencial, la calle Abraham Lincoln. Bajamos hasta la calle Winnewood y giramos de nuevo hacia el Norte. Al pasar junto al Yucatán, giramos la cabeza hacia su interior, esperando ver algún viejo conocido, pero de entre los parroquianos solo reconocemos a Ozzy, su honrado y siempre atento dueño. En el cruce con la calle Westgate, un coche nos hace detenernos. Tras el volante está una mujer a la que conocemos pero aún no habíamos visto. No tenemos tiempo para detenernos a examinarla con atención, pero ella es Francine Newcomb. Seguimos adelante y llegamos a la plaza de la Constitución. Frente a los juzgados sigue aparcado el coche patrulla de Rusell T.Dinner. Junto a él, de pie y cámara en mano, el intrépido reportero del Journal. Al otro lado, la mismísima Carrie Spencer. No hay ni rastro de Dolores ni sus familiares, y es que la mujer, al enterarse de que iban a encerrar a su

pequeño, ha sufrido un ataque de ansiedad y se la han llevado a casa.

Las puertas del juzgado se abren y sale Rusell, caminando como si fuera el vaquero de alguna película del Oeste, con los pulgares hundidos en el cinturón y la mirada altiva. Tras él, con las manos esposadas, el joven Jason Fletcher, al que por fin tenemos ocasión de conocer, seguido de un guarda jurado. Jason lleva unas botas negras, de motero, bastante desgastadas, y unos pantalones vaqueros de color negro, también muy gastados y manchados de polvo. Luce una camiseta con el logotipo de los Rolling Stones bajo el que se lee Sympathy for the devil y, sobre ella, una cazadora de cuero negra, también sucia y desgastada. Lleva la cabeza baja, parece ir mascando chicle, y lleva el pelo recogido en una desorganizada coleta. Alza la voz al oír su nombre en la boca de Carrie. Ella se está acercando a él y, mientras, Brad está sacando fotografías.

Rusell se gira hacia Carrie para impedirle que se acerque al detenido, pero ella le lanza un manotazo y, finalmente, él se encoge de hombros. Carrie abraza a Jason, que le da un beso suave en la mejilla. Carrie está llorando, y Jason, al que empuja el guardia jurado para que avance hacia el coche patrulla, le dice palabras de consuelo al oído. Brad sigue tomando fotografías.

En el momento en que alcanzan el coche, Rusell se gira hacia ellos y, cogiendo suavemente a Carrie de los hombros, la insta a apartarse. Ella le da un rápido beso en los labios a Jason, que le sonríe mientras Rusell le empuja ligeramente para que se meta en el coche patrulla. Después, cierra la puerta.

Carrie apoya su mano en el cristal. Jason apoya la frente. Ambos se miran, y es evidente que entre ellos hay mucho más que amistad. Hay amor. Hay complicidad. Hay muchas cosas. Rusell se monta en el asiento del conductor, separado del de Jason por una especie de verja metálica. Brad sigue tomando fotografías de la pareja. El coche arranca y empieza a moverse. Una sola lágrima resbala del ojo derecho de Carrie, y Jason le guiña el ojo. Justo entonces, Carrie se gira hacia Brad y le da un empujón.

-¡Quítate del medio, maldito entrometido de mierda! - le grita, y Brad da un par de pasos nerviosos y rápidos hacia atrás.

Nos encantaría quedarnos a ver el enfrentamiento verbal que se adivina entre ambos - sobre todo en Carrie, porque seguro que Brad es casi incapaz de responder - pero tenemos que irnos con Rusell y Jason, así que corremos y nos sentamos junto a Jason en el asiento trasero.

Jason tiene la mirada en sus rodillas. Rusell está conduciendo, pero dirige un par de miradas a través del espejo retrovisor al joven que lleva en el asiento de atrás. Parece pensárselo un poco, mientras está detenido en un semáforo pero, finalmente, reúne el valor necesario y lanza la pregunta que está deseando hacer.

-¿Por qué lo hiciste, chaval?

Jason eleva la cabeza un poco, solo lo necesario para poder mirar el reflejo de Rusell en el espejo. En su mirada podríamos encontrar algunas cosas, pero ninguna de ellas es miedo. Da la sensación de que este chico no conoce siquiera el miedo. Jason no tiene apego a casi nada, de hecho, le tiene apego a su moto, a su madre, a su novia y no precisamente en ese orden. Muchos temen a Jason Fletcher, sobre todo la gente de su edad, pero él no teme a nada.

-¿No me oyes? ¿Te crees muy duro por quemar una granja?

Jason suspira y vuelve a bajar la vista. Nunca ha sido un chico muy hablador, salvo que sea necesario o que esté con Carrie. Entre ambos hay una especie de conexión, y no se trata de nada sobrenatural, sino de algo físico y terrenal. Entre ambos hay química. Los padres de ella le odian, pero a ella no le importa. Y a él, aún menos.

-Te refugias bajo esa máscara de dureza y no eres más que un niño gamberro de mierda.

-Y tú te refugias tras esa máscara de John Wayne y no eres más que un policía de mierda que no ha logrado salir de este pueblucho.

La voz de Jason, grave y firme, es una voz armónica y hermosa, que contrasta con su forma de ser y su apariencia. No ha levantado la vista para decirlo, pero a Rusell le ha llegado claramente, y su rostro ha reflejado perplejidad. De hecho, Rusell tarda unos segundos en reaccionar, pero cuando lo hace, el rostro se le enrojece de rabia y aprieta los dientes.

-Me encantaría darte una paliza para que aprendieras, así que no me tientes.

-Me encantaría ver cómo lo intentas.

El tono de Jason implica un desafío que Rusell no ha oído nunca y que le hace encogerse un poco en su actitud y darse cuenta de que tal vez no está tratando con el niño engreído que creía. En realidad, Rusell es un policía de mierda que, pese a haberlo deseado durante toda su vida, no ha conseguido salir de Castle Hill, y en realidad, Rusell es una persona que jamás ha pegado a nadie, y no por falta de oportunidad, sino por cobardía. Pero Rusell nunca ha sido un idiota y no piensa quedar como tal cayendo en el insulto fácil. Sin embargo, ese repentino desafío lanzado por el enigmático Jason Fletcher le ha dejado sin palabras, y lo único que le viene a la mente son diferentes tipos de insulto. Tiene que morderse un labio para que no se le escape ninguno.

Con un gesto de enfado, aprieta un botón de la radio, y esta se enciende. La voz del presentador anuncia la canción que va a sonar como de estilo minimalista. Rusell se pregunta qué demonios quiere decir eso y cambia de emisora. No le gustan todas esas paranoias. Logra sintonizar una cadena en la que suena el Bohemian Rhapsody de Queen. Galileo, Galileo, Fígaro, Magnífico. Ya sabes.

En el asiento trasero, Jason gira la cabeza y mira tras la ventanilla. En el cielo, un

pájaro de gran tamaño planea cerca de una bandada de gorriones que parecen huir de él. Jason gira la cabeza y mira al frente. Ahora Rusell está demasiado concentrado en la carretera y en la conducción - parece ir tarareando la canción de Queen - y ve, al fondo, la glorieta del Rey. Incluso alcanza a ver la puerta de la iglesia y el quiosco de Stan Marshall.

Con un gesto de desprecio, vuelve a girar la cabeza hacia sus rodillas, enfundadas en el pantalón vaquero. La canción de la radio se acaba y empieza a sonar otra, también de Queen, aunque esta es bastante más conocida. We are the champions.

Eso dímelo a mí, piensa Jason con una sonrisa.

Las ruedas del coche patrulla del agente Dinner siguen rodando en dirección a la glorieta del Rey, desde donde girará para tomar la carretera y alejarse del pueblo en dirección a la cárcel del condado, donde Jason tendría que pasar una larga temporada de seguir el lógico y normal discurrir de las cosas.

Pero en Castle Hill, el lógico y normal discurrir de las cosas pronto será solo un sueño.

II

-MARK, NEVILLE, PAULA, KURT-

El Kia Ceed de Mark Gondry frena al ver el aparatoso accidente que ha tenido lugar en la boca del túnel. Neville silba por el asombro mientras Mark detiene el coche del todo en el arcén, junto a otro par de coches. Ambos se bajan. Neville está sacando la cámara de la funda.

Desde donde están, pueden ver un Toyota volcado en un lateral y, algo más allá, un camión que se ha llevado por delante a una Dodge y un Nissan. La Dodge no parece haber sufrido daños y su conductor, un tipo con camisa a cuadros, está de pie junto a la puerta del conductor, claramente conmocionado y con sangre en la frente, pero en buen estado. El morro del Nissan parece un acordeón, y dentro hay una mujer. Podría estar muerta, porque tiene los ojos cerrados y la cabeza ladeada. Hay cristales esparcidos por la carretera y, en un lateral, un parachoques. Probablemente del Toyota.

Neville saca una foto. Mark se acerca al Toyota y ayuda a un par de hombres a sacar del coche a un adolescente con la cara picada por el acné. El adolescente tiene la nariz rota y su camiseta está llena de sangre, pero está bien. Todos pueden oír las sirenas acercándose mientras le ayudan a sentarse en el arcén.

-¿Qué ha pasado? - pregunta Mark.

-El camión se ha salido de su carril - explica uno de los hombres que ha ayudado a sacar al chico del Toyota - y se ha llevado por delante a todos. Yo me he librado por los pelos - y señala su coche, parado en el arcén delante del Kia.

-Zack Thurston - añade, ofreciéndole a Mark una mano fuerte y curtida por el trabajo en el campo.

-Mark Gondry - responde, estrechando la mano del hombretón.

Un momento después, el coche patrulla del jefe de policía se detiene junto al camión accidentado. Dennis Sloat y Patrick Flanagan descienden del coche de inmediato. A Dennis le basta una mirada para evaluar la situación, y se dirige al grupo de hombres en el que se encuentra Mark. Patrick se queda atrás, señalando el arcén para indicarle a Duck Motton que detenga la ambulancia.

-¿Cómo está el chico, Zack? - pregunta Dennis.

-Tiene la nariz rota, pero está bien.

El jefe de policía dedica una mirada rápida a Mark y al resto de curiosos que se han detenido en la zona, y se gira de nuevo hacia el camión y el resto de vehículos. Duck Motton y un sanitario están bajando de la ambulancia. Ambos corren hacia el Nissan para comprobar el estado de la mujer. Patrick les sigue.

-Está viva - dice Duck.

Mark se acerca a Neville, y ambos observan a los dos policías haciéndose con el control de la situación. Ha sido un accidente sin víctimas mortales, y todos, excepto la mujer del Nissan, han salido por su propio pie de los vehículos. Un momento más tarde, el camión de bomberos llega a toda velocidad, con la sirena puesta, y se detiene junto a la ambulancia. Mark silba al ver a Verónica bajando del camión.

-Joder - murmura Neville.

-Sácale una buena foto a ella, y esa sí que te la compro, joder - murmura Mark.

Neville sonríe. Ambos la siguen con la mirada mientras se acerca a Dennis Sloat. Ellos no se dan cuenta, pero Dennis no la mira directamente nunca, y sus mejillas parecen haber ganado algo de color al acercarse la bombero. Desde donde están, tampoco pueden oírles, pero Dennis le está diciendo a Verónica que no van a necesitarles. Verónica asiente y regresa junto a Terence, pero no se marchan.

Mark observa el cartel situado junto a la boca del túnel. «Visite Castle Hill»; dice. La fotografía muestra el skyline del pueblo desde una zona elevada. Es la vista que puede apreciarse desde el Mirador. Mark tiene tiempo de pensar que parece un lugar agradable donde llevar a la novia a pasar una tarde de campo. No se equivoca. Después, ve que el cartel está lleno de pequeños agujeros y comprende que ha sido el blanco de la puntería de algún chico con un rifle de perdigones. Algún gracioso ha escrito debajo «Visite el Folladero de Castle Hill» con un rotulador. Mark sonríe. Los chavales son únicos pensando en ciertos temas. Seguro que el crío que pintó eso no había visto más mujeres desnudas que las que salen en las revistas

Un par de hombres se han agachado junto al chico del Toyota, que se ha puesto a llorar. Uno de esos hombres, que debe rondar los cincuenta, tiene en la mano un palo lo suficientemente grande como para usarlo de bastón en un paseo por el campo. De pequeño, cuando era Scout y hacían excursiones, solía coger palos como aquel y pensar en ello ahora le trae el recuerdo de su primer amor de verdad. Se llamaba Elma y era monitora en su grupo de Scouts. Tenía doce años más que él, pero a él no le importaba cuando pensaba en ella. Tenía una sonrisa preciosa. Mark solo conseguía balbucear tonterías cuando ella le ponía la mano en la espalda para darle ánimos. Le rompió el corazón cuando Mark se enteró de que, en realidad, iba a casarse con otro de los monitores.

Recordar a Elma hace que Mark sonría. Mira los árboles de alrededor. No tiene ni idea qué clase de árboles son. En los scouts aprendió a reconocer algunos de ellos: pinos, abetos, robles... Pero esas son las típicas cosas que olvidas con el paso del tiempo. Ahora solo se ve capaz de reconocer, sin ningún tipo de duda, un pino. Y eso porque todas las navidades las casas se llenan de ellos. En realidad le fastidia. Le gustaría poder saber esa clase de cosas. Pero la verdad es que la vida en la ciudad le ha hecho descuidar muchas otras cosas. Casi no sabe nada de animales, más que de perros y gatos, ni de flores, ni de árboles, ni de estrellas, ni de ninguna de esas cosas

que tampoco sirven para nada, en su opinión, pero que se agradece saber.

-Seré un padre aburrido - murmura. No añade la frase clave. Si alguna vez tengo hijos.

Y de pronto, se encuentra pensando en pequeños retoños de Mark Gondry correteando por el pasillo de su casa. No es capaz de imaginarse la cara de una mujer concreta a su lado, pero sí imagina a la perfección todos los detalles del pequeño Mark. Rubio, ojos grandes y oscuros, labios finos y en eterna sonrisa infantil, cara redonda, un lunar aquí, una peca allí, orejas pequeñas. Jamás le llamaría Mark. Odia la manía de llamar a los hijos como a los padres. Le gusta Brian. Y Norris. Y si fuera niña, Sharon, como la protagonista de Instinto básico. Pero no es capaz de imaginar a la pequeña Sharon corriendo por el pasillo de su casa. Al que imagina es a Brian o Norris, corriendo y subiéndose a sus rodillas mientras él acaba un artículo, y preguntándole cuándo van a ir de acampada.

Ni siquiera tiene tienda de campaña o sacos de dormir. La verdad es que a medida que ha ido creciendo se ha ido convirtiendo en un hombre de ciudad, llegando a olvidarse por completo de que existe una naturaleza ahí fuera y que hubo una vez en que a él le apasionaba vivir al aire libre.

-Me he vuelto pasivo.

-¿Cómo?

Zack Thurston se ha girado hacia él al oírle. Mark se da cuenta de que ha hablado en voz alta y menea la cabeza, restándole importancia al asunto. Zack le devuelve la atención al adolescente del acné y la nariz rota. Mark se pregunta, apenas por un segundo, que debe sentir un padre en un momento así, cuando tu hijo vuelva a casa con la ropa ensangrentada y te diga "ey, papá, ¿recuerdas que me dejaste tu coche para dar una vuelta? Vas a tener que ir a recogerlo al desguace".

Mark sacude la cabeza, para salir de la ensoñación en la que él mismo se ha metido por un momento, y mira a Neville, que está sacando fotos.

-¿Qué puta hora es? - pregunta. Y una vocecilla en su cabeza murmura si tuvieras hijos tendrías que moderar tu vocabulario. Está a punto de soltar una carcajada.

-En punto.

-Joder. Vámonos. Vamos a llegar más tarde que la ostia.

Neville asiente, y ambos se dirigen al coche. Mark arranca y entra en el túnel en dirección a Castle Hill en el mismo momento en que la radio del coche patrulla de Dennis Sloat crepita al recibir una llamada. Patrick Flanagan se inclina en el interior del coche y agarra la radio.

-Flanagan - dice.

-Patrick, pásame al jefe.

Es Zoe, por supuesto, desde la comisaría. Patrick saca la cabeza del coche y busca a Dennis con la mirada. Le encuentra detrás de Duck Motton, que está colocándole

una mascarilla de oxígeno a la mujer del Nissan.

-Jefe! - grita.

Dennis Sloat se gira y le mira. Patrick le hace un gesto para que se acerque. Dennis camina hacia él y coge la radio que le tiende Patrick.

-Dime, Zoe.

-Dennis, acaba de llamar Russell.

Dennis mira su reloj, para comprobar la hora. Aún es pronto para que ya haya llegado a la prisión del estado con el hijo de Dolores Fletcher, así que debe ser otra cosa.

-¿Qué pasa?

-Ha habido otro accidente. En la Glorieta del Rey, y parece grave.

Dennis maldice por dentro. Otro accidente. ¿Cómo es ese dicho? ¿No quieres pan, pues toma dos tortas? Algo así.

-¿Cómo de grave?

Y a medida que Zoe le cuenta lo que instantes antes le ha contado a ella el propio agente Dinner, el rostro normalmente imperturbable de Dennis Sloat se ve sacudido por esa sensación de desasosiego que producen las catástrofes. Patrick Flanagan, que está detrás de él y lo oye todo, se tapa la boca con la mano por la impresión. Cuando Dennis se gira hacia él, Patrick podría jurar que ha perdido algo de color.

-Patrick, quédate aquí. Dile a Zack Thurston que te ayude en lo que haga falta.

-De acuerdo, jefe.

Dennis se gira hacia Verónica y Terence y se acerca a ellos, corriendo.

-Os necesitan en la Plaza del Rey.

Patrick Flanagan se ha acercado a Zack Thurston y el resto de curiosos que se han parado a echar un vistazo, pero se gira para ver alejarse el camión de bomberos y el coche patrulla, de vuelta al pueblo. Después, se gira hacia Zack para pedirle que le eche una mano tal y como ha ordenado el jefe. No tiene la menor duda de que Zack lo hará. Es un buen hombre y siempre está dispuesto a echar una mano. Ninguno de los dos sabe que en menos de diez minutos Zack Thurston estará muerto.

2

¡Eh! Sí, eso puede esperar. Pulsemos el botón de pausa durante unos momentos para el resto de Castle Hill y acompáñame ahora. Retrocedamos en el tiempo, tan solo un rato. Esto es interesante, y es fundamental para entender lo que ocurre. Mira este cuarto. Es evidente que aquí vive un hombre solo, ¿no te parece? Si estuviera casado su mujer no le dejaría poner esos carteles de playboy. En el techo hay uno de la película La isla del doctor Moreau, la versión con Marlon Brandon y Val Kilmer. A mí no me gustó demasiado esa película. Nada en comparación con otras versiones de

la novela. La novela sí que está muy bien. Es interesante. ¿Tú sueles leer? Sí, se te ve en la cara que eres una persona que lee. Yo no suelo leer mucho, pero no te creas que soy peor por eso. Prefiero buscar situaciones interesantes como esta en Castle Hill, traerme la cámara de fotos y llevarme algún recuerdo. No podrías creerte en cuántos sitios he estado. Ya te conté antes lo de aquel fugitivo y su cacería en el vertedero de Dopek, pero eso no es nada, chaval. Yo asistí como espectador de primera fila al sangriento motín de la prisión de New Kale. Chico, ese Norris Hopewell es un hombre realmente espeluznante. Y enigmático. Y sanguinario. Pero eso es otra historia.

Bueno, observa. Si abrimos este armario, encontramos dentro un montón de ropa colgada en perchas, y otro montón esparcida de cualquier manera en una esquina. Al hombre que vive aquí no le gusta mucho lo de planchar. Y mira, si revuelves un poco ahí, entre esas cajas, verás una de metal, bastante bonita, con un símbolo grabado en dorado en la tapa. Sí, esa. El símbolo que tiene la tapa representa al dios de la guerra de una tribu africana. Abrimos la caja y vemos lo que hay dentro sin asombrarnos demasiado. No es la primera vez que vemos un arma, ¿verdad? Pero esta no es un arma cualquiera. Es una Desert Eagle 5.0, un arma capaz de abrir un boquete del tamaño de un puño en el pecho de una persona. Te aseguro que la persona que vive en esta casa no ha comprado esta arma en una tienda de forma legal. Podría haberlo hecho, tras muchos trámites y cierto papeleo. Pero es más fácil comprarla en el mercado negro.

Pero tranquilo, que este tío no es un maleante. Es una persona cuerda, que jamás en su vida ha empuñado este arma, salvo para comprobar cuánto pesaba, pero nunca ha puesto una bala en el cargador. La tiene porque cree que así está más seguro. Es una de esas personas que viven con el constante miedo de que alguien entre en su casa para robarles. Demasiada televisión. O la paranoia del mundo militar. No sé si realmente cree que será capaz de utilizarla contra otra persona. Supongo que cuando alguien tiene mucho miedo y un arma cargada en la mano, puede utilizarla. Lo que sí es seguro es que hoy hará uso de ella. Por eso será mejor que la vuelvas a dejar en su sitio y salgamos de esta habitación antes de que llegue.

Salimos al pasillo. El suelo tiene algo de polvo. Tampoco debe gustarle eso de barrer. Ven, sígueme. Esa puerta de ahí da al salón. Al abrir la puerta, vemos que es una sala amplia, con varias cristaleras al fondo, un televisor de pantalla gigante y extra plano, dos caros sofás y una bonita alfombra en tonos rojizos. Al otro lado, hay un par de estanterías con algunos libros. Si te acercas podrás comprobar que la mayoría de ellos son libros de medicina, biología, química y vete tú a saber qué diablos más. Abrimos uno para comprobarlo y, mira, fórmulas, diagramas y gráficos totalmente incomprensibles para mí. Nunca he entendido como alguien puede estudiar todo esto y luego comprenderlo.

¿Te vas haciendo una idea? Bueno, si aún no has caído ya te lo digo yo. El hombre que vive en esta casa es uno de los investigadores más prestigiosos en su campo. Tiene un contrato tan blindado que no puede siquiera soñar con irse a trabajar a otro sitio. Hacerlo le costaría demasiado. Y eso en caso que le dejaran. El ejército americano no miraría con buenos ojos que tratara de marcharse. Bueno, ya te digo que, al menos hasta hoy, nunca se ha planteado dejar su trabajo. Disfruta con lo que hace y cree que es interesante. Y le pagan bien, por supuesto.

Vayamos a la cocina. Está a punto de llegar, ahora podremos conocerle. Mira, la cocina tiene los muebles de madera y mármol blanco. Las paredes también son blancas, como lo son las de todas las cocinas que conozco. Como ves, el fregadero tiene un montón de platos, cubiertos y vasos sin fregar. No podemos evitar recordar a la extravagante señora Nosferatu Tuckson, aunque esta cocina no es tan repugnante como aquella. En esta al menos da la impresión de que vive alguien. Alguien que no friega por costumbre.

De repente la puerta se abre y nos giramos hacia ella justo a tiempo para ver entrar a un hombre de unos treinta años, con un corte de pelo muy normal, empapado en sudor y miedo, con los ojos enloquecidos y la respiración jadeante. Lleva unos pantalones marrones y una camisa de seda negra. Aún lleva la bata del laboratorio. Con rapidez, cierra la puerta de un empujón y pone el pestillo, apretándose contra la puerta. Cierra los ojos. Está tratando de calmar su respiración. Tiene las llaves en la mano, y cuando cae en la cuenta, las mete en la cerradura y da dos vueltas a las llaves, encerrándose en la casa.

Después, levanta la mirada y echa un vistazo al pasillo. Sus ojos dan a entender que está aterrorizado, y el derecho lo tiene ligeramente inyectado en sangre. Se mira las manos, y es, en ese momento, cuando caemos en la cuenta de que su mano derecha, la que sujetaba las llaves, está manchada de sangre. Miramos hacia el llavero que aún cuelga de la cerradura. Es una figura en miniatura que representa al ídolo de muchos niños y no tan niños, el inquieto Bart Simpson. Su color es amarillento mezclado con el rojo brillante de la sangre.

Ahora que prestamos más atención al color rojo del líquido sanguíneo, observamos que la bata del hombre también tiene manchas de sangre, pero él no parece estar herido. En realidad esa sangre no es suya. Pertenece a su compañero de laboratorio que, debido a un corte profundo en la carótida, se ha desangrado en las manos de Kurt, a pesar de que este le ha aplicado un vendaje y realizado un torniquete digno del mejor médico. Dadas las condiciones. Para entonces, toda la base era una puta locura y las bajas se contaban por cientos.

Kurt echa a correr hacia su habitación sin previo aviso, apoyando la mano en la pared para darse impulso y dejando así una marca rojiza en forma de dedos. Corre, abre la puerta de un empujón y mira hacia la ventana. Está cerrada y con la persiana

medio bajada, y más allá puede ver el bosque que se extiende detrás de su casa. Kurt salta encima de la cama y se pega a la ventana. Apoya las manos en el cristal y mira hacia fuera. Apenas unos segundos.

Kurt se gira, sin percatarse de que ha dejado otra mancha de sangre en la ventana. Y si se ha percatado es que le importa bien poco. Baja la persiana hasta el límite, sumiendo la habitación en la oscuridad. Después, vuelve a saltar sobre la cama y aprieta un interruptor. El milagro que supone para la sociedad contemporánea la luz eléctrica ilumina la habitación mientras Kurt abre el armario y revuelve entre las cajas, tirando algunas al suelo y esparciendo así montones de papeles y ropa. Coge la caja metálica con el símbolo grabado en la tapa y la abre. Después, se vuelve hacia la cama y apoya la caja allí.

Le vemos quitarse la bata del laboratorio y tirarla en un rincón. Después de todo, ya no le sirve de nada. Coge las dos cajas de munición que acompañan al revólver y se las mete en los bolsillos. Después, coge el arma y saca el cargador. Lo mira, intentando recordar cómo tenía que introducir las balas. Mete la mano en el bolsillo y saca un puñado de balas.

Las manos le tiemblan, por lo que tarda casi un minuto y medio en cargar el arma, y después, se la coloca en la cintura, como hacen los policías de las películas. Entonces, vuelve a salir corriendo de la habitación y se detiene junto a la puerta del salón. La abre y mira hacia las cristaleras del fondo.

-Mierda - murmura. Y lo hace porque sabe que el cristal no resistirá una embestida.

Kurt vuelve a cerrar la puerta y se queda quieto un momento, pensativo. Después, abre la puerta de la cocina y entra. Se agacha delante de un mueble y lo abre. Al fondo hay una caja de herramientas, y eso es lo que él está buscando. La saca y la coloca a su lado. Con manos temblorosas y sanguinolentas, abre la caja y coge una pequeña bolsa de plástico llena de clavos y un martillo. Al levantarse se queda quieto mirando hacia la ventana de la cocina. Al otro lado no hay nada, más que bosque, un bosque que parece tranquilo y en paz. No hace falta ser demasiado inteligente para saber que Kurt está aterrorizado. Deja el martillo en la encimera junto al fregadero y baja la persiana hasta el tope.

Martillo en mano, sale una vez más al pasillo y mira hacia la puerta. Sigue cerrada, con Bart Simpson ensangrentado colgando de la cerradura y una marca en forma de largos dedos escurridizos y rojos en la pared. Kurt suelta el martillo y la bolsa de clavos junto a la puerta del salón y vuelve corriendo hasta su habitación. Nos cuesta seguirle el paso a este hombre, pero debemos acostumbrarnos si no queremos perdernos la acción; pronto, todo el mundo correrá.

Kurt agarra la esquina del colchón y lo levanta, a la vez que lo empuja hacia el fondo, tirándolo al suelo y dejando a la vista el somier, que está formado por finas

tablas de madera que conectan una parte con la otra. Kurt se agacha e intenta sacar una de las tablas, pero están metidas a presión, para que no se salgan tan fácilmente. Sin embargo, Kurt no cede en su empeño y, con un golpe fuerte, logra sacar la primera de las tablas. Después saca otras tres, las coge, y regresa corriendo al salón. Ya sabemos lo que va a hacer a continuación. Clavarlas a la puerta del salón para impedir que esta se abra desde el otro lado.

Esto empieza a ponerse interesante, pero no debemos olvidar que hemos dejado al resto del pueblo en standby. Volvamos.

3

Regresemos, por ejemplo, a Jason Fletcher, que observa el sangriento desenlace provocado por el accidente que ha tenido lugar en la glorieta del Rey justo delante del coche patrulla de Russell T. Dinner desde el asiento trasero, con la cara pegada a la ventanilla. Mientras tanto, Mark y Neville han tomado un desvío a la izquierda que les ha metido de lleno en la zona pija de Castle Hill y ahora se encuentran, en palabras del propio Mark, jodidamente perdidos.

-¿Por qué coño le ponen el mismo nombre a todas las putas calles? Todas son algo Road.

-¿Cuál buscamos?

-Motton Road.

Mark se está cabreando por momentos. No es solo el hecho de que ya lleven diez minutos de retraso, cosa que le crispa sobremanera, es esa puta manía moderna de hacer calles exactamente iguales, con nombres parecidos, para que ni siquiera los que viven en ellas sepan diferenciar una de otra y nadie pueda darte una puta indicación válida.

-¿Te has fijado en que todas las casas están cerradas a cal y canto? Parece un pueblo fantasma - murmura Neville.

-Porque son segundas residencias. De veraneo. Tenemos que ir hacia el pueblo, joder.

Mark gira el coche hacia la derecha, y toma una calle que baja por la ladera y les lleva en la dirección correcta. Mark echa un vistazo al reloj y frunce el ceño. Neville, a su lado, se mantiene en silencio. Puede sentir el enfado del hombre sentado junto a él como si fuera algo tangible, y prefiere no decir nada. Normalmente, en ese tipo de situaciones, le da por decir tonterías, para relajar el ambiente. Pero no conoce demasiado a Mark Gondry y no quiere causarle una sensación equivocada.

-Debería comprarme un puto GPS - asegura, entre dientes.

Neville sonrío y después señala más adelante. El pequeño hotel llamado Paradise Fall es un edificio de dos plantas que hace esquina. Es imposible que ninguno de

ellos lo sepa, puesto que no residen en Castle Hill, pero Paradise Fall está a menos de doscientos metros del Chester, por lo que muchos de los clientes de éste último suelen llevar a las chicas al hotel regentado por Dale McNamara.

-Muy bíblico - dice Neville.

-¿El qué?

-El nombre del hotel. Muy bíblico. Apocalíptico, incluso. Mark echa un vistazo al hotel y se encoge de hombros. En lo único que puede pensar es en el puto reloj y en lo tarde que están llegando. Un periodista que llega tarde nunca es un buen periodista. Y vale que la noticia que buscan es una entrevista del campeón mundial de dominó, pero eso no quita para que las cosas no tengan por qué hacerse bien. Así que, sin más preámbulos, Mark coge su chaqueta del asiento trasero, en un bolsillo lleva una grabadora y un bloc de notas con un bolígrafo, y sale del coche a toda prisa. Neville le sigue, con la cámara en la mano.

Mark empuja la puerta de cristal del hotel y entra en un amplio recibidor poco iluminado y ligeramente deprimente. El mostrador es de madera que, en algunas zonas, está desconchada, el suelo es de baldosas y, en las paredes, pintadas de color salmón, hay un par de cuadros con motivos marítimos.

Y no hay nadie.

Mark mira a su alrededor, extrañado. En el vestíbulo impera un silencio ligeramente opresivo. Sus pasos resuenan. Incluso el roce de sus ropas al moverse resuena. Mark se inclina sobre el mostrador, pero detrás no hay nadie.

-¿Qué coño? - pregunta, pero su voz suena tan fuerte que la baja de inmediato. Mira a Neville, que se encoge de hombros. Cuando habla lo hace casi en un susurro - ¿Dónde coño está la gente?

-¿Habías quedado aquí con el hombre?

Mark asiente, pero saca el bloc de notas del bolsillo de la chaqueta para comprobarlo. Lo abre y busca hasta encontrar la información.

-Paradise Fall, Motton Road. Richard Sawyer.

-Pues aquí no hay ni dios - responde Neville, encogiéndose de hombros-. Lo mismo hemos llegado pronto y todo.

Mark le señala con un dedo.

-Antes que él, vale. Pronto, no. Hemos llegado tarde.

Neville concede con un gesto y sale a la calle. Cuando la puerta se cierra a su espalda, Mark siente que el silencio del vestíbulo le oprime. Se siente como si se encontrara en un lugar embrujado, en una película de terror y, a sus espaldas, estuviera a punto de aparecer un fantasma. Prácticamente puede sentirlo y un escalofrío le recorre la espalda. Como mucha gente hace cuando tiene miedo y quiere alejarse, Mark suelta una carcajada. Por supuesto, todo eso es una estupidez. No hay fantasmas, no está en un colegio embrujado y seguramente el conserje no tardará en

regresar de donde sea que se encuentre, probablemente en el servicio.

De pequeño le aterrorizaban los fantasmas. No los monstruos u otros seres sobrenaturales. Lo que le daba auténtico pavor eran los fantasmas, porque podían encontrarse a tu lado y no verlos. A menudo tenía pesadillas con fantasmas como protagonistas y siempre se dormía con alguna luz encendida porque despertarse en la oscuridad total le aterrorizaba. Aún lo hacía. No le gustaba la oscuridad. No se daba cuenta de ello, o no le prestaba atención, pero Mark Gondry siempre dejaba encendida la luz del pasillo al irse a dormir.

Y sin embargo, le gustaría que el maldito vestíbulo no fuera tan silencioso. Le gustaría escuchar cualquier cosa, algo, lo que fuera, que le sirviera como indicio de que hay algo vivo en ese lugar además de él. No porque tenga miedo, se dice, pero le haría sentir mejor. Cualquier sonido. Cualquier cosa le valdría...

4

Como por ejemplo, el golpe de un martillo al clavar un clavo. Abandonemos un momento a Mark y rebobinemos de nuevo el tiempo para acompañar a Kurt un rato más. Está a punto de pasar algo. Y fíjate, ha trabajado rápido, porque ya ha clavado cuatro tablas que cruzan de lado a lado la puerta, de modo que, si alguien la empuja desde el otro lado no pueda abrirla.

Kurt, más sudoroso aún que antes, deja caer el martillo, cuyo mango está rojizo ahora, y se apoya un momento contra la pared, para recuperar el aliento. Está agotado. Pero tampoco se concede mucho tiempo de descanso. Se queda mirándose las manos, recordando cómo la sangre salía a borbotones del corte de Wally, cómo las manos de Wally se aferraban como garfios a su espalda y sus ojos se salían de las órbitas, gritando de dolor y pánico, mientras él y Sarah trataban de cortar la hemorragia...

-Oh, dios, Sarah...

Algunas lágrimas asoman entre sus ojos. Apoya la cabeza contra la pared y sorbe con la nariz, tratando de no llorar. Duele ver a un hombre como éste llorando de esta manera. Apartamos la mirada para dejarle solo en su sufrimiento, a pesar de que para él no contamos nada en absoluto. Ni siquiera estamos ahí con él.

Volvemos a mirar cuando lanza un puñetazo de furia a la pared. Ha dejado de llorar, aunque sus ojos se han enrojecido más aún. Se pasa la mano izquierda por la cara y empieza a caminar. Abre una puerta que nosotros, en nuestra anterior visita, pasamos de largo. Es el cuarto de baño, cuyas paredes son de color verde amarillento, casi como un limón. No tiene ventana. Pero tiene un gran espejo delante del grifo, y Kurt mete las manos debajo de un chorro de agua caliente mientras se mira en el espejo con ojos tristes, cansados y deprimidos. Recordar la escena del laboratorio

hace que sienta una punzada en el estómago. Casi le cuesta creer que lograra salir de allí con vida. No recuerda muy bien cómo lo logró. Recuerda a Sarah, llorando y chillando como una histérica, cuando finalmente Wally había dejado de luchar y se había rendido ante la muerte. Recordaba cómo la había sacado de la sala en la que estaban. Recordaba el pasillo medio a oscuras, con las luces de emergencia parpadeando pero sin sonar ninguna alarma. Recordaba cómo habían corrido, viendo...

Kurt sacude la cabeza y cierra el grifo. Al menos ha logrado quitarse la sangre de Wally de las manos. Se seca con la toalla, y en eso está cuando, de repente, un golpe sordo y el ruido de un cristal rompiéndose y cayendo a pedazos hace que él, tanto como nosotros, se sobrecoja. La toalla se le cae al suelo y, rápidamente, saca el arma de la cintura y corre hacia el pasillo. El ruido ha venido del salón, está seguro de eso. Ha sido una de las cristaleras. En silencio, maldice el día que se le ocurrió instalar la mierda de cristaleras de los cojones. Se detiene a un metro y medio de la puerta y apunta el arma hacia allí. Su respiración es entrecortada y le tiembla tanto la mano que ha de sujetársela con la otra.

Todo permanece en silencio durante un momento. Kurt empieza a bajar el arma, pensando que tal vez se lo haya imaginado, tal vez es alguna clase de recuerdo sonoro y digno de pesadilla de la huída del laboratorio. Tal vez no haya nada al otro lado de... Un fuerte golpe contra la puerta hace que Kurt suelte un grito y apriete sin querer el gatillo. El trueno del arma le ensordece durante unos instantes, la mano en que sostiene el arma, debido al retroceso, pega una violenta sacudida hacia atrás, con fuerza suficiente para dislocarle el brazo pero sin hacerlo, por suerte. La bala se estrella contra el techo y hace caer pedazos de pintura y cemento.

Al tiempo que traga saliva, aterrorizado, Kurt mira hacia el techo, pero vuelve a bajar la vista casi de inmediato. Nosotros miramos también. El boquete que ha hecho es la mitad de ancho que un CD de música y de hondo unos cinco centímetros.

Kurt vuelve a apuntar a la puerta. Podemos notar que está cagado de miedo y suda como nunca antes lo ha hecho. Su respiración se ha acelerado a un ritmo casi imposible y el cuerpo le tiembla como si fuera de gelatina. El segundo golpe no se hace esperar. Kurt vuelve a gritar, pero consigue evitar que su dedo apriete el gatillo esta vez. Parece como si alguien quisiera tirar la puerta abajo. El tercer golpe es más fuerte y hace saltar una de las tablas que ha clavado Kurt, que cae al suelo con un ruido sordo.

-¡No! - grita Kurt - ¡Fuera! - su voz se convierte en un susurro - por favor, fuera... fuera...

Después, se escucha otro fuerte golpe de algo al ser derribado. Probablemente la estantería. Kurt chilla al mismo tiempo que el golpe hace estremecerse la puerta, y retrocede hasta chocar su espalda contra la pared. Los dientes han empezado a

castañearle. Otro ruido, como de algo que reventara al otro lado de la puerta, y pequeños cristales. El televisor. Y otro golpe, de algo rompiéndose. Y más cristales. Y más pasos, como si en vez de una, fueran dos las personas que corren al otro lado de la puerta. Dos personas con muchas ganas de cruzar al lado en que está Kurt. El golpe contra la puerta es más potente aún, y podemos oír como cruje, dolorida, la madera. De repente, otro ruido, aún más aterrador, como de uñas arañando, buscando la forma de atravesar la madera y cruzar. Arañando la puerta. La pistola en la mano de Kurt tiembla de forma incontenible. De pronto, otro golpe a la derecha de Kurt hace que este vuelva a gritar y pegue un brinco. Mira hacia la puerta de entrada. Bart Simpson aún se balancea por el golpe. Otro golpe, esta vez contra la puerta del salón, que vuelve a crujir, y uno más contra la puerta de entrada. Más arañazos. Y gemidos. También oye los gemidos, y eso es probablemente lo más aterrador de todo. Esos gemidos.

Kurt retrocede hasta la puerta de su habitación y agarra el pomo. No lo hace para cerrar la puerta ni para sentirse más seguro, sino para ver si consigue dejar de temblar. De nuevo, otro golpe, primero en el salón, después contra la puerta de entrada. Bart Simpson se balancea de nuevo y mira a Kurt con los ojos manchados de sangre y una sonrisa en el rostro, como diciéndole que pronto será él el que tenga sangre en la cara.

Kurt traga saliva y cierra la puerta, quedándose encerrado en su propia habitación. Apoya la espalda contra la puerta y mira a su alrededor, sorbiéndose la nariz. Sigue escuchando los terribles golpes contra ambas puertas, pero suenan más lejanos. Kurt se gira hacia el armario, se coloca al otro lado, apoya todo su peso sobre él y, haciendo un esfuerzo terrible, lo empuja hasta bloquear la puerta con su peso. Al hacerlo, se le marcan en el cuello todas las venas y tendones. Después, se gira hacia el otro armario que tiene, este es más pequeño pero lo suficientemente grande para lo que quiere, y resopla, cansado. Coge el somier de la cama y lo aparta hacia donde estaba el armario que acaba de desplazar. Después, coge el colchón y lo tira hacia el mismo sitio. Lo que hace a continuación es evidente. Empieza a empujar el armario hacia la ventana. No tarda más de un minuto, pero durante ese tiempo, se escuchan varios golpes terribles contra las otras puertas, y es un minuto que se nos hace eterno.

Después Kurt hace lo único que le queda por hacer. Se sienta en el colchón y se tapa los oídos con ambas manos. Está llorando y las lágrimas resbalan por toda su mejilla. También tiembla como un chiquillo. Sigue sosteniendo el arma en la mano derecha, pero ya no parece tan amenazadora. No en esas manos temblorosas.

del día en un simple hotel de pueblo y está a punto de salir a la calle a acompañar a Neville, cuando oye algo a su izquierda, apenas un susurro que le pone toda la piel de gallina. Mark se gira hacia allí, y está a punto de gritar al ver a la niña pequeña que le observa con los grandes ojos azules abiertos de par en par. Está de pie, a unos metros de él, mirándole. Lleva un vestido de nido de abeja de color malva y el pelo, rubio, en dos trenzas a ambos lados de la cabeza.

-Ey, pequeña - dice, con su corazón aún sobresaltado por el susto.

La niña no contesta. Le mira, y por un momento, Mark tiene tiempo de pensar en todos los niños fantasmales y malignos que han poblado series y películas de televisión. Traga saliva sin darse cuenta de que lo hace. Entonces se da cuenta de que la niña tiene la cara sucia y los ojos enrojecidos por haber llorado. Y su expresión es de tristeza. O de dolor. Los niños a veces mezclan expresiones y las cruzan. Mark se agacha junto a ella.

-¿Qué te ha pasado? - pregunta, tratando de parecer amistoso.

-Mamá siempre me dice que no hable con extraños.

Mark asiente.

-Es un buen consejo. Nunca debes hablar con extraños ni aceptar nada de ellos. Me llamo Mark Gondry, y soy periodista. Encantado.

Le tiende la mano. La niña se la mira, con esa suspicacia de la que solo son capaces los ojos de un niño. Extiende su pequeña mano con delicadeza hacia la de Mark.

-¿Ves? Ya no soy un extraño. ¿Cómo te llamas, pequeña?

-Paula - responde ella-¿Qué es un periodista?

-Periodista - corrige él-. Son los que escriben las noticias para los periódicos o para la televisión.

-Aaaaah - Paula asiente con la cabeza, comprendiendo. Mark se fija en que tiene la cara llena de pecas, lo que le confiere cierto aura de dulzura, y una de sus rodillas está manchada de barro.

-¿Lloras porque te has caído? - le pregunta, señalando la rodilla.

Paula duda un momento. Después asiente enérgica con la cabeza.

-Kieran Probst me ha empujado. Es un niño muy malo - asegura, frunciendo el ceño - siempre le regaña el profe. Su papá es el dueño del periódico de aquí.

-¿Ah, sí? - Mark sonríe - ¿Y no deberías estar en clase, Paula?

-Hoy no tenemos clase. El profe se puso malo, de pediticis.

-La pediticis es muy dolorosa - asegura Mark, aguantando la risa - Solo que se dice apendicitis, pero no pasa nada.

En ese momento, la puerta de la calle se abre. Neville entra de nuevo y sonríe al ver a Mark agachado frente a la niña.

-No veas el calor que hace ahí fuera - dice-. El tiempo se ha vuelto loco con toda

esa cosa del cambio climático. Estamos en primavera, por dios.

-Paula - dice Mark, levantándose y señalando a Neville - Éste es mi compañero Neville.

-¿Eso es un nombre? - pregunta ella.

-Mi apellido. No suelo decirle mi nombre a nadie.

-¿Por qué?

-No me gusta.

-¿Por qué?

Neville se encoge de hombros.

-Vamos a hacer una cosa. Te diré mi nombre si me ayudas con una cosa.

Paula abre los ojos, intrigada, y mira a Mark, como buscando aprobación. Este asiente, y la niña le imita, mirando a Neville.

-Verás, hemos venido aquí a buscar a un hombre, el señor Richard Sawyer. ¿Le conoces?

-El señor Sawyer. Sí.

-¿Sabes dónde está? ¿Le has visto?

Paula niega con la cabeza. Sus coletas se mueven hacia ambos lados con fuerza. Mark le pasa la mano por la cabeza, en un gesto de cariño.

-¿Y sabes si hay alguien que atienda en este hotel, o eres tú la jefa?

La idea de que ella pudiera ser la jefa le hace gracia a la niña, que se echa a reír. Neville mira a Mark con una sonrisa.

-El señor McMamara. No, - se corrige a sí misma y lo repite de forma lenta, cuidando de pronunciar cada sílaba - McNamara. Eso es.

-¿Y sabes dónde está el señor McNamara?

Paula vuelve a negar con la cabeza. Las coletas vuelven a zarandearse hacia los lados.

-Pero le he visto salir. Iba con otro hombre... ¡el señor Sawyer! ¡Era el señor Sawyer! Sí, iban a ver un cidente.

-¿Un cliente? - Mark la mira extrañado.

-No, no. Un accidente - repite la niña, pronunciando con claridad - así que yo he entrado para usar el servicio porque tenía ganas de hacer.. -le da vergüenza lo que ha estado a punto de decir y se lleva la mano a la boca.

Mark mira a Neville.

-Si han ido al túnel a ver el accidente, tardarán un buen rato. Es lo que tienen los pueblos, ¿no? Todo es noticia - añade con tono burlón.

Ni Mark ni Neville, y mucho menos la pequeña Paula, tienen forma de saberlo, pero McNamara y Sawyer no han ido al túnel. Ambos estaban hablando en la puerta del hotel y han escuchado claramente el accidente que ha tenido lugar en la plaza del Rey. Allí es dónde se han dirigido. En realidad, ni Mark ni Neville, y mucho menos

Paula, tienen manera alguna de saber que, en algunas zonas de Castle Hill, las cosas ya han empezado a desmadrarse. Si se hubieran encontrado en la calle, tal vez habrían escuchado los disparos lanzados en la plaza del Rey, aunque también es cierto que podrían haberlos confundido con petardos, como hizo demasiada gente en el pueblo. Por desgracia, muchos jóvenes utilizaban el Callejón de La Rosa para jugar con petardos y ese tipo de sonidos, en esa zona del pueblo, eran de sobra conocidos. Y allá en el túnel, a estas horas, Zack Thurston ya está muerto. Pero no pueden saberlo.

Mark le revuelve otra vez el pelo a la pequeña Paula, que de repente alarga la mano y le coge la suya. Mark la mira con asombro. Y el pensamiento que le cruza la cabeza es sencillo: Paula es un nombre bonito. Tal vez, incluso más que Sharon.

-¿Dónde están tus padres? - pregunta Mark.

Paula le mira, levantando la cara hacia él.

-Papá en el trabajo. Mamá en la plaza del rey. Pero me da miedo ir.

-¿Por qué?

La niña frunce el ceño.

-Kieran Probst está por ahí, y si me ve seguro que vuelve a empujarme. ¡Es un niño muy malo!

-Si veo al tal Kieran Probst le voy a dar una patada en el culo - asegura Mark, y ella se echa a reír.

Pero nunca tendrá la oportunidad de hacerlo. Kieran Probst ha sido de los primeros en morir. En ese momento, las tripas de Kieran es un chico muy malo Probst se encuentran esparcidas por la acera, cerca del quiosco de Stan Marshall, a donde se dirigía para comprar chucherías. Su bicicleta está tirada de cualquier manera junto a él, salpicada de sangre.

Mark se da cuenta de que es la segunda vez en el día que piensa en la posibilidad de tener hijos. Y, mirando a Paula, una niña que le resulta preciosa, dulce y hermosa, se pregunta si sería capaz. Nunca ha sentido la llamada de la paternidad, y se pregunta si podría tener algo más serio que un lío de oficina con Karen. Ella es hermosa, joven y agradable. Puede que él fuera algo mayor para ser padre, pero Karen se encontraba en una edad perfecta. Nunca habían hablado del tema, por supuesto. Pero Karen le gusta. Bastante, además. Se pregunta, por primera vez, si podría gustarle lo suficiente como para pasar con ella el resto de su vida, y se responde al instante que sí. Y se sorprende. Es la primera vez en su vida que siente eso sin que le abrume el peso de la responsabilidad o la edad. Lo único que siente es una sensación de vacío en el estómago, como de angustia, solo que no está angustiado. Una sonrisa le asoma a la comisura de los labios. Quién lo iba a decir. Mark Gondry, el eterno soltero que huía de las relaciones como huiría de la peste, enamorado y dispuesto a pasar su vida con una mujer. Se sorprende, sí, pero también

le asusta.

Le gustaría saber qué pensaría de todo eso Karen. A fin de cuentas, ella era la otra parte implicada en esa historia.

-Girando la esquina hay un bar. Podríamos esperar ahí - propone Neville.

Mark se encoge de hombros.

-¿Y tú qué vas a hacer? - le pregunta a Paula.

-Voy a llamar a mi mamá y que venga a buscarme. No quiero cruzarme con Kieran Probst.

Mark saca el móvil del bolsillo y se lo enseña a Paula. La niña sonríe, una sonrisa maravillosa y llena de dicha, y recita de memoria el número de teléfono de su madre. Mark marca y se lleva el teléfono al oído. Escucha el primer tono. Se dice que invitará a Karen a cenar en cuanto regrese a la ciudad al día siguiente. Escucha el segundo tono. Tal vez le compre un ramo de rosas y pida un buen vino. Escucha el tercer tono. Abrirá su corazón después del segundo plato, tal vez espere al postre y, si de algo está seguro, es de que pasará toda la cena temblando de nervios. Después del cuarto tono la llamada se corta. Mark mira el teléfono y niega con la cabeza.

-No responde.

Paula se encoge de hombros.

-Papá siempre dice que mamá lleva el teléfono de adorno y se enfada con ella porque nunca se entera de las llamadas.

Neville suelta una carcajada.

-Conozco a más de una mujer así - asegura.

-¿Y ahora qué hacemos?-le pregunta Mark a Paula.

Ella vuelve a encoger los hombros. Mark mira a Neville, interrogante, y el chico repite el gesto de la niña.

-Tendré que ir yo sola - dice, solemne - y espero no encontrarme con Kieran Probst. Es un niño muy malo.

-Bueno - dice Mark, y siente una punzada de tristeza por separarse de la niña-. Pues ha sido un verdadero placer conocerte, Paula.

Paula encoge los hombros de nuevo. Los tres se dirigen a la calle. Al abrir la puerta de cristal, Mark siente la bofetada de calor del exterior. No se había dado cuenta de lo agradable que era el vestíbulo.

-Qué calor - dice Paula, que ahora se encuentra entre ambos-. Apetece un refresco.

Mark y Neville sueltan una carcajada con la ocurrencia de la niña, que les mira sin comprender. Mark le revuelve el pelo una vez más, con cariño.

-Yo te invito a uno. Y, de paso, podemos llamar otra vez a tu madre. Tampoco me hace mucha gracia que una niña tan pequeña como tú ande sola por la calle.

-No soy pequeña - refunfuña Paula, cogiendo a Mark de la mano y a Neville de la

otra.

Mark suelta una risa. Neville sonríe, pero parece preocupado. Mark le mira, tratando de averiguar qu e le ocurre. Los tres echan a andar y giran en la esquina. A unos cien metros se puede ver el cartel de un bar en letras de neón que ahora están apagadas. Chester. Caminan hacia all .

- Qu  piensas, Neville?

Neville le mira, y cuando habla lo hace sin ser claro, pero señalando con la cabeza a la niña que camina entre ambos.

-A mí también me cae muy bien y s  que somos buenas personas, pero la gente de este pueblo podría interpretar esto de otra manera.

Mark no lo había pensado, pero lo cierto es que son dos extraños cogiendo de las manos a una niña pequeña. Se pregunta qué ocurriría si aparecía algún adulto y reconocía a la niña. Se pregunta qué pensaría él si aquella fuera su hija y se la encontrara caminando de la mano de dos desconocidos. Se dice que, para empezar, él no dejaría a una niña tan pequeña deambular a sus anchas, por muy pequeño que fuera el pueblo. Los Kieran Probst de este mundo no eran los que le daban miedo, de todas formas.

-Y además - añade Neville - creo que esta tarde lloverá.

Mark mira al cielo. Es cierto que han empezado a aparecer nubes, pero a él no le da la impresión de que vaya a llover.

-Me tienes que decir tu nombre - dice Paula, mirando a Neville con esos grandes ojos.

-Solo si prometes no re rte.

La niña le suelta la mano a Neville y hace una cruz sobre su pecho con los dedos.

-Lo prometo.

-Me llamo Donald, como el pato.

Paula se llevó la mano a la boca, para intentar no reírse. Neville sonríe y pone los ojos en blanco al tiempo que se encoge de hombros. Paula mira a Mark.

- Se llama Donald, como el pato Donald! - exclama, risueña.

Mark se ríe, y así, riendo y mirando a la niña, empuja la puerta del Chester y entra. Neville lo hace apenas unos segundos después, pero él no est  mirando a Paula y comprende en qué tipo de bar se han metido en cuanto la puerta se cierra detrás de él. Se queda quieto, junto a la puerta, paralizado por el asombro.

-Eh... Mark...

Mark no le escucha. Está diciéndole algo a Paula, y ella ríe, alegre. Neville se fija en que hay un par de mujeres sentadas en una zona de sillones, y les miran, entre divertidas y asombradas. En la barra hay dos hombres, uno delante y otro detrás de la barra. Ambos les miran, también. Neville corre hacia Mark y la niña.

- Qu  quieres tomar t ? - le pregunta Mark, antes de que él tenga la ocasión de

abrir la boca.

-Eh, Mark, creo que este no es el sitio apropiado para ella.

Mark tuerce el gesto, no entiende a qué se refiere.

-¿Está usted loco o qué? Este no es lugar para una niña pequeña.

Mark gira la cabeza hacia la barra. Bulldog se ha plantado delante de él y tiene los brazos cruzados sobre el pecho. Mark sigue sin comprender, y gira la cabeza para mirar el resto del bar. La comprensión llega a él en el mismo momento en que todos los presentes escuchan con claridad la voz de Paula.

-¡Hala! ¿Por qué esa mujer va en bragas?

Mark abre los ojos por la sorpresa. En seguida, coge a Paula en brazos y le tapa la cara. Sus mejillas se han sonrojado por la vergüenza. Mira a Bulldog.

-Lo siento. Yo... no sabía.

Bulldog menea la cabeza. Más allá, la risa cascada de Richard Jewel hace que las mejillas de Mark se enciendan aún más. A Neville le entran ganas de reír también, pero no lo hace porque siente el peso de la vergüenza sobre él. Se gira hacia la salida, con Mark a su lado y Paula en brazos de Mark, cuando la puerta se abre de golpe y una figura de mujer asoma al otro lado.

Mark está demasiado azorado para darse cuenta, Paula tiene la cara tapada por la mano de Mark, nunca nadie ha conocido a Richard Jewel por ser el más avisado del lugar, Bulldog está meneando la cabeza y no aparta la mirada de Mark, las dos mujeres que están en la zona de los sillones están cuchicheando entre sí... así que es Neville el único que se da cuenta en un primer momento de que la mujer que se encuentra en la puerta tiene una herida en el cuello y toda su ropa está manchada de sangre. También tiene la cabeza ladeada y uno de sus brazos, el izquierdo, cuelga inerte junto a su cuerpo. Por esa razón, es el primero en hablar.

-¡Dios santo! - exclama-. ¿Está usted bien?

En apenas unos segundos, todos los presentes en el Chester fijan su mirada en la mujer de la puerta. Pero ha sido Neville el primero en hablar, y es a él a quien mira ella. Apenas unos segundos. Y después, se lanza a la carrera a por él.

6

Volvamos con Kurt. Como puedes observar, los ruidos han cesado. O ya han conseguido derribar alguna de las dos puertas o han cejado en el empeño. Kurt sigue sentado en el colchón tirado en el suelo. La pistola está junto a su pierna, y él tiene la mirada perdida entre las diferentes tetas de mujer que pueblan su pared. Pero no está viendo tetas. Si observas su mirada, verás que realmente la tiene perdida, como si pudiera traspasar la pared y ver más allá. Había una película antigua, el hombre con rayos X en los ojos. ¿La viste? Era curiosa. Como puedes suponer iba de un hombre

que, debido a un experimento, tiene rayos X en los ojos y puede ver a través de las cosas. El final de la película en la iglesia es alucinante.

Pero Kurt no tiene rayos X en los ojos, como puedes suponer. Ni está mirando a través de la pared. Simplemente, no está mirando. Tiene la mente ocupada con recuerdos que le impiden pensar en las enormes tetas de esa modelo. Que, por cierto, vaya tanga tan pequeño.

Bueno, centrémonos, que se nos va el santo al cielo. Acompañemos a Kurt por ese viaje a través de su cerebro y sus recuerdos.

Wally, tapándose la pierna con las manos, sin poder contener un chorro de sangre que salta entre sus dedos como si fuera un surtidor, poniendo perdidos los ordenadores, un montón de papeles llenos de notas, la mesa, la foto de la mujer de Wally y parte del suelo. La puerta cerrándose herméticamente a su espalda. Los controles de seguridad del laboratorio son extremos. Antes de cruzar una puerta debes hacer pasar tu tarjeta de identificación por una ranura, y, en algunas zonas, meter después un código secreto que cambia cada semana y que ninguno de los empleados debe olvidar nunca. Además, en la entrada pasas por delante de dos controles vigilados por soldados armados antes de tener acceso al interior. Y todo el recinto está lleno de cámaras de vigilancia que muestran hasta el último hueco y de más soldados que patrullan por los pasillos. Soldados como Morris Ames, que es el primero en morir.

Wally, gritando y tratando de agarrarse a la mesa con una mano, resbalando en su sangre y cayendo al suelo. Sarah, soltando un grito de terror. El mismo Kurt, llevándose las manos a la boca, sorprendido e incapaz de hacer nada durante los primeros cinco segundos, hasta que, de repente, las luces, ordenadores y máquina se apagan con un plop inaudible, sumiéndoles en una oscuridad solo rasgada por los chillidos inhumanos de Wally, que está empezando a morir.

Un momento después, las luces de emergencia se encienden, sumiéndolo todo en una oscuridad anaranjada que lo tiñe todo con un cierto toque surrealista. Kurt y Sarah que corren hacia Wally y tratan de ayudarlo, de cortar la hemorragia, y Kurt hace lo que puede, le coloca una venda y le hace un torniquete, sabiendo que no va a servir de nada si no le sacan de allí inmediatamente. Si tiene la carótida seccionada no hay-mucho- que hacer.

Coge el teléfono, trata de llamar a control, pero la línea está colapsada o cortada o bloqueada, el caso es que no funciona, y Wally empieza a susurrar, mientras los ojos se le cierran y Sarah le acuna la cabeza. Kurt le grita que no debe dormirse, que no puede dormirse y tiene que mantenerse despierto. Le da miedo salir. Le da miedo salir y lo que pueda haber fuera. Aquella habitación es segura, al menos de momento. Al menos hasta que Wally muera.

Los siguientes quince minutos son eternos. La agonía de Wally no se alarga

mucho más. Sus susurros se convierten en murmullos y después en pequeños hilos mientras sus ojos empiezan a ponerse blancos. Sarah y Kurt tratan de despertarlo, pero no pueden hacer nada porque saben que se está muriendo.

Y después, Wally está muerto, y Sarah histérica, gritando que tienen que salir de allí, que no puede soportarlo. Kurt trata de convencerla, quiere pegarle una bofetada, como en las películas, cuando alguien se pone histérico y otro le pega un cachete para tranquilizarlo. Pero Kurt no es capaz de hacerlo, y accede a salir de allí. Tampoco quiere quedarse en la sala porque Wally ya ha empezado a tener espasmos en las piernas. Esa cosa es rápida.

Marca el número de seguridad en el teclado y abre la puerta. Se asoma al pasillo, con Sarah hablando detrás e instándole a marcharse de allí rápido. No hay nada en el pasillo, tan solo más de esa oscuridad anaranjada. A lo lejos se oyen algunos ruidos e incluso gritos. Salen al pasillo. Escuchan más ruidos, todos ellos lejanos, pero Kurt sabe muy bien lo que son. Disparos. Porque la cosa ya se ha descontrolado lo suficiente para que sea imposible pararlo. Aún no lo saben, y piensan que los soldados lograrán detener la catástrofe antes de que se les vaya de las manos.

Cogidos de la mano, echan a correr por el pasillo.

Kurt pega un respingo y vuelve a la realidad. Delante de él hay tetas de mujeres, tetas de papel. Encima, un cartel de La isla del Doctor Moreau. Está sentado sobre un colchón que está tirado en el suelo y tiene una pistola a su lado. A la derecha tiene un armario bloqueando la ventana, y a la izquierda un somier con cuatro tablas de menos y otro armario taponando la puerta.

Esa es la situación. Y que baje dios y lo vea si Kurt tiene la menor idea de qué coño va a hacer a continuación. Fija la mirada en la bata hecha una maraña en la esquina y se lleva las manos a la cabeza.

-Dios mío - dice - ¿dónde está el ejército cuando se le necesita?

7

Déjame que te muestre algunas cosas, cosas que deberías ver, cosas que ocurren antes que el accidente de coche que tiene lugar en la plaza del Rey, mientras Mark y Neville aún se encuentran perdidos en la zona pija de Castle Hill buscando Motton Road y el hotel donde han quedado con el campeón mundial de dominó, cosas que ocurren mientras, pasado el túnel que cruza la montaña sobre la que puede gozarse de una magnífica vista del pueblo, Patrick Flanagan y Zack Thurston ayudan a Duck Motton y su ayudante a colocar a la mujer del Nissan en una camilla.

Dolores Fletcher está tumbada en la cama y, pese a que la temperatura es buena, está tapada con las sábanas y la manta hasta la barbilla. Ahora tiene los ojos cerrados, pero hace muy poco que se ha dormido. El Doctor Morrison le ha dado un sedante y

ahora les está explicando a sus hermanas Sandra y Eliza lo que tendrán que hacer cuando se despierte. Dolores Fletcher vive frente a los juzgados, así que no debe extrañarte ver a Carrie tan pronto aquí. Ha subido en cuanto el coche conducido por Russell T. Dinner se ha llevado a Jason Fletcher en el asiento trasero.

Dolores sufrió una crisis de ansiedad durante el juicio. Carrie comprende el dolor que siente la mujer, porque Jason es su único hijo y le quiere más que a todas las cosas del universo. Él es su vida.

Y ahora la va a pasar entre rejas.

Carrie piensa que debe ser muy duro para Dolores, si ya es duro para ella misma. Ella ama a Jason Fletcher. Le comprende. Es el sedante de Jason. Con ella, Jason es una persona que ningún otro habitante de Castle Hill reconocería. Y ella se siente llena cuando está con él.

Ahora le falta.

Hay un hueco en su estómago. Las lágrimas vertidas esa tarde son producto de ese ciego amor, y han sido todas verdaderas. Se siente vacía y sucia. Piensa que tal vez hay algo más que ella podría haber hecho para salvarle, aunque internamente sabe que no. Todo estaba en contra de Jason.

Por culpa de Brad Blueman.

Ese hijo de la gran puta.

-Creo que ya puedo irme - dice el doctor Morrison. Es un hombre de unos setenta años, de pelo canoso y ojos verdes que, aún en esa senectud, son hermosos como esmeraldas. Viste un traje marrón, chapado a la antigua, con una camisa a rayas verdes y negras. Hace rato que se quitó la corbata y la guardó en su maletín de médico.

-Muchas gracias, doctor.

Carrie oye la voz de Sandra al despedirse del doctor Morrison como si estuviera bajo el agua, metida en una burbuja. O en otro planeta.

-Si sufre una recaída, o se levanta agitada, he dejado calmantes en la mesita de noche. Y cualquier cosa, llámame.

Un momento después, el doctor se ha ido. Carrie se dirige a la cocina, como en sueños. La seguimos porque ella y lo que pueda hacer ella es más interesante que ver dormir y respirar a la señora Fletcher, ¿no crees? Carrie abre un armario, puede comprobar que se desenvuelve en esa casa como si fuera la suya propia, lo cual es fácil de entender, vista la relación que mantiene con Jason y con su madre, y saca un vaso. Esto nos hace recordar a Elvira Tuckson. Fue la primera persona a la que visitamos hoy y cuando la dejamos estaba subiendo las escaleras hacia su maloliente segundo piso con un vaso en la mano.

Evidentemente, Carrie quiere el vaso para darle un uso normal y racional. Abre el grifo, lo llena de agua y bebe. Después, deja el vaso en la pila y sale de la cocina. En

el camino de vuelta al dormitorio donde descansa la madre de su chico, se detiene. Mira hacia la puerta que se encuentra a su derecha con los ojos enjuagados en lágrimas. Es la puerta de la habitación de Jason. Sintiendo que la embargan recuerdos y que empieza a llenarse de tristeza, coge el pomo y abre la puerta.

La habitación está como siempre la ha visto y tal y como la recuerda. Hay ropa por el suelo, todo está lleno de pósters y pegatinas, libros y papeles. Carrie entra en la habitación y se sienta en la cama en la que tantas otras veces ha estado sentada y tumbada, desnuda y vestida. Sin preocuparse de quitarse las botas, Carrie se tumba en la cama y mira hacia arriba. En el techo hay un póster que se conoce de memoria. Arnold Schwarzenegger montado en una Harley, con una escopeta en la mano. Terminator 2, el juicio final. No es nada personal, dice. Si pillara a Brad Blueman vería si era o no personal.

Su orgasmo más fuerte lo había tenido en esa misma cama, tumbada boca arriba, con Jason encima. Un momento estaba mirando a Arnold Schwarzenegger y jadeando al oído de Jason, y al momento siguiente se había estremecido, todos los pelos de su cuerpo se le habían erizado, cualquier roce con su piel multiplicaba su sensación por siete. Algo había estallado allí abajo, y se había abrazado a Jason, que mientras tanto se movía delante y atrás y la besaba en el cuello. Había clavado sus uñas en la espalda de Jason, no adrede, sino porque aquello estaba siendo maravilloso. No era una mera explosión de placer, como las que con Jason eran cosa habitual y se agradecían. Había sido la bomba atómica del placer.

Había gritado.

Ella nunca gritaba mientras hacían el amor. Salvo aquel día. Porque había sido... fantástico. Después se habían quedado tumbados en la cama, abrazados, ella con la cabeza sobre el pecho de él, temblorosa y sintiendo escalofríos. Jason se reía, y le besaba en la cabeza. Le oía latir el corazón. Él se había quedado a media faena, pero para ella era imposible continuar, así, en ese estado. Su cuerpo se había relajado de tal manera que mover la mano ya significaba una tarea de titanes.

Pero a Jason no le había importado. Porque Jason disfrutaba mirándola, viendo como jadeaba aún después de cinco minutos. Le miraba con una sonrisa y ella se sonrojaba.

Carrie aparta la vista de Terminator y se gira para tumbarse sobre el perfil, de cara a la mesita de noche de Jason. Sobre ella hay un despertador con grandes números luminosos y rojos, un vaso vacío - esa era una de las pequeñas manías de Jason, antes de irse a dormir se colocaba al alcance de la mano un vaso lleno de agua para poder beber si le entraba sed en la noche - y un par de discos. Lee los títulos. La banda sonora de El último mohicano y el último de ACDC.

Alarga la mano y abre el primer cajón. Jason nunca le dejaba abrir sus cajones. Tampoco ella lo intentaba de veras. Sabía que, si algún día lo necesitara de verdad,

Jason le invitaría a abrirlos. Nunca habían tenido nada que ocultar.

Encima de todo, dos cajas de preservativos. Una normal, la otra de sabores. Les gustaban los de sabores. Venían bien para practicar sexo oral dejando buen sabor de boca. Es obvio el uso que podía darle ella, pero también era bueno para Jason, porque podían hacerlo y el sabor se quedaba en el sexo de ella, de manera que luego él podía... bueno, eso es algo que todos sabemos.

Carrie aparta a un lado ambas cajas y, sin levantarse de la cama, tantea en el interior del cajón. Saca una pequeña caja de madera, sin distintivos ni pegatinas por fuera. Frunce el ceño. Por un momento, duda si debería o no abrirla, y aunque nosotros deseamos que lo haga, porque queremos saber qué contiene, como ya te advertí al principio, no podemos intervenir.

Ella duda. Jason se enfadaría si ella rebuscara sin su permiso. Por un momento, su brazo va a devolver la caja a su sitio, pero luego se dice que no tienen nada que esconder, y abre la caja. Lo primero que ve es una goma para el pelo de color rojo, con una pequeña imperfección en forma de uve de color verde.

La boca de Carrie se abre mostrando todos sus dientes y su asombro. Recuerda esa goma. Sabe de quién es esa goma. Aunque hace más de dos años que no la ve. Porque esa goma era suya. Y la llevaba puesta el primer día que ella y Jason se liaron. Hacía menos de una semana que se conocían, y habían hablado como mucho quince minutos en total. Había una fiesta en un solar que hay por la zona pija de Castle Hill, un solar que se encuentra antes de llegar al Mirador, donde se pensaba construir un complejo de chalets, piscina, campo de golf y de tenis, etc. Algo le debió salir mal a la compañía que llevaba el proyecto, pero el caso es que nunca se llegó a construir dicho complejo.

Se quedó en solar, un lugar lleno de cascotes, cristales y basura de toda clase donde muchos críos de entre trece y veinte años se reunían para beber alcohol antes de salir de fiesta. Un botellón.

Allí coincidieron Carrie y Jason. Estaban con sus respectivos grupos de amigos, todos con bolsas de plástico que contenían diferentes botellas, con vasos de plástico y hielos. Carrie puede hasta recordar lo que bebían ambos. Ron con cola él. Malibú con piña ella.

Empezaron a hablar por casualidad, porque él estaba preparando un cubata y ella fue a pedir un vaso. Él se lo dio. Y después le preguntó cómo le habían salido los exámenes. Ella contestó que muy mal, que probablemente le quedara una. Él se echó a reír, y ella se molestó, creyendo que se burlaba de ella.

Carrie lo recuerda todo como si hubiera sucedido ayer o hace unas horas. Y nosotros podemos comprobar que las lágrimas vuelven a resbalar por sus mejillas y empapan las sábanas.

-No, no, no me río de ti - le había dicho él, bebiendo un trago y haciendo un gesto

- lo he cargado demasiado - y se echó más refresco-. Me río porque tú crees que te han salido mal porque suspendes una. Para mi suspender una es el paraíso. Creo que me quedan seis.

-¿Seis? - había preguntado ella, extrañada.

Él había asentido. Y se habían quedado hablando y bebiendo juntos. Y para cuando todos empezaron a irse de fiesta, a los bares, ya estaban bastante bebidos y, de repente, los labios de ambos estaban fundidos en un beso. Se tambaleaban. Y poco más tarde estaban en el mirador, haciendo el amor.

Aunque, para lo que fue aquel día, sería más correcto decir que practicaron sexo. Tres veces.

Sin ninguna satisfacción especial para ninguno de los dos. Y después, tumbados allí, entre los arbustos, a medio vestir, bajo la luz de la luna llena y un cielo totalmente claro y estrellado, él le había preguntado qué iba a pasar después. Y ella había dicho que probablemente nada, que cuando se levantaran por la mañana, no habría nada y todo seguiría igual que antes.

Y así fue. Pero cuando se levantaron para irse del mirador, ella sintió su pelo suelto, por entonces más largo, y se giró para buscar su goma por el suelo. Era roja y con una imperfección en forma de uve de color verde. Le pidió ayuda a Jason, pero él no se molestó en buscar. Esperó de pie, con los brazos cruzados, diciendo «vamos, venga, solo es una puñetera goma de pelo» hasta que se fueron.

Todo ese tiempo la había tenido él. La sábana junto a la cara de Carrie está ya totalmente empapada por las lágrimas, pero ella no puede dejar de llorar. Se abraza a una almohada, que pronto estará también empapada, recordando los inicios de su relación con Jason, los dos meses que siguieron, casi sin hablarse, hasta que volvieron a coincidir, en la cola de un concierto, en la capital. Y volvieron a hablar, y al día siguiente, ella decidió llamarle, y quedaron, y...

Carrie llora y llora. El llanto da sueño. Empieza a quedarse dormida, y no hace nada por evitarlo. Está triste y cansada y necesita descansar. Debería llamar a su madre para decirle que está en casa de los Fletcher, pero no lo hace. Además, sus padres siempre han odiado a Jason y en ese momento no le apetece hablar con ellos. Y se está empezando a quedar dormida, con la almohada ya mojada tapándole la cara, con la goma roja con una imperfección verde en forma de uve en la mano izquierda.

Cae en la inconsciencia.

Será mejor que salgamos de aquí y dejemos dormir a Carrie. Te aseguro que cuando despierte, va a creer que sigue soñando. Salgamos del piso de los Fletcher y bajemos a la plaza de la Constitución. Si miras hacia la entrada de los juzgados verás salir al juez Parkinson acompañado de una mujer. Van charlando, y por su lenguaje corporal podemos atrevernos a adivinar que es su mujer. Tal vez estén teniendo una conversación hartamente interesante, hasta, ¿quién sabe? quizás una conversación

trascendental, de las que marcan la vida de uno. Tal vez no, y simplemente estén hablando de comprar una nueva lavadora, o un nuevo aspirador. O tal vez, el juez esté narrándole con todo lujo de detalles a su esposa cómo ha ido el juicio de Jason.

En todo caso, nunca lo sabremos, porque no nos detenemos a escuchar.

Más allá vemos a Brad Blueman, nuestro intrépido reportero, que está pensando en el titular que ha de entregarle a Andy Probst, su jefe, dueño del Journal, antes de medianoche. En su mente, ya tiene el artículo escrito, y él mismo sabe que no es ningún artículo fantástico, que no le dará el Pulitzer, pero que seguramente agradará a sus lectores. Narra el juicio y posterior condena de Jason Fletcher. Menciona la rabieta y posterior crisis de la madre del chaval, los improperios recibidos contra su persona... todo narrado en una excelente primera persona totalmente subjetiva y muy propia de la novela. Más que de la información.

La foto con la que quiere ilustrar el artículo muestra al agente Rusell empujando a Jason hacia el coche de policía tras el juicio.

Le suena el teléfono, y Brad responde al instante. Al otro lado de la línea se encuentra el padre de Kieran Probst, ese chico tan malo que ha empujado a Paula al suelo.

-¡Andy! - saluda, enérgico. No es para menos, porque Brad se siente mejor que nunca. No podemos oír a su interlocutor, pero nos basta ver la cara de Brad Blueman para saber que no está recibiendo noticias agradables. - ¿Qué es eso de que mañana no voy en primera plana?

Uh, problema. A Brad le encanta ser la estrella del equipo, acaparar la atención, ya conocemos sus sueños de grandeza, sus deseos de salir de este «asqueroso» pueblecillo de mierda con una noticia tan grande que haga estremecer a todo el país. Desea ganar el Pulitzer, desea ser reconocido y recordado, tal vez que hagan una película sobre él. Quién sabe, podría llegar a escribir un libro. Un best seller, tal vez. E iría de tienda en tienda, de ciudad en ciudad y de país en país, firmando ejemplares de su libro a fans enfervorecidos y que aullarían de placer por tan solo tocarle.

Ser la estrella.

Y para eso, hay que mantenerse en primera plana. Esta discusión ya la han tenido Andy y él muchas otras veces.

-¿Cómo que hay algo nuevo? ¡Pero joder, Andy! Este es un asunto grande...

Podemos imaginarnos lo que dice su jefe. Que es un asunto grande, de acuerdo, pero que también hay que tener en cuenta que ya ha disminuido su tamaño. La gente se impresionó con las fotos del incendio, y ya todos saben que ese chico recibirá un castigo y una condena. ¡Por dios, lo contamos hoy mismo, así que el artículo que aún has de entregar, es predecible! No es carne de portada.

-Joder, Andy! ¡Pues haber enviado a otro a hacer esta mierda!

Blueman y sus sueños de grandeza. Y su jefe recordándole que Brad había

exigido la noticia para sí solo y eso estaba teniendo. Pero hay otras cosas de que informar, y mañana la primera plana será otra cosa.

O lo entiendes o no. Las cosas son así, y punto. Brad cuelga el teléfono y resopla. Ahora, el artículo sobre Jason Fletcher se le antoja inútil y estúpido y ya no tiene ni pizca de ganas de empezar a escribir.

-¿Señor Blueman?

Brad se gira. Vemos que algo más allá, un hombre de rasgos asiáticos se acerca a él vestido con unos informales pantalones vaqueros y una camiseta negra de manga corta. Su nombre es Ken Jackson. Su cara no nos suena, no es alguien que hayamos visto antes, pero sí que hemos oído su nombre. Trabaja como policía en el turno de noche y hoy aún le queda toda la tarde por delante antes de entrar al trabajo. O eso cree él. Lo cierto es que cuando la ciudad se descontrole todo eso dejará de tener sentido. Le tiende la mano a Brad.

-Ken Jackson. Soy policía.

-Sé quien es. Le he visto en muchas ocasiones, y tengo buen ojo para los nombres.

-Quiero felicitarle por el reportaje sobre el incendio en la granja de los Meyer. De no ser por sus fotografías jamás habríamos pillado a ese cabrón.

Brad asiente, agradecido. Después, Ken se da la vuelta y se aleja. Brad le observa, sonriente, y sabemos que vuelve a pensar en el artículo.

Que le hayan reconocido por la calle ha alimentado su ego.

Que le hayan felicitado por su trabajo ha alimentado su ego.

Con fuerzas renovadas, Brad Blueman está dispuesto a ponerse manos a la obra. Tal vez no sea una primera plana, pero por dios que cuando la gente lo lea, sentirá que acaba de leer un buen artículo. Un artículo puramente Brad Blueman.

8

Retrocedamos de nuevo y volemos hacia la casa de Kurt, que vive a medio camino entre Castle Hill y la base militar. En el camino de entrada podemos ver su Mercedes Benz, dejado de cualquier manera. Pasemos junto al coche, cuya puerta del copiloto está empapada de sangre y sesos, y entremos en la casa. Recuerda que nosotros, por suerte, sí podemos cruzar esas puertas cerradas. Es interesante que vivamos este momento con Kurt porque acaba de tomar una decisión que resultará trascendental. No quiere permanecer más tiempo encerrado esperando que consigan cruzar alguna de las barreras.

Por eso va a intentar huir de Castle Hill.

Y aquí le tenemos, levantándose y guardándose la pistola de nuevo en la cintura. Acaba de llenar de nuevo el cargador, para suplir la bala que disparó antes. Kurt es un

hombre de voluntad férrea, como hemos podido comprobar, si bien ese carácter de hierro no es igual ante una situación crítica como la que está viviendo. Pero no ha llegado a ser uno de los mejores científicos del país a base de dejar todo al libre albedrío. El autocontrol que tanto le ha fallado antes, cuando se ha puesto a temblar irremisiblemente, pero que ha recuperado después, cuando ha decidido atrincherarse en su habitación y taponar las entradas con los armarios. Ese autocontrol, la férrea disciplina y una fuerte dedicación han sido la clave de toda su vida.

Le vemos abrir el armario que tapa la puerta y sacar una pequeña mochila. Con gestos rápidos, empieza a meter algunas camisetas, un par de pantalones, tres calzoncillos, dos pares de calcetines y un jersey. Después, cierra la mochila y empieza a quitarse la camisa que lleva puesta. Con gesto cansado la tira contra la misma esquina donde aún yace hecha una bola su bata de científico. Coge una camiseta azul oscura con el símbolo de Nike a la izquierda y se la pone. Después, coge un jersey negro y se lo pone encima. Por último, Kurt se coloca la mochila a la espalda y se coloca a un lado del armario, para poder empujarlo y desbloquear la puerta.

El armario chirría por el roce contra el suelo mientras Kurt lo empuja. Se detiene cuando ha dejado espacio suficiente para poder abrir la puerta, saca el arma, sujetándola con la mano derecha, que ya no tiembla sino que parece recia y firme. Extiende la otra mano hacia el pomo de la puerta y lo agarra. Inspira y suelta todo el aire con un bufido, y después, abre la puerta de golpe, dejándola rebotar contra la pared, alzando al tiempo la pistola para apuntar al pasillo, que sigue estando vacío. Kurt comprueba con alivio que la puerta de entrada sigue cerrada, y que Bart Simpson sigue colgando del manojito de llaves. La sangre que lo cubre parcialmente ya está reseca.

La otra puerta también sigue cerrada, si bien hay un gran agujero en su parte superior. No se escucha nada, y Kurt se mantiene un momento en el umbral de la puerta de su habitación, dispuesto a volver a cerrarla al menor síntoma de peligro.

No ocurre nada durante al menos treinta segundos y, por fin, Kurt da unos pasos hacia la entrada. No oye nada y continúa caminando hasta la puerta del salón. Ve con orgullo que dos de las tablas que puso como barrera siguen clavadas firmemente. Sin acercarse a la puerta, se pone de puntillas e intenta atisbar el salón a través del agujero. No logra ver gran cosa.

Kurt decide no perder más tiempo y se acerca hasta la puerta de entrada. Se pasa el arma a la mano izquierda y con la mano derecha coge las llaves, pero justo antes de girarla en la cerradura, se le ocurre algo. Acerca su cara a la mirilla y echa un vistazo. Satisfecho al no percibir peligro, Kurt gira dos veces la llave en la cerradura, la saca y se mete el manojito en el bolsillo.

Vuelve a respirar hondo. Kurt pretende correr hasta el coche, abrir la puerta y

meterse dentro. Después, huir lo más deprisa posible de Castle Hill y cuando esté lo suficientemente lejos, pretende hacer una llamada anónima al ejército para que vayan a Castle Hill. Si es que no están ya de camino. Kurt pretende correr hasta el coche y disparar a la mínima sombra que se le acerque.

Dicho y hecho, Kurt abre la puerta y echa a correr. Introduce la mano libre en el bolsillo y coge las llaves. Se levanta y busca con la mano la cerradura del coche. Cuando la encuentra, introduce la llave en él y abre la puerta. Una ola de miedo le recorre el espinazo pero se fuerza a no darse la vuelta. Oye gruñidos y gemidos, y pasos que corren hacia él, y sabe que cada vez están más cerca, y no quiere regalarles ni el más precioso de los segundos. Hacerlo supondría morir. Se lanza al interior del coche y cierra la puerta a su espalda.

Lo siguiente que hace Kurt es quitarse la mochila y colocarla en el asiento del acompañante. Mirar hacia allí le llena de pavor. La sangre de Sarah está esparcida por todo el cristal. Todavía puede recordar a Sarah corriendo hacia el coche. Él ya había conseguido meterse dentro y le gritaba a ella que corriera, mientras trataba de pasar al asiento del conductor para que ella cupiera allí.

Había estado a punto de entrar, pero no había corrido con la rapidez necesaria. De repente, Sarah se había visto empujada hacia delante y había caído sobre la puerta, cerrándola con un golpe sordo y aislando a Kurt en el interior del coche. La cabeza de Sarah había chocado contra el cristal y sus ojos se habían encontrado con los de él. Los de ella, grandes y azules, eran la viva imagen de la súplica, el dolor y el terror. Sus labios se habían abierto y un pequeño chorro de sangre había manchado el cristal junto a su boca. Después, el cuerpo de Sarah había sido alejado del coche por un momento, y luego, lanzado de nuevo contra él. Un aterrador minuto después, un minuto que a ojos de Kurt duró tanto como un siglo, el cristal estaba empapado de sangre y trocitos de cerebro y Sarah yacía en el suelo delante del coche, junto a una de...

Kurt sacude la cabeza, intentando no recordarlo. Con rabia, aprieta el acelerador y el Mercedes Benz sale despedido justo antes de que una de esas cosas alcance el lugar que ocupaba su coche un segundo atrás. Incansable, corre tras el coche que se aleja cada vez más.

Una de aquellas aberraciones había cortado la pierna de Wally. Otra de esas aberraciones, o acaso la misma, había matado a Sarah, lanzándola contra el coche, apartándola y volviéndola a lanzar, hundiéndole los dientes en el cuello y desgarrando su carne antes de que varias de esas cosas se lanzaran sobre ella. Los soldados no habían actuado con prontitud. Los cierres de seguridad no habían resultado tan seguros. El personal civil había empezado a morir y el personal militar tampoco se había librado. Los soldados seguramente habrían abatido alguna de las criaturas. Kurt había oído los disparos. Pero todo había empeorado en cuestión de

segundos, tan rápido, que la reacción se vio superada con creces por la ferocidad implacable de los muertos. Porque por mucho que quisiera negarlo y se negara a pensar en ellos como seres humanos, aquellas cosas habían estado vivas menos de un par de horas atrás. El virus había resultado muchísimo más peligroso y rápido de lo que habían teorizado. Y cada vez que una de esas cosas mataba a alguien, no hacía más que aumentar su tropa. En apenas unos segundos, el muerto regresaba. No a la vida, porque no estaban vivos, pero tampoco se quedaban muertos.

Ver a un hombre como Kurt con lágrimas en los ojos nos debería causar la impresión de desesperación. Lleva la Desert Eagle entre las piernas. Adelanta a toda velocidad a algunas de esas cosas, que están corriendo en dirección al pueblo. Más de uno viste ropas de camuflaje del ejército americano. Prácticamente todos están cubiertos de sangre y presentan heridas allí donde han sido mordidos. A algunos les faltan extremidades. Todos alargan los brazos hacia el Mercedes cuando pasa junto a ellos. Son un maldito ejército de muertos, implacable y brutal, que ha fulminado toda una base militar en menos de dos horas. Kurt se pregunta cuánto tardarán en masacrar Castle Hill.

Va a ciento noventa kilómetros por hora cuando se acerca a la entrada del pueblo. Ve pasar a su derecha la sombra de un cartel que conoce bien, dándole la bienvenida a Castle Hill. Ni siquiera se da cuenta de que va a tanta velocidad.

En la glorieta del Rey, podemos ver que todo sigue igual que si fuera un día normal y corriente. Los muertos aún no han llegado al pueblo. Stan Marshall está sentado dentro de su quiosco, pensando en las ganas que tiene de cerrar pronto y volver a casa. Cree que ha cogido una gripe y le ha empezado a doler la cabeza. Más allá, hay un bar con una simpática terraza. Como hace calor, varias personas están allí sentadas tomando algo. Una de ellas es Norrie Henderson, la madre de Paula, que bebe una tónica mientras charla con sus amigas sobre temas mundanos. Más allá, cerca de la puerta de la Iglesia, hay críos jugando al escondite, ¿les ves? Todos hemos jugado alguna vez al escondite. Es el juego por antonomasia. Correr para esconderse mientras uno cuenta cien o cincuenta o lo que sea en voz alta y, normalmente, a una velocidad que no es ni medio normal. La mayoría de niños hace trampa, mira por debajo del brazo mientras cuenta. Lo has hecho tú, lo he hecho yo, lo está haciendo ahora mismo el niño al que le toca ligar, y lo seguirán haciendo próximas generaciones.

Por mí y por todos mis compañeros. El último tiene opción de salvar a todos los demás, de ser el héroe, de ser la estrella. Seguramente, podemos verlo si hacemos un esfuerzo, de joven Brad Blueman intentaba aguantar, escondido en cualquier estúpido escondite de niño, para poder ser el último, salvar a todos sus compañeros, y ser el héroe de la partida.

Por mí y por todos mis compañeros.

¿Ves al crío que liga? Está contando hasta cien y ahora se da la vuelta y mira a su alrededor, en busca de todos los demás, que ya se han escondido, algunos en sitios tan obvios que cabe preguntarse si este juego fue inteligente en algún momento. Seguramente no.

Ese crío, con su pelito rubio bien peinado con la ralla al centro, que casi le llega hasta las orejas, con sus preciosos ojos color melocotón, sus dientes perfectamente alineados y blancos, su sonrisa que promete ser cautivadora en el futuro al estilo en que lo es la de Brad Pitt. Ese crío no tiene más de seis años, pero es bajito para su edad. Con sus pantalones vaqueros de niño, su camiseta de Buzz Lightyear, su gorra de Michael Jordan y sus deportivas de niño, parece todo lo feliz que se puede ser a esa edad.

Paula Henderson podría decirnos el nombre de ese crío. Se llama Stuart Parkinson, y estoy seguro de que ese apellido te suena y sabrás decir de quién es hijo. Stuart es un chico muy inteligente para su edad, y mientras busca a sus amigos escondidos, ve a Kieran Probst, ese niño tan malo, subido a su bicicleta al otro lado de la plaza. Stuart levanta la mano para saludarle. Kieran le devuelve el gesto y mira a ambos lados de la carretera antes de cruzar. El coche conducido por Francine Newcomb se detiene junto al paso de cebra para dejarle cruzar. Algo más allá, un coche patrulla se acerca. Es el coche patrulla en el que van Russell y Jason. Kieran no sabe nada de eso, y tampoco le importa. Solo sabe que la señora Newcomb le ha dejado pasar, así que levanta el pie del suelo y pedalea para cruzar la calle.

Se encuentra a medio camino cuando escucha el rugido del motor que se acerca a toda velocidad. Kieran Probst levanta la mirada hacia la derecha y ve un Mercedes Benz que se dirige a toda velocidad hacia él. Se queda paralizado por el miedo.

Kurt reacciona rápido. Ve al niño que se ha quedado quieto en medio de la calle y gira el volante con violencia. El Mercedes esquiva por centímetros a Kieran Probst, de hecho, si pudiéramos acercarnos, veríamos que prácticamente roza la rueda trasera de la bicicleta. Sin embargo, el coche se descontrola y se abalanza, a más de ciento setenta kilómetros por hora, hacia el lateral del vehículo conducido por Francine Newcomb. La colisión es brutal. El Mercedes es prácticamente un tanque y el otro vehículo se aplasta con el impacto como si fuera de mantequilla. Kurt se ve lanzado hacia delante, su cabeza golpea el volante al mismo tiempo que el cristal se agrieta y la parte trasera se levanta casi un metro en el aire. Cuando el coche vuelve a caer, Kurt es lanzado contra la ventanilla y su asiento y se queda allí, quieto, con la cabeza ladeada y una herida en la frente de la que empieza a salir sangre.

Stuart Parkinson, que lo ha visto todo y mira con sus ojos color melocotón abiertos de par en par, grita la puta madre de dios a pesar de que jamás antes ha dicho un taco en su vida. Su padre le hubiera dado una paliza si alguna vez le oyera decir algo así.

Norrie Henderson y sus amigas se levantan de golpe, derramando sus bebidas y lanzando pequeños gritos de asombro.

Stan Marshall sale corriendo de su quiosco y mira con la boca abierta el resultado de la colisión.

Kieran Probst, que hace un rato empujó a Paula Henderson al suelo y se burló de ella por llevar un vestido de niña pequeña, llora en medio de la carretera, aún subido a su bicicleta, paralizado por el susto.

Russell T.Dinner frena de golpe el coche patrulla, provocando que Jason se estrelle contra la verja que separa los asientos trasero y delantero. También exclama algo que resulta blasfemo a oídos de cualquier persona religiosa.

De la parte delantera del Mercedes empieza a salir humo blanco. Nada que parezca potencialmente peligroso. Pero el aterrador es el otro coche. La parte izquierda del pequeño utilitario se ha quedado completamente combada hacia dentro. Todos los cristales han estallado, y aunque el espacio destinado a los pasajeros ha quedado reducido a menos de medio metro de ancho, Russell puede ver claramente que el brazo de la señora Newcomb cuelga por el exterior.

Como en una pesadilla, Russell salta del coche patrulla y corre hacia allí. El conductor del Mercedes parece estar inconsciente, y más allá, el hijo de Andy Probst sigue de pie en medio de la calzada, llorando. Russell ve a Stan Marshall de pie junto al periódico, con la boca abierta como si fuera idiota.

-¡Stan, por dios, saca a ese niño de ahí! - ruge el agente sin dejar de correr. Alcanza los coches y mira el interior del utilitario de Francine. Y aunque no puede siquiera imaginar que alguien pueda haber sobrevivido a un choque tan brutal, Francine tiene los ojos abiertos y le miran con sorprendente claridad cuando él se agacha para ver el interior del coche.

-¿Qué ha pasado? - pregunta, con voz ligeramente gangosa.

Russell puede ver que sus piernas están atrapadas en medio de metales retorcidos y que el brazo izquierdo de la mujer está claramente fuera de lugar. El derecho está destrozado. Su rostro está cubierto de sangre y de heridas provocadas por los cristales al estallar. Y sin embargo, ella está consciente. O casi.

-Tranquila, señora Newcomb. La sacaré de ahí.

Pero Russell T.Dinner ni siquiera sabe por dónde empezar. Se da la vuelta, desesperado, y corre hacia el coche patrulla para pedir ayuda. Necesita a los bomberos, y una puta ambulancia. Varias personas han empezado a acercarse para mirar, entre ellos podemos reconocer a Norrie Henderson y sus amigas. Russell ve, con temor, que hay varios niños entre los curiosos. Grita sin dejar de correr hacia el coche patrulla.

-¡Que nadie se acerque, joder!

Y ve que le hacen caso. Se quedan en la otra acera, cerca del quiosco de Stan

Marshall, donde éste ha llevado a Kieran, que sigue llorando y aterrorizado. Mientras coge la radio para llamar a central, tiene tiempo de ver que Jason Fletcher mira hacia el accidente con la misma fascinación que todas las personas en la plaza. Esa fascinación que se impregna en la cara de quienes ven algo terrible.

Russell está seguro de que tiene esa misma expresión grabada en su rostro. No lo duda.

III

-EL COMIENZO DEL DESASTRE-

Lo sé, las cosas se descontrolan y solo hace falta un segundo para que lo problemático se convierta en hecatombe. El agente Dinner, Jason Fletcher, Norrie Henderson, Stan Marshall, Stuart Parkinson y Kieran Probst están a punto de comprobarlo, así como el resto de gente que se encuentra en la glorieta del rey. Y después de ellos, lo hará todo el mundo en Castle Hill.

Pero tendrás que permitirme hacer una pausa. Porque si quieres comprender cómo empezó todo, tendremos que retroceder en el tiempo y conocer al sargento Harvey Deep.

2

Aquí tenemos al hombre sentado en su despacho, mirando pornografía en el ordenador, pero no pornografía de cualquier clase, hay una página donde una mujer con minúsculas piezas de cuero negro y muchas cadenas, golpea con un látigo la espalda de un hombre mientras él, a cuatro patas, lame su sexo. Hay otra página donde diferentes vídeos muestran imágenes tan desagradables como una mujer practicándole sexo oral a un caballo o un perro penetrando por la puerta de atrás a un hombre gordo vestido de Santa Claus. En la siguiente página, la protagonista es una niña que no debe superar los seis años. No pienso describir lo que le hacen.

Estos son los niveles de depravación y bajeza a la que pueden llegar ciertos seres humanos.

Y en los ojos de Harvey Deep podemos ver una felicidad inusitada. Sabemos que no está cachondo, ver eso no le pone cachondo, pero sí le hace feliz.

Por alguna extraña razón.

Hay una sonrisa en sus labios que deja entrever sus dientes, blancos y perfectos, como su traje de gala militar perfectamente planchado, como sus uñas recién visitadas por un estilista que sostienen un puro hecho por manos cubanas en esa mísera isla de comunistas.

Alguien llama a la puerta de su despacho y, enseguida, de su mirada desaparece la felicidad y vuelve a ser el de siempre, porque sus ojos empiezan de nuevo a refulgir de furia y casi parecen volverse rojos. Con un gesto rápido sobre el teclado, la pantalla del ordenador pasa a mostrar un fondo de pantalla neutro.

-Pase - dice Harvey, encendiendo su puro.

El pomo de la puerta gira y esta se abre. Al otro lado, el comandante Hoyt le mira con esa expresión vacua que siempre muestran sus ojos. Harvey Deep odia a ese

hombre, ante el cual, supuestamente, debe responder de todo lo que ocurre en el laboratorio militar. El comandante Hoyt pasa junto a nosotros y podemos oler su colonia. Desde donde nos encontramos, estamos en una posición privilegiada para observar lo que ocurre en el despacho.

Hoyt se sienta.

-Hola, Harvey.

-Buenos días, señor.

-¿Es uno de esos habanos que trajo el coronel?

-Sí, señor. Lo había reservado y he decidido fumármelo hoy - responde Harvey, dando la primera calada y soltando el humo hacia arriba. Lo que se calla es que hoy es una ocasión especial.

Harvey inhala aire, hondo, y se recuesta en la silla, cruzando las manos sobre la barriga. También él ha notado la colonia del comandante, y es que Harvey Deep tiene un olfato muy bien engrasado.

-Son magníficos, ya verás - asegura Hoyt-. Creo que Dysinger dejó sobre tu mesa un informe esta mañana.

-Sí, le eché un vistazo antes. Han estado trasteando con la cepa de gripe que trajeron de Asia, haciendo pruebas en ratones. Dicen que los resultados son buenos.

Como si le importara una mierda la cepa de gripe.

El comandante asiente, satisfecho. Harvey siente la tentación de saltar sobre la mesa, agarrarle la cabeza y estampársela contra la mesa. Supone que eso le produciría placer. Sonríe, y el comandante se toma esa sonrisa como una muestra de la misma satisfacción que siente él tras oír lo que dice el informe de Dysinger.

-Son noticias maravillosas, la verdad. Si Dysinger y su grupo logran aislar una vacuna realmente eficaz para la gripe porcina sería revolucionario.

Harvey asiente, pero no dice nada. Le da otra calada a su puro, deleitándose en el sabor del tabaco.

-¿Has leído el periódico? - pregunta el comandante - Hoy se celebra el juicio contra el niño cabrón. Ese que quemó una granja a las afueras.

Harvey asiente. El puto artículo de Brad Blueman. A Harvey le encanta el sensacionalismo de Blueman, pero jamás lo admitiría. Hay muchas cosas que Harvey jamás admitiría y nosotros ya sabemos al menos dos.

-Va a tener suerte porque las dos personas que se encontraban en la granja sobrevivieron, aunque creo que la mujer está grave. Si alguno de ellos llega a morir, ese niño se habría podrido en la cárcel.

-Seguramente - admite Harvey.

-¿Qué haces con ese tipo de niños? - y Harvey se da cuenta de que el comandante lo ha preguntado en voz alta, pero más para sí mismo que para él-. Según leí en el periódico, el chaval lleva haciendo gamberradas y cometiendo pequeños delitos desde

los diez años. Era cuestión de tiempo que pasara algo así, o más grave. Pero la ley que tenemos nos obliga a soltar y soltar y soltar a gente como él, aunque sabes que tarde o temprano harán algo así. ¿Qué haces con un niño así?

Ahora sí quería una respuesta. Harvey suspira. Lo que menos le apetece en ese momento es jugar a tener una conversación trascendental sobre la justicia y las leyes aplicables a menores de edad. Si por él fuera, podrían ahorcar a todos los niños que se pasan de la raya. Y a los adultos también. Pero el mundo no es así, y hay que saber tomar ventaja. Eso lo piensa, pero puedes estar seguro de que jamás lo dirá en voz alta.

-Supongo que es complicado - dice.

-Supongo...

A continuación, el comandante Hoyt comienza con el repaso de la agenda de la semana y los asuntos de los que Harvey y él deben ocuparse sin falta a partir de esa misma tarde. Harvey está a punto de soltar una carcajada. Pero no lo hace, y no lo hace porque en sus planes no entra seguir la agenda del comandante Hoyt, ni mucho menos. Quiere decirle al comandante que no es más que un pomposo engreído y gilipollas, pero no lo hace. Debe conservar su maldita fachada hasta el último momento. Y eso piensa hacer.

3

Harvey tiene que esperar diez minutos hasta que Hoyt decide levantar al fin ese odioso culo arrogante y sale de su despacho. Diez minutos de engreídas afirmaciones, ampulosos gestos y esa mirada vacua que dan ganas de destrozar a patadas. Diez minutos en los que Harvey ha tenido que agarrarse con fuerza a los apoyabrazos para evitar levantarse y liarse a puñetazos con el comandante. Diez minutos deseando acabar con la comedia que ha ido manteniendo durante tres largos años.

Y esos gilipollas ni siquiera sospechan de él.

La puerta se cierra dejándole de nuevo a solas, y Harvey resopla. Después se gira hacia el ordenador y desbloquea el salvapantallas. Y ahí está de nuevo, la imagen de esa pobre niña que solo una mente perversa podría disfrutar viendo. Para alivio de nuestros ojos, Harvey cierra esa pantalla, al mismo tiempo que el reloj que lleva en la muñeca empieza a pitar. Porque es la hora. La hora de su última hazaña. Si sale bien, se convertirá en un hombre muy rico. Si sale mal, hasta luego cocodrilo y ya nos veremos caimán. Se preguntó qué haría con Marie Ann.

El plan siempre había sido desaparecer con Marie Ann. Ella no lo sabía, y no podía saberlo (a Harvey Deep le gusta controlar todos los pequeños detalles, y cuando te dispones a hacer algo como esto, permitir que más personas sepan la verdad es un riesgo para la seguridad). Harvey Deep siempre se había imaginado ese

día paso a paso. El penúltimo paso era volver a Denver, recoger a Marie Ann bajo la excusa de invitarla a un viaje de placer, algo romántico, y largarse del país con destino caribeño y lejano. Y una vez allí, le contaría todo a Marie Ann. Amaba a esa mujer. Pasar el resto de sus vidas juntos en algún lugar paradisíaco podridos de dinero era el mejor plan que se le pudiera ocurrir.

Pero anoche había hablado con Marie Ann. Bueno, él la había llamado para hablar, como hacía todas las noches antes de acostarse, pero habían terminado discutiendo a voz en grito. Porque él creía que ella le amaba a él de la misma forma que él la amaba a ella, pero Marie Ann le había dicho otra cosa. Que había conocido a alguien. Harvey Deep había sentido la furia recorriéndole todo el cuerpo, y sabía que si la hubiera tenido delante en ese momento, le habría soltado a Marie Ann un bofetón con todas sus fuerzas. ¿Cómo, en el nombre de dios todopoderoso, podía esa mujer por la que él lo daría todo decirle que había conocido a otra persona? ¿Cómo, si él estaba dispuesto a compartir todo el dinero con ella y darle una vida digna de una gran emperatriz? ¿Cómo, maldita zorra?

Pero Harvey Deep no estaba dispuesto a permitir que Marie Ann le estropeará el mejor día de su vida, el día que él había planificado con absoluta dedicación desde hacía tres malditos y largos años. Ni siquiera ella podría estropearlo. Había muchos peces en el mar, y cuando estuviera podrido de dinero en algún lugar del pacífico sur, tendría todas las mujeres que pudiera desear. Ya veremos si me acuerdo de ti entonces, zorra.

Harvey apaga el ordenador y se levanta, sacudiéndose el traje. Sale del despacho y camina por el pasillo con paso tranquilo y relajado, mientras se va colocando su tarjeta de identificación en el pecho. En su tarjeta aparece su nombre y una foto suya sobre fondo blanco, que le muestra muy sonriente.

Se cruza con varios doctores que le saludan con la cabeza, y él devuelve con amabilidad los saludos. Un par de soldados apostados en un cruce, con sus armas en posición de descanso. Gira a la derecha en el primer pasillo. Cruza por delante de dos salas llenas vitrinas con probetas, frascos y todo tipo de material. Un doctor trabaja concentrado en una de las salas.

Harvey se acerca hasta los ascensores y pulsa el botón de uno de ellos. Casi de inmediato, las puertas se abren, y Harvey pasa al interior. Se gira para pasar su tarjeta por la ranura que hay debajo del panel de números, cuando escucha dos alegres voces que se acercan al ascensor.

El laboratorio tiene cuatro plantas con acceso de nivel B y C. La planta inferior, situada a cincuenta metros bajo tierra y protegida como un búnker, tiene un acceso de nivel A y solo es posible acceder a ella a través de las escaleras, superando para ellos dos estrictos controles de vigilancia, o a través de los ascensores, en los cuales no hay ningún botón que lleve a dicha planta, sino que es obligado el uso de las tarjetas

identificativas. Además, una vez en dicha planta, hay que superar otros dos controles.

Antes de que la puerta se cierre, entran en el ascensor dos doctores, un hombre y una mujer. Le miran con respeto y le saludan. Harvey conoce a la perfección al hombre. Nosotros también le conocemos. Es uno de los encargados del proyecto más secreto del ejército, el denominado Proyecto Cuarto jinete, además de participar en otras investigaciones, como la cepa de la gripe que tanto entusiasma al comandante Hoyt. Se llama Kurt Dysinger y es un hombre sumamente astuto e inteligente. Harvey siente de veras no poder reírse delante de él y decirle que va a robarle su maldito proyecto delante de sus narices.

No se lo dice. A la doctora solo la conoce de vista. Sabe que es la compañera de Dysinger, pero no recuerda su nombre.

-¿Bajáis al A? - pregunta.

-Sí - responde Kurt Dysinger, y pregunta - ¿de visita?

Charla de ascensor, piensa Harvey Deep, ¿Todo el mundo tiene que ser tan innecesariamente estúpido?

-De comprobación - dice Harvey, pasando su tarjeta por la ranura. Las puertas se cierran y el ascensor se pone en movimiento. Harvey se gira hacia los dos doctores y mira descaradamente los pechos de la doctora. Lee la tarjeta de identificación, Sarah, la mujer cuyos sesos estarán esparcidos sobre la puerta del copiloto del Mercedes Benz de Kurt Dysinger en menos de cuarenta minutos, y vuelve a mirarles a la cara

-Hoyt quiere que compruebe que todo va tal y como especificaste en el informe.

-¿Qué le pareció lo de la prueba Betta?-pregunta interesado Kurt.

-Fenomenal. Estaba tan alegre que habló de hacer una fiesta cuando acabe la semana.

Kurt sonrío, orgulloso de sí mismo. Y Harvey sonrío a su vez, intentando no soltar una carcajada. Le gustaría poder ver la cara de Kurt Dysinger cuando su querido proyecto se les escape de las manos.

Las puertas del ascensor se abren, y los tres salen a una sala de paredes blancas brillantes. En el suelo hay una línea morada que conduce directamente a una puerta blindada protegida por cuatro soldados armados. Uno de ellos les sale al paso cuando se acercan.

-Buenas tardes sargento Deep - saluda-. Hola, doctor Dysinger. Doctora.

-Buenas tardes - contesta Harvey, enseñándole su tarjeta, aunque sabe que no hace falta. Esos soldados le conocen de sobra. Confían en él. Es irónico lo fácil que resulta después de todo.

-Muy bien, pueden pasar - dice el soldado después de comprobar rutinariamente sus tarjetas, más por protocolo que por necesidad. Después de todo, se trata del sargento, el encargado del proyecto y una de sus ayudantes directas.

La puerta de cristal se abre, dándoles paso a un pasillo blanco y estrecho que

discurre durante cuarenta metros, surcado únicamente por la línea morada. Al final, el segundo control.

4

Harvey se despide de Kurt y Sarah y sigue caminando. La actividad por esa zona es frenética. Los doctores se mueven de aquí para allá, consultan ordenadores, observan a través de microscopios, realizan diferentes pruebas. Harvey no se detiene en observar nada de todo eso. Avanza hasta el final del pasillo y se coloca de frente a la última puerta, que está marcada con una señal semejante a una espada.

El símbolo del «proyecto Cuarto jinete»

Harvey pasa su tarjeta por una nueva ranura y marca un código en el panel numérico. La puerta se abre y da paso a una sala intermedia. A la izquierda está el soldado Ames, un chico joven con el pelo rapado al uno. Junto a él hay un perchero de acero cromado. De él cuelgan varios trajes amarillos, de los que se utilizan para entrar en zonas de peligro biológico. Junto al perchero hay un banco, también de acero. Silbando la melodía de El puente sobre el río Kwai, Harvey Deep coge uno de los trajes y se lo pone sobre el traje de gala militar que ya lleva puesto. Se toma el tiempo necesario para asegurar que esté bien cerrado. El soldado Ames le ayuda a comprobar que todo está perfectamente y Harvey le da las gracias. Después, se dirige a la sala de descompresión, aguarda pacientemente que termine el proceso y, un momento después, la última puerta se abre, dándole paso a la sala del proyecto Cuarto Jinete.

La sala en sí no es nada especial, solo un laboratorio más equipado con los mejores y más modernos equipos tecnológicos. A Harvey no le interesan los equipos y pasa junto a ellos sin dedicarles ni siquiera una mirada. Al fondo hay una nevera biológica y, en una bandeja colocada a la altura del pecho, treinta tubos de ensayo que contienen un líquido negro que supone el mayor secreto del gobierno de Estados Unidos, podemos suponer que junto al contenido del Área 51 y quién coño mató a Kennedy.

Harvey Deep ha visto de lo que es capaz ese líquido, y nunca ha visto un arma tan... espeluznante. La palabra es espeluznante. Ha visto la cinta de vídeo que contiene la grabación de la única prueba de campo que se ha realizado con el proyecto Cuarto Jinete antes de que el Presidente decidiera aparcarlo. Las malas lenguas dicen que tuvo miedo. Harvey Deep piensa que el Presidente no tiene ni puta idea de muchas cosas.

Aquella única prueba de campo se realizó en una sala cerrada y preparada para contingencias biológicas. La cinta de vídeo es realmente aterradora. En ella se puede ver a diez hombres, árabes, terroristas sacados de Guantánamo a los que nadie echará

de menos jamás. Después de soltar una probeta del líquido negro sobre ellos, un soldado americano dispara en el pecho a uno de los árabes, antes de salir de la sala. Los árabes empiezan a gritar en su idioma, alarmados, aterrorizados aunque no saben qué va a ocurrir. Creen que los americanos van a matarles a todos. Y bueno, más o menos. El árabe muerto empieza a tener espasmos apenas dos segundos después de caer al suelo. Se levanta y se abalanza sobre uno de sus compañeros un momento después, arrancándole parte de la cara de un mordisco. Los gritos se vuelven ensordecedores. El resto de árabes tratan de escapar, golpean las paredes pidiendo ayuda, gritan y gritan. Diez minutos después, todos están muertos. Pero de pie, deambulando por la sala. Acto seguido, alguien aprieta un botón en otra habitación y el interior de la sala donde se ha llevado a cabo esa prueba queda calcinado por las llamas, haciendo desaparecer todo rastro del virus.

Ha visto esa cinta y, aún así, abre la nevera y saca uno de los tubos de ensayo. Lo levanta, hasta dejarlo delante de sus ojos, y mira el líquido negro con auténtica fascinación.

5

Mientras Harvey Deep observa el líquido negro, otro conocido nuestro, el doctor Kurt Dysinger entra en una sala marcada como LAB-24. La doctora Sarah Arid le sigue de cerca y tras ella, la puerta se cierra. Al fondo de la inmaculada sala, situado frente a un microscopio y un ordenador, se encuentra el doctor Wally Hawks.

Mientras Harvey Deep coge un segundo tubo de ensayo y cierra la nevera biológica sonriendo a los tubos de ensayo que él cree que le harán multimillonario pero que, en realidad, desatarán el caos en Castle Hill, Kurt y Wally se saludan entre bromas. Kurt comenta que han bajado en el ascensor junto al estirado de Harvey Deep. Por su forma de hablar, podemos comprobar que Harvey Deep no es muy querido entre los empleados.

Entre risas, Wally comenta que está observando un fenómeno extraño con la muestra recogida a «JN78».

-¿De qué se trata? - pregunta Kurt, acercándose al microscopio. Pero Wally le pone la mano delante para que no se acerque.

-Primero he de hacer otra prueba. Luego te lo cuento.

Kurt asiente y se dirige a la otra esquina, donde Sarah se ha sentado en una banqueta y lee concentrada un grueso tomo de química molecular. Cuando siente que Kurt se está acercando, gira la cabeza hacia él y sonrío. Kurt le guiña un ojo.

-Wally quiere hacer otra prueba. ¿Has hablado con Lee?

Ella niega con la cabeza, y deja el libro sobre la mesa, para después estirar el brazo hacia el teléfono. Es un teléfono de línea interna. Para comunicaciones entre las

diferentes áreas del laboratorio. Wally ha abandonado la sala. Kurt mira hacia el microscopio, y siente tentaciones de mirar. Wally se enfadaría si le pillara observando por el microscopio, pero una miradita nada más no haría daño. A su espalda, Sarah habla por teléfono. Kurt avanza hacia el microscopio.

No llega a mirar. De repente, todas las luces se apagan de golpe, sumiéndoles en la oscuridad. Kurt se queda quieto.

-Joder - murmura.

-¿Qué pasa? - pregunta Sarah. En su voz no hay ni rastro de miedo. Todavía no.

-No lo sé.

-La línea de teléfono se ha cortado. Estaba hablando con Lee y de repente ha hecho plof.

-Espero que no tarden mucho en arreglarlo porque no veo nada.

-Ya - dice ella-. Oye, ¿no deberían encenderse las luces de emergencia?

Como si de una señal se tratara, dos pequeñas bombillas se encienden, iluminando de forma tenue y con color rojizo el interior de la sala donde se encuentran. Kurt y Sarah se miran, y ella sonrío, encogiéndose de hombros. Después, cuelga el teléfono y marca el número de seguridad. Mira a Kurt.

-No da línea.

Kurt menea la cabeza, sonriente, y se acerca hasta ella. En ese momento oyen el primer grito. Los dos pegan un pequeño salto y se miran sorprendidos. A ese primer grito le siguen otros varios, más golpes, cristales al romperse e incluso algo al estallar. Durante al menos cinco minutos, Kurt y Sarah permanecerán junto a la mesa, agarrados de la mano, escuchando gritos y extraños gruñidos y alaridos y sin saber qué hacer, sin saber tampoco qué ocurre fuera de la sala donde se encuentran, aunque imaginándose. En un momento determinado, escuchan disparos, varios tableteos seguidos que se detienen de golpe un momento después de haber comenzado. Kurt se pregunta qué ha ocurrido. Cómo demonios ha podido pasar. Y reza para estar equivocado y que no sea el Cuarto jinete. Porque si lo es...

Al cabo de cinco minutos de incertidumbre y pánico, cuando parece que el conflicto ha terminado, o por lo menos reducido su intensidad, la puerta del laboratorio se abre, y Sarah grita. Por la mente de ambos pasa una única frase: Por dios, que no sea uno de ellos.

No lo es. El que entra tambaleándose en la sala, sangrando por un profundo y largo corte en la pierna, es Wally Hawks.

Harvey Deep no puede creer que todo se haya descontrolado tan rápido por una puta estupidez. No puede creer que todo su plan perfectamente planeado se haya torcido

por un simple error. Cruzó la sala de descompresión sin problemas. Llevaba los tubos ocultos en la mano, para que el soldado Ames no pudiera verlos. Se quitó el traje biológico sin problemas, sin que el chico sospechara nada en absoluto. En su rostro, una gran sonrisa de satisfacción. Pensando que tal vez se pasara de todas formas por Denver, solo para decirle a Marie Ann que no la necesitaba y que se acordaría de ella cuando estuviera comiendo langosta y tumbado en una playa de arenas blancas y aguas transparentes. Y después, cuando quiso guardar los tubos en el bolsillo de su traje de gala, por estar pensando en otra cosa en lugar de concentrarse en lo que hacía, maldita fuera Marie Ann, uno de los tubos se le resbaló y cayó al suelo, rompiéndose y esparciendo el líquido negro por el suelo.

Harvey Deep se quedó quieto, mirándolo. El soldado Ames también giró la cabeza para mirarlo.

-¿Qué demonios es eso?

Pero el chico era muy joven y ni siquiera podía imaginar que el sargento Harvey Deep estuviera haciendo lo que a las claras estaba haciendo, y en su voz no hubo una sombra de sospecha, tan solo la curiosidad de quien tiene un trabajo rutinario y ve algo distinto por primera vez en mucho tiempo. Y Harvey Deep, que siempre ha sabido coger ventaja de las situaciones, se gira para mirarle. Y para cuando el soldado Ames cae en la cuenta de lo que está ocurriendo y alza la vista para mirar a Deep, apenas tiene tiempo de intentar desenfundar su arma antes de que Harvey Deep le hunda el filo de una navaja en el cuello, rápido, dos veces. Y el soldado Ames no tiene tiempo de gritar, ni de pedir ayuda antes de que su sangre salpique todo a su alrededor, paredes, perchero, trajes biológicos. Y Harvey Deep sabe que ahora tendrá que darse mucha más prisa y que no hay lugar para más errores. Y se da la vuelta para correr, y no se da cuenta de que el soldado Ames cae al suelo pero sus piernas ya son presas de los espasmos. Y Harvey marca el código y empuja la puerta para abrirla, y gira la cabeza a tiempo para ver al soldado Ames levantándose de nuevo, con la boca abierta en expresión hambrienta. Y el cerebro de Harvey Deep no es capaz de procesar correctamente lo que ve, porque no puede entender que ese hombre esté en pie con esos dos agujeros en la garganta de los que aún sale sangre que se derrama por la ropa del soldado Ames. Y el soldado Ames empieza a correr hacia él, con un gruñido que hace que todos los huesos de Harvey Deep se estremezcan. Y Harvey grita y retrocede, a la carrera, pero el miedo le impide cerrar la puerta de golpe, lo que habría encerrado al soldado Ames en aquella sala y habría evitado todo lo que pasará después. Y Harvey Deep golpea en su huida a un doctor, que cae al suelo desparramando un montón de papeles, pero no deja de correr mientras el soldado Ames salta sobre el doctor y hunde sus dientes en la nuca del hombre, que grita de dolor. Harvey Deep corre, más aterrorizado de lo que ha estado en la vida, y se encierra dentro de una sala marcada como LAB-12, con el corazón galopando en

su pecho y el sudor cayéndole por la cara, los ojos desorbitados y las manos temblando. Porque por fin se ha dado cuenta de que el soldado Ames ya no estaba vivo cuando se levantó.

Y se queda allí, apoyado contra la puerta, oyendo los gritos, los gruñidos, el caos que se desata en la base. Un momento después, se va la luz y se encienden las luces de emergencia. Escucha disparos. Y más gritos. Y más gruñidos.

7

Pero Harvey Deep sabe sacar ventaja de las situaciones, seguro que ya te has dado cuenta. Y espera unos veinte minutos antes de salir, cuando los sonidos provocados por esa pesadilla escapada del Cuarto Jinete están lo suficientemente lejos como para pensar que puede resultar seguro escapar.

Harvey corre por un pasillo otrora immaculado, lleno de cuerpos, sangre y destrucción ahora, en dirección a la salida, a la libertad.

Cuando llega al primero de los controles de seguridad, observa, despatarrado en el suelo, a uno de los soldados, que muestra graves heridas, una de ellas en la cabeza. Le falta el brazo derecho, que está tirado en el suelo, aferrando aún la metralleta. Harvey ve que aún le cuelgan unos tendones ensangrentados. Ni rastro del resto de guardias.

Harvey se acerca a la consola con su tarjeta en la mano y se da cuenta de que no hará falta. Ya está abierta. Al otro lado hay sangre por todas partes, pero apenas un par de cuerpos. Uno de ellos ha sido acribillado. Harvey se agacha junto al brazo cercenado del guardia y abre los dedos de la mano muerta. Después, coge la metralleta y se levanta.

Y se queda completamente quieto, con un nudo en la garganta, sintiendo que el miedo se apodera de él por primera vez en mucho tiempo. Tanto que casi no es capaz de recordarlo. En el pasillo que se encuentra frente a él aparece un hombre. Debía ser un doctor, por la bata llena de sangre que lleva puesta. Harvey se siente incapaz de reconocerle, porque también le falta parte de la cara. Camina con paso errático hacia él. Harvey cree que se debe a que una de sus piernas parece estar rota. Desde luego, el tobillo apunta en otra dirección. Y sin embargo, camina, casi queriendo correr, en su dirección, alzando los brazos hacia él y abriendo la boca para emitir un sonido gutural. Harvey levanta la metralleta y aprieta el gatillo. El retroceso está a punto de hacer que se le escape de las manos, pero el doctor que avanza hacia él recibe al menos tres impactos en el pecho y cae al suelo.

Harvey Deep echa a correr, y tiene tiempo de pensar que jamás debería haber intentado sacar los malditos tubos de ensayo cuando ve que el doctor está intentando levantarse de nuevo, como si en lugar de tres disparos en el pecho hubiera recibido un

simple empujón. Harvey cruza junto a él manteniendo las distancias y le deja atrás. Atraviesa el segundo control y entra al ascensor. Mientras las puertas se cierran, puede ver que el doctor se ha dado la vuelta e intenta avanzar hacia él.

-Que te jodan - susurra, con los dientes apretados.

El ascensor sube. Y Harvey cree que ya lo ha conseguido. Solo debe correr al coche y conducir hasta alcanzar el primer aeropuerto que encuentre. Cuando las puertas se abren en la planta principal, el alma se le cae a los pies. Hay sangre por todos sitios. Y un grupo de soldados que antes estuvieron vivos pero que ya no lo están, se vuelve hacia él al oír que el ascensor se abre. Y Harvey les ve levantarse y echar a correr hacia él. Y grita. Y levanta la mano donde aún sujeta el arma. Y aprieta el gatillo. Y algunos de los soldados caen al suelo al recibir los impactos, pero todos vuelven a levantarse momentos después. Y logran entrar en el ascensor, lanzando sus ávidos brazos hacia el sargento Deep. Y para cuando el primero consigue hundir sus dientes en el brazo del sargento, Harvey chilla como lo habría hecho una niña. Y un momento después, varios de los soldados le están mordiendo y arrancando trozos de carne de los brazos, el cuello y la cara. Y Harvey grita y tiene tiempo de pensar que todo es culpa de Marie Ann. Y tiene tiempo de pensar en las playas de arena blanca y aguas transparentes a las que habría huido si todo hubiera salido bien.

Cierra los ojos y reza para que sea rápido.

8

Salgamos de ahí. Harvey no podrá hacerlo, más que convertido en una de esas cosas, pero nosotros sí podemos, demos gracias por ello.

El comandante Hoyt fue lo suficientemente eficaz para levantar el teléfono cuando el desastre estalló y se hizo evidente que los soldados de la base militar de Castle Hill no lograrían contenerlo. Hizo dos llamadas. La primera tuvo como destinatario un alto mando en Washington. Fue una llamada corta y directa al grano. Y el alto mando en Washington realizó varias llamadas más y tomó ciertas decisiones. Ordenó un bloqueo total y absoluto alrededor de Castle Hill. Alguien tuvo las agallas necesarias para preguntarle por la gente de aquel pueblo. La respuesta fue clara en boca del alto mando de Washington: bajas colaterales.

La segunda llamada que realizó el comandante Hoyt fue a su hija. Simplemente, le dijo que la quería y que tenía ganas de verla. Ella estaba a punto de entrar al cine y casi no le prestó atención. Si lo hubiera hecho, tal vez se habría dado cuenta de que su padre estaba llorando.

Después de colgar, el comandante Hoyt sacó su arma reglamentaria, se apuntó a la cabeza y apretó el gatillo. Sus sesos salpicaron la pared y el cuadro con la fotografía del Presidente que hay en todos las dependencias oficiales.

IV

-CAMPO DE BATALLA-

1

El agente Patrick Flanagan y Zack Thurston están ayudando a Duck Motton y al sanitario, un chico joven de mirada huidiza llamado Gabriel, a estabilizar a la mujer del Nissan en una camilla, antes de subirla a la ambulancia cuando escuchan los motores acercándose. Patrick Flanagan se da la vuelta y observa los cuatro camiones color verde militar que se detienen un poco más allá de los coches que se han estacionado para observar el accidente. Al instante, un montón de soldados baja de los camiones y empiezan a tomar posiciones, rodeando la boca del túnel y, por tanto, a todos los presentes. Patrick Flanagan tuerce el gesto.

-¿Qué coño hacen?

-¿Maniobras? Se mueven como si estuvieran rodeándonos.

-¿Qué coño...?

Patrick Flanagan no termina la frase. Los soldados están apuntando con sus armas a los curiosos que se pararon a ayudar y rodean al chico del Toyota.

-¡Eh! - grita - ¡Eh, no han hecho nada! ¿Qué coño se supone que es esto?

Un soldado, probablemente un teniente, deduce Patrick por los galones que adornan la pechera de su uniforme, se acerca a él y le coloca una mano en el pecho, deteniéndole.

-Agente, soy el teniente Harrelson.

-¿Qué coño están haciendo? ¡Esos hombres no han hecho absolutamente nada!

-No lo dudo, agente, pero estamos en medio de una crisis y el ejército de los Estados Unidos está tomando el control de la zona.

-¿Una crisis? - Flanagan no entiende nada - ¿De qué coño está hablando?

-Agente, si quiere servir de ayuda, colabore con mis hombres. Si no, será tratado igual que el resto.

-¿Cómo ganado? - pregunta Zack Thurston a la espalda de Patrick Flanagan - ¿A dónde les llevan?

El teniente no aparta los ojos de Patrick Flanagan, pero este sí lo hace. Mira más allá, y ve que los soldados están ordenando a la gente, incluso al chico del Toyota, que aún se encuentra desorientado, que se muevan.

-Vamos a montar una tienda - dice el teniente, señalando una zona despejada de árboles junto a los camiones militares-. Donde podrán descansar y aguardar mientras les hacemos las pruebas necesarias.

-¿Pruebas? - Patrick se siente perdido - ¿De qué está hablando?

-Agente, no pienso perder un segundo más de mi tiempo. Estamos ante una crisis y tenemos mucho trabajo por hacer si queremos contener esto. ¿Va a ayudarnos?

Patrick abre la boca. No sabe qué decir, porque aún está tratando de comprender lo que está ocurriendo.

-Yo me largo. No pienso dejar que ningún soldadito juegue a los médicos conmigo.

Ese es Thurston. Y no ha dado ni un paso cuando dos soldados levantan las armas y le apuntan. Zack se queda quieto, mirándoles con asombro. Patrick levanta las manos, en un gesto pacífico. Más atrás, Duck Motton y Gabriel observan la escena junto a la camilla, boquiabiertos. La mujer del Nissan está inconsciente.

-¡Eh! ¿Pueden bajar las armas? - Patrick mira al teniente- ¿Puede decirle a sus hombres que bajen las armas?

-Nadie entra ni sale de Castle Hill, señores. ¿Entendido?

-¿No van a explicarnos qué está pasando? - Ese es Duck Motton.

-Caballeros - el teniente habla con voz calmada, la voz de un vendedor que sabe que debe agradar al cliente si quiere colarle el precio que pide - hagan el favor de seguir a mis hombres hasta la tienda.

-¡No pueden hacer esto! - Zack Thurston es un buen hombre, siempre está dispuesto a ayudar, pero participó en las revueltas estudiantiles cuando la guerra de Vietnam y no se lleva bien con el autoritarismo. Además, tiene que dar de comer a los pollos de su granja - ¡Soy ciudadano americano!

Zack Thurston da otro paso en dirección a su coche. Los soldados que están apuntándole con sus rifles de asalto se ponen en tensión, y Patrick Flanagan vuelve a gritar, pidiendo calma.

-¡Zack, por dios, espera un momento! - se vuelve hacia el teniente - ¿No va a decirnos que está pasando?

-¡Tengo que llevar a esta mujer al hospital! - grita Duck Motton desde más allá, junto a la camilla.

-¡Mis hombres la atenderán! - asegura el teniente.

-Esta mujer necesita cuidados en un hospital - asegura Duck, que está empezando a enfadarse. - No que la traten en una tienda de campaña en medio de un bosque.

Patrick Flanagan no es idiota, y para entonces ya sabe que algo va a pasar. Se percibe en el ambiente, y nosotros podemos percibirlo también. Solo hay que mirar los dedos cada vez más crispados contra los gatillos de los soldados, el ceño fruncido de Zack Thurston y la frustración de Duck Motton.

-¡Exijo saber qué está pasando! - grita Zack Thurston.

-¡Se acabó, llévense a estos hombres inmediatamente!

Los soldados avanzan hacia todos ellos, eficaces, rápidos, expeditivos. Patrick

Flanagan siente cómo le agarran por un brazo, le arrebatan su arma y le empujan hacia los camiones militares. Otro soldado va hacia Zack Thurston. Patrick Flanagan puede oír perfectamente la voz de Duck Motton pero no logra verle, porque le están empujando y no consigue mirar hacia atrás.

-¡Gabriel, mete la camilla en la ambulancia! Nos vamos al hospital, y si estos soldados quieren impedirlo, tendrán que dispararme.

-¡Yo de usted no haría eso, señor!

Y en ese momento, Zack se revuelve para soltarse de la mano del soldado que le está empujando y echa a correr hacia su coche. Patrick Flanagan ve al soldado que gira su fusil de asalto hacia él y quiere gritarle que no lo haga, que por dios no dispare a ese hombre, pero el dedo del soldado aprieta el gatillo y la parte izquierda de la cabeza de Zack Thurston se volatiliza al tiempo que su cuerpo sale volando hacia delante y cae sobre el asfalto, desmadejado y con las piernas abiertas.

Patrick Flanagan se queda paralizado. Duck Motton y Gabriel retroceden un par de pasos por el asombro, y los soldados corren hacia ellos y les reducen. Un momento después, Duck Motton está tirado en el suelo boca abajo, con las manos a la espalda y un arma apuntándole a la cabeza.

El teniente hace un gesto a dos soldados para que cubran el cuerpo de Zack Thurston, y se acerca al agente Patrick Flanagan.

-¿Qué está pasando?

Patrick se da cuenta de que tiene lágrimas en los ojos. El teniente le mira la placa identificativa del pecho.

-Agente Flanagan, tenemos una incidencia biológica en la zona de Castle Hill y la zona acaba de quedar acordonada. Le ruego que siga las instrucciones que le den mis hombres.

-¿Y... y qué va a pasar con la gente? Los que todavía están en el pueblo. Deberíamos avisar a Dennis Sloat, él podría organizar una evacuación, es el jefe de...

-Agente Flanagan - cortante - límitese a seguir las instrucciones que le den mis hombres. A partir de ahora, cualquier contacto con el interior del pueblo ha quedado prohibido.

Patrick entiende, pero se niega a creerlo.

-¿Les van a... dejar morir?

El teniente no responde, pero eso es suficiente respuesta para Patrick. Después, el soldado que aún le agarra del brazo le empuja hacia el lugar donde ya están construyendo la tienda. Solo que no parece una tienda. A Patrick le recuerda un corral. O un campo de prisioneros. Y siente que el miedo se instala en sus pelotas y en su garganta.

Le empujan al interior, donde ya están el chico de la nariz rota, el conductor del camión y los cuatro o cinco curiosos que se habían parado a ayudar. Todos tienen

expresiones de miedo en sus ojos. Un momento después, Duck Motton y Gabriel son empujados junto a él.

2

Acerquémonos hasta la glorieta del Rey. Acerquémonos al humeante coche de Kurt e introduzcámonos en él. Como podemos observar, Kurt sigue teniendo el cinturón de seguridad puesto. Está sentado en el asiento, si bien tiene la cabeza ligeramente ladeada, con algo de sangre en la frente y el ojo y mejilla derechos. Parece estar inconsciente, pero podemos estar seguros de que despertará en breve. O eso, o no durará mucho.

Dentro del coche, Kurt emite un débil gemido. Su cabeza se mueve un poco. Un pequeño ruido hace que Kurt reaccione y abra el ojo izquierdo. Tiene la mirada perdida y desconcertada.

La verdad es que le duele todo el cuerpo y no sabe dónde se encuentra ni por qué no puede abrir el ojo derecho. Intenta levantar la cabeza pero le cuesta. Siente un dolor sordo en la pierna izquierda, que no puede mover. Intenta hacer un pequeño repaso mental de su cuerpo. Siente los brazos, y las dos manos. También siente la pierna derecha. Recuerda haber ido al laboratorio esa mañana. O al menos coger el coche para ir, pero no está muy seguro de haber llegado. Por lo que consigue ver dada la posición de su cabeza, está dentro del coche. Y tiene sangre en la camisa y en las manos.

¿Ha sufrido un accidente?

Kurt oye voces que hablan, pero no llegan a él más que como palabras inconexas. Kurt se ve incapaz de responder, o de llamar pidiendo ayuda. Y se siente sin fuerzas para levantar la cabeza, pero supone que es lógico que haya alguien intentando ayudar si ha sufrido un accidente.

Kurt cierra los ojos y, haciendo un esfuerzo que le resulta doloroso, levanta la cabeza y la apoya contra el respaldo. Al menos, si hay alguien ahí fuera habrá visto el movimiento y podrá imaginarse que Kurt está vivo y necesita ayuda. ¿Cuánto va a tardar en llegar la ambulancia?

Escucha un golpe a su izquierda. Kurt abre cansinamente su ojo izquierdo y mira hacia el parabrisas agrietado que tiene delante. Las grietas forman una intrincada y compleja red de araña en el cristal. Y al otro lado alcanza a ver al agente Russell T. Dinner inclinado junto a los restos abollados de un coche blanco. Parece que hay alguien dentro. El ruido se repite, y Kurt gira la cabeza, con mucho esfuerzo. Detrás de su ventanilla hay un hombre, que ha golpeado con los nudillos el cristal para llamar su atención y que ahora levanta la cabeza hacia el agente Dinner.

-¡Russell! ¡Está vivo!

Puede que Kurt no le reconozca porque está aturdido, pero es Stan Marshall. Russell le mira, y en su expresión podemos ver que le gustaría volver a gritarle a ese imbécil de Marshall que se aleje de una puta vez de la escena. El grupo de curiosos asciende ya a casi cuarenta personas. Russell puede ver a McNamara, el gerente del hotel Paradise Fall, y junto a él, a Richard Sawyer. Se pregunta cuánto tardará en llegar la ambulancia. Sabe que Duck Motton está en el túnel, porque se lo ha dicho Zoe, así que tendrá que esperar a Marcus Anderson en la segunda ambulancia.

-No siento las piernas.

La voz de Francine Newcomb es apenas un susurro. Russell no se explica que pueda seguir viva, pero la mira.

-La ambulancia está llegando, señora Newcomb.

Todos los presentes tienen la mirada clavada en los dos coches accidentados, aunque más les valiera mirar hacia la carretera, por donde ya pueden verse las figuras de varios hombres en traje de camuflaje o batas blancas, todos con heridas evidentes y manchados de sangre, que se dirigen a la carrera hacia ellos.

Kurt les ve, porque está mirando hacia el lado donde está Stan Marshall y, más allá del quiosquero, ve a los muertos que corren en su dirección. De repente, Kurt puede recordar a Wally desangrándose en sus manos, y el rostro de Sarah al chocar contra el coche y escupir un esputo de sangre. Desde su garganta surge un gemido de pánico.

Recuerda la pistola. El miedo es capaz de proporcionar una fuerza sobrenatural, y en ese momento, Kurt lo comprueba. Mueve sin dificultad la cabeza, de un lado a otro, buscando la pistola con desesperación, mientras, fuera, el grupo de muertos que corre hacia la glorieta está cada vez más cerca. Kurt sabe que no tiene mucho tiempo. Lo sabe igual que todos sabemos que dos y dos son cuatro.

Localiza el arma en el suelo del coche e intenta agacharse para cogerla, pero al hacerlo, el cinturón de seguridad se traba y le impide llegar. Kurt maldice en voz baja y manotea con ambas manos en el seguro del cinturón hasta que consigue soltarlo. Puede oír la voz de Stan Marshall fuera del coche, diciéndole que se tranquilice, que pronto llegará una ambulancia. Kurt le ignora. Vuelve a agacharse y siente un fuerte tirón en la pierna izquierda, un dolor tan brutal que casi está a punto de desmayarse. Y si consigue no hacerlo es por el miedo a morir. Sabe que si se desmaya todo habrá acabado para él.

Agarra el arma. Con el rabillo del ojo observa que su pierna izquierda está encajada entre un amasijo de hierros formado por el pedal de freno y la parte delantera del coche. Se incorpora.

-¡Ostia puta! - exclama Stan Marshall - ¡Tiene un arma!

Stan Marshall retrocede para alejarse del Mercedes Benz donde Kurt está atrapado. Observa, porque la sangre está a punto de teñir de rojo las calles de esta

plaza. Observa, porque Kurt está levantando el Desert Eagle 5.0 al mismo tiempo que Russell se gira para mirarle, con asombro y alarma.

-¡Suelta el arma! - grita, echando la mano a su cintura, hacia su arma reglamentaria.

El rugido de la Desert Eagle provoca varios gritos entre los curiosos. La ventanilla izquierda del Mercedes estalla. Russell gira la mirada, al mismo tiempo que lo hacen muchos de los presentes, justo a tiempo para ver que la bala disparada por Kurt impacta en el pecho de un soldado, lanzándolo hacia atrás.

Y entonces todo se descontrola.

Otro soldado, Russell tiene tiempo de pensar que le falta la carne de la parte derecha de la boca y puede ver sus dientes e incluso la lengua, corre hacia un grupo de mujeres, entre las que se encuentra Norrie Henderson, y las derriba. Un momento después, el soldado muerde a la mujer en el hombro y le arranca un trozo de carne. El chillido de la mujer es un revulsivo, porque la gente empieza a correr. Pero es demasiado tarde.

Pero miremos a Russell. Tiene la boca abierta por la sorpresa y la mano paralizada sobre la culata de su pistola, que sigue en la funda. Se ha quedado así por el asombro. Si pudiéramos meternos en su cerebro, comprobaríamos que mil ideas están pasando a toda velocidad por su mente. Que ese soldado se está comiendo a esa mujer es una de ellas. Que el soldado al que el tipo del coche ha disparado en el pecho se está levantando de nuevo es otra. Que uno de los soldados, que ahora ha agarrado a Norrie Henderson y le lanza dentelladas a la cara, tiene una herida que debería ser mortal en el costado y, santo cielo, eso que le cuelga de la herida parecen sus intestinos. Que gruñen como animales. Que uno ha saltado sobre Stuart Parkinson y prácticamente le ha arrancado el brazo de cuajo.

-Ostia puta - murmura.

Kurt vuelve a apretar el gatillo de la Desert. Esta vez, la bala revienta la cabeza del soldado al que disparó antes, y éste cae al suelo en una postura imposible. Russell parece despertar por fin y extrae su arma y apunta al hombre que está devorando a Norrie Henderson. Russell aprieta el gatillo dos veces y el soldado de los intestinos colgantes cae al suelo.

Kieran Probst, que desde que estuvo a punto de morir minutos atrás arrollado por el Mercedes Benz de Kurt Dysinger, está llorando con un evidente ataque de ansiedad, se encuentra sentado junto a su bicicleta al lado del quiosco de Stan Marshall. Lloro con esa fuerza de la que solo son capaces los niños, prácticamente quedándose sin respiración, lanza un grito cuando el primer soldado se abalanza sobre la amiga de

Norrie Henderson. Se levanta casi de un salto, y al hacerlo, tropieza y cae al suelo, lo que le da tiempo más que suficiente a uno de los soldados muertos a lanzarse contra él y hundir la boca en la pequeña barriga del chico. Grita por última vez mientras el soldado se incorpora, con algo sanguinolento en la boca y las manos totalmente introducidas entre sus tripas.

4

El padre Merrill no ha oído el accidente. Ni los disparos, ni los gritos. Está de pie, delante del altar ante la iglesia vacía. Lleva puestos los cascos de un Ipod y está escuchando música clásica. Una pieza de Beethoven. Si nos acercáramos a él, podríamos oler su aliento, y comprobaríamos que está un poco borracho. No está rezando, porque desde hace una temporada ha empezado a tener dudas. Está tratando de decidir qué hacer con su vida, pensando en si debería seguir en la Iglesia. No está seguro de ser capaz de seguir promulgando la palabra de un dios en el que ya no está seguro de confiar.

Y se trata de eso, de confianza. Porque el padre Merrill está total y absolutamente convencido de la existencia de dios. No tiene dudas por eso. La confianza es otra cosa.

Para poder entender las dudas del padre Merrill tendríamos que saber que siempre ha sido un hombre de fe. Tuvo clara su vocación de sacerdote desde los catorce años, y sus padres, también muy religiosos, le animaron a seguir su vocación. Su hermana, a la que adoraba con, casi, la misma devoción con la que adoraba a Dios, también le había apoyado, continuamente, a lo largo de toda su vida, y había sido el gran pilar de su vida.

Pero debemos entender que la relación entre los dos hermanos Merrill era realmente fuerte. Tenían una total y absoluta confianza el uno en el otro y sabían que, siempre, podían contar con el otro para lo que fuera. Durante toda su vida, el padre Merrill disfrutó con las largas conversaciones que tenía con su hermana. Y cuando ella le pidió que oficiara su boda, él aceptó sonriente, feliz y henchido de orgullo y amor. Dos años después, su hermana le anunció que estaba embarazada. Nueve meses después, el pequeño Edward Connor Merrill pesó dos kilos y novecientos gramos al nacer, midiendo un total de 50 centímetros de largo. Y la primera vez que el padre Merrill cogió a aquella pequeña criatura de dios entre sus brazos, sintió que todo su corazón se volcaba en el niño. Y le advirtió a su hermana que sería un tío orgulloso. Y muy pesado, porque pensaba ir a visitar al niño todos los días que pudiera.

Y así fue. El padre Merrill visitaba con frecuencia a su hermana y su sobrino. Le compró ropa al niño, chupetes, mordedores y todo tipo de cosas. Se pasaba el día pensando en el niño, deseando verle. Llevaba fotografías en la cartera que enseñaba

orgullosos a todos los feligreses con los que tenía confianza.

Edward Connor Merrill se había convertido en un regalo de Dios.

Y entonces, el padre Merrill descubrió que Dios podía ser cruel. La noche en que el pequeño Edward Connor Merrill cumplía dos meses y medio, el pequeño dejó de respirar por la noche. Los médicos dijeron que se trataba de un caso de muerte súbita. Y esa misma noche, el padre Merrill dejó de confiar en Dios.

Porque él se había entregado en cuerpo y alma a Su Iglesia.

Y no estaba seguro de seguir promulgando Su Palabra si no podía confiar en El. Y no estaba seguro de poder confiar en quien está dispuesto a llevarse a un niño inocente, por muy inescrutables que sean Sus Caminos.

Cuando la puerta de la Iglesia se abre, el padre Merrill no lo oye debido a la música de Beethoven que sale del Ipod, pero percibe la luz que entra e ilumina el altar. Se da la vuelta, quitándose los cascos, y ve a Richard Sawyer corriendo hacia él, con su típica cojera producto de una antigua lesión en la rodilla derecha.

-¡No se corre en la Iglesia, Richard! - exclama antes de darse cuenta de que Richard Sawyer está aterrorizado y... ¿eso que tiene en la cara son manchas de sangre? El padre Merrill está a punto de preguntarlo en voz alta cuando varias personas entran a la carrera en la iglesia.

Gruñendo.

Porque son gruñidos, como los que haría un animal. Y corren hacia Richard Sawyer. El padre Merrill se da cuenta de que dos de los tipos que acaban de entrar llevan uniforme militar. La tercera es una mujer, joven. Es una de las amigas de Norrie Henderson. Y tiene el brazo torcido en una dirección antinatural y una herida terrible en el cuello y el hombro izquierdo. Y a uno de los soldados le falta un ojo. La cuenca es un agujero irregular cubierto de sangre reseca.

Richard Sawyer grita. Jamás logrará llegar al altar antes que ellos. El padre Merrill, que se ha quedado paralizado por la impresión, le mira gritar mientras los otros tres le ganan terreno a la carrera. El soldado sin ojo es el primero en alcanzarle, y cuando Richard Sawyer cae al suelo, los tres se abalanzan sobre él y empiezan a devorarlo. Richard sigue gritando mientras su sangre se esparce por el pasillo principal de la Iglesia.

El padre Merrill piensa en el Apocalipsis.

Se da la vuelta y echa a correr hacia la vicaría. Y cierra la puerta a su espalda. Los gritos de Richard Sawyer, que jamás realizará esa entrevista con Mark Gondry y Donald Neville, se siguen oyendo durante un minuto más, antes de morir y empezar a sufrir espasmos. Cuando vuelva a levantarse ya no será la misma persona que venció el campeonato mundial de dominó. Desde los omoplatos hasta la cintura, la carne de su espalda prácticamente ha desaparecido, su chaqueta es apenas harapos que cuelgan teñidos de rojo y varias de sus costillas están a la vista. Abre la boca para lanzar un

bramido, y un chorro de sangre le resbala por la barbilla y cae al suelo. No hay nadie en la Iglesia para verle. Tan solo le mira la imagen de Cristo crucificado que hay detrás del altar.

5

-¡Ostia!

Jason Fletcher, esposado en el interior del coche patrulla, grita de asombro al oír el segundo disparo de la Desert Eagle y ver que la cabeza del soldado salta por los aires. Desde el asiento trasero del coche patrulla, ve la carnicería en la que se transforma la glorieta del rey. Ve al niño que ha estado a punto de morir atropellado caer al suelo y ser devorado por otro soldado.

-Joder - murmura.

Ve al agente que le custodia sacar su arma de la funda y disparar dos veces contra un soldado que estaba devorando viva a Norrie Henderson. La mujer tiene un muñón ensangrentado donde debería estar la nariz y empieza a sufrir espasmos. El soldado vuelve a levantarse, mirando hacia Russell. Jason lo ve claramente. Ese hombre tiene dos agujeros de bala en el torso, pero se levanta y mira a Russell. Después, lanza un grito que bien podría provenir de la garganta de un lobo y echa a correr hacia el agente.

Russell T.Dinner dispara dos veces más. El soldado cae hacia atrás, levantando las piernas. Jason le ve levantarse de nuevo. La boca de Jason está abierta, formando una silenciosa letra O. Detrás del soldado, la señora Henderson se está poniendo en pie. Y Jason ve lo mismo que nosotros. La cara de la señora Henderson tiene la misma expresión de ansiedad, de hambre, que el soldado. Ambos corren hacia Russell, que retrocede hasta que su culo choca contra el utilitario destrozado de Francine Newcomb. Russell aprieta el gatillo hasta descargar su arma. Falla una de las balas. Las otras tres impactan en el pecho, cuello y ojo izquierdo del soldado. Esta última es la que le detiene del todo. Hay que destrozales el cerebro para detenerles. Pero Russell solo ha detenido al soldado, y cuando apunta a la señora Henderson, mientras le grita que se detenga, no importa cuántas veces intente apretar el gatillo. El cargador está vacío. La señora Henderson hunde sus dientes en la mejilla derecha de Russell T.Dinner, como si fuera a besarle, y este grita, tratando de apartarla. Consigue empujarla lejos de él. La señora Henderson cae al suelo con un trozo de la mejilla de Russell entre sus dientes. El agente aúlla de dolor y se lleva la mano a la herida. Su mano queda cubierta de sangre en apenas unos segundos. Los ojos del agente, enloquecidos por el miedo, miran en todas direcciones. Ve a la señora Henderson que se levanta de nuevo dispuesta a lanzarse a por él otra vez. Ve a dos soldados, a un hombre al que reconoce por haberlo visto en varias ocasiones por el pueblo, e incluso

a un niño, juraría que es el hijo del juez Parkinson. Todos corren hacia él.

Russell T.Dinner se deja llevar por el pánico. Lanza su arma hacia la señora Henderson, se da la vuelta y echa a correr, saltando por encima de lo que queda del coche de Francine Newcomb.

No nos olvidemos de la señora Newcomb, que no murió, sorprendentemente, en el brutal accidente. La que una vez se acostara con Richard Jewel en el Mirador, antes de que él se convirtiera en el borracho oficial del pueblo, y perdiera un llavero que aún se puede encontrar allá arriba, algo más oxidado, ahora yace agonizante entre los restos de su coche, en un estado entre la inconsciencia y la muerte. Probablemente, es afortunada, porque ni siquiera se da cuenta cuando Norrie Henderson mete la cabeza por la ventanilla y le muerde en los labios, arrancándole el inferior de cuajo. El último pensamiento de Francine Newcomb es para su hija, que tiene veintidós años y estudia medicina en la capital, y es una niña preciosa con el rostro de su madre y los ojos de su padre. Claro que esa niña nunca sabrá que su verdadero padre no es el hombre que está casado con Francine. Nunca sabrá que es fruto de un polvo mal echado en el Mirador de Castle Hill con Richard Jewel.

Ignoremos un momento a Kurt Dysinger y observemos el panorama. Jason Fletcher está encerrado en la parte trasera del coche patrulla, gritándole a un hombre gordo, con bigote y manchas de grasa en la camiseta, que le saque de ahí. Ese hombre, que está paralizado por el miedo, es Dale McNamara, el gerente del Paradise Fall. Es un buen hombre que no merece ser recordado con la mancha de orina que empieza a crecer en su entrepierna. Jason Fletcher le grita, le suplica, le ruega que le saque de ahí. McNamara se da la vuelta para echar a correr, pero es demasiado tarde. El hombre que le derriba y le muerde en la pantorrilla solía visitar el Yucatán y jugar en la máquina tragaperras. Jason Fletcher contempla horrorizado, con la cara pegada a la ventanilla, cómo ese hombre arranca un trozo de carne de la pierna de McNamara y se la traga, casi sin masticar, con la barbilla llena de sangre. McNamara intenta huir a gatas, pero el hombre vuelve a lanzarse sobre él y esta vez hunde su boca en la cadera, rasgando con las manos, mordiendo y tratando de arrancar la ropa para llegar a la carne que se encuentra debajo. No tarda en conseguirlo.

Y Jason Fletcher sigue mirando por la ventanilla hasta que otro hombre la golpea, tratando de llegar hasta él. Jason suelta un grito de terror, y retrocede en el asiento, sin dejar de mirar, alucinado, la cara cubierta de sangre que araña la ventanilla y la golpea con la boca, aplastando la nariz una y otra vez, tratando de morder a través del cristal, ansioso por alcanzar la carne de Jason Fletcher. No reconoce el rostro, pero puede ver que tiene varias heridas. Una de ellas, en la frente, también le falta un trozo del cuello y en la mano derecha faltan dos dedos. Cada vez que abre la boca, Jason Fletcher puede ver trozos de carne que le cuelgan entre los dientes manchados de sangre. De la sangre de otras personas.

-Dios mío.

Jason Fletcher se da cuenta de que va a morir esposado en la parte trasera de ese coche patrulla. Porque, eventualmente, el hombre que golpea el cristal logrará romperlo y entrar. Y Jason Fletcher no tiene a dónde huir.

6

Regresemos a Kurt Dysinger. La última vez que nos fijamos en él acababa de reventarle el cráneo a un soldado con la Desert Eagle. Tiene el pie izquierdo atorado debajo del pedal de freno, que se ha doblado en un ángulo extraño. Intenta sacarlo de un tirón, pero siente que algo se le clava en la espinilla. Escucha los disparos de Russell, y después el grito que suelta el agente al ser mordido por la madre de Paula.

Kurt se gira en el momento exacto. Un hombre al que le falta la oreja, como si se la hubieran arrancado de cuajo y en su lugar tiene un muñón ensangrentado se abalanza sobre el coche y mete la cabeza por el hueco de su ventanilla, estirando las manos para agarrar a Kurt, y gruñendo como el animal enfurecido en el que se ha convertido. Kurt se echa hacia atrás todo lo que le permite el pie atorado bajo el freno, casi echándose en el asiento del copiloto. Sin Oreja intenta agarrarle, y uno de sus dedos logra enganchar el pantalón de Kurt. Lanza mordiscos al aire, buscándole, y cada vez tiene más cuerpo metido en el coche. Kurt agarra la Desert Eagle y apunta a la cabeza de Sin Oreja. Está a menos de diez centímetros, no puede fallar.

La bala revienta la cabeza del hombre. Si pudiera encontrar un segundo para reírse, Kurt apreciaría el detalle. Sin Oreja es ahora Sin Cabeza. El cuerpo del hombre se queda colgando. Las piernas dentro del coche, los brazos en el interior, que ha quedado bañado de sangre. Kurt pega un tirón fuerte y recupera su pierna izquierda. Apenas siente el corte que le provoca una pieza de metal en la espinilla, aunque luego le hará cojear levemente.

Se da la vuelta. Se golpea la cadera contra la palanca de cambios. Y mira a través del cristal del copiloto, a través de los sesos de Sarah que aún siguen ahí. Ve que los muertos han duplicado su número y corren en todas direcciones, aniquilando a todo ser vivo al que logran atrapar. Y ve un coche patrulla, con la puerta delantera abierta y uno de esos muertos golpeando furiosamente el cristal trasero.

Kurt abre la puerta y sale, casi cayéndose cuando apoya la pierna izquierda en el suelo y siente un latigazo que le recorre toda la pierna hasta la cadera. Escucha un gruñido a su izquierda, y ve a Norrie Henderson, que está devorando la garganta de Francia Newcomb y tiene la barbilla manchada de sangre y trozos de carne. Norrie vuelve la cabeza hacia él, y Kurt levanta el arma. La bala atraviesa la cabeza de Norrie a la altura de la ceja derecha, estampándola contra los restos del coche y haciéndola caer al suelo, con las piernas abiertas, podríamos verle las bragas bajo la

falda si quisiéramos, sentada y con la cabeza inclinada de forma que la barbilla le toca el pecho. La parte trasera de la cabeza de Norrie Henderson es ahora un agujero sanguinolento.

Kurt corre hacia el coche patrulla. Siente más que ve que algunos de los muertos le han visto y han echado a correr en su dirección, pero Kurt no se detiene. Son apenas cinco segundos los que tarda en llegar al coche patrulla, pero se le hacen eternos. Se mete en el asiento del conductor de un salto y cierra la puerta a su espalda. Tiene tiempo de pensar que si ese agente de pueblo ha sacado las llaves del contacto no tendrá escapatoria, pero las llaves están ahí. Y Kurt suspira. El golpe contra su ventanilla le hace gritar y saltar del susto. Varios de los muertos han alcanzado el coche y tratan de entrar a través del cristal, golpeándolo con ese ansia hambrienta que les caracteriza.

-Joder, tío, sácanos de aquí de una puta vez!

Kurt grita y se gira. Con el codo, golpea sin querer el claxon del coche. En la parte trasera del coche patrulla ve a Jason Fletcher, tumbado con las manos esposadas. Kurt va a decir algo, pero en ese momento uno de los golpes producen un crujido en su ventanilla, y una alarma empieza a sonar en su cabeza, advirtiéndole que ponga en marcha el coche antes de que consigan atravesar el cristal, porque son muchos, y alguno podría conseguir cogerle.

Kurt no quiere convertirse en uno de ellos.

Gira la llave en el contacto, haciendo que el motor del coche patrulla ruja como un león. Y después, aprieta el acelerador en el mismo momento en que el puño ensangrentado y sin pulgar de uno de los muertos golpea el cristal, reventándolo. Kurt siente que se le clavan algunos pequeños cristales en la mejilla. Los siente como agujijones de mosquitos. Por suerte para él, el coche sale despedido hacia delante, dejando atrás a los muertos que intentaban entrar y que, incansables, echan a correr tras el coche, alzando los brazos, gruñendo y bramando al cielo, hambrientos de carne y sangre humana. El coche patrulla pega un bote al pasar por encima de un cuerpo. Kurt aprieta más a fondo el acelerador.

-¡Gira en la próxima a la derecha! - grita Jason Fletcher en el asiento trasero - ¡Y, por dios, conduce mejor que con tu coche!

Kurt suelta una carcajada y da un volantazo hacia la derecha, siguiendo la indicación de Jason y alejándose de la glorieta del Rey, ese lugar que ha servido como punto de encuentro de tantas generaciones de jóvenes y no tan jóvenes en Castle Hill y que en menos de cinco minutos se ha convertido en un campo de batalla sangriento.

La última vez que vimos al jefe de policía de Castle Hill estaba montado en su coche patrulla y se dirigía a la plaza del Rey seguido por el pequeño camión de bomberos conducido por Terence y Verónica. Mientras conduce, sus pensamientos vuelan entre dos cosas completamente ajenas la una de la otra. Por un lado, piensa en Verónica. No puede evitarlo, cada vez que la ve siente que se le acelera el pulso y se siente estúpido al recordar cómo le rechazó cuando él le declaró su amor. Dennis Sloat no es un hombre romántico, nunca lo ha sido, pero Verónica despertaba en él sentimientos muy fuertes. Puede que, si le preguntáramos, nos dijera que no le importó ser rechazado, pero te aseguro que Dennis Sloat se sintió dolido durante un tiempo. La segunda cosa en la que piensa el jefe de policía mientras conduce en dirección a la glorieta del rey, es en lo que Zoe le ha dicho del accidente. Al parecer, el coche de Francine Newcomb ha recibido un fuerte impacto y ella está encerrada en el interior. Zoe ha dicho que Russell no cree que lo supere, pero que de momento está viva. Y esa es la razón por la que Dennis le ha dicho a Terence que le siga. Tal vez necesiten partir el metal del coche para sacarla.

A lo largo de sus años como policía, Dennis ha visto más de un accidente, pero nunca se acostumbra. Castle Hill es un pueblo pequeño y, al final, le pones cara a casi todo el mundo. Cuando ves agonizar a gente que conoces, o directamente les ves muertos en un lado de la carretera, algo hace clic en tu interior. Impacta si son desconocidos, así que cuando les conoces, y conoces a sus amigos y familiares, la cosa empeora bastante.

Supone que forma parte del pueblo. Te ahorras crímenes de grandes ciudades, pero conoces a la gente que muere cuando ocurre algo. Pros y contras.

Dennis conoce a Francine Newcomb. Tuvo un lío con ella hace muchos años, nada serio, ni siquiera llegaron a segunda base, y fue antes de que ella se quedara embarazada. Ella tenía dieciséis años y él veinticinco. También conoce a su hija, y a su marido, y tienen muchos amigos en común. Francine siempre ha sido una mujer elegante, amable con todo el mundo, con una sonrisa permanente en el rostro. Una de esas personas que te dan ganas de llevarte a casa cuando las conoces. Una de esas personas que no quieres ver morir.

Y en eso está pensando Dennis Sloat cuando alguien cruza corriendo la calle, obligándole a dar un frenazo. Detrás de él, el camión de bomberos también pega un frenazo, y los parachoques de ambos vehículos se quedan a menos de cinco centímetros. Dentro del camión de bomberos, Terence suelta un grito de enfado.

Dennis también hubiera gritado, de no ser porque se queda perplejo siguiendo con la mirada al hombre que corre hacia la otra acera sin detenerse.

-¿Russell?

La pregunta le sale en voz alta porque no comprende qué demonios hace su agente corriendo como alma que lleva el diablo. La rutina de su trabajo le hace abrir

la puerta y salir del coche de forma automática. Aún mira hacia Russell, que cada vez está más lejos. Entonces, Dennis oye un ruido a su espalda. Alguien que corre hacia él mientras gruñe. El jefe de policía se da la vuelta justo en el momento en que una mujer le lanza un mordisco en el brazo, empujándolo contra el coche. Otro hombre corre también hacia Dennis, que sacude el brazo para librarse de la mujer y lanza una patada al hombre. Tal vez se hubiera librado de ellos, pero entonces se da cuenta de que al hombre le falta el brazo izquierdo desde la altura del codo y que tiene varias heridas en el pecho que parecen mordeduras. Y ese segundo de asombro hace que no le dé tiempo a defenderse cuando el hombre vuelve a lanzarse sobre él y le muerde en el pecho, bajo el hombro derecho, arrancándole la camisa y hurgando con los dientes en su carne.

Dennis grita, y trata de soltarse de ambos. Por un momento logra que la mujer suelte su brazo, pero ella vuelve a lanzarse sobre él y le muerde en el hombro. Su propia sangre empieza a mancharle la camisa caqui. Con la otra mano, agarra el pelo de la mujer y tira de ella, para apartarla de él, pero ella lanza otra dentellada, y Dennis se queda con un mechón de pelo en la mano. Siente los dientes de ambos clavándosele en la carne.

Y entonces, la pesada bota de bombero de Verónica Buscemi se estrella contra la cara del hombre, lanzándole hacia atrás. El crujido que hace el hueso de su nariz al romperse se escucha perfectamente. Verónica agarra a la mujer por el cuello y la lanza al suelo con un fuerte movimiento. Dennis cae sobre el coche.

Para entonces, el hombre ya está incorporándose de nuevo, gruñendo y mirándola. Uno de sus párpados está hinchado y tiene la cara llena de sangre. Se lanza a por ella, y Terence lanza un mandoble con el hacha que utilizan para abrir puertas. El filo del hacha se hunde en la cabeza del hombre, a la altura de la oreja, casi seccionando la parte superior de su cabeza. Un trozo de su oreja cae al suelo, a los pies de Verónica.

Ella no se da cuenta. La mujer se ha dado la vuelta en el suelo y trata de agarrarla. Verónica le pateo la cara. Siente el hueso del pómulos de la mujer romperse bajo el peso de su bota, pero la mujer no cesa en su empeño y se lanza una vez más a por ella. Verónica levanta la pierna y la descarga sobre la cabeza de la mujer con todas sus fuerzas, aplastando la cara de la mujer contra el suelo y rompiéndole el cuello al hacerlo. No vuelve a moverse.

Verónica se queda quieta, mirando el cuerpo muerto de la mujer, sin asimilar aún lo que acaba de pasar.

-Vero, será mejor que nos larguemos de aquí.

Verónica levanta la vista. Un grupo de diez personas, entre los cuales hay un niño, por el amor de dios, corre en su dirección lanzando esos gruñidos animales. Uno de ellos va arrastrando los intestinos por el suelo, como si fueran los cordones sin atar de

unas zapatillas deportivas.

Verónica retrocede hacia el camión de bomberos. Terence, sin soltar el hacha, agarra al comisario por debajo de los hombros y tira de él. Verónica se sube al camión y ayuda a Terence a subir a Dennis. Después, Terence salta al interior y cierra la puerta, a tiempo de evitar que esas cosas le agarren. Las puertas del camión de bomberos son altas, por lo que los muertos no alcanzan los cristales, pero les oyen golpear el metal, tratando de entrar a toda costa.

Verónica está aterrorizada. Se le nota en los ojos. Y no podemos negar la evidencia. Aún con todo ese miedo surcándole el rostro, sigue siendo la mujer más bella que hemos visto nunca. Su pelo color fuego se ha soltado de la coleta en que lo había recogido. Mira a Terence.

-¿Has visto a ese hombre? ¡Le colgaban las tripas! ¿Cómo puede estar corriendo con las tripas colgándole? ¿Cómo puede estar vivo?

-No creo que estén vivos, Vero.

Al final, Terence ha resultado ser un tipo listo. Verónica le mira, con la pregunta más obvia del mundo anclada en sus labios, que no llegan a abrirse. ¿Qué demonios quiere decir que no crees que estén vivos? Y no llegan a abrirse porque en realidad no le parece tan descabellado, y porque a lo largo de su vida ha visto demasiadas películas de zombis para no reconocer que lo que acaba de ocurrir ha sido terriblemente parecido a cualquier secuencia de una de esas películas. Y Verónica Buscemi no es tonta. Puede ser preciosa, pero cometerías un error fatal si subestimaras su inteligencia.

Terence le ha quitado la camisa a Dennis y está examinando las heridas. Tiene un pequeño mordisco, prácticamente superficial, en el pecho, otra herida en un hombro y una, más grave, en el brazo, que sangra bastante. Terence abre el botiquín del camión y le entrega a Verónica una venda. Rápida y sin preguntar, ella la enrolla sobre el brazo del jefe de policía.

-¿Qué demonios ha pasado?-está preguntando Dennis Sloat.

-No tengo ni puta idea, jefe - asegura Terence-. Verónica, me gustaría salir de aquí antes de que estos hijos de puta me vuelvan loco golpeando el camión.

-Aguanta un segundo - dice ella, que está terminando de enrollar la venda. Allí donde estaba la herida, la tela blanca ya se ha teñido de rojo. Pero al menos así evitarán que la hemorragia sea muy grande.

Terence espera un segundo. Mira hacia la calle mientras Verónica termina. Cada vez hay más gente rodeando el camión. Puede que sean unos treinta ya. Y Terence reconoce a la mayoría, al menos aquellos que aún mantienen sus caras completas o casi completas. Un escalofrío le recorre el cuerpo.

V

-LA DESINTEGRACIÓN DE UN PUEBLO-

1

El Chester se va al infierno en apenas unos segundos. Los dientes de la mujer se clavan en el cuello de Neville. La sangre sale disparada de la herida y salpica la cara de Paula, que sigue en brazos de Mark, y empieza a chillar. Mark ni siquiera puede moverse. La impresión y los gritos de Neville y Paula le paralizan. Una de las mujeres del Chester también está gritando y echa a correr hacia la calle. Mark se da cuenta de que él también está gritando. Neville empuja a la mujer, que tropieza con una mesita baja y cae al suelo, derribando la mesa y un par de sillas altas. Neville grita y se lleva las manos al cuello, del que mana sangre como si fuera una fuente. La mujer trata de levantarse de nuevo. Mark retrocede, apretando a Paula contra su cuerpo. La otra mujer, la que ha echado a correr hacia la puerta, la alcanza y la abre. Mala idea. Un hombre, con un traje hecho a medida cuya americana está rota en varios puntos, y al que parece que hayan desgarrado el pecho entero, la arrolla y cae sobre ella. Le muerde en la axila, con tanta fuerza que prácticamente le arranca el brazo. La mujer que ha mordido a Neville consigue levantarse y está mirando a Mark y Paula. El atronador sonido de un disparo de escopeta retumba en el bar y la mujer sale despedida hacia la puerta del bar, volando por los aires hasta chocarse contra la pared y volver a caer al suelo.

Mark gira la cabeza. Bulldog sostiene una escopeta de cañón recortado. Al otro lado de la barra, Richard Jewel observa la escena con la boca abierta.

El hombre del traje destrozado emite un rugido al levantar la cabeza de golpe, e incluso después del ensordecedor disparo, todos pueden oír el sonido que hace la carne al desgarrarse cuando termina de arrancarle el brazo a la mujer medio desnuda que hasta hacía unos instantes vivía de vender su cuerpo. El hombre está masticando. Bulldog no se lo piensa. Aprieta el gatillo una vez más, y la parte derecha de la cabeza de Traje Desgarrado prácticamente desaparece y se estampa en la pared.

Apenas han pasado quince segundos. Paula se ha desmayado en los brazos de Mark, que logra dejar de gritar gracias a un esfuerzo mental por su parte. Bulldog, detrás de la barra, tiene el aspecto de quien sabe que está en un lío muy grande. No piensa en muertos vivientes. Piensa que acaba de matar a dos personas, aunque haya sido en defensa propia, y que no quiere volver a la cárcel. Ya estuvo en prisión hace quince años por una pelea en un callejón donde el otro estuvo a punto de morir y, desde que pisó de nuevo la calle, había procurado no meterse en follones. Ahora, el

bar que dirige está lleno de sangre, una de sus chicas, Sugar, ha muerto, y él ha matado a otras dos personas.

La otra de las chicas del Chester, Zambia, corre hacia Sugar y se agacha junto a ella, porque Sugar tiene espasmos y parece estar muy grave. Ese hijo de puta le ha arrancado el brazo de cuajo. Bulldog apenas tiene tiempo de pensar en llamar a la policía. No sabe qué coño le va a decir al jefe Sloat, pero sabe que tiene que llamar.

Mark se da cuenta de que está temblando. Y está pensando que tiene que dejar a Paula en alguno de esos sillones, aunque no quiere separarse de ella, y ayudar a Neville, cuando escuchan un gruñido.

-Joder - murmura Bulldog.

Y sí, joder, porque la primera mujer, la del brazo roto y la herida en el cuello, se está levantando, a pesar de que acaba de recibir un disparo de escopeta en el pecho y no debería poder moverse. Mark puede ver claramente el agujero que ha hecho la bala debajo del seno izquierdo, y sin embargo, también puede ver claramente que la mujer está tratando de levantarse.

-Joder - vuelve a exclamar Bulldog, esta vez en voz más alta.

Se da la vuelta y empuja unas botellas de vodka que caen al suelo y estallan en pedazos, inundando el Chester de olor a alcohol. En el hueco hay una pequeña caja de munición que nunca antes ha tenido que utilizar. Bulldog la abre, sin soltar la escopeta, y trata de sacar un cartucho. Las manos le tiemblan, y tira dos o tres al suelo antes de conseguir agarrar uno.

Para entonces, la mujer ya se ha levantado. Y está mirando a Mark, que retrocede, apretando con más fuerza a Paula entre sus brazos, como si haciéndolo pudiera conseguir que aquella jodida pesadilla terminara. Escucha a Richard Jewel, el hombre que nunca sabrá que tiene una hija preciosa estudiando medicina en la capital, decir con asombro que reconoce a esa mujer. Y ella se lanza a la carrera hacia Mark, alzando los brazos y soltando un alarido.

Es Richard Jewel quien le salva la vida, lanzando un cenicero hacia la mujer. El cenicero, de cristal, se estampa contra la frente de la mujer, abriéndole una brecha en la frente muerta. La mujer se tambalea hacia un lado, y después vuelve a fijar la vista en Mark y Paula. Pero Richard Jewel ha cogido carrerilla, ha sacado la llave inglesa que siempre lleva enganchada al cinturón porque el tacaño de Wayne no quiere comprar más herramientas para el taller, y golpea con ella a la mujer en la cabeza. El hueso cruje al romperse.

A Mark ese crujido le recuerda el sonido que hacen las nueces al abrirlas con un cascanueces. Amplificado, eso sí.

En ese momento, Zambia grita. Sugar la está mordiendo en la cara. Zambia trata de librarse de Sugar, que lanza su único brazo una y otra vez hacia la cara de Zambia. En uno de esos movimientos, los dedos de Sugar se enganchan en la cuenca ocular de

Zambia. El ojo revienta, y Zambia muere al instante, mientras Sugar sigue mordiéndole el rostro.

Bulldog ha terminado de cargar la escopeta y ha salido de la barra. Apunta hacia las dos mujeres que trabajaban para él y dispara, sin contemplaciones, dos veces. Le revienta la cabeza a las dos.

Se habría hecho el silencio, pero todos ellos pueden escuchar claramente los gritos en la calle.

-Bull - dice Richard - creo que será mejor que cierres la puerta.

Bulldog le mira. Tiene la misma expresión de incredulidad que tienen Mark y el propio Richard. La misma expresión que hemos visto en las caras de mucha gente en lo que va de día. Corre hacia la puerta mientras saca las llaves de su bolsillo. Después, da dos vueltas y cierra la puerta.

En ese momento las piernas de Neville ceden y se doblan a la altura de las rodillas. Neville cae al suelo, sujetándose aún el cuello, del que sigue manando sangre sin parar. La cámara de fotos que aún lleva colgada al cuello se rompe al estrellarse contra el suelo. El anillo de foco rueda hasta chocar con la bota de Bulldog.

A Mark le tiemblan las piernas y está a punto de caer al suelo. Baja, hasta quedar de cuclillas y después se sienta sobre sus talones y observa consternado el presente del bar Chester, los cuerpos y la sangre. Ni en la película más sangrienta ha visto jamás una barbarie como esa. Mark siente que algo le sube a la garganta y se echa hacia delante con el tiempo suficiente para vomitar lo poco que lleva en el estómago. Vomita y escupe después, tratando de perder el desagradable sabor a bilis. Luego vuelve a sentarse sobre sus talones, limpiándose los labios con la mano. Y sin soltar en ningún momento a Paula.

Le parece encontrarse bajo los efectos de una droga. La vista se le escapa hacia arriba y mira el techo del Chester buscando comprensión.

Neville está gimiendo. Está consciente pero aturdido. Ha perdido mucha sangre. Su camiseta de Dharma está cubierta de sangre. Richard Jewel se acerca a él y se agacha a su lado. Mira a Bulldog, que aún tiene la escopeta en las manos y le mira con preocupación. Con mucho cuidado, Richard agarra la muñeca de Neville y le aparta con precaución la mano de la herida del cuello. Inmediatamente, un pequeño chorro sale despedido de la herida. Richard vuelve a mirar a Bulldog.

-¿Tienes un botiquín? - pregunta, sin demasiada convicción.

-En la parte de atrás - responde Bulldog-. Deberíamos llamar a la policía.

-No sé si tienes las orejas limpias, Bulldog, pero si escuchas los mismos gritos que yo, creo que la policía va a estar bastante ocupada.

Como si quisieran darle la razón, algo golpea con fuerza la puerta del bar. Bulldog se gira, pero la puerta resiste sin problemas de momento. Al otro lado, un

rugido, algo que parece imposible que pueda surgir de una garganta humana.

-Trae el botiquín, anda.

Bulldog sigue mirando la puerta durante unos instantes. Los golpes parecen duplicarse. Luego triplicarse. Varios de ellos intentando entrar. Una sombra de preocupación cruza el rostro de Bulldog, pero después se gira y sale hacia la parte trasera del local.

-¿Cómo está? - pregunta Mark, que también mira hacia la puerta. Los golpes desde el otro lado suenan a ansia y furia.

-No creo que lo logre - responde Richard-. Porque sé poco de arreglar coches, pero de arreglar personas no tengo ni puñetera idea. La sangre le sale a chorros de esta herida.

Mark aparta la mirada de la puerta, con dificultad, porque los golpes son hipnóticos. No le resulta nada complicado imaginar las manos ensangrentadas que golpean la madera al otro lado, las uñas que la arañan, las bocas abiertas que gruñen pidiendo comer.

-Es un buen chico - dice, recordando que a Neville le gustaba coleccionar fotografías de nubes con formas curiosas.

-¿Cómo está la niña? - pregunta Richard.

Mark mira a Paula. La niña tiene la cara cubierta de sangre de Neville, los ojos en blanco y parece un pelele. La deja en el suelo con suavidad y le coloca la mano en el cuello, tratando de encontrarle el pulso, pero es inútil. Nunca ha dado un curso de primeros auxilios y no sabe cómo ha de buscarlo. En las películas todo el mundo sabe hacerlo. En la realidad no. Pero Mark se había tragado en su adolescencia todos los capítulos de McGyver, así que coloca la mano delante de la boca de Paula y nota su aliento en ella. Después le mira el pecho y comprueba que éste se mueve despacio, primero subiendo y luego bajando.

Vuelve a cogerla en brazos y se levanta. Al hacerlo, pisa algo con el pie izquierdo. Al mirar, ve que está pisando la mano de la mujer que Richard ha matado con la llave inglesa. Se le revuelve el estómago y aparta la vista. Lleva a Paula hasta la barra y la tumba en ella. Después, pasa al interior de la barra y busca el grifo.

-Esto es una pesadilla - dice-. Y quiero despertarme ya.

Cierra los ojos y aprieta con fuerza, pero cuando los vuelve a abrir, el Chester sigue estando allí, los muertos también y Paula sigue inconsciente sobre la barra del bar. Mark aplaca dos arcadas que amenazan con hacerle vomitar la comida y cena del día anterior. Coge una botella de Whisky cercana y echa un trago. El sabor del alcohol le tranquiliza pero también le demuestra que aquello es real.

-Los chupitos cuestan dos dólares - dice Bulldog, desde la puerta que lleva a la parte trasera del bar-. Si quieres un vaso entero, seis.

Mark deja la botella en su sitio y mira a Bulldog, pero éste camina hacia Richard

y le entrega el botiquín.

Mark coge un vaso y lo llena de agua. Regresa junto a la niña, moja un trapo y se lo pasa por la cara, con delicadeza, limpiando la sangre que le cubre el rostro. Mark empieza a sentirse preocupado por ella, pero Paula reacciona y abre un ojo. Le mira, al principio sin reconocerle, pero después, le otorga una de esas bonitas sonrisas que le llenan todo el rostro. Mark también le sonrío, aunque la suya es una sonrisa parca.

-¿Estamos ya en casa? - pregunta.

-No, cariño. Me temo que todavía no.

-He tenido una pesadilla - dice ella empezando a incorporarse. Mark le coloca una mano sobre el hombro y obliga a Paula a tumbarse de nuevo.

-Paula, escúchame bien - Mark traga saliva, buscando las mejores palabras. Paula le mira frunciendo el ceño, preocupada-. Lo que viste... no era una pesadilla. Y sigue aquí. Así que quiero que te levantes pero que no hagas caso de nada de lo que veas - Mark siente el miedo crecer en el interior de Paula. Él mismo está aterrorizado y siente ganas de llorar-. Ignóralo, como si no hubiera nada. Te necesito despierta porque vamos a salir de aquí, ¿vale?

Los labios de Paula tiemblan cuando responde que sí. Sus ojos están anegados de lágrimas. Mark aparta su mano con suavidad y ella se incorpora y mira hacia el bar, hacia el cuerpo más cercano. Después aparta la vista, y las lágrimas empiezan a caer por sus mejillas. Cierra los ojos y los aprieta con fuerza.

Mark sale de la barra, coge a Paula en brazos y la baja al suelo. La mano de Paula se cierra en torno a la suya, y Mark mira hacia abajo. La niña sigue teniendo los ojos cerrados y se ha abrazado a él. Con paternalismo, Mark acaricia la espalda de la niña.

2

Los muertos aún no han llegado a la Plaza de la constitución. Hay dos hombres fumando a la puerta de los juzgados, una pareja joven que camina de la mano, un hombre mayor que se cruza con ellos, un chico haciendo footing... La vida aún es normal en esta parte del pueblo. Nuestro intrépido reportero, el insigne Brad Blueman, está sentado en los escalones del juzgado escribiendo a toda velocidad en su libreta. Tiene un momento de inspiración, y está anotando todas las ideas que quiere plantear en su artículo.

Junto a él, en el escalón, descansa el maltrecho sombrero que Carrie pisoteó antes de que empezara el juicio. Pero Brad está satisfecho, porque quien ríe el último ríe mejor, y él tiene el poder de avergonzarla en la prensa.

Pero no nos interesa Brad Blueman. Al menos, no de momento. Nos interesa más el coche patrulla que fuera del agente Dinner y que ahora se dirige a toda velocidad hacia la plaza de la constitución, con Kurt Dysinger al volante y Jason Fletcher en el

asiento trasero.

-¡Para! - grita Jason - ¡Para el coche!

Kurt pisa el freno y el coche patrulla derrapa ligeramente y se detiene. El chico que está haciendo footing se gira para mirarles. Brad Blueman no. Está demasiado inmerso en su artículo.

-¿Qué pasa? - pregunta Kurt, alarmado.

-Quítame las esposas.

-¡Tenemos que salir de aquí, joder! - exclama Kurt, llevando la mano a la palanca de cambio para arrancar de nuevo.

-¡No! ¡Quítame las esposas!

Kurt mira hacia atrás, hacia Jason.

-Por favor - añade el chico.

Kurt duda un momento. El instinto le dice que se largue antes de que los muertos lleguen a esa plaza también. El instinto le dice que ha tenido suerte la primera vez, pero que probablemente no la tenga de nuevo. Y sin embargo, mira a Jason de nuevo.

-Tú eres el chico que quemó esa granja de las afueras.

No es una pregunta. Tampoco una acusación.

Jason no contesta.

-¿Sabes dónde están las llaves de las esposas? Porque si las tiene ese poli...

-Las metió ahí.

Jason señala el posavasos situado entre los dos asientos delanteros. Kurt mete la mano y saca la llave. Se la pasa a Jason a través de la rejilla.

-Gracias. ¿Me abres la puerta? - Jason mira a Kurt, que levanta una ceja a modo de pregunta-. La parte trasera de los coches patrulla no se abre desde dentro.

Kurt asiente. Sale del coche y abre la puerta trasera. Jason sale al instante.

-Tío, solo voy a tardar un momento. No te vayas.

-¿Qué?

-Que no te vayas. Espérame.

Kurt no tiene ganas de esperar. Cada segundo que no pasa alejándose de ese maldito pueblo es un segundo más que les está regalando a los muertos para que le atrapen. Mira a Jason, y por un momento pareciera que le va a decir que no.

-En cuánto vea a una de esas cosas aparecer por el espejo retrovisor pisaré a fondo el pedal del acelerador - advierte-. No sé qué quieres hacer, pero más vale que lo hagas deprisa.

Jason ni siquiera espera a que termine la frase. Echa a correr, gritando un gracias, y pasa como un rayo junto al chico que estaba haciendo footing. Kurt advierte que el chico le está mirando, extrañado. Maldice por dentro y regresa al coche patrulla.

Mira el espejo retrovisor. Su pie, preparado sobre el pedal.

No nos marchemos aún. Porque es interesante destacar que el chico del footing,

que se llama Aarón Buchanan, no es el único que está mirando hacia Kurt. Los dos hombres que fuman a la puerta del juzgado también lo hacen. Y aún más importante, Brad Blueman también le mira. Porque Blueman estaba inmerso en la escritura de su artículo, pero el frenazo del coche patrulla le había hecho levantar la cabeza. Al principio no se extrañó, porque su mente estaba buscando una buena metáfora para describir a Jason Fletcher sin utilizar la palabra escoria. Pero su mente estaba acostumbrada a ahondar en los detalles, y el primer sonido de alarma en su cabeza empezó a sonar cuando se dio cuenta de que la ventanilla delantera del coche patrulla parecía rota.

Y después, se fijó en el conductor. No reconocía a ese hombre como uno de los agentes de policía del pueblo. Pero su cara le sonaba. Brad Blueman era bueno para las caras. Y para los nombres. Uno no consigue ser buen periodista si no se queda con las caras y los nombres de la gente, sobre todo los importantes.

Entonces el hombre salió del coche y abrió la puerta trasera. Para dejar salir a Jason Fletcher. Y estoy seguro de que puedes imaginar a la perfección la expresión de Brad Blueman. El sonido de alarma de su mente se transformó en un alboroto de sirenas y campanas. No se dio cuenta, pero se puso en pie al ver al chico salir del coche.

Y después Jason Fletcher echó a correr y entró en su casa y el otro hombre se dio la vuelta para volver a meterse en el coche y ahí fue cuando Brad le puso un nombre a esa cara. Saltó a su boca como salta un gato para subirse a la silla más cercana.

-Kurt Dysinger.

Por supuesto que le conocía. Porque Kurt Dysinger era uno de los científicos militares más valorados de Estados Unidos, y porque se suponía que estaba desarrollando una vacuna para la gripe porcina. Era una celebridad que vivía a las afueras de Castle Hill. Brad había tenido ocasión de hablar con él en una ocasión, extraoficialmente, y le había parecido un tipo encantador.

Pero que se abriera la tierra en ese instante si entendía qué coño hacía Kurt Dysinger conduciendo un coche patrulla y liberando a Jason Fletcher.

El siguiente detalle que captó la mente de Brad Blueman fue las salpicaduras rojizas que parecía haber sobre el capó del coche.

Hubiera apostado la vida a que era sangre. Y habría ganado.

Brad Blueman metió la mano en el bolsillo y sacó su teléfono móvil.

Richard Jewel está agachado en el suelo, junto a Neville. Ha vendado el cuello del chico, rodeándolo varias veces. Antes de terminar de hacerlo, la venda ya se ha teñido de rojo. Durante todo el proceso, Richard lanzaba miradas preocupadas a Bulldog y

Mark.

Mark está de pie, al fondo del bar. Paula está abrazada a él y tiene la cabeza oculta en su estómago, negándose a mirar a ningún lado. Mark tiene su mano izquierda apoyada con suavidad en la cabeza de la niña. Mira el charco de sangre que se ha formado bajo el cuerpo de Neville.

Bulldog está de pie, delante de la puerta del bar, con la escopeta en la mano. Se ha llenado los bolsillos de cartuchos y no deja de mirar la puerta. Antes ha echado un vistazo a su alrededor, y se ha preguntado si será capaz algún día de limpiar toda la sangre. Lo peor ha sido mirar los cuerpos desfigurados de Sugar y Zambia. Bulldog siempre ha tratado a sus chicas con cariño y respeto, pero hace un minuto las ha disparado a ambas a la cabeza. Se dice a si mismo que Sugar se había vuelto loca, que había atacado a Zambia. No puede dejar de imaginarse a algún fiscal del estado argumentando que la mujer seguramente estaba conmocionada, que acababa de ser atacada y le habían arrancado un brazo, que seguramente no estaba atacando a Zambia sino pidiéndole ayuda. Bulldog la había visto meter los dedos dentro del ojo de Zambia. La había oído aullar como aúllan los que están fuera golpeando la puerta. O no. Teme que sea su cabeza jugándole una mala pasada.

Ninguno de ellos se da cuenta de que la respiración de Neville es cada vez más lenta.

Richard se levanta. Se siente más sobrio que nunca en su vida, a pesar de que se había bebido tres o cuatro vasos de Whisky desde que se levantó esa mañana. Se acerca a Bulldog.

-¿Has llamado a la poli?

Bulldog lo ha hecho. Lo ha intentado, al menos, porque no ha conseguido tener línea. Al parecer, las líneas están saturadas.

-¿Cuántos crees que hay?

Richard se da la vuelta y mira hacia la puerta. Se ha acostumbrado, se sorprende de que haya sido tan rápido, a los golpes y gruñidos que hay al otro lado que no se había percatado de que el conjunto del sonido era mucho mayor.

-Parecen bastantes - dice.

-Eso creo yo también - asegura Bulldog - ¿Qué coño quieren? ¿Qué coño les pasa?

A nosotros, piensa Mark. No lo dice. No quiere decir nada que pueda asustar a Paula más de lo que ya está asustada.

Ninguno de ellos mira hacia Neville. De haberlo hecho, tal vez se hubieran dado cuenta de que su pecho dejaba de moverse.

-Voy a servirte un Whisky doble - asegura Richard - y como intentes cobrármelo no pienso volver a entrar en tu bar.

Bulldog no sonrío, porque no cree que el Chester vuelva a abrir las puertas

después de esto. Aunque lo intentara, sabe que todo el mundo señalaría el local y diría ahí es donde tuvo lugar esa masacre. Tal vez siguiera viniendo gente, sobre todo ese tipo de morbosos que les gusta visitar la tumba de los famosos, el hotel donde murió Jim Morrison o la carretera donde se estrelló James Dean.

En ese momento, la madera de la puerta cruje cuando un puño ensangrentado logra atravesarla, abriendo una pequeña grieta en la madera. Bulldog está mirándolo anonadado cuando Neville vuelve a abrir los ojos. Aunque la mirada que hay en ellos es ahora vidriosa y lejana, como si tuviera cataratas. Neville se incorpora, casi de un salto, y agarra la pierna de Bulldog, hincando los dientes unos centímetros más arriba de la rodilla. Bulldog grita.

Paula empieza a temblar y Mark teme que se desmaye de nuevo. Son cosas que le cruzan la mente a toda velocidad, como que tal vez sea él quien se desmaye, porque de momento le tiemblan las piernas de tal manera que duda de su capacidad para poder dar unos pasos. Menos aún para correr.

Sabe que tiene que correr. Mark se da cuenta de que debe reaccionar, y rápido.

-Paula - murmura. Bulldog pierde el equilibrio y cae al suelo, con Neville encima, lanzándose de nuevo a por él. Bulldog le golpea con la escopeta y Neville cae al suelo. Pero vuelve a levantarse de nuevo, sin pausa, y se lanza al ataque. Bulldog trata de defenderse y los dos ruedan por el suelo. Mark siente las piernas de piedra y a la vez le tiemblan por efecto del pánico. No se cree capaz de moverse.

-Paula, cuando yo grite «ya» saldremos corriendo por esta puerta, ¿me has comprendido? - No puede apartar la vista de la lucha que libran Bulldog y Neville en el suelo - Si lo has comprendido, apriétame la mano.

Por un instante de pánico, Paula no reacciona y Mark siente que están a punto de morir. Entonces, débil, la mano de Paula aprieta la suya. Y eso ayuda a Mark a reaccionar y salir del estupor en que se encuentra. Richard se lanza a ayudar a Bulldog, llave inglesa en mano, pero en ese momento, Bulldog trata de disparar a Neville con la escopeta. Neville se lanza sobre él, y al hacerlo golpea con el codo el cañón del arma. El dedo de Bulldog aprieta el gatillo, pero la bala se estrella contra el techo, lanzando virutas sobre ellos.

Todo ocurre tan rápido que Richard, Mark y Paula aún no reaccionan. Después, varias manos se cuelan por el agujero de la puerta, ávidas, tratando de agarrar algo, y el grupo que hay fuera es lo suficientemente grande como para que la puerta cruja bajo su peso.

Richard Jewel no necesita que nadie le diga cuándo tiene que correr. Sin soltar la llave inglesa, se da la vuelta y cruza delante de Paula y Mark, atravesando la puerta que lleva a las habitaciones.

-¡YA! - grita Mark.

Empuja a Paula contra la puerta y se da la vuelta para correr tras ella. En el

mismo momento, Bulldog logra situar una pierna bajo el abdomen de Neville, y haciendo uso de todas sus fuerzas, que son bastantes, le empuja hacia atrás, lanzándole por los aire contra la puerta. El cuerpo de Neville choca bruscamente, produciendo que la madera se combe. El grupo del exterior sigue empujando. La puerta cruje una vez más. Bulldog apoya las manos en el suelo para levantarse. Una de ellas resbala en la sangre de Neville y vuelve a caer. La puerta cede mientras Neville vuelve a lanzarse a la carrera y Bulldog se incorpora. Por el hueco de la puerta cruzan varios muertos. Más de treinta personas que una vez vivieron en Castle Hill y ahora no son más que cadáveres andantes ávidos de carne.

Bulldog salta por encima de la barra y cae al otro lado, derribando vasos y botellas que caen sobre él. Neville salta detrás de él. Bulldog dispara. Neville recibe el impacto en el pecho y vuelve a caer del otro lado de la barra, donde es pisoteado por la horda que inunda el Chester. La mayoría cruza la puerta que lleva a las habitaciones. No todos.

4

Richard Jewel ha sido el primero en cruzar la puerta. Conoce ese lugar como uno puede conocer su casa, así que gira por el pasillo y corre. Al fondo hay una escalera, pero Richard frena antes de llegar a ella y cruza una puerta situada a la derecha que da a la trastienda del Chester. Richard gira sobre sus talones y cierra la puerta, corriendo el pestillo al hacerlo. Después, se apoya contra la puerta.

El pomo se mueve. Richard siente que intentan abrir la puerta y que después la golpean. Pero los golpes no tienen casi fuerza. Entonces escucha la voz de la niña.

-¡Abre!

Parece aterrorizada, y Richard supone que lo está. Y aunque en el fondo de su corazón sabe que debería abrir la puerta, Richard cierra los ojos y se obliga a quedarse quieto. Dentro del Chester, se escucha un disparo de escopeta.

-¡Paula, corre! - es el hombre - ¡CORRE!

Les oye subir las escaleras. Desde el Chester, oye a la turba que entra rugiendo y a la carrera, persiguiéndoles. Oye gritar a Bulldog, allá en el bar. Y suenan dos disparos más.

Richard abre los ojos. La trastienda es una habitación pequeña llena de cajas de refresco y material de limpieza. Al fondo hay una ventana cubierta de mugre. Richard avanza hacia ella y frota el cristal con sus manos, tratando de limpiarlo. Después, acerca la cara para mirar. Da al patio interior del Paradise Fall, el hotel cuyo dueño ha sido eviscerado vivo en la glorieta del rey. Richard se echa hacia atrás y trata de abrir la ventana.

No lo consigue a la primera. Esa ventana lleva tanto tiempo sin ser abierta que la

mugre ha atascado el cierre. Richard tira con fuerza y consigue que la ventana se abra, con un crujido.

Ese crujido se escucha perfectamente. Richard se queda quieto, esperando que pase desapercibido.

Por supuesto, no es así. Algo gruñe y embiste contra la puerta. El pestillo aguanta, pero Richard lo ve temblar y sabe que no aguantará muchos golpes como ese.

Trabajando a una velocidad a la que no ha trabajado en la vida, el borracho del pueblo empuja unas cajas de refresco vacías hacia la ventana y se sube a ellas. Después, pasa una pierna por la ventana. Su mano se agarra al quicio y toca algo pegajoso, pero no se da cuenta. El pestillo de la puerta acaba cediendo a los golpes, y dos de aquellas cosas, a una de las cuales le falta la parte inferior de la mandíbula, entran en la trastienda, tropezando, en el mismo momento en que Richard salta al otro lado y cae despatarrado en el patio interior del Paradise Fall.

Jamás ha sido un hombre de hacer ejercicio, pero se levanta y corre hacia el vestíbulo del hotel con una agilidad digna de los mejores gimnastas. Es el poder del miedo. A su espalda, oye los gruñidos de frustración que salen por la ventana de la trastienda.

5

Carrie se ha quedado dormida. Está soñando con Jason. Están en el Mirador, solos, y él le agarra la mano con firmeza, pero también con suavidad. Es de noche, pero es una noche cálida y se está a gusto. Carrie deja que su cabeza repose en el hombro de él, mientras miran hacia el pueblo. A Carrie le encanta la vista.

-Tenías tú mi goma del pelo. La estuve buscando, y todo el rato la tuviste tú.

Jason le besa en la cabeza y la abraza con fuerza. Ella siente que podría estar así toda su vida.

-Te quiero.

-Lo sé - responde él.

Carrie le da un puñetazo amistoso en las piernas y él se echa a reír. Le gusta contestar eso cuando ella le dice que le quiere porque es lo que contestaba Han Solo cuando Leia le decía que le quería, al final de El imperio contraataca.

-Yo también te quiero - dice Jason entre risas, masajeándose la pierna.

-¡No te he dado tan fuerte, quejica!

En respuesta, Jason empieza a hacerle cosquillas. Ella grita y trata de zafarse, pero Jason se coloca sobre ella y sigue haciéndole cosquillas. Carrie ríe, y él la besa.

-No quiero que te separes de mí - le dice-. Nunca.

Jason la mira, como se mira al cachorrito que suplica que te lo llesves a casa y tú no puedes hacerlo. Esa expresión de lo siento, pero no puedo.

-Vas a tener que seguir adelante con tu vida.

Carrie niega con la cabeza y le abraza con fuerza, reteniéndole junto a ella.

-¡No!

-Carrie, voy a la cárcel. No vas a volver a verme.

-¡No! ¡Este es mi sueño y no puedes decirme lo que tengo que hacer en mi sueño!

Jason sigue mirándola con esa expresión, y Carrie rompe a llorar. Oye voces, alarmadas. Carrie sigue mirando a Jason. Solo que sabe que Jason no está ahí de verdad, ella misma lo ha dicho, es un sueño y cuando despierte, Jason estará en la cárcel y ella seguirá sola. No quiere despertar, porque no quiere que Jason desaparezca, pero juraría que escucha pasos, y a una de las hermanas de Dolores - con esa voz de pito solo puede ser Sandra - preguntando algo a voz en grito. ¿Qué demonios haces aquí?

Carrie abre los ojos. Y delante de ella ve el póster de Terminator 2. Se incorpora en la cama y mira hacia la puerta en el momento en que se abre. Y entonces Carrie sabe que sigue soñando, porque al otro lado está Jason.

-Carrie - dice él. ¿Se detecta alarma en su voz?-. Tienes que venir conmigo.

Carrie se incorpora. Sandra y Eliza alcanzan a Jason. Las dos parecen asustadas.

-¿Qué estás haciendo, Jason? - Sandra es la que parece más preocupada, y cuando eso ocurre, su voz se vuelve aún más aguda - ¿Te estás fugando? ¡Oh, dios mío, Jason! ¿Es que quieres matar a tu madre de un disgusto?

Carrie parpadea. Porque eso no parece un sueño. Porque el miedo que hay en la voz de Sandra parece absolutamente real. Y sobre todo porque cuando Jason mira a Sandra lo hace con una expresión de desafío que Carrie conoce perfectamente. Quiere decir más vale que no te pongas en medio.

-¡Cállate! - le grita - ¡Vamos, Carrie, no tenemos mucho tiempo!

Carrie corre hacia él. Su mente bulle de actividad. Piensa que Jason está allí, que debería estar en la cárcel, que si se fuga con él podrían acusarla de complicidad o cualquier cosa de esas, que sus padres se van a cabrear, que no puede fugarse porque toda su vida está en Castle Hill pero sabe que seguirá a Jason a donde él vaya, que no tienen de qué vivir, que todo eso es una locura.

Cualquier miedo o duda que aún pudiera albergar queda suprimido en el momento en que la mano de Jason se cierra sobre la suya.

Jason tira de Carrie y empuja con la otra mano la puerta de la habitación de su madre. Dolores, que sigue tumbada en la cama, abre un ojo adormecido por los calmantes. Su rostro tiene esa sonrisa que muestra la gente cuando se encuentra en un estado de tranquilidad imbuida por la medicación.

-¡Hijo!

-Jason, no puedes hacer esto, tienes que entregarte! - la voz de Sandra se ha vuelto tan aguda que Carrie teme que los cristales estallen en pedazos.

-Jason, estás muy guapo...

Dolores balbucea. Jason se agacha junto a ella, sin soltar a Carrie.

-Mamá, tienes que levantarte, por favor...

Jason tira de Dolores. Carrie le suelta la mano y se coloca al otro lado de Dolores, para ayudarle. Juntos, levantan a la mujer, que sigue sonriendo. Sandra está bloqueando la puerta con su cuerpo.

-¡No vais a ir a ningún sitio! - exclama - No sé cómo demonios has hecho para escaparte, pero esto es un delito, Jason. ¡Esta vez has ido demasiado lejos!

-Aparta, Sandra.

-¡No me voy a quitar!

-¡No tengo tiempo para esto! - grita Jason - ¡Si no te quitas voy a tener que empujarte!

Eliza observa la escena con miedo en los ojos. Entonces Jason avanza hacia Sandra, que se agarra a Dolores, pero el chico tiene más fuerza y Sandra cae al suelo de culo. Jason y Carrie corren hacia la puerta, prácticamente arrastrando a Dolores.

-¡Carrie! - grita Sandra - ¡Piensa en lo que estás haciendo! ¡Le estás ayudando a escapar!

-Aún estáis a tiempo de venir conmigo - le dice Jason, abriendo la puerta principal - Las dos. Y os recomiendo que lo hagáis.

Ninguna de las dos mujeres se mueve. Sandra está llorando, sentada en el suelo del pasillo. Jason no tiene tiempo para intentar convencerlas, así que echa a correr, arrastrando a su madre y Carrie con él.

6

Kurt se da cuenta de que todo el mundo en la plaza parece haberse detenido y le están observando. Se da cuenta de que está montado en un coche patrulla con la ventanilla destrozada y manchas de sangre en el capó. Se da cuenta de que acaba de liberar a un prisionero delante de todos ellos. No oye los murmullos, pero sabe lo que están diciendo. No hace falta ser superdotado para saberlo.

Eso no es lo que más le preocupa. En otra situación, podría haberlo sido, pero no hoy.

Kurt se da cuenta de que toda esa gente va a morir si no huyen.

-Mierda - murmura.

Echa un vistazo al espejo retrovisor. Aún no se ven muertos corriendo hacia ellos. Abre la puerta del coche y sale.

-¡Corred! - grita - ¡Tenéis que salir de aquí!

Aarón Buchanan, los hombres que fuman a la puerta del juzgado y diez o doce personas más retroceden un par de pasos, pero siguen mirándole con la curiosidad de

quien asiste a un fenómeno importante. Y en este momento, deberíamos notar la ausencia de Brad Blueman. Nuestro intrépido reportero con sueños de grandeza llamó a la comisaría justo después de que Kurt dejase libre a Jason. Nadie contestó, porque para entonces la línea de la comisaría está colapsada, y te aseguro que Zoe se está volviendo loca en la centralita porque ha recibido varias llamadas denunciando violentos ataques, incluso muertos, y ella no localiza al jefe Sloat, ni a Russell, ni a Patrick. Y Zoe, que por lo general nunca se desquicia, ha empezado a lanzar improperios a voz en grito mientras marca una y otra vez números de teléfono y con la otra mano aprieta el botón de la radio, rogándole a alguno de sus compañeros que la respondan. Que, por Dios Santísimo, la respondan de un puta vez.

Zoe y Brad Blueman tuvieron la misma idea al mismo tiempo. Avisar a Ken Jackson. Zoe, porque no localiza a los agentes que siguen de servicio. Brad, porque acababa de cruzárselo (el agente Jackson nunca le había dirigido la palabra, pero hoy le había felicitado por el artículo donde acusó al joven Fletcher de ser el autor del incendio en la granja de los Meyer. El agente Jackson ha ganado puntos a los ojos de Brad por ello, vaya que sí) y sabe a dónde ha ido.

Así que dejemos a Kurt Dysinger, que podría haberse quedado en el coche patrulla y abandonar a toda esa gente a su suerte pero que ha decidido intentar advertirles de lo que se acerca, y volemós en dirección al Yucatán, donde Ozzy está apuntando a la televisión con el mando a distancia tratando de sintonizar un canal deportivo donde poder ver, de nuevo, los goles de la selección mexicana, y Ken Jackson bebe café de una pequeña taza blanca.

Llegamos en el mismo momento en que empieza a sonarle el móvil. Su tono de llamada es la melodía principal de Ley y orden. Ken mira la pantalla y tuerce el gesto al ver que es una llamada desde la comisaría.

-¿Sí? - pregunta al contestar.

-¡Ken! - Zoe está gritando, lo cual no es normal - ¿Dónde coño estás?

-Tomándome un café en el Yucatán. Aún me faltan unas horas para entrar...

-¡No localizo a Dennis! ¡Ni tampoco a Russell ni a Patrick!

-Que yo sepa, Russell está trasladando al chico de los Fletcher.

-Sí, y Patrick está en el túnel, en un accidente de tráfico, y Dennis se dirigía a la plaza del rey, pero ninguno de ellos contesta, y la centralita se ha vuelto loca.

-¿Pero qué pasa?

-¡No estoy segura! Al parecer un grupo de gente ha atacado a otro. No sé si es una pelea, no sé lo que es, pero en varias llamadas hablaban de muertos, Ken.

¿Muertos? ¿En Castle Hill?

Ken se incorpora, y al hacerlo golpea la taza de la que estaba bebiendo y derrama algo de café en la barra.

-¿Dónde?

-En la glorieta del Rey.

-Voy para allá. Te llamo cuando llegue. Sigue intentando localizar a Dennis.

-Voy a llamarle al móvil.

Ken cuelga el teléfono y mira a Ozzy.

-¡Ozzy! ¿Tienes algún arma aquí?

Los siete hombres que hay en el bar se giran para mirarle. A Ken no le importa, no piensa ir desarmado. Ozzy le mira extrañado.

-Soy mexicano, Ken. Los mexicanos armados no son bien vistos en tu país.

En otro momento, Ken tal vez se habría reído. Ahora maldice en voz alta. Su arma reglamentaria está en la mesita de noche, junto a su cinturón y su placa. No tiene tiempo de ir a cogerlos si lo que está ocurriendo en la glorieta del rey es tan grave como parece. Alguien ha muerto, y lo único que sabe es que ha habido alguna clase de pelea. No sabe si esa pelea continúa.

En fin, Ozzy no tiene armas, así que tendrá que ser desarmado.

-Yo tengo un revólver en la guantera.

Ken gira la cabeza para mirar a Erik Killian, un jubilado que suele pasar las horas del día sentado en alguna mesa del Yucatán charlando con Ozzy o jugando al ajedrez con sus amigos jubilados. Erik se encoge de hombros ante la mirada del agente Jackson.

-Uno nunca sabe si la va a necesitar, pero es mejor tenerla en caso de que sí - dice Erik, excusándose-. Nunca la he disparado, pero está cargada.

-Déjamela. Te la devolveré.

Erik hace un gesto con la mano, restándole importancia al asunto, y se levanta. Ken le sigue al exterior. La furgoneta del hombre está aparcada delante del bar. El resto de parroquianos, incluso el propio Ozzy, se acercan a la puerta para seguir la acción de cerca.

-¿Qué ha ocurrido? - pregunta curioso uno de los hombres.

Ken no contesta. Erik le entrega un pequeño revólver, de calibre pequeño. No es gran cosa pero servirá para disuadir a quien necesite disuadir. Se lo está guardando en el cinturón cuando escucha su nombre de nuevo.

-¡Agente Jackson!

Ken y Erik giran la cabeza. Lo mismo ocurre con Ozzy y el resto. Brad Blueman corre hacia ellos, resollando y casi sin aire. No está en buena forma y esa carrera le ha dejado sin aliento.

-Lo siento, Brad, pero ahora no tengo tiempo. Erik, te voy a pedir las llaves de la furgoneta, si no te importa.

-Claro que no, agente - Erik se las entrega. El llavero es de madera y tiene forma de gallina. En uno de sus lados dice Piensos Larsson en letras negras-. La segunda marcha entra regular y el motor hace ruido, pero llévesela si la necesita.

-Gracias.

Ken Jackson se está montando en la furgoneta de Erik Killian cuando Brad Blueman llega finalmente hasta ellos, jadeando y con la lengua fuera. Le agarra del brazo.

-Agente Jackson, un momento... - Brad respira hondo, tratando de recuperar el aliento.

-Señor Blueman, de verdad que no tengo tiempo. Tengo que atender una llamada que...

-¡Escúcheme, joder! - grita Brad Blueman.

Ken se sobresalta con el grito. Detrás de ellos, se escucha un murmullo de asombro entre la gente que les observa desde la puerta del Yucatán. Brad le mira. Y entonces abre la boca y le cuenta atropelladamente lo que ha visto en la Plaza de la Constitución.

-Jason Fletcher se está fugando con ese doctor? - a Ken le da la impresión de estar viviendo en una realidad paralela.

-Hay sangre en el coche. Y la ventanilla está reventada - añade Brad.

Ken Jackson trata de imaginarse lo que ha ocurrido. ¿Han matado a Russell? ¿Tiene algo que ver con las llamadas que ha recibido la central? Sacude la cabeza y le hace un gesto a Brad para que suba en la furgoneta.

-Vamos.

Y Ken Jackson arranca. El tubo de escape de la furgoneta lanza una bola de humo azul y carraspea, pero sale despedida hacia delante, dejando al grupo que les observa desde la puerta del Yucatán con expresión de incredulidad.

Y para entonces Kurt parece estar poseído. Está gritando y haciéndole gestos con la mano a la gente que le observa en la plaza, pero no obtiene resultados. De cuando en cuando echa una mirada atrás, porque le parece haber oído gritos cercanos y sabe que los muertos están a punto de llegar. Y entonces tiene una idea.

Se da la vuelta y echa a correr hacia el coche. La Desert Eagle sigue en el asiento del copiloto. Kurt la coge y vuelve a salir de la calle, enarbolando el arma en alto. Algunas de las personas que observan la acción suelta un gritito de alarma, pero nadie se mueve.

-¡Largaos de aquí, joder! ¡Largaos o me lío a tiros con todos!

Kurt sabe que no hay mejor manera de despertar a la masa que dar un pistoletazo de salida. Aprieta el gatillo del arma, apuntando al aire. El disparo resuena en toda la plaza y surte el efecto deseado. Inmediatamente, todo el mundo echa a correr. Ve a los dos hombres que fumaban meterse a toda prisa en los juzgados, empujándose el uno al otro, ve a una mujer cargada de bolsas de la compra que las tira al suelo y echa a correr.

Una furgoneta roja, con el morro arañado y la pintura levantada, sale de una calle

lateral y pega un frenazo, a unos cincuenta metros de él. Kurt se da la vuelta, para regresar al coche. Aún lleva la Desert Eagle en la mano. Ve a Aaron Buchanan corriendo en la dirección de donde vienen los gritos.

-¡No! - grita - ¡Chico, no corras hacia allí!

Pero Aaron Buchanan no le escucha ni se detiene. Ken Jackson ya ha salido de la furgoneta y apunta el arma prestada por Erik Killian hacia Kurt. Brad no se mueve de la furgoneta. Tiene la cámara delante de la cara y está lanzando fotografías. Está pensando en Andy Probst, su jefe. Ya veremos si voy mañana en portada, gilipollas.

-¡Suelta el arma! - grita Ken Jackson.

Kurt oye el grito y se gira. No tiene intención de disparar, ni siquiera intenta apuntar hacia Ken, pero el agente tiene los ojos clavados en la Desert Eagle y no piensa correr ningún riesgo cuando aprieta el gatillo. La bala cruza los cincuenta metros que les separan en menos de un segundo y atraviesa el brazo de Kurt ligeramente por debajo del hombro. Kurt gira como un bailarín ejecutando una pirueta y cae contra el coche patrulla. La Desert Eagle sale despedida y se estrella contra el suelo, más allá.

Ken Jackson ve la puerta que se abre en uno de los edificios colindantes. De ella salen corriendo Jason Fletcher y Carrie Spencer llevando casi en volandas a la madre del primero. Ken Jackson gira el arma hacia ellos.

-¡Alto! - grita - ¡Jason Fletcher, detente ahí mismo si no quieres que te meta un tiro!

Jason se detiene. Mira hacia Ken.

-Cometes un error.

-¿Qué coño le has hecho a Russell, hijo de puta? - grita Jackson.

-¡No le he hecho nada a nadie! Mira, tenemos que largarnos de aquí antes de que...

-¡Nadie se va a mover de aquí, listillo!

Jason resopla. Mira a Carrie, que le observa, preocupada y asustada. A Jason le parece igual de hermosa que siempre. Tal vez más. Esa expresión le confiere el aspecto de una niña pequeña que necesita protección. Y a Jason le encanta saber que ella le busca a él cuando necesita algo.

Jason mira hacia el coche patrulla. Kurt está sentado en el suelo, apoyado sobre la puerta trasera, agarrándose el brazo herido y mirando la sangre que sale de la herida.

-Tenemos que salir de aquí - murmura.

El agente Jackson no le escucha porque está demasiado lejos. Carrie sí, y un escalofrío le recorre el cuerpo porque no cree que eso se trate de una fuga. Ocurre algo, porque Jason también está asustado, y nunca ha visto a Jason asustado.

Entonces, un grito desgarrador se eleva en el aire. Todos, ellos tres, el agente Jackson, Kurt, Brad Blueman, miran en dirección al grito. Aaron Buchanan está en el

suelo y un grupo de personas, seis o siete están encima de él. A Brad le parece que están intentando destriparle. Y hay más gente corriendo. En su dirección.

-Qué coño...

Nadie oye el murmullo del agente Jackson porque habla para sí mismo. Después echa a correr hacia delante, apuntando con su arma.

-¡Quietos! - grita - ¡Soltad a ese chico!

Ken Jackson dispara el revólver al cielo. La turba que se dirige hacia él parece animarse más con ese sonido, porque corren a toda velocidad. Ken Jackson se detiene, mirando hacia esa gente con cara de asombro, porque muchos de ellos parecen heridos de gravedad.

Jason le grita a Carrie que se meta en el coche patrulla y corre hacia Kurt. Ken Jackson aparta la mirada de la horda que está cada vez más cerca y agarra el brazo de Jason.

-¡Alto! - le grita - ¡No creas que voy a dejar que te escapes, niño!

Jason se revuelve, se suelta y se gira hacia él.

-¡Tenemos que salir de aquí antes de que nos alcancen, imbécil!

Ken Jackson vuelve a mirar al grupo que corre hacia ellos. Son más de los que puede contar de un vistazo, y el que va en cabeza lleva la boca abierta y gruñe. Le falta parte de la cara.

Jason levanta a Kurt y le empuja al asiento trasero, donde Carrie, desde el otro lado, está metiendo a Dolores.

El agente Jackson levanta su arma y apunta hacia la turba, al tipo con media cara desgarrada. Apenas está a veinte metros, y Ken puede ver con claridad que un trozo de carne le cuelga de la cara, sujeto apenas por un fino hilo, y se balancea adelante y atrás.

-¡Alto! - grita - ¡En nombre de la policía de Castle Hill le ordeno que...!

Jason ha saltado al asiento del conductor y pisa el pedal del acelerador. El coche patrulla salta hacia delante, y Ken Jackson se gira para ordenarle a Jason Fletcher que se detenga, tal vez incluso para dispararle por intentar escapar de la justicia y llamarle imbécil. Eso permite que el otro hombre le arrolle, y Ken Jackson cae al suelo y rueda, con el otro hombre enganchado a él y mordiéndole el cuello, como tratando de alcanzar la yugular. Ken gira y quiere disparar pero ha perdido el arma en algún momento de la caída. Tiene tiempo de ver que Brad Blueman se ha cambiado al asiento de conductor de la furgoneta y está arrancándola. Después, otro hombre cae sobre él y le arranca la camiseta y parte del costado. Una mujer se une al festín, hurgando bajo la caja torácica, hundiendo sus dedos en la carne de Jackson y llevándose los dedos llenos de sangre a la boca. Después llegan otro hombre, una mujer, un niño pequeño al que reconocemos por ser el hijo del juez Parkinson, un joven con uniforme militar completamente desgarrado, otra mujer... y pronto, el

agente Jackson está cubierto por un grupo de gente devorándole vivo.

7

No te molestes siquiera en preocuparte por el resto de gente que se encuentra en la plaza de la Constitución en ese momento. Correrán el mismo destino que el agente Ken Jackson. En diez minutos todos ellos, incluidos los dos hombres que habían salido a fumar un cigarro a la puerta de los juzgados, y que tratarán de atrincherarse en el interior sin conseguirlo, pasarán a formar parte de la tropa de muertos vivientes.

8

En cuanto Mark grita, Paula echa a correr, tal y como él ha dicho. Cruza la puerta de madera y ve al señor Jewel - su madre siempre le ha dicho que se mantenga alejado de él porque es un borracho y cuando Paula le pregunta qué es un borracho su madre le contesta que es alguien que bebe mucho alcohol y Paula no lo entiende porque sabe que su madre bebe alcohol con sus amigas - cruzar una puerta y cerrarla a su espalda. Paula corre hasta la puerta, intenta abrirla, el manillar no se mueve. Golpea la puerta.

-¡Abre! - grita, desesperada.

Entonces Mark la agarra del brazo y la empuja para que suba las escaleras que hay a su espalda.

-¡Corre, Paula! ¡CORRE!

Y Paula corre. Sube los escalones lo más deprisa que puede, movida por el pánico. Mark va detrás de ella, y los hombres que lanzan esos gruñidos y gritos están detrás de él, muy cerca. En un momento, Mark se da la vuelta y le lanza una patada al hombre que va en cabeza. Al caer, arrastra a los que tienen detrás, pero eso no les frena. Algunos se levantan, otros son pisoteados por los que van detrás. Porque todos quieren su porción de comida.

Paula alcanza el segundo piso. Mark apenas un segundo después que ella. El pasillo está cruzado por puertas a ambos lados pero no tiene salida por el otro lado, más que una pequeña ventana.

No tienen a dónde ir.

-¡Corre! - le ordena a la niña - ¡Comprueba todas las puertas!

Porque es lo único que pueden hacer. Mark se da la vuelta, dispuesto a darle todo el tiempo que pueda a la niña. Un grupo de muertos sube las escaleras, atropellándose los unos a los otros, extendiendo sus brazos hacia Mark. Su primer impulso es darse la vuelta y correr. No lo hace porque sabe que no hay ningún sitio al que correr. Mark se agarra al pasamanos de la escalera y espera a que el primero de esos seres esté a su alcance. Es una mujer. En otro tiempo debió ser guapa, pero ahora su rostro muestra

una herida desde el pómulo izquierdo hasta el hombro, como un gran arañazo, y todo su pelo está revuelto y ensangrentado. Mark respira hondo y suelta el aire poco a poco, por la boca, tratando de ignorar los gritos y aullidos que lanzan en su dirección.

Lanza una patada directa al pecho de la mujer. Su pie la golpea con fuerza, lanzándola hacia atrás. Por un segundo larguísimo, los dedos de ella logran aferrar el pantalón de él, mientras cae y empuja a los que la siguen hacia atrás. Mark se aferra a la barandilla con todas sus fuerzas y vuelve a lanzar una patada. Impacta en la mandíbula de ella, que produce un doloroso chasquido al romperse, y finalmente los dedos de la mujer le sueltan y ella cae.

-¡Mark!

Paula ha encontrado una puerta abierta. Mark se da la vuelta. Los muertos son implacables y vuelven a la carga. Los dedos de un hombre están a punto de agarrar la camiseta de Mark. Él corre. Les oye a su espalda, y sabe que están cerca porque los ojos de la niña, que está medio asomada a la puerta están abiertos como platos y parecen gritar. Mark grita mientras corre, alcanza la puerta y salta al interior. Paula cierra a su espalda y Mark se lanza contra la puerta, para mantenerla cerrada con su peso.

Ha sido por muy poco.

Espero que no sepan abrir puertas, piensa. Y luego recuerda los velocirraptores de Parque Jurásico.

Un instante después, comienzan a golpearla con furia. Tampoco es que intenten abrirla, les vale con derribarla.

Ve que hay un pequeño pestillo. Alarga la mano y lo traba. Después vuelve a apartarse y mira hacia el interior de la habitación, buscando una salida. Están en un cuarto iluminado por una luz rojiza y decorado en tonos azules y naranjas. La cama está deshecha, y el cabecero tiene forma de corazón. Hay una caja de preservativos en la mesita de noche y un pequeño bote de aceite lubricante. Y un vibrador con forma de pene. Al otro lado hay una puerta abierta que da a un pequeño cuarto de baño. Al fondo de la habitación hay una ventana, cerrada.

Mark pasa junto a Paula, que está de rodillas en el suelo, y se acerca a la ventana. La abre y mira al exterior. Sonríe porque por primera vez en todo el día están de suerte, si es que a toda esa maldita situación puede asociarle una palabra así.

-Paula, ven - dice, admirando la escalera de incendios. No pasa justo junto a esa ventana. Hay un metro hasta ella. Un metro que Mark se ve capaz de superar. Más les vale.

Paula se asoma a la ventana con él. Mark le explica lo que van a hacer y ella asiente, sin decir nada. Entonces él saca una pierna por la ventana y se sienta en el borde. Se niega a mirar abajo y procura no pensar en los golpes y en los crujidos de la madera. Supone que no tardarán demasiado en romperla.

Le tiende la mano a Paula. Ella la agarra y se sube al marco de la ventana. Él le hace un gesto con la cabeza y, sin soltar la mano de él, extiende su otra mano hacia la escalera de incendios. Mark se estira con ella y un momento después, Paula lo consigue. Después, apoya también el pie, y, con un pequeño impulso de Mark, pronto la niña está agarrada del todo a la escalera.

-Sube - le dice Mark, poniéndose en pie y estirándose él también hacia la escalera.

La niña comienza a subir. Mark se agarra a la escalera y extiende el pie. Cuando ya tiene al menos dos puntos de apoyo, se lanza hacia la escalera. En el último instante, su mano resbala y Mark zarandea los brazos tratando de volver a encontrar el punto de apoyo, al tiempo que va inclinándose hacia atrás.

Su dedo índice se engancha en el último momento a la escalera, y Mark hace fuerza para volver a agarrarse con las dos manos. Se queda un momento allí apoyado, temblando y suspirando. Ha faltado poco.

Justo en el momento en que escucha un fuerte golpe en la habitación que acaba de dejar atrás, empieza a subir.

9

Entre toda la destrucción que tuvo lugar en Castle Hill en aquellas primeras horas de terror, hubo un suceso que fue realmente terrible. En todos sitios murió gente, buena gente en su mayoría, pero hubo un lugar donde la sangre vertida tuvo connotaciones más pavorosas.

Ese lugar fue el pequeño polideportivo donde Patricia Probst impartía clases de natación dos veces por semana a un grupo de once niños con edades comprendidas entre los cinco y los diez años.

Porque Patricia estaba en el agua cuando empezó todo, haciendo que los niños patearan apoyados en esos largos tubos de gomaespuma de colores. La algarabía general de los niños, el ruido de sus chapoteos y sus gritos de emoción y felicidad, hicieron que ninguno de ellos oyera los gritos.

Ni siquiera se dieron cuenta, al principio, de que Bruce Crichton, el encargado de la recepción, cruzaba la puerta arrastrando la pierna ensangrentada tras él. Para cuando Patricia le vio, Bruce estaba a un paso de caer a la piscina. Se extrañó, porque había algo raro en sus movimientos, pero antes de poder concretar nada, Bruce cayó al agua sobre Ben Wade. Patricia echó a correr hacia ellos, pensando que Bruce había tropezado. Fue cuando vio el agua volverse roja alrededor de ambos cuando se asustó. Después vio que Bruce Crichton estaba mordiendo al pequeño en el hombro, casi como si quisiera arrancárselo.

Habría sobrevivido si hubiera huido en ese momento. Probablemente habría

salvado a la mayoría de los otros diez niños si hubiera huido en ese momento. Pero su primer instinto fue tratar de ayudar a Ben Wade, y eso hizo que Bruce se volviera contra ella y la mordiera en la clavícula con tanta fuerza que Patricia pudo escuchar cómo se rompía un hueso.

Intentó escapar, pero Bruce la agarraba y lanzaba poderosas dentelladas al torso, cuello y brazos de Patricia Probst, que en un momento dado se encontraba bajo el agua y sin poder respirar, mientras a su alrededor, diez niños seguían chapoteando, la mayoría sin darse cuenta de lo que ocurría, al menos al principio. Cuando quisieron escapar, fue demasiado tarde.

10

En el punto donde la carretera 108 cruza por debajo de la montaña a través de un túnel directo a Castle Hill los soldados han colocado sus camiones formando una barricada. Algo más atrás han montado un campamento, todo en un tiempo realmente admirable. También han levantado vallas metálicas formando un cuadrado perfecto de quince metros por lado. Lo llaman «recinto de contención». A Patrick Flanagan le parece una puta celda en medio del bosque.

El agente Flanagan está de pie junto a la verja, mirando fijamente al soldado que hace guardia delante de la única puerta que tiene el recinto y que, obviamente, está cerrada por fuera. Les han metido ahí después de requisarles los teléfonos móviles y, en el caso del agente Flanagan, su arma reglamentaria. El teniente Harrelson no se ha dignado a contarles absolutamente nada.

-¿Qué crees que está pasando?

Patrick mira a la derecha. Duck Motton se ha situado junto a él. Tiene un cigarrillo en los labios. Por lo que Patrick sabe, Duck Motton había dejado de fumar hacía dos meses.

-No tengo ni la menor idea. Pero debe de ser grave.

-Ese cabrón ha dicho que es una amenaza biológica.

Patrick asiente. Duck da una larga calada y después lanza la colilla a través de la verja. Cae a unos centímetros de la bota del soldado de guardia, que está de espaldas a ellos.

-Ni siquiera nos miran - dice Patrick, alzando la voz - ¡Nos tratan como si fuéramos animales!

Duck le pone la mano en el hombro y tira de él, con suavidad. Los dos hombres se alejan de la verja y se sientan junto a Gabriel, el joven sanitario.

-He estado pensando una cosa, Patrick - dice Duck - si realmente hubiera algún tipo de peligro biológico, ¿no crees que todos estos tipos llevarían trajes de astronauta y máscaras antigás?

Patrick no había pensado en ello. Pero tiene mucha lógica. Vuelve a mirar el despliegue del que han hecho gala los soldados. En algún momento, han llegado otros seis camiones cargados de soldados que ahora se despliegan tomando posiciones en la barricada.

-¿Entonces? - pregunta - ¿Qué está pasando?

-No tengo ni idea - responde Duck - pero sea lo que sea, debe de ser grave. Ya has visto que se toman esto lo suficientemente en serio como para disparar por la espalda a Zack Thurston. Y tú mismo puedes ver el despliegue.

-Van a dejarles morir. Podrían avisarles, intentar algo... pero los muy cabrones van a dejar que todo el mundo muera en el pueblo.

Duck asiente. Patrick Flanagan se siente inútil. La gente a la que ha jurado proteger y servir ha sido dada por muerta y él no puede hacer nada por impedirlo.

-Yo tengo mi móvil.

Duck y Patrick se giran para mirar a Gabriel asombrados. El joven les hace un gesto para que disimulen, y Duck aparta la vista.

-¿No te lo han quitado?

-Siempre llevo dos móviles encima. Y cuando vi lo que estaba pasando, me guardé uno de ellos en el calzoncillo. Cuando les di el otro, ni siquiera me registraron.

Patrick Flanagan sonrío, satisfecho. Siente ganas de abrazar a ese chico.

-Gabriel, eres la leche - dice Duck.

-Desde luego que lo eres - asegura Patrick, que mira hacia los soldados que se encuentran más allá de la verja-. Tendréis que cubrirme. Me tumbaré como si fuera a echar una cabezada. Vosotros sentaos delante.

Duck y Gabriel asienten con la cabeza. El chico le entrega el teléfono con disimulo. Es un Nokia y está a tope de batería. Patrick sonrío.

-Tenemos dos llamadas que hacer - susurra-. La primera, a Dennis Sloat. La segunda, al New York Times.

-Dales duro, colega - murmura Duck, agarrando a Gabriel por encima de los hombros y sentándose, por delante de Patrick, ocultándole de la mirada de los soldados.

Patrick piensa darles todo lo duro que pueda. Tumbado en el suelo, con el móvil debajo de su cabeza, Patrick marca el teléfono del jefe de policía.

Dennis Sloat tiene los ojos cerrados y la mandíbula en tensión, con todos los dientes apretados. Está apoyado sobre Terence mientras Verónica termina de limpiarle las heridas con agua oxigenada. Necesitan gritar para hacerse entender por encima del

ruido que provocan los golpes que están dando los muertos del exterior en las puertas del camión. El sonido del interior de la cabina es como estar metido dentro de una batería de un grupo de rock.

La última vez que Terence se ha asomado por la ventana había casi sesenta personas rodeando el camión, gruñendo y gritando, alzando las manos hacia él tratando de alcanzarle. Había reconocido más de una cara. Y después había dado gracias a dios por la altura del camión.

-¡No escuece tanto! - grita Verónica, que guarda la botella de agua oxigenada en el botiquín y saca unos apósitos - ¡Creí que un hombre como tú tendría más resistencia al dolor!

-Soy una caja de sorpresas - masculla Dennis, relajando la mandíbula. El agua oxigenada aún borbotea en la herida del hombro, que parece la más grave. La piel alrededor de la zona mordida ha adquirido un tono violáceo.

-Me está empezando a doler la cabeza - dice Terence.

Dennis nota una vibración junto a su pierna. Saca el teléfono del bolsillo mientras Verónica le coloca los apósitos. Dennis se sorprende al notar que le cuesta mover el brazo, lo siente pesado, como si lo tuviera debajo del agua. Mira la pantalla. Es un número desconocido. Aprieta el botón verde y se acerca el teléfono a la oreja.

-Dennis Sloat - dice.

-Dennis, soy Patrick.

Le cuesta oírle, porque Patrick habla en susurros y el sonido de los golpes de los muertos en el camión intentando entrar hace casi imposible escuchar nada.

-¿Dónde demonios estás? - pregunta Patrick-. Se oye jaleo.

-Es una forma de decirlo, sí. Patrick, las cosas se han descontrolado un poco en el pueblo. No sé muy bien lo que pasa. Estoy herido...

-¿Qué? ¿Qué ha pasado?

-Dos psicópatas me han atacado. De no ser por Terence y Verónica, estaría muerto. Tal vez deberías llamar a la guardia nacional, porque ahora mismo estamos rodeados.

-Te llamaba por eso, jefe. El ejército está aquí y nos han encerrado. A mí, Duck Motton y otras seis personas. Y han matado a Zack Thurston. Dicen que en el pueblo hay algún tipo de amenaza biológica, pero Duck opina que no se trata de nada de... ¿estás rodeado? ¿Cómo que estás rodeado, quién te rodea?

-Si te digo la verdad, creo que la gente de este pueblo ha enloquecido. Se comportan como locos psicóticos. Tal vez sea algo en el agua. Deberías preguntarle a Duck si eso es posible.

-No creo que sea algo del agua - murmura Terence, pero no le oyen por encima del ruido de golpes.

-Dice que cualquier cosa es posible - responde Patrick - pero no le parece muy

viable. Dice que él bebe agua del grifo todos los días. Y, Dennis, yo también lo hago.

-Y yo también, joder - responde Dennis, al cual ha empezado a dolerle la cabeza. Siente como si le palpitara, sobre todo detrás del ojo izquierdo, y tiene náuseas-. No lo sé, tal vez seamos inmunes, yo que sé. Lo único que sé es que estamos rodeados, que la gente que hay ahí fuera era normal hace un par de horas y ahora se comportan como locos. ¿Los del ejército no te han dicho nada?

-No. Se niegan a hablar con nosotros y nos tienen encerrados. De hecho, nos quitaron los teléfonos móviles. Es una suerte que tengamos este.

Dennis cierra el ojo izquierdo. No se da cuenta de que se está presionando la sien con la mano para aliviar el dolor. Verónica sí, y mira a Terence con preocupación. El jefe de policía ha empezado a sudar y su tez se ha vuelto pálida.

-Tal vez vayamos hacia allá, Patrick. Tengo que pensar.

-Suerte, jefe.

-Gracias.

Dennis aprieta el botón de colgar. Se da cuenta de que tiene doce llamadas perdidas. Pulsa un botón. Las doce llamadas provienen de la centralita de comisaría. Zoe debe estar volviéndose loca. Se dice que la llamara en un momento, pero antes tiene que pensar.

-¿Qué hacemos, Dennis?

Dennis abre los ojos y mira a Verónica. Vestida de bombero es aún más sexy.

-Patrick dice que los militares han bloqueado la salida del túnel. Probablemente hayan hecho lo mismo con el resto de carreteras. Supongo que han sitiado el pueblo.

-¿Podemos largarnos de aquí antes de que me estalle la cabeza? - pregunta Terence-. Estos hijos de puta son incansables.

-Apoyo la moción - asegura Dennis.

Verónica asiente y pone en marcha el motor.

-¿es un virus? - pregunta.

-Algo biológico - responde Dennis, cerrando los ojos y recostando la cabeza sobre el respaldo.

Verónica mira a Terence con preocupación. Él asiente, imperceptiblemente. Ella mira hacia delante y aprieta el acelerador, despacio. Por delante del camión hay un grupo de gente, aproximadamente cuarenta personas extendiendo los brazos hacia ellos y arañando el cristal. Verónica no quiere atropellarlos, pero ellos no parecen querer apartarse aún cuando el camión se pone en marcha, despacio.

-¿Qué coño?

-Dale al claxon.

Verónica aprieta el claxon. La masa de gente muerta del exterior parece excitarse más aún con el sonido. El camión prosigue con su lenta marcha entre los muertos, apartándolos a los lados a medida que avanza.

Mark alcanza la azotea y sube. La niña ya está allí arriba, mirándole con sus grandes ojos abiertos de par en par. Mark no cree haber visto nunca tanto terror en una mirada. Se acerca a ella y le agarra la mano. Se da cuenta de que ella está tratando de aguantar las lágrimas.

-Tengo miedo, Mark.

-Yo también, Paula. Tenemos que buscar una forma de salir de aquí.

-¿Cómo? - pregunta ella, volviendo la cabeza hacia él. Una gota de agua se estrella contra su mejilla. Mark alza la vista y ve que las nubes están empezando a cubrir el cielo. No tienen formas, no le habrían valido a Neville para su colección.

-No lo sé. Parece que va a empezar a llover.

-A mi mamá no le gusta que esté fuera de casa si llueve - dice la niña, con voz triste-. Quiero ver a mi mamá.

Una lágrima solitaria resbala por la mejilla de Paula y se junta a la gota de lluvia. Mark se la limpia con el dedo índice.

-Mi reloj no funciona - murmura Mark, mirándolo. El cristal está agrietado y las agujas detenidas. Debe haberle dado algún golpe.

-Son y media pasadas.

Mark mira a Paula. La niña tiene un reloj con la cara de Mickey Mouse en la esfera y dibujos de colores en las correas de plástico. Le revuelve el pelo y se agacha junto a ella. Cada segundo que pasa caen más gotas de lluvia. Es cuestión de minutos que empiece a llover en serio. Mark se acerca al borde de la azotea y mira hacia la calle principal. Ve manchas de sangre en varios lugares, una pierna cercenada a la altura de la rodilla junto a una alcantarilla y, a lo lejos, alguna de esas cosas corriendo en otra dirección. Mark rodea la azotea hasta la escalera de incendios. Baja hasta un callejón en el que hay varios contenedores de basura. A Mark no le agrada demasiado la idea de volver a bajar por la escalera hasta la calle, tan cerca de aquellas criaturas, pero no ve qué pueden ganar quedando allí arriba.

-Yo bajaré primero - le dice a Paula-. Tú ven detrás de mí. Llegaremos a la calle y buscaremos otro lugar en que meternos que no tenga monstruos y donde estemos a salvo. Pero tendremos que correr, ¿vale?

Paula asiente, y él le compensa con una sonrisa.

Mark empieza a bajar la escalera. Cuando llega a la altura de la habitación que antes dejaron atrás, se detiene. No se oye ningún ruido. Mark respira hondo y se estira hacia allí. Tiene un mal presentimiento, empieza a creer que no va a salir vivo de todo eso. Sin embargo, no puede resistir el impulso. Sus dedos agarran el borde de la ventana, y Mark duda. Si esas cosas siguen ahí y se lanzan contra él, todo habrá acabado. No le daría tiempo a volver a la escalera o a apartarse.

Echa un vistazo hacia abajo. Están en un segundo piso. Podría sobrevivir a la caída, pero también podría romperse un tobillo o una pierna y quedar a merced de esas cosas.

Empieza a llover. Cae con fuerza y el agua les cala la ropa en unos instantes.

-Ten cuidado, no vayas a resbalar ahora. Asegúrate de que estás bien agarrada a cada escalón antes de moverte.

Paula asiente moviendo la cabeza arriba y abajo con decisión.

Hace un esfuerzo y coloca un pie en el borde de la ventana. Después, haciendo fuerza con la mano para agarrarse a la ventana, lleva todo su cuerpo hasta allí y mira la habitación. Está vacía. La puerta está en el suelo.

Mark suspira. Oye un ruido a su espalda, y al mirar, ve a Paula descendiendo por la escalera. Le mira y frunce el ceño. Mark asegura su posición en la ventana y extiende la mano hacia ella.

Un momento después, ambos están en la habitación. Mark se acerca a la cama, con ánimo de sentarse, pero después ve una mancha blanca y reseca en las sábanas y recuerda en qué clase de sitio está. Con un leve sentimiento de repugnancia, y aguantando el cansancio, decide no sentarse.

-Creí que íbamos a bajar a la calle - dice Paula.

Mark se lleva un dedo a la boca, para indicarle que hable en voz baja. Está pendiente de cualquier sonido que pueda oír. Está preparado para salir corriendo si escucha uno solo de esos gritos.

-Eso íbamos a hacer.

Paula pone cara de agotamiento y se deja caer en el suelo, resoplando. Estornuda, y Mark le sonrío. Está empapada y tiembla de frío.

-Voy a salir de la habitación - dice Mark.

Paula le mira con una mueca de terror y niega con la cabeza.

-¿Y si todavía están ahí abajo?

Mark no lo cree, pero sabe que es posible.

-No lo sé - responde-. Eso voy a averiguar. Quiero que te quedes en la puerta vigilando el pasillo. Si ves que aparece la criatura, grita y métete en el baño. Y cierras con cerrojo.

Claro que, viendo lo que le han hecho a la puerta de la habitación, Mark duda que un simple cerrojo de un cuarto de baño pudiera resistir mucho tiempo. Una parte de su cabeza le dice que salga de allí, que no se meta en la boca del lobo, que huir es la mejor opción. Otra parte de su cabeza piensa en la escopeta de Bulldog. Esa parte es la misma que le ha hecho regresar a la habitación.

-¿Y tú? - pregunta ella, aterrada-. No quiero estar sola...

-No te voy a dejar sola, Paula. Volveré antes de que te dé tiempo a decir Guatemala.

-Guatemala - repite ella.

-Joder. Antes de que te dé tiempo a decirlo quinientas veces - responde él, sonriendo. Y por un instante, ella está a punto de sonreír también.

-Yo voy contigo.

-No, espérame en la puerta. Cuando haya encontrado algo, te llamaré.

-¿Y si vuelven? Yo quiero estar contigo.

-Paula... - Mark se agacha junto a ella y le acaricia el cabello mojado, que tiene completamente pegado a la cabeza - Paula, cariño, tienes que...

-No... no me dejes sola...

-Pero Paula, aquí estás más segura que... de hecho, deberías volver arriba, a la azotea. Si a mí me pasa algo, allí podrías...

Pero la niña no le escucha. Se aferra a él y niega con la cabeza mientras empieza a llorar. Mark apoya su mano en la espalda de la niña y deja que se calme. Llevar una niña con él puede suponer una carga pero a Mark ni se le ha pasado por la cabeza la idea de abandonarla. Cuando la niña se ha descargado un poco, le coge la mano con fuerza y se levanta. Ella se pone también en pie, a su lado. Mark le sonríe.

-Yo... tengo miedo y no quiero estar sola... quiero irme con mi mamá...

-Nos vamos de aquí, ¿vale? Los dos juntos.

La idea parece agradarle más que quedarse en la puerta vigilando. Mark comprende esa situación porque lo ha sufrido muchas veces cuando era pequeño. Temía a la oscuridad, y su madre tenía que dejar luces encendidas para que él pudiera dormirse. Pero él prefería que fuera su madre la que se quedara allí con él. Porque con su madre cerca no tenía miedo, y con las luces, la oscuridad seguía dándole miedo, pareciéndole aterradora. La oscuridad parecía reírse en su rostro y a veces incluso podía oírlo advirtiéndole que los monstruos que se ocultaban dentro de ella irían a por él en cuanto se apagaran las luces. Con la compañía de un adulto, el miedo desaparecía.

Al final, había resultado que los monstruos podían aparecer también a la luz del día.

Con cuidado de no hacer ruido, Mark se asoma al pasillo y mira hacia ambos lados. No hay nadie, y todas las puertas están cerradas, excepto la que da a la escalera por la que subieron, que está abierta.

Salen al pasillo y se acercan a esa puerta. En la escalera tampoco hay nada, así que, moviéndose deprisa más por miedo que por ganas, bajan hasta el piso de abajo. Mark ve que la puerta tras la que se ocultó Richard Jewel pende de una sola de sus bisagras y está rota en varios puntos. Mira dentro, pero no ve signos de lucha. Hay una ventana abierta al fondo. Se asoman al bar. La puerta de la calle está abierta, y en el exterior la lluvia cae con fuerza. El bar está vacío, a excepción de los cadáveres. No ve a Bulldog.

-Voy a mirar detrás de la barra. Quédate aquí. Si ves el menor movimiento en la calle, corre.

Mark rodea la barra y al cruzarla, está a punto de gritar. Bulldog está tirado en el suelo. Bueno, más bien sus restos, porque al parecer se voló la cabeza y no hay nada más allá del cuello. Mark tiene que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no vomitar al comprobar que eso blanco que hay junto a su pie es un diente.

Intentando no pensar, Mark se agacha y le quita la escopeta de la mano. Recuerda que Bulldog se había metido un montón de cartuchos en los bolsillos. Se los quita y empieza a guardárselos en sus propios bolsillos. Estoy saqueando a un muerto. Ni siquiera debería estar aquí. Tendría que haberme retirado cuando me dieron la oportunidad. Podría dedicarme a dar conferencias. O retirarme y comprar una casa en Florida.

Mark se levanta y enseña la escopeta a Paula, con orgullo.

-Mira lo que he encontrado - dice, sin mencionar que junto al arma había un cuerpo sin cabeza y con los sesos esparcidos por el suelo-. Nos ayudará a salir de esta.

Paula abre la boca para decir algo, pero la única respuesta que recibe Mark es un alarido furioso. Al girar el cuerpo, sintiendo que se le erizan todos los pelos del cuerpo, ve a un adolescente con el pelo teñido de rubio y las raíces negras, vestido con una camiseta que dice I love NY en letras blancas sobre fondo negro. A ese adolescente le han arrancado a mordiscos parte de la cara y de su oreja izquierda solo se ve el lóbulo. Corre hacia ellos desde la calle, cruza el agujero donde antes estuvo la puerta y se lanza sobre la barra, aullando y abriendo la boca.

Mientras Mark se gira, con la escopeta en sus manos, no se da cuenta de que él también está gritando. El adolescente salta por encima de la barra hacia él, derribando botellas y copas. Mark le apunta con la escopeta. Tiene tiempo de pensar en las balas. Si la escopeta está descargada, será el final.

Ahora se decide todo.

El adolescente cae sobre Mark y le derriba. Mark se golpea el hombro contra la pared. Varias botellas de Ron y Whisky caen sobre ellos. Una de ellas le da en la frente, abriéndole una brecha. Si la botella hubiera estado más llena, le habría matado. Mark tiene al chico agarrado por la solapa con la mano derecha. La izquierda aún sujeta la escopeta. Sus caras están separadas por cinco centímetros de aire, pero cada vez que el adolescente lanza una dentellada y se sacude, tratando de morderle, la distancia se reduce. El hedor que sale de su boca le recuerda al olor que produce el pescado podrido.

El adolescente trata de arañarle, de arrancarle algo de carne, Mark le esquivo y logra poner la escopeta de forma que apunte a la cara del chico. Por dios, que esté cargada.

-Que te follen.

Aprieta el gatillo. El disparo volatiliza la cara del adolescente, cuyo cuerpo cae hacia un lado.

Mark lo mira, aún sordo por el disparo que ha hecho cerca de su cara, y piensa que ha tenido suerte. El problema es que ahora oye muchos gritos más. Y pasos. Y todos parecen correr hacia el Chester.

13

Paula no obedece la orden de Mark. Se queda junto a los sillones de la zona de reservados, viendo como el adolescente salta sobre la barra y después más allá. Esto hace que un agujero se forme en su estómago. La verdad es que Mark le gusta. No en el sentido en que se gustan las personas adultas, claro está, pero Paula siente algo por Mark. Se siente a gusto con él, se siente protegida. Ella no tiene ninguna posibilidad de sobrevivir sola. De eso está segura. Tiene las piernas tan paralizadas por el miedo que no es ni capaz de escapar. Pensar que en ese mismo momento está matando a Mark hace que el agujero se expanda dentro de su cuerpo, oprimiéndole el resto de órganos vitales. Les oye forcejear. Una lágrima solitaria cruza su mejilla. Ella quiere que Mark siga con ella, que siga a su lado. Paula quiere a Mark, le necesita porque con él no tiene miedo y porque él cuida de ella. Quiere llevarla a casa. El simple hecho de tocar la mano de Mark ya sirve para tranquilizar a la niña.

Además, él es la única persona del mundo que no le trata como si solo fuera una cría. Nada de «Paula vete a dormir que es tarde» o «Paula no ves que esas son cosas de mayores» o «Paula lo comprenderás cuando seas mayor» ni tampoco «Paula abrígate, come, haz esto, haz lo otro». En una situación así, casi puede oír a sus padres diciéndole «Paula tedijequeteabrigaras».

Mark le llama cariño. Nadie le había llamado cariño. Eso le gusta. Sus padres solo la llaman Paula. Paula esto, Paula lo otro. Mark no le dice lo que debería haber hecho o lo que no, dice tacos, le sonrío.

Un estruendo terrible hace que Paula pegue un brinco y se agarre al sillón más cercano, olvidándose de sus pensamientos. Poco después, Mark se pone en pie al otro lado de la barra. Lleva una escopeta en la mano derecha. Mirándole a la cara, es difícil imaginar a alguien con menos pinta de haber cogido un arma en su vida.

Paula se levanta. De repente el agujero ha desaparecido. Se siente tan feliz que quiere correr hacia él, abrazarle y darle un beso, asegurarse de que es real y no una ilusión, de que sigue ahí con ella y va a cuidar de ella. Nerviosa, temblando como un flan como un adolescente antes de pedirle una cita a la chica que se gusta, Paula corre hacia la barra. Pero está tan nerviosa que no se atreve a abrazarle.

-¿Le has matado?

Mark no contesta, porque está preocupado. La agarra del brazo y tira de ella, de vuelta al pasillo y la parte trasera del Chester. Los alaridos se escuchan más cercanos. A Mark le parece que ya están dentro del bar. No tienen tiempo de subir y saltar de vuelta a la escalera de incendios. Tira de Paula hacia la habitación en la que se encerró Richard y corre hacia la ventana. Sin darle tiempo a protestar, agarra a Paula y la obliga a pasar por ella. Después, la suelta, y Paula cae de rodillas, lanzando un pequeño gritito. Mark se lanza de cabeza y siente que unos dedos le agarran el bajo del pantalón, pero su propia inercia y peso le hacen caer al exterior y zafarse de esos dedos.

Mark gira en el suelo y mira hacia la ventana. La lluvia le hace entrecerrar los ojos. Ve varios brazos que asoman y da gracias al tipo que construyó esa ventana a esa altura. Mira a Paula. La niña está de pie, mirándole, dispuesta a seguir sus órdenes. En la rodilla derecha se ha hecho un rasguño y una gota de sangre resbala por su espinilla.

-¿Te duele?

-Un poco.

-En cuanto encontremos un sitio seguro te lo curo, ¿vale? - dice - y mira, he encontrado un arma.

Mark sonrío. Paula se sienta más segura y mejor cuando Mark sonrío.

-Vamos, guapa.

Mark le agarra la mano, se incorpora y corren hacia el interior del Paradise Fall.

14

Mark y Paula han vuelto a salvarse por los pelos, y ahora están armados. El ejército de muertos vivientes aumenta sus filas a cada habitante de Castle Hill al que dan caza, y en apenas cuarenta minutos han diezmado a la población del pueblo. Qué coño, esa estimación se queda corta.

¿Recuerdas que te dije que en Castle Hill conocen como «la zona sangrienta» al barrio que se levanta justo en el límite con la zona pija porque los bloques están hechos con un ladrillo rojo muy llamativo? En una esquina de uno de esos bloques, apoyado contra la pared y escuchando música de un Ipod bajo un saliente que le protege de la lluvia, Ace Hantz fuma un cigarro y se limita a dejar pasar el tiempo.

En eso consiste su trabajo la mayor parte del tiempo. En dejar pasar el tiempo.

Ace Hantz es el chófer personal de Aidan Lambert. ¿Te acuerdas de Aidan? La primera vez que le vimos fue en la glorieta del Rey. Bajaba de un coche blanco y le compró un periódico a Stan Marshall. Si necesitas más datos para acordarte de él, es el dueño de la fábrica papelera, es un engreído, un arrogante y un hortera.

Ace Hantz seguramente añadiría el calificativo de putero.

Mientras Ace Hantz fuma, el coche blanco y de cristales tintados de Aidan Lambert está unos metros más atrás, y el movimiento de la amortiguación es inequívoco. Pero Ace está acostumbrado, porque no es la primera vez que su jefe le ordena que detenga el coche en algún sitio el coche para follarse a la putilla de turno. En esta ocasión tiene a dos chicas en el coche, y a Ace no le hubiera importado unirse a la fiesta, porque las dos tenían un cuerpazo de impresión. Aidan Lambert siempre se llevaba lo mejor de lo mejor que pudiera ofrecerle Bulldog.

En el Ipod lleva lo último de Metallica. Las guitarras de Kirk Hammett le impiden escuchar lo que se acerca a él. El Ipod sale despedido y se estrella contra el suelo. Siete zombis rodean el cuerpo del chofer, que grita pero es incapaz de plantar batalla.

En el interior del coche, Parvati está besando la espalda de Aidan Lambert mientras este empuja una y otra vez su sudoroso culo hacia Candy, que gime con fingido placer y tiene las manos apesadas en la nuca del hombre, hundiéndole la cara entre los pechos.

Parvati es una mujer guapa. Tiene una cara bonita, con ojos verdes y el pelo teñido de rubio, aunque en realidad es castaña. Su cuerpo tiene las suficientes curvas para atraer más de una mirada. Los pechos, claro, están operados. Al igual que los labios. A los hombres que pagaban ese tipo de servicios les gustaban los labios grandes y carnosos como los de Angelina Jolie. Les gustaba imaginar que esos labios envolvieran su polla.

-¿Eso ha sido un grito? - pregunta.

Aidan Lambert no se detiene. Gime como un cerdo cuando folla, pero ambas mujeres le conocen de sobra. Mucho ímpetu, ganas desmedidas, pero poca cosa entre las piernas. Candy la mira, con el ceño fruncido, sin dejar de gemir. Parvati se pregunta si realmente los hombres se tragan que esos gemidos y esas frases tipo así, papi, sigue así, cómo me gusta, qué bien te mueves, dale más fuerte sean reales. No es la primera vez que se lo pregunta.

-Creo que he oído un grito - dice, un poco más alto, tratando de llamar la atención de Aidan.

Aidan levanta la cabeza y mira a Parvati, sin dejar de empujar una y otra vez.

-Serán unos niños jugando o cualquier cosa. Ven aquí, guapa. Parvati no cree que hayan sido unos niños. Aidan deja a Candy y se sienta. Le hace un gesto a Parvati para que se ponga sobre él y le cabalgue. Parvati le sonrío, a fin de cuentas se gana el pan con eso, y le coge el miembro para ayudarle a entrar en ella. En ese momento, un golpe en la ventanilla les hace gritar a los tres. Al otro lado hay una cara cubierta de sangre y sin labios, con todos los dientes a la vista. Parece furioso y está golpeando el cristal una y otra vez.

-¿Qué coño hace ese chalado? ¡Mi coche, hijo de puta! ¡Ace! ¿Dónde está Ace cuando se le necesita?

Parvati se cubre los pechos con una camiseta. No piensa que los cristales son tintados y ese hombre sin labios no puede verla. Tampoco es por pudor. Es porque tiene miedo.

-¡Largo de aquí, gilipollas! - grita Aidan, señalando hacia la ventana.

-Está cubierto de sangre - murmura Candy.

Parece que Aidan se da cuenta de que ocurre algo, porque se queda callado, mirando hacia el tipo que golpea su coche una y otra vez. Con el miedo empezando a entrarle en el cuerpo mira hacia el contacto del coche. Las llaves están puestas. En ese momento, otro tipo cubierto de sangre se une al primero. Después, un segundo y un tercero y un cuarto, rodeando el coche, golpeándolo y gritando. A Parvati le parece que tienen la rabia.

-Chicas, creo que será mejor que nos larguemos.

Aidan se lanza hacia el asiento delantero. Todavía está desnudo, pero Parvati puede ver que su pene no sigue erecto. Se ha convertido en un pequeño bulto saltarán sobre sus testículos.

Sin Dientes rompe el cristal con su siguiente golpe. Parvati chilla, retrocediendo en el asiento hasta golpearse con el lado contrario. Candy chilla cuando Sin Dientes le agarra del pelo y trata de meterse por la ventanilla. Aidan enciende el motor y aprieta el acelerador. El coche arranca con un fuerte impulso hacia delante. Ace Hantz está levantándose en ese momento, convertido en una de esas cosas, y el coche le embiste y le pasa por encima. Parvati se golpea la cabeza contra el techo. Sin Dientes tiene la mitad del cuerpo metido en el coche y está mordiendo a Candy en un pecho, casi como si estuviera lamiéndoselo, pero la sangre resbala por la tripa de Candy rompiendo esa ilusión.

Aidan gira noventa grados al llegar al siguiente cruce, y Sin Dientes sale despedido hacia fuera, llevándose entre los dientes el pezón y parte del pecho de Candy. Ella grita, desesperada y dolorida y se agarra el pecho en un gesto que podría ser lascivo en otras circunstancias. Parvati gira la cabeza y ve a Sin Dientes rodando por el suelo. Uno de sus brazos se rompe al caer sobre él, pero Sin Dientes vuelve a levantarse, abriendo la boca para lanzar un aullido, y echa a correr detrás de ellos. Parvati aparta la mirada. No quiere seguir viendo ese brazo, torcido en una dirección imposible, balanceándose a un lado y otro mientras corre.

-¿Qué mierdas le pasa a ese tío? - grita Aidan - ¿Estáis bien?

Parvati mira la herida en el pecho de Candy, que se ha desmayado y tiene la cabeza ladeada con los ojos en blanco.

Y en lo primero que piensa es en que tiene unas ganas inmensas de vestirse.

Seguro que en algún momento te habrás preguntado qué ha sido de Elvira Nosferatu Tuckson. ¿La recuerdas? Seguro que sí, tienes memoria.

Pues, rápidos como una bala nos dirigimos hacia su casa en la cuesta del mirador. Ahí está, sentada en una silla baja de madera, entre montones de periódicos amarillentos y desgastados, que parece que van a desintegrarse en cuanto alguien les ponga una mano encima. Si se ha mantenido viva hasta ahora es porque la zona en la que vive está deshabitada, ya sabes, son segundas viviendas de veraneo y la gran mayoría tiene las persianas bajas.

Y sin embargo, le ha llegado la hora. Claro que ella no lo sabe, y nosotros vamos a ser testigos de excepción.

Su cara de vampiro tiene una mueca risueña, pero la sensación que da mirarle a los ojos es de terror. Esta mujer tiene un aura negativa. De eso podemos estar seguros. Además, no podemos comprender qué es lo que hace sentada sin nada en las manos, nada enfrente, la mirada simplemente perdida en la pared. Se supone que esto es el dormitorio y sin embargo, no vemos ninguna cama, ni siquiera un triste y apolillado colchón.

Un fuerte golpe resuena en toda la casa. La cara de Elvira se tuerce un poco a la derecha, como si algo le hubiera interrumpido su trascendental momento. Con una mueca de incomprensión, se levanta, y cuando lo hace, podemos ver sus huesudas piernas llenas de pelos. No es una visión agradable. Nada comparable a la explosiva Verónica Buscemi, por supuesto. Esa mujer tiene un cuerpo de escándalo.

Elvira sale de la habitación y mira hacia las escaleras. La iluminación es pobre y amarillenta, pero suficiente para ver que están vacías. Elvira hace una mueca, enseñando los dientes, y para nuestro asombro, escupe un inmenso y repugnante lapo al suelo. Después, regresa a la habitación.

En la planta baja escuchamos el ruido de cristales al ser rotos, y un suave tableteo. Elvira vuelve a salir de la habitación y mira de nuevo hacia la escalera. En su rostro debería aparecer el miedo. Es la primera emoción que una persona normal sufriría al notar que alguien - o algo - ha allanado su hogar. Pero Elvira no es una persona normal, y el miedo no aparece por ninguna parte. Su rostro sigue siendo una máscara mortuoria y firme como la piedra. Hace tiempo que perdió la cabeza.

Se acerca al borde de la escalera y mira hacia abajo. Allí no hay nada. Elvira tuerce un poco la cabeza, pero tampoco oye nada. Sin agarrarse a la barandilla, desciende un escalón. Primero el pie derecho, luego el izquierdo. Baja otro escalón. Y después un tercero. Se inclina un poco hacia el lado, pero no ve nada en la parte de debajo de las escaleras. Desciende al cuarto escalón y entonces aparece desde el salón, un hombre vestido con uniforme de jardinero, toda la espalda desgarrada y arrastrando la pierna derecha, que tiene una gran herida en el muslo. Si nos fijamos, se ve hasta el hueso. Al verla, levanta la cabeza y emite un sonido desgarrador, y

dobla la velocidad. Cojea debido a la pierna inservible, pero avanza rápido de todas formas.

Elvira se da la vuelta y sube un escalón. Primero el pie derecho y luego el izquierdo. Sube otro escalón, y el jardinero ya ha alcanzado la escalera y empieza a subir, extendiendo las manos hacia ella, con los dedos engarfiados, babeando de hambre. Elvira no ha puesto aún los dos pies en el último escalón cuando uno de esos dedos le engancha la chaqueta y tira de ella. Elvira está en los huesos y no tiene fuerza en las piernas, así que cuando el jardinero tira de ella, Elvira pierde pie y cae hacia atrás, hacia sus fauces. El jardinero hunde sus dientes en la nuca de la mujer. La sangre salpica la pared y la barandilla de la escalera. Elvira pierde pie y resbala. Ambos caen, pero mientras lo hacen el hombre no deja de morder y rasgar la carne. En algún punto de la caída, el cuello de Elvira se dobla y cruje.

Al menos tiene esa suerte. Ella no volverá a levantarse.

16

¿Recuerdas a Papá Pitufu? Me refiero al abogado de Jason Fletcher, al que este siempre ha llamado Papá Pitufu, cosa que a Carrie le parece muy divertida. Bien, en realidad, se llama Arnold. Es un hombre agradable, solo que demasiado tímido para que muchos tengan la opción real de llegar a conocerle. Aquel que no lo le haya conocido antes de hoy, ya no tendrá la oportunidad.

Arnold abre la puerta de su casa, paraguas en mano, pensando que debe comprar tomates y lechugas para hacer ensaladas. Al pisar la calle, alguien le golpea en el hombro al pasar corriendo. Arnold está a punto de caer al suelo y se gira para mirar quién ha sido.

Se extraña al ver que se trata del agente Dinner y que ni siquiera se ha girado para pedirle disculpas. Esa mañana en el juzgado le había parecido un hombre agradable.

Se pregunta por qué corre el agente, y por qué lleva una mano junto a la barbilla. No parece estar persiguiendo a nadie. Más bien pareciera que huye.

Arnold baja la vista y ve que hay sangre en donde el agente le ha golpeado. Luego oye los pasos que corren hacia él, y los gruñidos, y su pensamiento es que le ataca un lobo. No tiene tiempo de girarse antes de que caigan sobre él. Russell no es consciente de ello, pero la providencial aparición del abogado acaba de salvarle la vida e impedir que le agarren.

Papa Pitufu es un hombre gordo. Tiene mucho de donde comer.

17

Con la escopeta por delante y agarrando la mano de Paula, Mark entra en el vestíbulo

del Paradise Fall por la puerta del patio interior y mira a su alrededor. Él, que de pequeño le tenía pánico a la oscuridad y que aún, a día de hoy, duerme siempre con alguna luz encendida, no puede evitar sentir un cosquilleo en la espalda al entrar en ese vestíbulo en penumbra. Por suerte, la puerta que da a la calle es de cristal y entra algo de luz, confiriéndole al lugar un aspecto lúgubre. Fuera llueve cada vez con más fuerza.

Las ropas de Mark y Paula gotean y bajo ellos se está formando un charco.

Pueden oír los sonidos que producen esos seres en la calle. No tienen ninguno a la vista de momento, pero esa puerta de cristal no le da buen karma a Mark. Cruza el mostrador de recepción y coge la primera llave que encuentra. Después la mira. Bajo el logo del hotel hay un número escrito 302.

-Vamos, cariño - susurra.

No quiere hacer ruido. Se dan la vuelta y comienzan a subir escaleras. Al llegar al tercer piso ambos escuchan un fuerte ruido en el piso de abajo. Cristales. Mark maldice y tira de Paula con fuerza hacia el pasillo, buscando los números en las puertas. Cuando ve el 302 en una pequeña placa de madera, se lanza hacia esa puerta, mete la llave en la cerradura, le cuesta y necesita dos intentos porque la mano le tiembla, y abre la puerta. Paula entra en la habitación y él la sigue. Cierra la puerta a su espalda y le da dos vueltas a la llave. Después, mira alrededor.

Es una habitación de hotel clásica. Paredes pintadas de color tierra con un par de cuadros con colores chillones, cama doble perfectamente hecha, dos mesitas de noche y un escritorio. Mark empuja el escritorio hacia la puerta para bloquearla. Después hace lo mismo con una de las camas. No cree que esa improvisada barricada pueda servir de mucho si logran romper la puerta, pero al menos impedirá que logren abrirla a base de embestirla. Tal vez incluso les disuada.

Mark no está del todo convencido. Sabe que tienen una posibilidad muy grande de morir en esa habitación. También sabe que hará todo lo posible para resistir. Y guardará siempre una bala para la niña. No piensa permitir que se la coman viva.

Aunque puestos a pensar en ello, Mark no cree ser capaz de apretar el gatillo.

-¿Estamos a salvo aquí? - pregunta ella, alzando los ojos hacia él.

-Eso espero.

Paula acepta la respuesta y se acerca a la ventana. Las criaturas que, por los pasos y gritos, Mark cree que al menos hay cinco o seis, llegan al tercer piso y empiezan a golpear la puerta. Saben que estamos aquí, maldita sea. ¿Cómo coño pueden saberlo?

Mark mira la escopeta. Le da vueltas, tratando de averiguar cómo se abre y finalmente lo consigue. Comprueba que los dos cartuchos que están puestos en ese momento están utilizados. Carga dos nuevos y cierra la escopeta. De momento la puerta resiste.

-Mi mamá me enseñó a rezar.

La voz de Paula es apenas un susurro, y la frase es tan reveladora de que la muerte es una posibilidad que Mark siente que los ojos se le llenan de lágrimas. Se da la vuelta. Paula está mirándole, y ella ya está llorando. Mark siente una lágrima que resbala por su mejilla y se agacha junto a la niña.

-¿Quieres que recemos?

Paula mira hacia la puerta. Los golpes y gritos se han vuelto más frenéticos y ansiosos. Vuelve a mirar a Mark y asiente con la cabeza.

-No soy un hombre muy religioso, pero creo que me acuerdo del Padre Nuestro. ¿Te parece suficiente?

Paula se encoge de hombros. Mark le pasa la mano por la mejilla con cariño.

-Padre nuestro que estás en el cielo, - Mark comienza la oración dudando. A medida que avanza, se da cuenta de que le sale sin tener que pensar. Hay cosas que no se olvidan con los años. Como andar en bicicleta. Paula une su voz a la de él - santificado sea tu nombre, ven a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra. Y perdona nuestras ofensas...

18

Como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal, amén.

El padre Merrill se incorpora y besa la figura del hijo de Dios que tiene delante. Fuera, alguien golpea la puerta de la sacristía con fuerza. Probablemente Richard Saywer, campeón mundial de dominó.

-Líbrame de este mal, señor. Permíteme que salve a esta gente, porque no todos son pecadores. Sé que no lo merezco, que yo mismo he renegado de Tu voluntad, pero estoy dispuesto a ayudar en lo que creas conveniente. Si te parece bien, ya discutiremos nuestras diferencias en otro momento.

El padre Merrill siempre ha hablado con dios en esos términos, de tú a tú. Le resulta más fácil y terapéutico.

Se santigua antes de dirigirse a la ventana. Mira por el cristal. Da al callejón de la Rosa y no parece haber nadie. Se ha quitado la sotana, pero antes de abrir la ventana se asegura de llevar bien colocado el alzacuellos y se enrolla un rosario en la mano.

-Ahora veremos de qué pasta estás hecho en realidad - murmura.

Se pregunta si eso puede considerarse una blasfemia.

Abre la ventana y salta a la calle. La lluvia le empapa la camisa blanca y los vaqueros en unos segundos, pero también amortigua sus sonidos y le ayuda a pasar desapercibido. A la izquierda, el callejón lleva directamente a la glorieta del Rey. El padre Merrill gira a la derecha y echa a andar. No corre, camina. Porque está en paz y, a pesar de las dudas que le llevan agobiando desde que murió el pequeño Edward,

cree que aún puede ser útil a la causa divina. Y si Dios es el dios amable y lleno de amor por sus pequeños seres humanos que él siempre ha promovido en su Iglesia, todo irá bien. Si por el contrario Dios ha desatado Su Furia, no cree que correr vaya a servir de mucho.

A Richard Sawyer, desde luego, no le sirvió de nada.

Cruza junto a un grupo de contenedores. A pesar de estar cerrados y no verse bolsas de basura fuera de ellos, y a pesar de la lluvia, le llega el repugnante olor de algo en descomposición. De entre dos de los contenedores surge una mano y le agarra del brazo. El padre Merrill da un bote, sobresaltado, y está a punto de gritar cuando ve que la cara de Stan Marshall asoma entre los cubos de basura. Está empapado y tiene una expresión de pavor en la cara.

-¡Padre! - exclama, susurrando-. Venga aquí, escóndase. ¿No ha visto lo que está pasando?

El padre Merrill sonrío. Ese gesto millones de veces ensayado y utilizado en el púlpito siempre le ha dado buenos resultados. La gente le siente cercano. Y eso ayuda a la hora de pronunciar la palabra de Dios y hacer que llegue a los feligreses.

-Lo sé, Stan. Pero no tengo miedo.

Casi puede oír el gruñido de Stan. De no ser por la lluvia lo habría escuchado sin problemas.

-Padre, creo que Dios se ha olvidado de este lugar. No creo que sea el momento de jugar a ser un héroe.

-No se trata de ser un héroe, Stan, sino de hacer lo correcto.

-¿Quiere callarse y venir aquí? Si le ven ahí de pie, estamos perdidos.

El padre Merrill mira hacia ambos lados. No se ve a nadie, solo la lluvia que cae con fuerza. Recuerda que esa mañana el cielo apareció despejado y con un sol radiante. Los males nunca vienen solos.

-Soy sacerdote, Stan, no gilipollas.

Incluso Stan, un hombre acostumbrado a tener mal humor y no asombrarse por nada, se queda boquiabierto al oír al padre Merrill decir aquello.

-Yo no... yo...

No sabe qué decir. Y se siente estúpido. Cuando se siente estúpido, gruñe. Stan Marshall emite un gruñido malhumorado y frunce el ceño. El padre Merrill piensa que ese gesto es el equivalente de Stan Marshall de su sonrisa: millones de veces ensayado y utilizado. Sonríe y apoya su mano en el hombro del quiosquero.

-Sé que no has querido decir eso, hijo. A lo que yo me refiero es a que no tengo miedo, pero aún así, no voy a dejarme ver como un cebo para tiburones.

-Ya, pues déjeme darle un consejo, padre. Deje de ir por el puto centro de la calle si no quiere acabar convertido en ese cebo para tiburones.

-Te haré caso, Stan. Pero tú, cuando acabe esto, tendrás que rezar un par de ave

marías por utilizar ese lenguaje.

Stan se ruboriza, como un niño cuando el profesor le echa una regañina. El padre Merrill vuelve a sonreír.

-Stan, puedes venir conmigo si quieres.

-¿A dónde va, padre?

-Aún no lo he decidido. ¿A la comisaría? Me parece un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar. Estoy seguro de que mucha gente escogerá ese destino.

-No creo que los polis tengan mucho que hacer contra esas cosas. He visto cómo disparaban a uno en el pecho y volvía a levantarse. A mí me parecían put... esto... malditos zombis. Como los de las películas, ya sabe.

Exactamente lo mismo que ha pensado el padre Merrill, que vio La noche de los muertos vivientes, de Romero, cuando tenía catorce años y tuvo pesadillas esa misma noche y la siguiente. Casi puede escuchar a su madre diciéndole Te lo dije, te dije que no fueras a ver esa película.

El padre Merrill asiente y se gira para continuar su camino. Stan Marshall le observa un momento, desde su parapeto tras los cubos de basura. Gruñe, aunque ni siquiera se da cuenta de que lo está haciendo. El sacerdote camina por el centro del callejón.

-Eres un estúpido, Stan - se dice a sí mismo-. Y los estúpidos hacen estupideces.

Stan menea la cabeza y se levanta. De una carrera alcanza al sacerdote. Ambos hombres se miran bajo la lluvia. Están completamente empapados y tienen el pelo pegado a la cara, chorreando aún más agua.

-¿Finalmente vienes?

-Alguien tiene que cuidar de usted, padre.

-Ya tengo quien me cuide - responde el padre Merrill, señalando con el índice de la mano derecha hacia arriba.

-Ya, bueno - Stan se encoge de hombros y hace un mohín con la boca-. Alguien tiene que ayudarlo de todos modos.

El padre Merrill sonríe y asiente. Stan lanza uno de sus gruñidos marca Stan Marshall. Ambos hombres alcanzan el final del callejón y se pegan a la pared. El padre Merrill asoma la cabeza y mira la calle en la que se encuentran. A diez metros de ellos hay una ambulancia, estrellada contra el escaparate de un estanco. La puerta del conductor está abierta y el cuerpo de Marcus Anderson está tirado en el suelo. Su pierna derecha aún está metida en el vehículo. Le han abierto en canal. El padre Merrill observa que también muestra una herida grave en la sien. Probablemente por eso no se ha levantado de nuevo.

-¿Ve alguno? - Stan habla en susurros. Y el padre Merrill nota su miedo.

-Negativo, Stan. Creo que si cruzamos corriendo hasta el restaurante de Paolo ganaremos bastante tiempo. Su cocina tiene una puerta que da a McKenzie Road. De

ahí a la comisaría es un paseo.

-Mierda, padre, lo que sea, pero asegúrese de que no hay ninguno a la vista antes de cruzar la calle.

El padre Merrill asiente. Vuelve a asomarse. No ve ningún movimiento en la calle. Le hace un gesto a Stan y echa a correr, medio agachado, como hacen los militares en tierra de nadie. Alcanza la otra acera en unos segundos y se acerca a la puerta del restaurante. La empuja con cuidado y entra.

Stan espera, quieto en la esquina del callejón, durante unos segundos que le resultan eternos y aterradores. Después, el sacerdote vuelve a abrir la puerta y asoma la cabeza. Le hace un gesto. Stan mira hacia ambos lados de la calle antes de cruzar a la carrera.

Se cuela en el restaurante justo unos segundos antes de que un zombi aparezca al fondo de la calle. No le ha visto, y el muerto sigue su camino, moviéndose de forma errática, ansioso de hambre, alzando el rostro al cielo que le golpea con inclemente lluvia.

19

La muerte se extiende por Castle Hill. La sangre se vierte en casas, calles, plazas, tiendas y bares. Mueren hombres, mujeres y niños. Ricos, pobres, jóvenes y viejos. Todos caen a medida que son alcanzados. Los que tienen suerte acaban con su cerebro esparcido por el suelo. El resto, vuelve a levantarse en busca de más. Son un ejército incansable y ansioso que desea la carne y la sangre de los vivos y no se detiene ante nada para conseguirlo.

Solo en la primera oleada muere más del setenta por ciento de la gente.

Así es como ocurre. Así se desintegra un pueblo. Rápido, mortal y efectivo. El Cuarto Jinete es el arma definitiva.

Si pudiera ser controlado.

VI

-LA COMISARÍA-

1

¿Recuerdas a Marvin King? No pasa nada si no te acuerdas de él, puedo refrescarte la memoria.

Marvin King es el fiscal que se ocupó de que declararan culpable a Jason Fletcher. Y si quieres saberlo, en cuanto terminó el juicio se tomó un café de la máquina que hay en el vestíbulo de los juzgados e hizo dos llamadas de trabajo que le llevaron unos diez minutos. Bajó las escaleras del juzgado poco antes de que llegara el coche patrulla conducido por Kurt Dysinger, pasó junto a Brad Blueman, que por entonces ya estaba sentado en los escalones escribiendo en su libreta, se metió dentro de su Ford y arrancó el motor.

Aun habiendo salido con toda esa ventaja de tiempo (Jason Fletcher subiendo a su casa, Ken Jackson apuntándoles con una pistola y disparando a Kurt en el brazo), Marvin King nunca conducía rápido. Siempre iba bastante por debajo del límite de velocidad.

Sin embargo, huyendo de los muertos que acabaron con la vida del agente Jackson, Jason Fletcher apretó el acelerador del coche patrulla hasta el fondo. Y esa es la razón por la que Jason, Dolores, Carrie y Kurt vieron lo que ocurrió en el interior del túnel.

Pero no adelantemos acontecimientos.

La última vez, dejamos a Jason Fletcher montándose en el coche patrulla y apretando el acelerador para huir de los muertos que empezaban a invadir la plaza de la Constitución. Volvamos a ese momento.

En el asiento trasero, Kurt lanza un grito de dolor. La sangre de su brazo ha empezado a manchar la camiseta de Carrie, que mira la herida aterrorizada. Dolores, aturdida aún por la medicación, trata de abrir los ojos para prestar atención, pero se le cierran una y otra vez.

-¿Cómo te llamas?

Carrie mira a Kurt como si se hubiera vuelto loco.

-Carrie.

-Yo soy Kurt, Carrie. Necesito que mires la parte de atrás de mi hombro y me digas qué aspecto tiene la herida.

-¿Eres médico?

-No exactamente. Hazlo, Carrie.

Carrie, asustada, no se mueve. Mira hacia delante, y sus ojos se cruzan con los de Jason, que la miran a través del espejo retrovisor.

-Carrie, hazle caso.

Y eso sirve como revulsivo. Carrie levanta con cuidado el brazo de Kurt y mira por la parte trasera.

-¿Qué necesitas que te diga?

-¿Hay agujero? Eso me dirá si la bala ha salido o no.

-Hay agujero.

-Joder. ¿Muy grande?

-Eh... No sé, como un tapón de botella, más o menos. Los bordes parece que... como si hubiera reventado desde dentro.

-Eso es exactamente lo que ha pasado - asegura Kurt-. Carrie, necesito que taponen la herida.

-¿Cómo?

-Véndala con algo. Y aprieta fuerte.

Carrie mira a su alrededor, pero no ve nada que pueda servir. Se quita la camiseta, que ya está empapada de sangre. No tiene los pechos grandes, pero lo parece debido al sujetador que lleva. Es de esos que realzan. Y en la parte de atrás tiene una etiqueta que le habría encantado al compañero de universidad de Mark Gondry.

Carrie pasa la camiseta bajo el brazo de Kurt y aprieta, haciendo un lazo en la parte superior. Al ejercer presión, Kurt aprieta los dientes y lanza un gemido de dolor, pero Carrie no afloja, sino que asegura el nudo con una segunda lazada. Después, con cuidado, suelta la camiseta y observa que el vendaje improvisado resista y no se afloje.

No lo hace.

Kurt mira a Carrie.

-Gracias.

-De nada.

-¿Qué coño estabas haciendo fuera del coche y pegando tiros? - pregunta Jason desde el asiento delantero, sin apartar la mirada de la carretera. Va a toda velocidad, pisando levemente el freno antes de cada curva para inmediatamente volver a apretar el acelerador.

-Intentaba avisar a toda esa gente. No podía dejarles morir sin más.

-¿Quién va a morir?

Dolores ha abierto los ojos. Kurt vuelve la vista hacia ella.

-Es mi madre - dice Jason-. Hola, mamá.

-Jason! - la voz de Dolores expresa una alegría inmensa al ver a su hijo y ser plenamente consciente. Parpadea, como si quisiera confirmar que está despierta, y después mira a Carrie. Por último a Kurt, y a la herida de Kurt y toda la sangre que ha

empapado su ropa y la tapicería del coche patrulla.

-¿Qué está pasando?

-Mamá, no es el momento de hablar de eso.

-Jason, haz el favor de no conducir tan deprisa.

Los ojos se le cierran de nuevo, pero ella los abre de golpe. Kurt sonrío y mira a Jason a través del espejo retrovisor. Les faltan apenas un par de kilómetros para alcanzar el túnel.

-Pero Jason, - esta vez es Carrie - es que yo tampoco entiendo nada. Hace una hora iban a meterte en la cárcel y ahora estamos huyendo en un coche de la policía con un hombre al que acaban de disparar. Y... ¿Por qué se han lanzado sobre él? No entiendo qué está pasando.

-Que me jodan si yo lo sé - murmura Jason.

-Se llama Cuarto jinete.

Carrie y Jason miran a Kurt. Jason gira de nuevo la cabeza al instante para seguir el curso de la carretera, pero es evidente que sigue atento y a la espera de más explicaciones. Kurt se mueve en el asiento, incómodo y dolorido.

-Todos los ejércitos del mundo persiguen un objetivo común. Todos quieren encontrar el arma definitiva, aquella que les haga ganar cualquier enfrentamiento, o que les haga tan temibles que nadie se atreva a plantarles cara. Como la bomba atómica, pero sin tanta devastación.

Kurt suspira. Se acuerda de Sarah. Y de sus sesos esparcidos sobre la ventanilla de su coche.

-Hace tiempo que se investiga con armas químicas y biológicas. El objetivo es encontrar algo que diezme al enemigo sin necesidad siquiera de entrar en combate. El Cuarto Jinete demostró ser tan destructivo en las pruebas de campo, tan... aterrador y definitivo, que fue aparcado a un lado. Porque no podía ser contenido. La idea, la... necesidad de un gobierno es poder aniquilar a tu enemigo y que la batalla termine cuando caiga el último de ellos. El Cuarto Jinete aniquila al enemigo, pero lo convierte en otra cosa. En algo que no entiende de amigos ni enemigos y que se volverá contra ti en el momento en que le veas. No se puede... desconectar.

-Y eso es lo que lo hace tan peligroso.

-Sí. Porque si la infección escapa al control, podría exterminar la vida humana. Es exponencial. Cada vez que cae un ser humano, se crea uno de ellos. Y esos dos convertirán a otros dos, y así sucesivamente. Sin detenerse, sin necesidad de descansar y con, aparentemente, un único punto débil.

-El cerebro.

Kurt asiente, en el asiento trasero.

-¿Estás hablando de muertos vivientes? - Carrie habla con desconcierto - ¿Cómo en las películas? ¿Zombis que corren y quieren comernos vivos?

Kurt vuelve a asentir.

-De eso mismo estoy hablando. Y tan solo seis personas teníamos acceso total al Cuarto Jinete. Algo así no debería haber ocurrido nunca.

-¿Esto es un apocalipsis? - pregunta Jason.

Kurt no lo sabe, y todas esas preguntas han rondado por su mente desde que huyera de la base militar.

-No lo sé - responde-, pero si quieres saber mi opinión, es muy probable que sí lo sea. A menos que la respuesta sea inmediata y letal, el Cuarto Jinete se esparcirá. Y cuanto más tarden en detenerlo, más complicado será. Para que te hagas una idea. Hace poco más de dos horas que el virus se esparció. En una hora más, es muy probable que no quede nadie vivo en Castle Hill.

El silencio que sigue a esa afirmación es tan aterrador como lo es la propia historia que acaba de narrar Kurt. Solo se escucha el sonido del motor. Acaban de alcanzar el túnel.

-¿Y qué va a ser de Sandra y Eliza? - pregunta, en ese momento, Dolores. En realidad, no sigue de forma coherente la conversación, está demasiado aturdida y somnolienta para hacerlo.

Jason la ignora. Está mirando a Kurt por el espejo.

-¿Qué harías tu?

-¿Yo? - Kurt piensa en ello un momento-. Hace bastante que habría lanzado una bomba nuclear sobre Castle Hill. Cada minuto que pasa es un minuto que una de esas cosas puede aprovechar para correr lejos del pueblo y alcanzar otros lugares.

-Dios mío - Carrie se tapa la boca con la mano.

-Estados Unidos no lanzará una bomba sobre su propio territorio - murmura Jason. Aunque por su tono de voz parece que ni siquiera él cree en lo que está diciendo.

-No, a menos que la situación sea crítica - consiente Kurty entonces será demasiado tarde.

-¿Tan jodida es esta co...?

Jason aprieta el freno de golpe. El coche patrulla derrapa y culea unos metros, pero Jason aferra el volante con fuerza y logra mantenerlo recto. El frenazo hace que Kurt, Dolores y Carrie se estrellen contra el asiento delantero. Dolores despierta de golpe. Kurt suelta un grito al golpearse el brazo herido.

Todos ellos miran hacia delante a tiempo para ver el coche detenido en mitad del túnel, los camiones que bloquean la salida más allá, los soldados apostados tras sacos de arena.

Y sobre todo, al hombre que sale del coche agitando los brazos.

Porque Marvin King se ha asustado al ver el bloqueo, y cuando sale del coche no está pensando en que le pueda ocurrir algo, porque él es una persona honrada y

trabajadora que nunca se ha metido en ningún lío. Agita los brazos por encima de su cabeza porque se ha llevado un buen susto. Y grita porque quiere una explicación. Y lo que ocurre a continuación ni siquiera es culpa suya. Los soldados que bloquean la salida del túnel han recibido una breve charla explicativa sobre lo que ocurre en Castle Hill. No les han dado toda la información, pero si la suficiente para atemorizarles. Les han hablado de contención. Y de la letalidad del virus que asola Castle Hill. Así que cuando Marvin King sale del coche agitando los brazos sobre su cabeza, uno de esos soldados se pone nervioso y su dedo aprieta accidentalmente el gatillo de su rifle de asalto. Y el sonido, que bajo el túnel resuena como un trueno en el punto cero de una tormenta, provoca que más de esos soldados aprieten los gatillos de sus armas. Marvin King recibe veintiséis disparos en menos de cinco segundos que le acribillan el pecho y le seccionan el brazo derecho a la altura del codo. El fiscal cae hacia atrás desmadejado como una muñeca de trapo.

-¡Ostia puta!-exclama Jason.

Y sin pensarlo siquiera, mete la marcha atrás y aprieta el acelerador. El motor del coche patrulla ruge con indignación y el coche sale despedido hacia atrás. Jason gira el volante del coche violentamente al tiempo que mete la primera marcha. El coche gira ciento ochenta grados y se aleja de la boca del túnel donde Marvin King yace muerto en el suelo. En apenas unos segundos vuelve a ir a toda velocidad de regreso hacia Castle Hill.

2

El agente Russell T.Dinner atraviesa la puerta de la comisaría a la carrera, tropieza y está a punto de caer al suelo, pero Andy Probst le sujeta a tiempo. Cuando Russell alza la cabeza, Andy suelta un grito de sorpresa y le suelta el brazo. A través de la herida que Russell tiene en la mejilla pueden verse los dientes.

-¿Tiene mal aspecto?

Andy va a responder, pero no le salen las palabras. Lo peor no es el agujero sanguinolento de la mejilla, sino los ojos enloquecidos y brillantes de Russell. Por suerte, en ese momento aparece Zoe, desde la sala de agentes, seguida de Richard Jewel, que después de abandonar a Paula y Mark a su suerte ha corrido más que en toda su vida directo a la comisaría.

-¡Russell! - exclama Zoe - ¿Qué demonios está pasando? Richard y Andy hablan de ataques en varios puntos de la ciudad y... ¿Qué coño te ha pasado en la cara?

Zoe abre la boca con asombro. Russell se tapa la herida con una mano. Parte de su camisa está manchada de sangre.

-Zoe, ¿puedes sacar el llavero del jefe?

Al principio, parece que Zoe no va a ser capaz de moverse, pero finalmente cruza

el mostrador de centralita y rebusca en un cajón. Andy y Richard miran con preocupación a Russell.

-¿Dónde está el jefe Sloat? - pregunta Richard.

-¿No está aquí? - pregunta Russell a su vez.

-No - Zoe sigue tras el mostrador-. No localizo a nadie, Russell. Logré hablar con Ken Jackson y me dijo que iría a echar un vistazo a la plaza del rey. Las primeras llamadas provenían de allí.

-Si ha ido a la plaza del Rey seguramente estará muerto.

Andy, Richard y Zoe miran a Russell en silencio. El agente piensa un momento en si debe decirle a Andy Probst que vio a su hijo morir en la glorieta del rey. Decide que es mejor que no lo haga.

-Aquí está.

Zoe muestra el llavero en alto. Hay más de veinte llaves colgando de él. Russell se acerca y lo coge. Rebusca entre todas las llaves y selecciona dos. Le lanza una de ellas a Richard y la otra a Andy.

-Richard Jewel - dice, mirando al hombre directamente a los ojos. Russell está seguro de que es la primera vez que ve a Jewel en la comisaría sin estar dentro de una celda - Más te vale estar sobrio.

-Más que nunca en mi vida - asegura Richard.

-Bien. Si cruzas esa puerta verás una puerta señalada como armería. Esa es la llave. Coge todo lo que encuentres y tráelo aquí.

Richard asiente, obediente.

-¿Qué coño estás haciendo, Russell? - pregunta Zoe, cada vez más alarmada. Se da cuenta de que esa no es la pregunta correcta - ¿Qué está pasando?

-Ahora te lo explico - Russell se gira hacia Andy - Esa llave cierra la puerta principal. Si se acercan, cierra la puta puerta.

Andy duda, pero asiente. Russell coge a Zoe de la mano y tira de ella hacia la sala de agentes.

-Ponme un apósito, Zoe.

Russell se sienta y se quita la mano de la mejilla. Al ver la herida, ella reprime un grito y se lleva la mano al pecho. Russell abre el botiquín y lo coloca sobre una mesa, apartando un montón de papeles que lanza al suelo.

-¿Tiene muy mal aspecto?

-No creo que un apósito sirva de mucho - asegura Zoe-. Tendrías que ir a que te lo vieran.

-Eso no es posible ahora mismo. Y el apósito al menos lo ocultará a la vista.

Zoe asiente y rebusca en el botiquín.

Fuera, Andy Probst mira la llave que le han entregado como quien miraría el anillo de Bilbo Bolsón. Suspira y abre la puerta de la comisaría para salir al exterior.

Ve un coche a toda velocidad que entra en el parking de la comisaría y da un frenazo. Reconocería ese coche en cualquier parte del mundo. Pero Andy Probst no está preparado para ver a Aidan Lambert salir del asiento de conductor totalmente desnudo y echar a correr hacia él, agitando los brazos.

-¡Ayuda! - grita.

Andy cae en la cuenta de que se le ha encomendado una misión y se da la vuelta. La llave se le resbala de la mano. Andy se agacha para recogerla, sintiendo que el corazón se le acelera. La agarra. Vuelve a levantarse y cruza la puerta. Se da la vuelta y trata de meter la llave en la cerradura. No se da cuenta de que está gritando. Zoe y Russell aparecen a la carrera. El agente tiene un apósito cuadrado tapándole la herida. Andy no les ve porque está demasiado concentrado tratando de cerrar la maldita puerta.

Entonces recibe un empujón. La puerta se abre y golpea a Andy en la frente. El dueño del Journal cae al suelo de culo, y Aidan Lambert entra en la comisaría. Zoe abre la boca por la sorpresa. Russell desenfunda el arma.

-¿Qué coño haces, chalado hijo de puta? - le grita Aidan a Andy.

Y Russell no aprieta el gatillo. Por apenas unos segundos.

-¡Ibas a dejarme ahí fuera, cabrón!

Aidan le lanza una patada con su pie desnudo a Andy. Russell corre hacia él, le agarra de los brazos y les separa. Mira a Aidan a la cara.

-Ya basta, Aidan.

-¡Coño, necesito ayuda y este cabrón iba a dejarme ahí tirado!

-De acuerdo, solo hacía lo que se le ordenó.

Aidan se sacude para soltarse de la presa que forman los brazos de Russell, pero el agente no cede.

-¡Suéltame, joder! ¡Tenemos que ayudar a Candy!

-¿Quién es Candy?

Aidan vuelve a sacudirse, y esta vez Russell se aparta para dejarle libre. Aidan abre la puerta de la comisaría. Russell ve a dos mujeres, también totalmente desnudas, corriendo hacia la comisaría. Una de ellas agarra a la otra por debajo de los brazos para ayudarla a caminar. La segunda parece tener una herida grave en uno de sus pechos. Tiene gran parte del cuerpo empapado en sangre.

Russell mira hacia ambos lados. Aún no se ve a nada ni nadie más. Sale al exterior, y la lluvia le golpea con fuerza inclemente. Agarra a Candy por el lado contrario a Parvati, y entre los dos la llevan al interior.

-¡Zoe, trae mantas! - ordena - ¡Y ropa!

Zoe cruza a la carrera la puerta que lleva a la sala de agentes. Russell y Parvati dejan a Candy junto al mostrador, en el suelo. Russell le examina la herida. Le han arrancado parte del pecho. Mira a Parvati. La mujer es consciente de su desnudez,

pero no muestra el menor pudor. Russell se pregunta si se debe a lo que hace para vivir o a la tensión de la situación. Parvati tiene el pelo empapado y pegado a la cara.

-Tenemos un botiquín. No es demasiado grande.

Parvati asiente, agradecida. Russell se levanta y se gira, para mirar a Aidan, de pie junto a la puerta. Tiene una mano púdicamente colocada sobre su miembro. Andy se está levantando. Tiene una pequeña brecha en la frente.

-Deja la llave puesta. Que la próxima vez solo tengas que girarla.

Andy asiente y mira a Aidan.

-Lo siento. Creí que...

-Ya sé lo que creíste y me importa una mierda. ¿Me ves cara de psicópata enfermo?

-Estás desnudo - responde Andy, como si eso lo justificara todo.

-Porque estaba echando un polvo, gilipollas.

-¿Me he perdido algo interesante? - Richard Jewel lleva en las manos diez escopetas. Mira hacia Parvati y Candy-. Parece que sí. Hola, Parvati.

-Hola, Richard.

Richard le sonrío y deja las escopetas sobre el mostrador. Russell se acerca.

-Trae munición. Toda la que encuentres.

-Agente Dinner - responde Richard-, espero que no le importe, pero he cogido una de estas.

Richard señala su cintura. Lleva un revólver embutido bajo el cinturón.

-Si ese puto borracho puede llevar un arma, yo quiero otra - exclama Aidan, agarrando una de las escopetas.

Russell se gira hacia él.

-Todos los que sepan disparar cogerán un arma, pero nadie apretará el gatillo a menos que yo lo ordene. ¿Está claro?

-Como el agua - asegura Aidan.

-Richard, munición, por favor.

Richard Jewel se lleva la mano a la frente como los militares y regresa a la carrera hacia la armería.

-Andy, coño, vigila la puta puerta - ordena Russell.

-Es que está lloviendo.

Russell se pregunta si ese hombre es retrasado y siente unas ganas terribles de darle una patada en el trasero.

-Ni te molestes - gruñe Aidan Lambert-. Deja que los hombres hagan el trabajo de los hombres.

Aidan Lambert, que sigue desnudo, cruza junto a Andy Probst, abre la puerta de la comisaría y sale al exterior. Por un lado, a Russell le sorprende gratamente la actitud del hombre. Por otro lado, se da cuenta de que tiene a un putero desnudo

como centinela y al borracho del pueblo como encargado de las armas. Se pregunta si podrá sobrevivir.

En ese momento, Zoe regresa con varios uniformes policiales y un par de toallas.

-No sé si las camisas os abrocharán - dice, mirando los grandes pechos de Parvati-. Pero algo es algo.

-Gracias - dice Parvati.

-También he traído uno para el señor Lambert - mira a Russell - ¿Dónde está?

Russell señala la puerta.

-Fuera, vigilando.

Zoe se extraña, pero Russell se encoge de hombros. Y sí, eso es un amago de sonrisa.

3

Volvamos al Paradise Fall. Paula está abrazada a Mark, llorando en silencio. De hecho, Mark sabe que está llorando porque la nota estremecerse de vez en cuando y la oye sorber por la nariz. La escopeta está en el suelo, junto a ellos. Los golpes en la puerta son ensordecedores y la madera cada vez cruje más. Mark ha visto una grieta aparecer en el marco.

-Tal vez deberías encerrarte en el baño - dice.

-Prefiero estar contigo.

Mark se estremece al oír el crujido de la madera y mira hacia la puerta. Está combada por la parte de arriba, y los golpes desde el otro lado son frenéticos y sin pausa. Alarga la mano y coge la escopeta. Sinceramente, no cree que vaya a salvarles la vida. Por los rugidos y los golpes, calcula que hay al menos una docena de esas cosas al otro lado.

Tampoco cree que vaya a atreverse a disparar a Paula.

Mira a la niña, que se acerca a la ventana con gesto triste. Un gesto que jamás debería dejarse ver en una niña tan pequeña. Se gira hacia la puerta y aprieta el puño sobre el mango de la escopeta.

Se arrepiente de muy pocas cosas en la vida, tal vez en estos últimos momentos de su vida desearía no haber sido tan egoísta y haber tenido una familia tradicional. Siempre rehuyó ese tipo de responsabilidad. Respira hondo, tratando de mantener la calma, y ve que una de las bisagras se suelta con uno de los golpes y la puerta se arquea.

Ahora es cuestión de tiempo.

Al otro lado, los muertos gritan con más ansia que antes, como si ellos también supieran que se encuentran más cerca.

Mark se da la vuelta y apunta hacia Paula, que está mirando por la ventana, de

espaldas a él. El dedo de Mark se coloca sobre el gatillo. Respira hondo y cuenta mentalmente. A la de tres, apretará el gatillo. A su espalda la madera cruje y una tabla se suelta. Una mano ensangrentada se cuelga por la grieta y extiende los dedos hacia ellos. La barricada de muebles aún resiste, y el resto de la puerta también.

Uno.

Mark cierra los ojos.

Dos.

Lo siento, Paula.

El dedo de Mark se apoya sobre el gatillo.

-¡Mira!

Mark abre los ojos y baja el arma justo a tiempo para que Paula no le vea cuando se gira a mirarle. Está señalando hacia fuera. Mark se acerca a la ventana y lo que ve le permite albergar una pizca de esperanza.

4

El velocímetro marca casi doscientos kilómetros por hora, pero Jason no afloja el acelerador. El coche patrulla sale del túnel como una bala.

-¡Le han acibillado, joder! - grita Jason.

-Parece que si están tratando de hacer algo - murmura Kurt.

-¡Ese tío no estaba infectado, joder! - grita Jason - ¡Los muertos no conducen!

-Supongo que no quieren arriesgarse.

-¿Y qué hacemos ahora? - pregunta Carrie.

-¿Van a matar a todo el pueblo?

Kurt supone que sí. Pero también duda, porque de querer hacer eso, habrían lanzado una bomba. O tal vez les da miedo la repercusión mediática que podría tener el lanzamiento de una bomba. No está seguro.

Jason gira el volante para entrar en una curva ligeramente cerrada y aprieta el freno con suavidad. Una camioneta desvencijada se dirige hacia ellos, y Jason rectifica con un volantazo. El coche patrulla derrapa y pierde el control, pasando a centímetro y medio del parachoques de la furgoneta. Ambos vehículos se detienen en la carretera. Jason tiene el volante agarrado con fuerza y los nudillos están blancos por la presión.

-Joder - murmura.

-Chico, ya me he estrellado una vez hoy, y no me gustaría repetir la experiencia - murmura Kurt desde el asiento trasero.

Jason le dedica una mirada de perplejidad a través del espejo y después abre la puerta de un golpe para salir al exterior.

-¿Estáis bien? - les pregunta, abriendo la puerta trasera.

Carrie asiente y sale del coche, prácticamente de un salto. Se lanza a los brazos de Jason y le da un beso en los labios. Kurt mira a Dolores. La mujer le sonríe.

-Estamos bien - dice.

-Cojonudo - responde Jason, y se da la vuelta para mirar hacia la furgoneta de Erik Killian con la que Ken Jackson lleg o hasta la plaza de la Constitución y de la que en ese momento se baja Brad Blueman.

Jason se queda quieto al verle. Brad también. Solo que Brad, además, tiene miedo del chico.

-T , - murmura Jason.

-Yo, eh...

Brad traga saliva. Mira a Carrie, que sigue abrazada a Jason, en sujetador, mirándole con casi más odio que el que ve en la cara de Jason.

-T  - repite Jason.

-Solo hacía mi trabajo - contesta Brad, con un hilo de voz apenas audible.

Jason suelta a Carrie y avanza hacia Brad. El reportero retrocede hasta que su culo se choca contra la furgoneta. Jason se detiene a un metro del hombre, que le mira ligeramente aterrorizado, a la espera del primer golpe. Carrie se acerca a ellos y coge a Jason con suavidad, del codo.

-Lo siento - murmura Brad.

-No lo sientes - asegura Carrie-, porque disfrutas haciendo lo que haces.

-Eres escoria, Blueman.

Brad quiere contestar, pero no le salen las palabras. Jason levanta el brazo y apoya la mano sobre el pecho de Brad.

-Jason Fletcher!

Dolores sigue dentro del coche patrulla, pero su grito se escucha perfectamente. Jason se gira para mirarla.

-¡Ni se te ocurra pegar a ese hombre! - ordena la mujer- ¡No te eduqu  para que fueras un matón!

-Mamá, es Brad Blueman, el tipo que hizo las fotos...

-¡Ni mamá ni leches!

Jason suspira y suelta a Brad. Se gira hacia el coche patrulla. Carrie se queda de pie un momento más, delante del reportero. El tiempo suficiente para escupirle en la cara. Brad pone gesto de asco y se limpia con la manga de su camisa, que ya est  empapada con la lluvia.

-¿Qué hacemos? - pregunta Jason, agachándose delante de la puerta trasera y mirando a Kurt, que sigue sentado junto a Dolores. Kurt est  pálido y tiene el rostro contraído por un gesto de dolor, pero aguanta.

-No lo s  - responde-. Ahora mismo, ambos lados me parecen una mala idea.

-¿Por qué no podemos ir hacia all ? - pregunta Brad Blueman, señalando hacia el

túnel.

-Los militares lo han cortado y han disparado a un hombre. Juraría que era el fiscal King.

-¿Los militares? ¿Por qué?

-Cállate, Blueman - Jason es tajante, y Brad se calla. Jason está tratando de pensar - ¿Cómo te encuentras?

-Me encontraría mejor si pudiera tomarme algo. Me conformaría con una aspirina. Pero no voy a desmayarme.

-Mejor.

Jason mira a Carrie. Ella le sonrío, como lo hace siempre que él la mira. Esa sonrisa es perfecta para Jason. Se quita la camiseta, que está completamente empapada, y se la entrega a Carrie. Ella se la pone. Jason tiene ganas de besarla. Menos de una hora atrás estaba convencido de que no volvería a tocar a Carrie Spencer y pensaba que ese era el peor castigo que podrían imponerle, mucho peor que la cárcel.

-Es de suponer que habrán bloqueado todas las carreteras, ¿verdad?

-Sí. Y estarán vigilando vía satélite toda la zona alrededor de Castle Hill para impedir que nada salga.

Jason alza la vista al cielo. Siente que la lluvia golpea su cara.

5

El pequeño camión de bomberos avanza despacio, rodeado de una masa de muertos cada vez mayor que golpean las puertas con insistencia. Terence mira por la ventanilla lateral y observa las caras de los seres que alzan las manos hacia él. Conoce a la mayoría.

-Podría apretar el acelerador y pasar sobre ellos.

Terence la mira. Entre ellos, el jefe de policía Dennis Sloat respira lentamente, con la boca abierta. Tiene los ojos vidriosos y emana calor. Hace un momento que Terence le ha puesto la mano en la frente y comprobado que la piel le ardía. No había dicho nada en voz alta, pero Verónica y él habían cruzado una mirada que valía más que mil palabras.

-Mirad.

Dennis levanta el brazo con esfuerzo y señala hacia delante, ligeramente hacia arriba. Terence y Verónica miran hacia donde indica su dedo. Verónica ahoga un gemido. En una de las ventanas del Paradise Fall hay un hombre y una niña asomados, haciéndoles gestos de urgencia.

-Joder - murmura Verónica.

Terence maldice en silencio. Mira a Dennis.

-No podemos dejarles ahí - es Verónica de nuevo.

Dennis mira a Terence. Parece agotado.

-Me temo que me encuentro demasiado cansado para ayudar. No sé muy bien lo que me pasa.

Yo sí, piensa Terence. Y vuelve a maldecir. Pero al mirar de nuevo hacia la fachada del Paradise Fall ve que la niña está aterrorizada. Y sabe que probablemente sea una misión suicida pero, en realidad, cuando alguien trabaja como bombero, sabe que cualquier salida del cuartel puede ser una misión suicida, hasta el rescate en apariencia más sencillo puede convertirse en una trampa mortal. El fuego no respeta ninguna regla. Y él se alistó para ayudar a la gente aunque su vida corriera peligro al hacerlo.

-Joder - masculla-, Verónica, sube la escalera hacia ellos.

-Habría que girarla.

-No te preocupes.

Verónica va a decir algo, pero Terence no espera. Abre la ventanilla de su lado. Dentro estaban más o menos aislados, pero al abrir la ventanilla, el sonido de los gritos y gruñidos de esos seres se vuelve mayor. Terence se agarra a la parte superior de la ventanilla y cuele su cuerpo por ella, apoyando el culo en la parte inferior. Siente que le rozan algunos dedos, tratando de agarrarle. Terence agarra el hacha y la coloca sobre el techo del camión. Después, apoya los pies y hace fuerza con los brazos para alzarse a pulso hasta el techo del camión. Una mano logra enganchar la parte inferior del pantalón, pero Terence lanza una patada y se suelta. Un momento después, está sobre el techo de la cabina.

-Tiene huevos - murmura Dennis-. Si me rechazaste por él, lo entiendo.

-Yo no...

Verónica mira a Dennis, pero sabe que no tiene sentido discutir por eso. No hay tiempo, y tampoco cree que Dennis vaya a escucharla de verdad. Parece estar a punto de desmayarse. Sin más, pulsa el botón que hace que la escalera situada en la parte trasera del camión empiece a elevarse.

Terence se pone en pie sobre el techo y mira a su alrededor. La masa de muertos que rodea el camión elevando los brazos hacia él es de más de cien personas. Sus aullidos le hielan la piel. Terence sujeta el hacha con fuerza y mira la escalera que sube cada vez más. Sin pensarlo, Terence salta hacia la parte trasera del camión y se acerca al pie de la escalera. Hay una manivela, y Terence la gira con fuerza para dirigir la escalera hacia la ventana donde está asomada la niña. Ya no ve al hombre.

Se da la vuelta. Uno de los muertos está consiguiendo subirse a la parte trasera del camión. Terence avanza hacia él y levanta el hacha por encima de su cabeza. Terence es un hombre fuerte y musculoso y la descarga podría partir un bloque de madera de veinte centímetros de grosor. La cabeza del hombre queda dividida en dos,

y el tipo cae de nuevo al suelo.

Terence mira alrededor. La parte trasera del camión es más baja que la cabina y varios zombis intentan subir a ella. Terence le da una patada a uno de ellos, lanzándolo hacia atrás y vuelve a mirar hacia la fachada. La escalera está a apenas un metro de la niña cuando se detiene. Terence maldice, se engancha el hacha en el cinturón y se lanza sobre la escalera en el mismo momento en que escucha un disparo de escopeta proveniente de la habitación donde se encuentra la niña.

No, joder, no. Dame un poco de tiempo.

6

Mark ha visto que la escalera empieza a subir y se ha dado la vuelta, apuntando con la escopeta hacia la puerta. Los muertos que se encuentran al otro lado han logrado abrir varios agujeros con sus golpes, y en ese momento varias manos tratan de atravesar la madera.

-Vamos, joder... vamos...

Lo tienen tan cerca. A su espalda, Paula grita con emoción. Mark se pone en tensión. La madera de la puerta vuelve a crujir, y esta vez la bisagra faltante se suelta con un chasquido. La puerta habría caído debajo de no ser por la barricada. Los muertos empujan, tratando de encontrar un hueco por el que colarse, tratando de arrastrar los muebles y la puerta que aún está entre ellos y su comida. Mark grita y se acerca a la puerta. Uno de los muertos ha logrado meter parte del cuerpo entre la puerta y la pared. Aprieta el gatillo y la parte superior de la cabeza del hombre desaparece en un amasijo de sangre y hueso que salpica la pared detrás de él. Al instante, el cuerpo es empujado por otro de esos zombis intentando entrar en la habitación. Mark le apunta y dispara de nuevo. La bala revienta la cara del tipo.

Sin dejar de gritar, Mark abre la escopeta y saca los cartuchos utilizados. Rebusca en su bolsillo y saca dos cartuchos nuevos. Carga el arma y mira hacia la puerta. Han logrado empujar los muebles casi veinte centímetros, y varios zombis han logrado meter parte de sus cuerpos por los huecos que quedan. Estiran los brazos hacia él, gruñendo y gritando.

Mark dispara. El cuerpo de uno de los zombis se golpea violentamente contra la pared y cae al suelo. Una mujer intenta pasar por encima de él.

-¡Salta!

Mark mira hacia atrás. Terence está en lo alto de la escalera y extiende su mano hacia Paula. La niña se sube al marco de la ventana y estira las manos hacia el bombero. Este le agarra una de ellas.

-¡Vamos, un salto!

Paula obedece, y Terence tira de ella hasta abrazarla contra su cuerpo. Después

mira hacia el interior de la habitación, hacia Mark.

-¡Vamos! - grita.

Terence se da la vuelta. Un grupo de cuatro zombis han logrado subirse a la parte trasera del camión y se dirigen a la escalera. Desengancha el hacha y desciende a toda velocidad. Paula se queda arriba, mirando hacia Mark.

En la habitación, los muertos logran empujar la barricada de muebles lo suficiente como para entrar, y empiezan a atravesar los muebles por encima. Mark dispara, y su bala revienta la rodilla de una adolescente con la cara llena de pecas y el pelo revuelto. Después se da la vuelta y corre hacia la ventana. Es la tercera vez en el día que trata de escapar por una ventana. Salta hacia la escalera y se engancha a ella. Paula le agarra la muñeca, como si creyera que podría impedir que cayera si él no lograra sujetarse. Pero Mark lo consigue, y un momento después está en lo alto de la escalera, con Paula abrazada a él. La habitación se ha llenado de muertos que ahora corren hacia la ventana. Mark vacía la escopeta y carga dos nuevos cartuchos. El primer disparo lo hace cuando uno de los zombis empieza a asomarse a la ventana, como si quisiera saltar hacia ellos. Mark duda que tenga la suficiente coordinación para hacerlo, pero no piensa esperar a comprobarlo. Si uno de ellos lograra enganchar la escalera podría hacerles caer. O morderles.

El disparo catapulta al hombre de vuelta a la habitación.

Terence maneja el hacha como si fuera un guerrero vikingo y los cuatro muertos que habían logrado subirse al camión caen de nuevo unos momentos después.

-¡Verónica! - grita - ¡Arranca!-mira hacia Paula y Mark - ¡Agarraos!

Y esta vez, Verónica no tiene la menor consideración con la gente que rodea el camión. Aprieta el acelerador hasta el fondo y el camión se lanza hacia delante. Mark se agarra con fuerza a la escalera, protegiendo a Paula con su cuerpo. El camión bota al pasar sobre alguno de los cuerpos, y Mark no logra mantener la escopeta consigo. La escalera se balancea hacia los lados y roza la pared del edificio, lanzando chispas. En la parte de abajo, Terence se agarra con fuerza para no salir despedido.

Verónica frena el camión unos metros más allá y pulsa el botón que hace que la escalera empiece a descender. Terence vuelve a encajar el hacha en el pantalón y extiende las manos hacia arriba, en un gesto muy similar al de los muertos que continuamente quieren atraparles. Mark deja que Paula llegue hasta el bombero, que la deposita con cuidado junto a él, y después desciende hasta la parte inferior del camión.

-¿Estáis? - grita Verónica, desde la cabina.

-¡Estamos! - responde Terence, y mira a Paula-. Será mejor que os agarréis con fuerza.

Mark y Paula asienten y se agarran a la escalera, que ya ha regresado a su posición original de descanso. Terence le guiña un ojo a la niña y ella sonríe.

-Gracias - dice Mark.
-Solo hago mi trabajo.
El camión vuelve a arrancar.

7

El restaurante está vacío y a oscuras. Un par de mesas volcadas y platos hechos pedazos son la única muestra de que alguien ha peleado ahí dentro. Eso y la mano cercenada a la altura de la muñeca que se puede ver junto a la barra. Stan Marshall no quiere mirarla. El padre Merrill se santigua.

-Larguémonos de aquí, padre. Antes de que aparezca el dueño de esa mano.

El padre Merrill cruza el restaurante a oscuras y alcanza la puerta de la cocina. Stan Marshall se mantiene siempre un par de pasos más atrás, lanzando miradas nerviosas hacia la puerta de la calle. El sacerdote empuja la puerta con suavidad y se asoma al otro lado. La cocina está tan vacía como el resto del restaurante. Ambos hombres la cruzan y llegan hasta la puerta trasera. Con la misma delicadeza que antes, el padre Merrill entreabre la puerta y se asoma al exterior. Está lloviendo con fuerza, y el padre Merrill piensa que Dios debe estar realmente cabreado para estar castigando de esa forma a Castle Hill. Por lo que él sabe, en realidad esto podría estar pasando en todo el mundo. Si realmente es el Apocalipsis, desde luego, así sería.

Pero entonces piensa que tal vez Dios les está dando una oportunidad y les ha enviado la lluvia para que puedan ocultar sus movimientos con más facilidad.

Espero que sea eso.

El padre Merrill abre la puerta y sale al exterior. Stan le sigue. Corren atravesando la calle y giran la esquina. La comisaría está tres calles más allá. El padre Merrill se refugia bajo un toldo y mira a Stan. A lo lejos le parece oír el sonido de disparos de escopeta.

-¿Estás en buena forma, Stan?

-La verdad es que no, padre.

-Yo salgo a correr todos los días. Me lo recomendó el médico y es útil. No solo ayuda a mantener el físico. Despeja la mente.

-Sí, sí, sí - mira nervioso hacia los lados-. Pero larguémonos de aquí antes de que aparezcan.

-Corramos.

El padre Merrill echa a correr, siempre pegado a la pared. Stan le sigue, atento a cualquier ruido. Pronto, la distancia entre el sacerdote y él se incrementa, y Stan tiene que hacer un esfuerzo para mantener el ritmo marcado por el cura. Recorren las tres manzanas sin detenerse más. El parking de la comisaría está vacío, y Stan piensa que están de suerte. Siguen corriendo. Al padre Merrill le parece ver a alguien junto a la

puerta, pero la lluvia cae con tanta fuerza que no le deja ver correctamente hasta que se encuentran a menos de veinte metros.

-¡Alto!

El padre Merrill frena, pero no tanto porque se lo hayan ordenado como por la impresión. El hombre que les apunta con una escopeta desde lo alto de la escalinata de entrada está desnudo. Completamente.

-¡No dispires! - grita Stan - ¡Estamos vivos!

El hombre baja la escopeta, y comprueban que se trata de Aidan Lambert. Al padre Merrill no le gusta ese hombre. Engloba en una sola persona demasiados pecados capitales. Tal vez todos.

-¡Vamos, entrad!

Stan le da un suave empujón al padre Merrill para que se ponga en marcha. Un momento después, están dentro de la comisaría y Zoe les entrega un par de toallas para que se sequen. El padre Merrill mira a su alrededor y ve a Russell, Richard, Andy y dos mujeres vestidas con uniforme de policía. Pero no parecen policías. Al padre Merrill le parecen prostitutas. Una de ellas, la que se presenta en ese momento como Parvati, lleva la camisa abierta por los dos últimos botones, dejando a la vista parte de sus voluminosos pechos.

-¿Cómo está, padre? - pregunta Zoe.

-Bien, hija, bien.

Detrás de él, Stan Marshall hace honor a su fama y emite un gruñido.

8

El corazón de Dennis Sloat ha empezado a bajar el ritmo de sus pulsaciones. Verónica no se ha dado cuenta porque tiene la mirada fija en la calle por la que conduce. No puede ir demasiado deprisa porque la lluvia es demasiado fuerte, y en dos ocasiones ha tenido que girar repentinamente para esquivar algún coche abandonado en medio de la calzada, o a uno de esos muertos vivientes que apareció desde delante corriendo hacia el camión con los brazos extendidos hacia él. Hace ya un rato que Dennis no habla y mantiene los ojos cerrados, por lo que no hay ningún cambio externo cuando su corazón se detiene finalmente. Tan solo puede percibirse que ha muerto si observas con cuidado su pecho ahondarse al expulsar el aire... y quedándose quieto.

Un segundo después, Dennis Sloat empieza a tener convulsiones. Verónica gira la cabeza para mirarle, asustada, y aprieta el pedal de freno. El camión se detiene al mismo tiempo que Verónica estira la mano para tocar el cuello del jefe de policía. En ese momento Dennis abre los ojos, pero ya no hay vida en ellos, sino tan solo ese ansia hambrienta que caracteriza a los muertos que hoy corren por las calles del pueblo. Lanza una dentellada hacia la mano de la bombero, pero los reflejos de ella

son buenos y aparta la mano rápidamente. Los dientes del hombre se cierran con fuerza sobre el aire donde un instante antes estaban los dedos índice y corazón de Verónica.

Suenan como una claqueta.

Dennis se lanza hacia Verónica y ella le lanza un puñetazo directo a la sien. La cara del comisario se estrella contra el salpicadero y el hueso de su nariz cruje al romperse. Verónica busca el manillar de la puerta y la abre. Dennis vuelve a lanzarse sobre ella, y Verónica pierde apoyo y cae al suelo de espaldas. El golpe le hace perder el aire de golpe. Ve a Dennis asomarse por la puerta y lanzarse de nuevo sobre ella. Verónica le ve caer, con la boca abierta dispuesta a hincarle los dientes. Y apenas un momento antes de que el comisario caiga sobre ella, el pie de Terence le golpea mientras aún está en el aire, lanzándole un par de metros más allá. Ni siquiera el brutal golpe detiene al que fuera comisario de Castle Hill, que vuelve a levantarse. El hombro izquierdo se le ha dislocado y forma un bulto en el hombro. Terence agarra el mango del hacha y lanza un golpe.

El cuerpo de Dennis Sloat da varios pasos más antes de caer al suelo. La cabeza, sin embargo, sale volando varios metros más allá y rueda por el suelo antes de detenerse junto a un bordillo. Sus ojos aún siguen moviéndose, buscándoles.

Terence se da la vuelta y le ofrece la mano a Verónica. La ayuda a incorporarse.

-¿Estás bien?

Ella asiente.

-Gracias a ti.

Mark y Paula corren hacia ellos.

-¡Están alcanzándonos!

-La comisaría está allí. Podemos refugiarnos dentro - dice Terence, señalando.

Los cuatro echan a correr. Mark, agarrando en todo momento la mano de Paula. La horda de zombis que les siguen rodea el camión de bomberos apenas un momento después, todos corriendo y agitando los brazos, aullando al cielo. Mark mira hacia atrás, y los ve demasiado cerca. Siente que le va a estallar el corazón en el pecho y vuelve a mirar hacia delante. La comisaría está delante de ellos, a unos cien metros.

Terence mira a la niña y echa la vista atrás. Un par de esas cosas les están ganando terreno rápidamente. Terence baja el ritmo y deja que Mark, Paula y Verónica le adelanten. Sostiene el hacha con las dos manos y se gira hacia la horda de zombis que corre bajo la lluvia hacia él. Alcanza a distinguir a algunos. La que más le llama la atención es la chica con la cara masacrada en bikini. Reconocería esa trenza en cualquier lugar, pero el rostro de Patricia Probst ha desaparecido. Ahora es únicamente una calavera con algo de piel y sangre encima.

De un golpe con el hacha Terence le abre la cabeza a uno de los zombis que iban en cabeza. Luego se gira hacia el segundo y le hunde el hacha en el estómago, casi

partiéndole en dos. De una patada, le derriba hacia atrás. Terence se da la vuelta y corre. Ahora los tiene a menos de cinco metros, pero Terence confía en su buena forma física.

Aidan Lambert sigue de guardia junto a la puerta de la comisaría. Tiene frío, pero se siente mejor que nunca. No sabe si es la sensación de estar desnudo bajo la lluvia o el arma que tiene en las manos. Retrocede hasta la puerta y la abre.

-Creo que será mejor que mire esto, agente.

Russell se acerca corriendo y se asoma.

-Joder.

Alcanza a ver cuatro sombras, una de ellas parece un niño pequeño, perseguidas por una horda de muertos vivientes que ha empezado a inundar el parking de la comisaría.

-Meteos dentro. Todos.

Aidan Lambert no se para a discutir. Russell sale hasta el primer escalón y apunta con su arma hacia la masa de muertos vivientes que corre en esa dirección. Al agente Dinner le parece que hay al menos un par de cientos de personas. Se queda corto. En realidad, son trescientos veintiséis antiguos habitantes de Castle Hill los que se dirigen hacia ellos. Y son solo el principio de los muchos más que aún están por llegar. Russell mantiene la posición, el dedo sobre el gatillo, mientras Verónica Buscemi, Mark Gondry y Paula Henderson comienzan a subir la escalinata. Terence va el último y salta los escalones de tres en tres. Russell dispara. La cabeza de un hombre desaparece y su cuerpo cae al suelo, provocando la caída de varios de los zombis que corrían junto a él. Russell retrocede hacia la puerta y dispara de nuevo. Esta vez le acierta en el pecho a una mujer, que arrastra en su caída a cinco personas más.

Solo que no son personas.

Russell espera a que Terence cruce la puerta y le sigue, rápido y ágil. Al otro lado, Aidan cierra la puerta de un empujón y gira la llave dos veces antes de que la masa se estrelle contra la puerta. Aidan da un salto hacia atrás y mira la puerta con pavor, pero por suerte para todos ellos son puertas de metal y resisten perfectamente el empuje de los muertos que quieren entrar a por ellos.

Russell recarga el arma y mira a los recién llegados. Terence y Verónica jadean ligeramente, pero el otro hombre está apoyado sobre el mostrador, tratando de recuperar el aliento. La niña, a la que Russell reconoce, se abraza a él. Con ellos cuatro, son trece las personas que ahora se encuentran en la comisaría.

Russell nunca ha sido supersticioso, pero en esas condiciones, el trece le parece un número de mal agüero.

-¿Aguantarán las puertas? - pregunta Aidan Lambert.

Russell observa que Terence sujeta el hacha que los bomberos utilizan para abrir

puertas en la mano derecha. El filo está manchado de sangre que gotea sobre el suelo, mezclándose con el agua de lluvia que sueltan sus ropas. Russell se gira hacia Lambert.

-Aidan, por favor, vístete.

Aidan no responde, pero acepta el uniforme de policía que le entrega Zoe.

-Me alegro de teneros aquí - le dice Russell a Terence y Verónica.

-¿Hay más gente?

-Solo nosotros.

Terence menea la cabeza. Verónica asiente. Russell pasa de largo junto a ellos y se acerca a Mark y Paula. Mira a la niña y le revuelve el pelo. Ella le dedica una mirada de miedo, y desvía la vista hacia la puerta.

-Tranquila, no podrán entrar.

-He visto como debiraban...-Paula frunce el ceño y se corrige - derribaban... dos puertas.

-Pero estas son las de la comisaría - Russell le guiña un ojo y mira a Mark-Russell T.Dinner, señor...

-Mark Gondry.

Mark le estrecha la mano a Russell.

-Si las circunstancias fueran otras, señor Gondry, le diría que encantado de conocerle.

-Lo mismo digo.

Russell asiente y se da la vuelta. Todos le miran. Y a Russell le molesta pero le halaga que todos esperen algo de él. Supone que ahora es el líder y debe tomar las decisiones. No está seguro de sentirse preparado. En la glorieta del Rey se sintió paralizado y huyó. Eso no es lo que hacen los líderes. Daría lo que fuera para que volviera Dennis. Pero, visto lo visto, está bastante seguro de que eso ya no sucederá.

-Bien - dice, tratando de ordenar sus ideas. Se siente cansado y algo embotado, pero sabe que esas doce personas que están con él le necesitan. Tal vez no todas ellas, porque está bastante seguro de que Terence y Verónica son capaces de cuidarse solos, pero sí la mayoría-. Supongo que ahora dependemos de nosotros mismos.

Como queriendo recalcar sus palabras, el sonido de un trueno retumba en el edificio y fuera de él. En el exterior, los zombis se agolpan sobre la parte delantera de la comisaría, y cada vez llegan más desde las distintas calles que confluyen en el edificio. La lluvia les azota, pero ellos la ignoran. Tropezan con las cosas que hay por el suelo, pero vuelven a levantarse, como autómatas, o son pisoteados en el suelo. Alzan sus brazos, de dedos arrancados o extendidos al aire. El agua ha limpiado la mayoría de sus heridas, y todos muestran más de una en cara, cuellos, pecho y brazos. Algunos también en las piernas. Más de uno arrastra piernas rotas o intestinos que resbalan del interior de su cuerpo por alguna herida.

Si te fijas, verás que reconocemos a más de uno y de dos. Ahí está Patricia Probst, a la que ya antes ha visto Terence. Parece que le han arrancado la cara a mordiscos. Y mira, allí está Dale McNamara, el dueño del Paradise Fall, extendiendo lo que le queda de brazo izquierdo hacia la pared de la comisaría. Su estómago, por lo general voluminoso, parece un balón deshinchado. También alcanzo a ver a Ace Hantz, el chofer de Aidan Lambert, que aún lleva el casco izquierdo del Ipod incrustado en la oreja. Y allí está Ken Jackson, o lo que queda de él, porque la mitad derecha de su cara deja a la vista músculos y huesos. El ojo de ese lado no está, pero el otro ojo se mueve enloquecido en la órbita, buscando algo con lo que alimentarse. Y allá, a lo lejos, inconfundible con ese vendaje en el cuello, en absoluto pendiente nunca más de las nubes que haya en el cielo, Neville. Y hay más. Muchos más.

VII

-LO QUE RESULTA INACEPTABLE-

1

El Teniente Harrelson se encuentra en el interior de una de las tiendas que han montado los soldados a la salida del túnel. El sonido de la lluvia sobre la lona le molesta ligeramente, pero la temperatura es agradable. Está solo, sentado frente a una pantalla plana mediante a la que asiste a una reunión para gestionar la crisis de Castle Hill. También están en línea el Presidente, el vicepresidente, el ministro de defensa, el director de la CIA y otros cinco altos cargos. En este momento, tiene la palabra el vicepresidente, un hombre bajo de pelo canoso y expresión dura.

-Tengo en mis manos el informe completo del director de la investigación del Cuarto jinete, Kurt Dysinger. Supongo que todos ustedes lo han leído y visto la cinta con la prueba de campo que se efectuó para comprobar su efectividad. Me llaman la atención algunas palabras que contiene el informe del doctor Dysinger. Letal es una de ellas. Extremadamente virulento e incontenible son otras. Creo que la que más debería preocuparnos en estos momentos es esta última.

-La primera medida que hemos tomado es la contención - asegura el ministro de defensa, un hombre de casi sesenta años y porte militar que luce un bigote semejante al de Tom Selleck. Hemos cortado el suministro a Internet en toda la zona de Castle Hill, y las llamadas que salen del pueblo son dirigidas a una centralita del ejército. También hemos bloqueado el pueblo. El Teniente Harrelson puede arrojar luz sobre este punto.

Harrelson carraspea poniéndose el puño delante de la boca.

-Mis hombres han levantado barricadas en todos los puntos de salida de Castle Hill, creando una circunferencia de veinte kilómetros de diámetro alrededor del pueblo. Nada puede salir ni entrar en Castle Hill sin que nos enteremos. Tenemos vigilancia por satélite y patrullas aéreas en las zonas sin carretera. Hasta el principio, no hemos tenido contacto con infectados, aunque hemos sufrido tres bajas civiles.

-¿Cómo puede ser eso? - pregunta el Presidente. Por lo general, es un hombre de aspecto jovial, pero desde el inicio de esa crisis parece haber envejecido diez años de golpe y tiene el semblante preocupado.

-Señor Presidente - responde el Teniente Harrelson, respetuoso-, dos hombres se negaron a acatar las órdenes, uno aquí mismo y otro en la 112. Y hace un rato, los hombres abrieron fuego contra otro hombre que creyeron infectado y no lo estaba.

-Debemos recordar que los infectados son muy peligrosos, y debe primar la

integridad de nuestras tropas - añade el ministro de defensa.

Harrelson observa al Presidente pasarse una mano por la cara. No le gustaría estar en su pellejo.

-¿Cómo ha podido pasar esto, por dios? - pregunta el vicepresidente.

-El virus fue liberado por el sargento Harvey Deep - responde el director de la CIA-. Mis analistas han revisado las cintas de seguridad. Se le ve claramente en las cintas, lo que nos lleva a pensar que pretendía venderlo en el mercado negro.

-Santo dios - murmura el vicepresidente-. No quiero ni imaginar lo que podría pasar si esto cae en manos de... Al Quaeda.

-Señores - el ministro de defensa junta las manos y apoya los codos en la mesa-, no podemos perder más tiempo hablando del por qué. Tenemos entre manos una crisis de gran magnitud, y deberíamos enfocar nuestros esfuerzos a sofocarla.

Por un momento, se hace el silencio entre todos los participantes de la reunión.

-¿Alguna propuesta? - pregunta el Presidente, en voz baja.

-Señor Presidente - es el ministro de defensa el que habla-, si me lo permite, creo que dada la voracidad del Cuarto Jinete, y en aras de prevenir que la catástrofe se nos vaya de las manos, creo que la mejor opción es el lanzamiento de una bomba térmica. Algo que diezme el número de infectados y no cause una total devastación pero permita que nuestros soldados entren con una relativa seguridad.

Por segunda vez, se hace el silencio. El Teniente Harrelson observa al Presidente, que ha bajado la vista y tiene los ojos cerrados. Cuando levanta la cabeza, ve preocupación en sus ojos.

-¿Sabemos si aún queda gente con vida en Castle Hill?

El ministro de defensa abre la boca para contestar, pero parece pensárselo mejor y vuelve a cerrarla. El Presidente mira hacia la pantalla que tiene delante, y Harrelson siente que le mira directamente a él, como si pudiera traspasarle con la mirada.

-¿Teniente Harrelson? ¿Qué dicen las lecturas del satélite? ¿Queda gente con vida?

-No lo sabemos a ciencia cierta, señor Presidente, pero creemos que sí, por las concentraciones de individuos, sobre todo. Pero, si me permite hacer un inciso, el cálculo realizado es que en apenas una hora ha caído más del noventa por ciento de la población de Castle Hill.

-Señor - el ministro de defensa vuelve a tomar la palabra-, Señor Presidente... debe considerar esta crisis como si fuera una guerra, y en todas las guerras hay bajas colaterales.

-A riesgo de parecer estúpido, Fred, las bajas colaterales de las que estamos hablando en este momento son ciudadanos americanos. La bomba que planteas lanzar caerá sobre suelo americano. Y cuando juramos nuestros cargos prometimos cuidar y proteger a los ciudadanos de este país.

-Señor Presidente, pretendo cuidar y proteger al resto de ciudadanos de este país. Porque si el Cuarto jinete escapa del cordón militar establecido por el Teniente Harrelson y sus hombres, será mucho más complicado detenerlo.

-Sé cuales son tus intenciones, Fred - responde el Presidente, conciliador-, pero alguien debe darte la réplica.

-Gracias, señor Presidente.

El Presidente asiente con la cabeza.

-Señores, - el Presidente barre la estancia con la mirada-, daré mi opinión en este momento, y por favor, no duden en contradecirla si así se lo ordena su buen juicio. - Hace una pausa, igual que en los discursos, cuando quiere enfatizar algo-. Pero me resulta inaceptable que estemos programando la muerte de ciudadanos americanos sin plantear siquiera una opción de rescate. Yo no he crecido en un país que esté dispuesto a sacrificar a su gente sin intentar al menos salvarles. Puede que suene idealista, pero no dormiría bien si el día de mañana tengo que pensar que me quedé sentado y apreté un botón, condenando a toda la gente que lucha por mantenerse con vida por culpa de algo que nosotros mismos hemos creado. Porque no lo olviden, señores, este gobierno es el único culpable de la situación que vive ahora Castle Hill.

-Intentamos proteger la existencia de un mañana para el resto del mundo, señor. Los soldados que entren en Castle Hill en misión de rescate estarán corriendo un riesgo tan inmenso como innecesario.

-¿Ni tan siquiera vas a plantear la opción, Fred?

Harrelson se da cuenta de que para entonces, la reunión se ha reducido a dos hombres: el Presidente y Fred Barker, el ministro de defensa.

Frad coge aire y asiente, lentamente con la cabeza, como si no quisiera hacerlo.

-El ejército dispone de un grupo de élite secreto entrenado para misiones de alto riesgo. Son expertos en incursiones en territorio enemigo. Les dirige el Coronel Bernard Trask. Él mismo se ha presentado voluntario en nombre del grupo.

-¿Cuánto tardarían en estar preparados?

-Podrían alcanzar el campamento del Teniente Harrelson en diez minutos. En realidad, ya están de camino.

El Presidente sonrío.

-Me conoce usted demasiado bien, Fred.

-Lo sé, señor Presidente.

El Presidente vuelve a mirar hacia la pantalla, directo a Harrelson.

-Teniente Harrelson, quiero que asista al Coronel Trask en todo lo que necesite. Y cuando su grupo entre al pueblo, quiero que esté preparado para una evacuación inmediata de todas sus tropas. Tendremos el dedo preparado sobre el botón, y si el grupo comandado por el Coronel Trask fracasa, volaremos el pueblo.

-Sí, señor Presidente.

-Señores, muchas gracias.

El Presidente se levanta y sale, seguido por sus asistentes y el vicepresidente, dando por terminada la reunión.

2

Los trece supervivientes que se encuentran en la comisaría se han trasladado a la sala de agentes porque el ruido de los golpes sobre las puertas hace que estar en el vestíbulo sea insoportable. Candy se encuentra mal y la han colocado en una esquina, sobre un colchón que Zoe y Russell han traído de una de las celdas. Parvati está sentada junto a ella, dándole la mano. Candy se ha quejado de tener el estómago revuelto. Parvati se levanta y se acerca al botiquín. Zoe y Russell están de pie junto a la mesa donde han colocado las armas y el botiquín.

-¿Hay aspirinas ahí dentro?

-¿Se encuentra muy mal?-pregunta Zoe.

-La herida le duele, y creo que ha cogido frío. Dice que le duele el estómago.

Zoe asiente y le entrega una aspirina. Después, le señala la nevera que hay en un rincón. Parvati se dirige hacia allí.

-Lo de ellas resulta raro - murmura Zoe-. Pero creo que no me acostumbraré nunca a ver a Aidan Lambert con el uniforme de policía.

Russell sonríe. Aidan está de pie, junto a una de las ventanas, con una escopeta en las manos. El uniforme le confiere un cierto halo de autoridad.

-Yo, sin embargo, creo que nunca lograré borrar de mi mente la imagen de Aidan desnudo - susurra Russell.

En el ambiente silencioso y preocupado que hay dentro de la sala de agentes, la carcajada de Zoe hace que todos la miren sorprendidos. Y allí, junto a la puerta del pequeño vestuario donde los agentes de la ley de Castle Hill se cambian de ropa, Paula sonríe. Está sentada sobre las rodillas de Mark. Y mira, si te fijas bien, verás que la satisfacción cruza el rostro de Mark Gondry al ver sonreír a la niña. Porque ambos sabemos que entre ellos se ha creado un vínculo muy especial.

Zoe se acerca a ellos y se agacha junto a Paula. Saca un caramelo del bolsillo del pantalón y se lo ofrece a Paula, que lo mira con los ojos muy abiertos y lo coge.

-Eres Paula Henderson, ¿verdad?

-Sí.

-¿Sois familiares? - pregunta, mirando a Mark.

-No, Mark es mi amigo - responde ella, orgullosa-. Me ha cuidado.

-Nos hemos conocido hoy - dice él, encogiéndose de hombros.

-¿Te apetece jugar un rato, Paula?

-¿Tienes algún juego?

-Seguro que algo encontraremos.

Zoe le guiña un ojo de forma amistosa a Mark cuando Paula salta de sus rodillas y agarra de la mano a Zoe. Y Mark, aunque ve que la niña está ilusionada por jugar y le hará bien la distracción, no puede evitar sentir un pinchazo de angustia al verla alejarse de él. Mark echa un vistazo por la sala, y ve a Terence y Verónica en un rincón. Está vivo gracias a ellos, y Mark se levanta para darles las gracias. No llega a dar dos pasos antes de que el padre Merrill hable en voz alta y acapare la atención de todos.

-Tal vez deberíamos dejar de vagar y rezar un poco.

Once rostros se giran hacia él. Candy es la única que no le mira, porque se ha quedado dormida. Su pecho sube y baja con cada respiración. El padre Merrill se levanta y se sitúa en el centro de la sala, donde puede mirar a todos con tan solo girar su cuerpo hacia donde esté cada uno.

-Es posible que aún podamos rogar por nuestra salvación si unimos nuestras voces para rezarle a Dios.

-Dudo mucho que rezar vaya a detener a esas cosas - murmura Aidan dando un par de golpes suaves en el cristal.

El padre Merrill se gira para mirarle.

-Aidan - interrumpe Russell-, si no quieres rezar, no hace falta que lo hagas. Pero tampoco es necesario que te burles del que quiera hacerlo.

-No me burlo, agente. - Aidan sonríe, y a pesar de lo que dice, su sonrisa es burlona. El tono de Aidan Lambert siempre ha sido altivo, el de un hombre que se cree por encima de los demás-. Hasta donde recuerdo este era un país libre y expreso mi opinión. Si creéis que os va a servir de algo, por mi podéis cantar el Cumbayá.

-Aidan...-Russell le hace un gesto con las manos, conciliador, pero pidiéndole que pare ya.

-Tranquilo, Russell. - El padre Merrill le hace un gesto al agente-. Nunca podría sorprenderme que el señor Aidan Lambert actúe como lo está haciendo. Verle rezar me dejaría en shock, sin embargo.

-Ahí lo tienes - contesta Aidan, haciendo un gesto con los brazos que significa «¿ves como era evidente?». Después, se gira de nuevo hacia la ventana. La planta baja del edificio queda a una altura de casi dos metros por encima del nivel del suelo, por lo que los zombis no alcanzan las ventanas. Pero cada vez hay más agrupados en torno a ellas.

-Y tampoco me sorprendería ver que somos pocos los que rezamos, en realidad - continúa el padre Merrill-. A fin de cuentas, Russell, estoy seguro de que tú también puedes señalar a los que pasan habitualmente por la Iglesia.

-¡Yo voy a la Iglesia con mi mamá! - exclama Paula, de repente.

Zoe se agacha junto a ella.

-Paula, cariño, vamos a ver si encontramos algo para merendar. Ven.

Zoe coge a Paula de la mano y la saca de la sala de agentes en dirección a la pequeña cocina que hay en la parte de atrás. Normalmente, ninguno de los agentes cocina nada allí, pero sí que usan la nevera para guardar comida que llevan de casa, o refrescos. La cocina es más utilizada como zona de fumadores que como cocina, en realidad.

Russell está mirando a su alrededor. Tampoco él se considera el hombre más religioso del mundo, pero procura ir todos los domingos a misa. Salvo que tenga turno de trabajo o emitan algún importante partido de baseball. Y ve que el padre Merrill tiene razón. Aparte de él mismo y Stan Marshall, que suele acudir a la Iglesia y sentarse en los bancos del fondo, no recuerda haber visto a ninguno de los otros acudir a los servicios religiosos.

-La duda, entonces - dice el padre Merrill, girándose hacia Mark-, es si el extranjero se uniría a nosotros.

Mark mira nervioso hacia los lados y traga saliva.

-Eh... no puedo decir que sea un hombre religioso, la verdad.

-Y con eso, fueron dos - comenta Aidan, en tono jocoso.

-Jesucristo solo era uno y logró salvar a la humanidad - contesta el sacerdote sin mirar a Aidan pero barriendo con su mirada a Mark, Richard Jewel, Terence y Verónica.

-Cojonudo.

-Aidan, no hace falta que le hables así a un sacerdote para dejarnos clara tu postura - mientras lo dice, Russell avanza un par de pasos hacia él. Se detiene al ver que las manos de Aidan se cierran sobre la escopeta.

Por primera vez, Russell se pregunta si ha sido un error haber dado armas a un tipo como Aidan Lambert. Inmediatamente se dice que todo es producto del estrés, que Aidan jamás usaría esa escopeta para dispararle.

-Russell, déjale. - El padre Merrill se gira para mirar a Russell-. Podemos rezar tú y yo y nuestras voces unidas serán poderosas. Quienquiera unírse nos, puede hacerlo, pero no te preocupes por gente como Aidan Lambert, porque él tiene ya bastante por lo que rogar perdón, y antes de nada tiene que poder perdonarse a sí mismo.

-¿Y ahora de qué coño está hablando? - Aidan aparta la vista de la ventana y mira hacia el sacerdote.

La postura de Russell cambia ligeramente. Es evidente que está en tensión. Y sus ojos se mueven imperceptiblemente para observar las manos de Aidan sobre la escopeta.

Mark, de pronto, siente que se encuentra metido en un polvorín a punto de estallar.

-Ha sido la gente como tú la que ha causado la ira de Dios, Aidan - contesta el

padre Merrill, alzando un dedo acusador hacia él-. Porque ya nos habían advertido en más de una ocasión que esto podía ocurrir, porque ya ocurrió con el Diluvio Universal y con Sodoma y Gomorra. Es la lascivia, el libertinaje, el orgullo, la envidia, el desdén hacia la religión lo que ha causado que Dios se canse de nosotros y nos envíe Su Castigo. No intentes evadir tu culpa, cuando tú y los dueños de ese antro de perdición al que te gusta acudir asiduamente sois la base de esto. ¡No intentes negar tu culpa, cuando lo demuestras apareciendo aquí con dos fulanas!

Se ha hecho el silencio mientras el padre Merrill hablaba, cada vez más alto, como cogiendo carrerilla, y los nudillos de Aidan se volvían blancos de apretar con fuerza la escopeta. Russell ha estado a punto de saltar, pero la parte final del speech del sacerdote hace que se gire a mirarle incrédulo.

-¡Yo no soy una fulana! - exclama Parvati, ofendida.

-Creo que ya es hora de que nos tranquilicemos.

Ese es Terence, saliendo al rescate una vez más y situándose entre Aidan y el padre Merrill. Con gesto conciliador, apoya su mano en uno de los brazos de Aidan, y esta relaja la tensión que ejercía sobre la escopeta. Russell también se relaja cuando baja el arma. Ha visto el gesto de Terence, y sabe que ha sido totalmente intencionado. Se siente bien sabiendo que hay alguien más en la habitación que se ha preocupado por el cariz que estaba tomando la situación.

-Padre - dice Russell-, venga, no hace falta que siga con...

-No te confundas, Aidan. - El tono del padre Merrill es más relajado que antes, tal vez conciliador. A Mark no le sorprende, todos los curas son oradores, y los oradores saben pasar de un tono a otro con más facilidad que el resto de la gente-. Porque que tire la primera piedra el que esté libre de pecado, y todos somos culpables de algo. Incluido yo mismo. Hasta que todo esto comenzó, dudaba de Dios. Y como hombre de Dios que soy, eso me hace tan culpable como al que más.

Mark mira hacia los lados, buscando comprensión, pero todos están pendientes del padre Merrill. Hasta Aidan parece afectado en ese momento.

-Siento lo de su sobrino - murmura.

-No tienes la culpa, Aidan. Ojalá la hubieras tenido, porque así no habría tenido que dudar de Dios. Pero escúchame, Aidan, escuchadme todos, Dios nos ha elegido, nos ha señalado y nos ha traído aquí. Ha querido salvarnos, o darnos la oportunidad. Y todos nosotros somos pecadores, yo el primero, por haber dudado de Él. Y tal vez la salvación no pase por escapar de esas cosas, o con que la mano de Dios las aplaste y termine con el problema. Muchas veces, la salvación pasa primero por uno mismo. Y aunque no queráis uniros a mí en el rezo, podéis acudir a mí para confesaros, o simplemente para hablar, si lo preferís. Soy buen oyente. Es posible que abriros y dejar salir las cosas que os preocupan os dé paz de espíritu. Y si queréis mi opinión, no debéis dejar pasar esta oportunidad para lograrla.

Ahora sí, el padre Merrill se acerca a la pared y se sienta en una silla, en silencio. Cierra los ojos, cruza las manos sobre las rodillas, y empieza a rezar en silencio. Toda la sala se ha quedado quieta, como a la espera, cautivada por el monólogo del sacerdote. Mark siente un nudo en el estómago, y es evidente que no es el único al que han afectado las palabras del cura. Poco a poco, todos recuperan la normalidad. Russell regresa hasta la mesa donde están las armas y el botiquín, Aidan se gira hacia la ventana, con la vista perdida, Terence vuelve con Verónica. Mark les mira, duda un momento, y se acerca a ellos.

No quiere sentirse solo después de todo.

3

Demos un repaso por el pequeño grupo reunido en la comisaría de Castle Hill. Nos vendrá bien para visualizar el contexto de la mejor forma posible. Por un lado, tenemos a Zoe y Paula en la cocina. La recepcionista ha encontrado pan de molde y crema de cacahuete y le está preparando un sándwich a la niña. La buena disposición de Zoe ha hecho que Paula se abra y empiece a parlotear, y mientras Zoe unta la crema en el pan, Paula le habla de su encontronazo con Kieran Probst. Ya sabes, ese niño muy malo.

Los otros once supervivientes se encuentran en la sala de agentes. Si cruzamos el vestíbulo, que está vacío debido al atronador ruido que provocan las manos del montón de cadáveres andantes agolpados al otro lado, y entramos en la sala de agentes, al mirar hacia la izquierda nos encontraremos un colchón tirado en el suelo. Sobre él, y medio inconsciente, podríamos decir que a punto de dejar de ser una superviviente para engrosar las filas de muertos andantes, tenemos a una de las prostitutas del Chester, Candy. Su compañera de pechos generosos, Parvati, está sentada a su lado, cogiéndole la mano. Lo más llamativo de ambas es que visten uniformes de la policía. Es inevitable mirarlas y pensar que parecen parte del reparto de una película porno parodiando la fuerza de la ley.

Cerca de ellas, sentado en una mesa sobre la que hay un montón de escopetas y munición, además del botiquín, está Russell T.Dinner, el único agente de policía que ha sobrevivido a la primera oleada. Porque no vamos a contar al agente Patrick Flanagan, preso en esa especie de celda de concentración montada por los militares al otro lado del túnel que sale del pueblo. Russell está sumido en sus pensamientos. Es muy probable que el resto no se haya dado cuenta, pero lo cierto es que está más pálido de lo normal.

Sentado en una silla junto a la pared, con las manos cruzadas sobre las rodillas y los ojos cerrados, el padre Merrill reza en silencio y le pide a Dios que le perdone sus pecados.

En el otro lado de la sala, junto a las ventanas, observando la horda de zombis que se agolpan junto al edificio, Aidan Lambert, también vestido con uniforme policial, sostiene una escopeta en sus manos.

En la esquina podemos encontrar un grupo algo mayor. Terence y Verónica, los dos bomberos, están junto a Stan Marshall, Andy Probst y Mark Gondry. Están en silencio, aunque si te fijas, verás que Verónica parece nerviosa. Puedes estar seguro de que pronto expresará sus miedos en voz alta. Al menos, lo suficientemente alta para que la escuchen los que están junto a ella.

Y con ellos llevamos doce. El decimotercer superviviente es el borracho del pueblo, Richard Jewel, un hombre que hace veintitrés años dejó embarazada a una joven de diecisiete años, Francine Newcomb, no sé si la recuerdas, aún sigue atrapada dentro de los restos de su coche, pero convertida en un muerto viviente. Richard Jewel ha vivido una vida marcada por el alcohol. Creo que lo hemos mencionado, pero ha dormido en más de una ocasión en las celdas que se encuentran en el piso inferior. Ha vomitado más de una vez en los suelos de esas celdas. Y él no lo recuerda, pero la muela que le falta en la parte superior derecha la perdió dentro de una de esas celdas cuando al revolverse mientras le llevaban a empujones, Ken Jackson le golpeó con una porra. No sé si recuerdas a Ken Jackson, el agente del turno nocturno que fue devorado vivo en la plaza de la constitución, después de disparar a Kurt Dysinger en el hombro. ¿Le recuerdas? Si nos asomáramos al exterior, podríamos encontrarle por ahí, deambulando entre el resto de cadáveres en pie, con paso errático y desfigurado por completo. Te costaría reconocerle.

Richard Jewel está sobrio, y sabe que eso es lo que le ha mantenido con vida esa mañana. Bueno, eso y el Whisky que se tomó en el Chester antes de que se convirtiera en una carnicería. Un solo Whisky no puede emborrachar a alguien como Richard, pero sí puede entonarle, darle esa pizca de agudeza y valor que no tendría sin alcohol en el cuerpo.

Pero ahora está sobrio, y empieza a sentir en su estómago la necesidad de alcohol. De hecho, siente que podría dar su brazo derecho a las cosas que hay fuera si con ello consiguiera una botella de Whisky. O Ron, se conformaría con Ron.

No es idiota. Sabe que no debe, pero la necesidad es horrible. Y se conoce. Sabe que después del agujero en el estómago viene la necesidad incontenible de agitar las piernas, ese tableteo que tan nervioso pone a aquellos que lo ven. El siguiente paso es morderse las uñas y empezar a perder el control.

Richard Jewel está nervioso, porque no quiere perder el control. Y trata de distraer su mente para no pensar en ello, para no pensar en botellas de Whisky. Ni siquiera en botellas de Ron. Y ha pensado en acercarse a hablar con el sacerdote, pero no sabría ni por dónde empezar. Nunca se le ha dado bien expresar sus problemas en voz alta. Si supiera hacerlo, tal vez habría entrado en alcohólicos anónimos hacía

tiempo. Pero no lo ha hecho, porque no sabe hablar de sus problemas. De Su Problema, en mayúscula, porque el resto de cosas que le ocurren en la vida en realidad se derivan del alcohol.

Tal vez echar un polvo le distraería y le calmaría. En realidad, está seguro de que lo haría, pero no cree que sea un buen momento para acercarse a las chicas a preguntarles si pueden follar con él. Se pregunta si le cobrarían dadas las circunstancias.

¿Y quién más le queda? No se lleva bien con la autoridad. El agente Dinner le ha detenido por ebriedad en demasiadas ocasiones como para considerarlo siquiera para una charla intrascendente, y Aidan Lambert no le cae bien.

Así que, cuando Richard Jewel gira la cabeza, ve al grupo que se encuentra en la esquina, en silencio pero unos al lado de otros, y camina hacia allí. Quiere sentirse arropado, tal vez iniciar una conversación con alguno de ellos, algo que le ayude a hacer que su cuerpo olvide la necesidad de alcohol.

-Me alegro de que lograrais llegar hasta aquí - dice.

Y lo dice sinceramente, sin pensar en lo ocurrido. No se da cuenta de que ha sido una mala idea hasta que Mark se gira hacia él y le mira, enfadado.

-Pues me resulta curioso, teniendo en cuenta que estuvimos a punto de morir por tu culpa.

Richard Jewel se queda sin palabras. Abre la boca y vuelve a cerrarla, como un pez. Siente que Stan y los dos bomberos clavan en él sus miradas. De repente, se siente como si estuviera delante de un pelotón de fusilamiento y desea con más fuerza que antes una botella de Whisky. Qué coño, se conforma con un trago.

-Yo... salvé tu vida en el Chester - dice.

Recuerda que le atizó a una mujer en el cráneo con la llave inglesa. Que escuchó el crujido que hacía el hueso al romperse. Mataría por un trago de Whisky.

-Y después le cerraste la puerta en las narices a una niña de seis años - responde Mark, señalándole con el dedo-. Así que permíteme que dude de lo mucho que te alegras de verme sano y salvo.

-Yo...

Richard no sabe qué decir en realidad, así que se calla. Eso si lo aprendió correctamente de su madre. Cuando no tengas nada que decir, mantén la boca cerrada. Al final ha sido peor el remedio que la enfermedad y ahora se siente mucho más jodido que antes. Y no quiere que los demás le vean cuando empiece a tabletear en el suelo con el pie. Cabizbajo, Richard Jewel cruza la sala de agentes, abre la puerta que da al vestíbulo, y la cruza.

-¿Estás bien?

Terence lo pregunta susurrando, pero Stan y Mark le escuchan porque están al lado. Verónica le mira.

-No - responde. Después, mira a Mark y a Stan, como si quisiera asegurarse de que puede hablar en confianza, y vuelve a mirar a Terence-. Estoy preocupada.

-¿Por qué?

-¿No te parece obvio?

Terence frunce el ceño, pero no contesta. Mark lo hace por él.

-Te preocupan la mujer y el policía.

Verónica asiente. Stan Marshall, que hasta el momento era el que más alejado de ellos estaba, se acerca para poder escucharles.

-Exacto. - Verónica parece meditar lo que va a decir durante un momento-. Mordieron a Dennis Sloat y se convirtió en una de esas cosas. Y el cambio fue muy rápido, desde que murió hasta que volvió a abrir los ojos.

-Lo mismo le ocurrió a mi compañero - dice Mark-, le mordieron en el cuello y se desangró. Un segundo después, estaba atacándonos.

-¿El comisario Sloat está muerto? - pregunta Stan.

Verónica asiente. Mira a Terence, como pidiéndole opinión. El bombero lanza una mirada de soslayo hacia Russell antes de responder.

-Russell no parece estar mal. La mujer sí. ¿Pero qué podemos..?

No tiene tiempo de acabar la frase, porque en ese momento, Zoe entra en la sala de agentes a la carrera, seguida de Paula, que tiene los labios manchados de crema de cacahuete.

-¡Chicos! - exclama Zoe - ¡Acabo de contactar por radio con más supervivientes!

5

No nos adelantemos a la acción. Regresemos atrás por un momento. Habíamos dejado a Zoe untando crema de cacahuete sobre una rebanada de pan de molde mientras Paula parloteaba sobre lo malvado que es Kieran Probst. Claro, porque para ella Kieran Probst sigue siendo malvado. Ignora que Kieran Probst está muerto, igual que lo ignora su padre. Aunque visto lo visto, podemos apostar que Andy Probst al menos lo sospecha.

-Me empujó para que me cayera al suelo y me hice daño. - Paula se señala el rasguño que tiene en la rodilla-. Siempre está detrás de mí y me tira del pelo y me empuja. Una vez me pegó un chicle en la coleta, y fue muy horrible porque mamá tuvo que cortarme el pelo.

-Qué idiota. Seguro que está enamorado de ti y por eso lo hace.

-No, que va. Lo hace porque es tonto - responde Paula, con solemnidad.

Zoe sonríe y le entrega a Paula la rebanada de pan con crema de cacahuete. La niña le da un bocado. Zoe la mira, y se pregunta qué har  si la niña decide preguntar por sus padres. Porque parece bastante obvio que deben estar muertos.

- C mo has sobrevivido t ? - Paula hace un mohín-. Sobredi... no...

- Sobrevivido? - pregunta Zoe, y la niña asiente, frunciendo el ceño por la frustración que le produce no pronunciar bien algo-. La verdad es que lo he tenido fácil. Trabajo aquí, y habéis ido llegando todos. En realidad, no he estado en peligro.

-Que suerte. A nosotros casi nos comen. Dos veces.

Zoe silba de asombro. La niña asiente, y le da otro bocado a la rebanada de pan, manch ndose de crema de cacahuete los labios.

- Y ahora tenemos que esperar a que vengan a rescatarnos?

Zoe sonríe.

-A rescatarnos.

Paula vuelve a fruncir el ceño. A Zoe le parece entrañable esa preocupación por hablar bien y no equivocarse.

-Eso - dice la niña, claramente frustrada.

Zoe sonríe, pero no responde. Para un adulto, eso habría sido bastante significativo. Para Paula, pasa desapercibido. Pero lo cierto es que Zoe est  preocupada, porque antes, cuando le limpi  la herida a Russell y le colocó el apósito, ambos intentaron contactar con la comisaría de la capital, para pedir refuerzos. Sin embargo, el ruido que oyeron en el teléfono evidenció que las llamadas habían sido restringidas. Después, lo habían intentado con Internet. No había conexión. Zoe le había preguntado a Russell qué estaba pasando.

-Nos est n bloqueando - había respondido él-. Al menos eso quiere decir que saben lo que est  pasando aquí.

Zoe no había dicho nada tampoco en esa ocasión. No estaba muy seguro de si el hecho de que lo supieran y les hubieran bloqueado le hacía sentir aliviada o asustada.

Zoe y Paula salen de la cocina, recorren un largo pasillo pasando delante de la armería y el vestuario y llegan al vestíbulo en el mismo momento en que Richard Jewel cruza la puerta desde la sala de agentes. Richard mira a Paula y aparta la vista. A Zoe le da la impresión de que Richard se avergüenza de algo.

- Sabes dónde puedo encontrar agua? Tengo la boca seca.

Zoe señala hacia el pasillo por el que acaban de venir.

-La última puerta. Es una pequeña cocina, hay vasos en el armario.

-Gracias.

Richard avanza por el pasillo. Zoe mira a Paula y ve que la niña observa al hombre con expresión de enfado.

- Qu  pasa?

-Ese señor es malo - responde ella, cruzando los brazos sobre el pecho de forma

solemne-. Cerró una puerta y nos abandonó a mí y a Mark.

-Es la versión adulta de ese niño que te persigue todo el día.

- ¡Kieran!

-Ese mismo.

-¡Hala! - la niña está mirando detrás del mostrador de recepción-. ¿Eso es una radio?

Zoe asiente.

-Sí. Es la radio de la policía, la que usan los agentes para comunicarse.

-¿Cómo en las películas? ¿La que llevan en los coches?

-Exacto.

Paula se acerca a la radio con curiosidad. A Zoe le parece curioso que la niña mire la radio pero no haga amago de tocarla. Paula es una niña muy educada para su edad. Probablemente esa sea una de las razones por las que sus compañeros la molestan en el colegio. A los matones siempre les gusta provocar a los que no lo son.

-¿Y cómo se usa?

Zoe coge el micrófono y se lo entrega a Paula.

-Mira, para hablar se aprieta ese botón, y entonces puedes hablar. Cuando terminas de hablar, se dice «cambio» y se suelta el botón.

-¿Y por qué se dice «cambio»?

-Para que quien te escucha sepa que puede hablar. Esto no es como un teléfono, que puedes hablar a la vez, con las radios, si habla uno el otro no puede hacerlo.

Paula abre la boca, asombrada, y mira el micrófono.

-Adelante, di algo - la anima Zoe.

Paula aprieta el botón y piensa algo que decir.

-Hola, hola, Estoy hablando por la radio de policía. - Paula mira a Zoe con los ojos abiertos de ilusión. A Zoe le maravilla lo poco que hace falta para que un niño disfrute. Paula sonrío, y luego recuerda algo-. ¡Cambio!

Y suelta el botón. Zoe suelta una carcajada, y Paula sonrío, sin saber muy bien qué resulta tan gracioso.

-¿Te parece bien que volvamos dentro? - le pregunta a la niña.

Paula se encoge de hombros y deja el micrófono en su sitio. Zoe le coge la mano y se giran para regresar a la sala de agentes, cuando una voz en la radio las hace detenerse.

-¿Hola? ¿Hola? ¿Nos escucha? Cambio.

Zoe se gira para mirar la radio, con los ojos muy abiertos. Suelta la mano de Paula y corre hacia el aparato.

-Aquí comisaría de policía de Castle Hill. ¿Con quién hablo? Cambio.

Brad Blueman aún está intentando racionalizar lo que ha ocurrido. Está apoyado contra la furgoneta de Erik Killian, que desprende cierto aroma a granja, mirando hacia el coche patrulla detenido junto al arcén, donde Jason y Carrie hablan con el doctor, que sigue sentado dentro del coche y que lleva una camiseta, seguramente la de Carrie, se dice, enrollada en el hombro. La lluvia ha aflojado un poco pero aún sigue cayendo. Brad está demasiado asustado como para preocuparse por eso, aunque sí que piensa que Jason Fletcher se cogerá una pulmonía si continúa bajo la lluvia y sin camiseta.

La verdad es que tampoco le preocupa. Ese chico no le gusta. No por primera vez en su vida, se pregunta cómo es posible que una chica como Carrie esté con él. Ella proviene de una familia bien, es una chica guapa y estilosa y con un expediente académico que roza la perfección.

Despierta, Brad, se dice, despierta porque tienes ante tus ojos la mejor oportunidad que tendrás jamás.

La que le podría encumbrar del todo. Tal vez hacerle ganar un Pulitzer. Vaya que sí, joder, vaya que sí. Porque está viviendo la noticia desde dentro, y no una simple noticia, sino una de índole catastrófica. La destrucción de un pueblo. Brad se pregunta si se trata de un ataque terrorista, un experimento fallido o cualquier otra cosa. Pero no le preocupa. Puede ahondar en esos detalles más adelante. Ahora lo importante es empaparse de la historia humana de supervivencia, muerte y lucha.

Qué demonios, sí lo piensa, tal vez un artículo se quede corto. Si sobrevive a eso podría escribir un libro.

Nada de «si sobrevivo». Voy a hacerlo. Tengo que hacerlo, porque alguien debe contarle esto al resto de mundo. Alguien debe narrar la heroica muerte del agente Jackson, por ejemplo. Y cómo yo traté de ayudarle hasta el último momento.

Nadie lo rebatiría desde luego. Nadie le vio huir como un cobarde. Aunque tampoco es que hubiera podido hacer nada.

Brad mete el cuerpo en la furgoneta y agarra su cámara de fotos. Un buen libro ilustrado venderá ejemplares como si fueran chicles. Levanta la cámara de fotos y retrata al pequeño grupo de supervivientes que tiene delante. Se preocupa de enfocar bien para que se vea la ventanilla rota del coche patrulla y al doctor Dysinger herido en el interior. Jason Fletcher sin camiseta tiene cierto aire de héroe luchador y superviviente en la instantánea que toma.

Brad Blueman sonrío. Puede utilizar eso.

Se pregunta si el doctor Dysinger puede arrojar luz a lo ocurrido.

Militares que disparan sobre civiles. Brad casi puede oír el sonido del dinero. Su sonrisa se amplía. Vuelve a ser el hombre que está siempre a la caza de la noticia.

En ese momento, del asiento delantero del coche patrulla sale una voz de niña.

-Hola, hola, estoy hablando por la radio de policía, - y un par de segundos

después-, ¡Cambio!

Brad baja la cámara y mira al resto. Jason Fletcher se levanta de golpe y se sienta en el asiento de conductor. Coge la radio y le da un par de vueltas, tratando de entender cómo funciona.

-¡Tienes que apretar el botón! - exclama Brad, desde la furgoneta.

Jason le hace caso.

-¿Hola? ¿Hola? ¿Nos escucha? Cambio.

Brad sonríe. Esto es maravilloso. En cuanto salga de ahí le llamarán de todas las televisiones para que cuente su historia en directo. Luego vendrá el libro, y probablemente hagan una película. Se pregunta quién le interpretaría.

La voz que responde a Jason no es la de una niña. Brad, que ha escuchado en más de una ocasión las comunicaciones de la policía de Castle Hill, reconoce a Zoe.

-Aquí comisaría de policía de Castle Hill. ¿Con quién hablo? Cambio.

-¡Ostia puta! - exclama Jason, mirando hacia la parte trasera del coche, donde están su madre y Kurt - ¿Qué le digo?

-Pregúntale cómo están las cosas por allí.

-Somos un grupo de cuatro... - Jason mira a Brad - bueno, de cinco supervivientes. ¿Cómo estáis por ahí? Cambio.

-Somos trece. Nos hemos atrincherado en la comisaría. Cambio.

-Diles lo de los militares - le pide Carrie.

-Los militares han rodeado el pueblo - dice Jason, al micrófono-. Hemos visto como disparaban a alguien. Cambio.

-Dios mío - responde Zoe a través de la radio-. Aquí hemos comprobado que han cortado la comunicación con el exterior. No podemos llamar ni utilizar Internet. Cambio.

-Deberíamos ir con ellos - dice Brad, que en realidad está pensando que cuánto más se alejen del pueblo menos riesgo correrían, pero que, por otro lado, a más supervivientes, más historias para engrosar su libro.

-No sé si es buena idea regresar al pueblo - responde Kurt.

-¿Y qué hacemos? - pregunta Brad - ¿Nos quedamos aquí, en medio de la carretera? Si se han atrincherado, podemos resistir junto a ellos hasta que nos rescaten.

-Si es que quieren rescatarnos - contesta Kurt.

-Y si no quieren, tampoco vamos a ganar nada quedándonos aquí.

Jason mira a Kurt.

-¿Qué opinas?

-No lo sé. La verdad.

Jason mira a Carrie.

-Podríamos estar más seguros allí - dice ella.

-En realidad - dice Jason, mirando de nuevo a Kurt-, si nos atacan aquí, no tendremos ningún sitio donde escondernos. Y está visto que no podemos intentar huir en coche, porque los militares nos dispararían.

Kurt no está convencido. Cree que es un error volver al pueblo. Lo más lógico sería alejarse todo lo posible, pero él también ha visto lo ocurrido dentro del túnel y cómo los soldados masacraron a aquel tipo. Su intuición le dice que no regrese al pueblo, pero la mirada de Jason le dice que el chico ya ha tomado una decisión. Y él se encuentra demasiado débil como para llevarle la contraria. Además, tiene miedo de quedarse solo y desmayarse.

-Parece que al final, no puedo escapar de mi destino - comenta Jason-. Conduciré de regreso a la comisaría.

Sonríe, pero nadie le secunda. Carrie le da la mano y un beso en los labios y rodea el coche patrulla para sentarse de copiloto.

-Voy con vosotros - dice Brad, echando a andar hacia el coche patrulla.

Jason pulsa el botón del micrófono una vez más.

-Iremos hacia allá - dice-. Espero que nos veamos dentro de un rato. Cambio y corto.

7

Zoe le está contando a Russell la conversación que ha tenido por radio. Verónica, Terence, Mark, Andy y Stan no se han movido de donde están.

-Tal vez deberíamos meterles en una celda - propone Andy.

- No creo que Russell sea consciente de lo que le está ocurriendo, o de lo que va a ocurrirle - asegura Verónica-. Y eso podría complicar las cosas.

-Sobre todo porque tiene una escopeta en las manos - añade Mark.

-Tendremos que quitársela - dice Andy, encogiéndose de hombros.

Detrás de él, Stan Marshall lanza uno de sus característicos gruñidos de mal humor.

-Somos cinco contra uno - dice Andy.

-Pero alguien podría salir malherido si en el proceso se le dispara el arma, - Terence se pasa la mano por la cara, pensativo-, o si se resiste.

-¿Y si se lo explicamos? - pregunta Mark, dubitativo.

-No creo que sea buena idea - responde Verónica-. Si lo acepta, perfecto, pero, ¿vosotros aceptaríais la idea de que os vais a convertir en una de esas cosas? El poder de negación del ser humano es muy grande. Y si no quiere aceptarlo, pillarle desprevenido sería mucho más complicado porque estaría sobre aviso.

-Tienes razón - Mark se encoge de hombros.

-¿Nadie piensa en los demás? - pregunta Stan, y todos se giran para mirarle-.

Dudo mucho que el padre Merrill sea un problema, y Aidan Lambert está en su salsa, pero la chica de recepción podría ponerse de parte de su compañero.

-Puede que al principio, sí. Pero cuando se lo expliquemos, Zoe atenderá a razones - asegura Verónica.

-Más nos vale - gruñe Stan.

-¡Escuchadme un momento! - Russell alza la voz y se acerca al centro de la sala, mirando hacia todos los que se encuentran allí-. Tenemos que organizarnos. Se acerca un coche con cinco supervivientes en su interior y vamos a ayudarles a entrar aquí.

-¡Cojonudo! Dígales que atraviesen el infierno de ahí fuera y entren por la puerta principal. Está chupado.

Russell se gira hacia Aidan, enfadado. Aidan le sonríe.

-Lo que vamos a hacer es simple - dice Russell, ignorando el comentario de Aidan-. Distraeremos a esas cosas desde distintos puntos del edificio, llamaremos su atención para que se agrupen en esta parte del edificio y en el frente. Y cuando los supervivientes se acerquen, abriremos una ventana de la parte trasera y les ayudaremos a subir por ella.

-¿Puedo disparar a esas cosas de ahí fuera? - pregunta Aidan.

Russell suspira.

-Sí, Aidan, haz lo que quieras.

-Perfecto. Me pido la parte de distracción. La ventana del vestíbulo es cojonuda y tiene un alfeizar lo suficientemente grande como para sentarse.

Russell se encoge de hombros y mira al resto. Mark se da cuenta de que se fija sobre todo en Terence y Verónica, como pidiéndoles opinión o apoyo.

-Me parece un buen plan - responde Terence.

Russell se gira hacia Zoe.

-Zoe, avísales de que intentaremos despejar la parte trasera del edificio, que tendrán que detener el coche junto a la pared y subirse a él para alcanzar la ventana. Les ayudaremos a subir.

Zoe asiente y sale corriendo hacia el vestíbulo.

-Como esto no salga bien, cinco personas van a morir ahí fuera - gruñe Stan.

Mark, que está cerca de él, le escucha perfectamente.

En realidad, la muerte está bastante más cerca de lo que ellos creen. Pero ahora están demasiado ocupados pensando en los supervivientes que van hacia ellos como para preocuparse de la cada vez más irregular respiración de Candy.

Patrick Flanagan está de pie junto a la verja que les mantiene encerrados. Duck Motton está a su derecha. Gabriel, el sanitario, a su izquierda. Los tres observan con

preocupación en el rostro al grupo de soldados que acaban de bajar de un camión negro. Todo en ellos, tanto su aspecto como sus caras y uniformes, oscuros y sin identificaciones de ningún tipo, parece servir para dejar claro que son tipos duros.

-Deben ser algún tipo de fuerza especial del ejército - comenta Duck.

-Dan miedo - añade Gabriel.

Duck asiente. En realidad, se trata del grupo especial comandado por el Coronel Bernard Trask, un hombre de aspecto marcial y rostro curtido por el sol con unos brazos cuyos músculos son igual de grandes que los dos brazos de Patrick Flanagan juntos. Su grupo especial, entrenado para realizar incursiones en territorio enemigo, rescates de rehenes y todo tipo de misiones que otros catalogarían como suicidas, está formado por once hombres y una mujer, todos ellos expertos en múltiples armas, así como en combate cuerpo a cuerpo, capaces de romper el cuello antes de que tengas tiempo de pensar siquiera en defenderte.

Patrick Flanagan silba al soldado que hace guardia junto a su pequeña celda. El soldado les mira, con expresión aburrida.

-Perdona, ¿Quiénes son esos?

-No estoy autorizado a daros ningún tipo de información - contesta el soldado, automáticamente.

-Sé que no estás autorizado - responde Patrick-, pero quiero saberlo, porque creo que puedo ayudarles. ¿Me harías el favor de decirle a tu superior que tengo que hablar con él?

El soldado se mantiene en la posición, pensando. Patrick no le presiona, pero sonríe cuando el soldado se da la vuelta y se aleja de ellos.

-¿Qué vas a hacer? - pregunta Duck.

-Hablar con ese capullo con aires de grandeza.

Duck se encoge de hombros. Los tres observan al soldado acercarse al Teniente Harrelson y decirle algo. El teniente mira hacia la celda de concentración durante un instante y después se excusa ante el Coronel Bernard Trask. Patrick vuelve a sonreír al verle girar hacia ellos y empezar a andar.

El teniente se detiene a un metro y medio de la verja.

-Usted dirá. Le ruego que sea rápido porque no tengo mucho tiempo.

-¿Quiénes son esos? - pregunta Patrick.

-Si me ha hecho venir para hacerme preguntas, está usted muy equivocado al suponer que voy a contestarlas, agente Flanagan.

-Por supuesto, perdone. - Patrick intenta contener las ganas de sonreír-. Verá, tal y como yo lo veo, esos hombres forman parte de algún grupo especial, los SWAT del ejército, por decirlo de algún modo, por lo que imagino que se disponen a entrar en Castle Hill. ¿Voy desencaminado?

El teniente Harrelson eleva ligeramente la comisura de los labios. Patrick supone

que eso es lo que el hombre considera una sonrisa.

-No - admite el teniente-. Pero estos hombres dejarían temblando a los SWAT con los brazos atados a la espalda. Son lo mejor de lo mejor.

-Perfecto - asegura Patrick-. ¿Es una misión de rescate o una de ataque?

El teniente Harrelson resopla.

-De nuevo hace preguntas, agente.

-Disculpa, claro... No creo que sea un grupo de ataque, creo que quieren entrar en el pueblo en busca de supervivientes de... lo que sea que está pasando, porque no nos han dicho nada y no sabemos si se trata de un grupo armado o del puto virus ébola.

-¿A dónde quiere llegar, agente Flanagan? - el teniente Harrelson parece exasperarse con facilidad-. Porque soy un hombre muy ocupado y tenemos una crisis con la que lidiar.

-Es muy sencillo, teniente - responde Patrick-. Esos hombres puede que sean mortales con sus rifles de asalto, pero yo conozco el pueblo. Sé por dónde hay que moverse, qué atajos son útiles, conozco todos los lugares y escondrijos de Castle Hill. Creo que podría ser de ayuda.

El teniente Harrelson menea la cabeza, negando. Patrick se calla.

-Agente Flanagan - el teniente habla despacio, como eligiendo las palabras-, admiro mucho su intención, de hecho, la agradezco, pero esos hombres se mueven con una coordinación y una velocidad adquirida a base de muchos años de entrenamiento. Como si fueran una única persona. Usted, a su lado, solo les estorbaría y les retrasaría, y lo siento, pero no podemos permitir eso. Además, usted conoce a la gente que vive en ese pueblo y podría dudar a la hora de apretar un gatillo. Lo siento, agente Flanagan, aprecio su oferta, pero mi respuesta es un no.

-Era mi deber como agente de la ley intentarlo. Le agradezco que se haya tomado el tiempo de escucharme.

-Agente Flanagan, le aseguro a usted... a todos ustedes - el teniente Harrelson mira a Duck, a Gabriel y al resto - que estamos aquí para intentar ayudar. Están aquí encerrados por su propia seguridad, porque no queremos que haya más errores como el de su amigo... ¿Zack?

-Sí, Zack Thurston - responde Duck.

-Errores como el del señor Thurston. Les prometo a todos ustedes que en cuanto tengamos esta crisis bajo control serán informados de todo. Ahora, si me disculpan...

El teniente Harrelson se da la vuelta y se aleja. Patrick, Duck y Gabriel le observan irse.

-Errores como el del señor Thurston - murmura Duck, con voz burlona-. Cabronazo.

-No es eso lo que más me ha asustado de todo - dice Patrick, pensativo-. Ha dicho que yo conozco a la gente del pueblo, y podría dudar al apretar el gatillo...

Duck y Gabriel le miran. Patrick se sienta en el suelo. Un rato antes había intentado contactar de nuevo con Dennis, pero el jefe de policía no había contestado al teléfono. Tampoco lo había hecho Ken Jackson. Ni Russell. Patrick pensaba que habían bloqueado las llamadas salientes de la zona.

-Me pregunto cómo están las cosas allí.

Patrick mira hacia la barrera de camiones que bloquea el túnel. Duck y Gabriel le siguen la mirada. No pueden hacer mucho más.

9

El Coronel Bernard Trask se pasea de derecha a izquierda. Los once hombres y la mujer que conforman su pequeño grupo de élite se encuentran delante de él, hombro con hombro. Sus mochilas están en el suelo, pero todos llevan en las manos el rifle de asalto.

-Avanzaremos formando un rectángulo perfecto - les dice En fila de dos. Yo avanzaré en primer lugar, junto a Fred. Barney y Stanley, iréis en la cola. No quiero una distancia mayor de un brazo entre uno y otro. Al menos mientras todavía no hayamos rescatado a ningún civil. Montoya irá en el centro, entre las dos filas, y se encargará de proveer de munición al que la necesite. ¿Está claro? Quiero disparos directos y escogidos. Fijad un blanco antes de apretar el gatillo y no les dejéis acercarse a nosotros. Habrá mujeres y niños. No os dejéis guiar por sus caras o sus edades. Si creéis que es una de esas cosas, disparad. Y recordad... esas cosas seguirán moviéndose a menos que les reventéis el puto cerebro. ¿Está todo claro?

-¡Sí, señor!

-¿Pues entonces qué coño estáis esperando para salir? ¿Qué os inviten personalmente? ¡Vamos, señoritas! ¡En marcha, joder, antes de que tenga que daros una patada en el culo!

Obedientes como perros de presa, los doce soldados se colocan sus mochilas al hombro. El noventa por ciento de lo que hay en ellas es munición. La necesitarán. Como una máquina bien engrasada, los soldados toman la posición que acaba de marcar el coronel Trask, con el propio coronel y el soldado Fred Williams abriendo la marcha, Montoya, un chico de ascendencia puertorriqueña con brazos de culturista y cara de matón de gueto, en el centro del rectángulo, y los soldados Stanley Trenton y Barney Ayes cerrando la marcha.

-¡Todas las armas con silenciador, señoritas! ¡No queremos pegar un tiro y atraer la atención de todo el puto estado!

A una voz del coronel, empiezan a trotar en dirección al túnel. Verles es como ver un ballet, totalmente coordinado y perfecto, pero sin tutús y con rifles de asalto.

Patrick Flanagan, Duck Motton y Gabriel Cussler les observan desde su pequeña

celda. El teniente Harrelson y el resto de soldados de la zona también les miran pasar, con cierto asombro. El grupo de élite del coronel Trask no mira hacia ninguno de ellos. Mantienen la vista al frente y las bocas cerradas mientras trotan a una velocidad considerable.

Pronto, superan la barricada de camiones y se internan en el túnel. El sonido de sus botas resuena contra las paredes y crea la sensación acústica de estar frente a una muchedumbre.

10

Aidan Lambert abre la ventana del vestíbulo y apoya una de las piernas en el alfeizar. Los rugidos de la masa de muertos que intentan agarrarle a pesar de encontrarse fuera de su alcance le asustan un poco, pero se asoma y levanta los brazos, como una estrella de rock ante su público. Y casi le parece sentir que la masa enloquece al verle y se agolpan contra esa zona del edificio.

-¡Venid, hijos de puta!

-Recuerda - dice Russell-. No empieces a disparar hasta que te lo digamos.

Aidan asiente. Mira hacia atrás. Zoe está junto al mostrador. Acaba de transmitir el plan a los supervivientes que van de camino, y se quedará junto a la radio para saber cuándo estén cerca.

Andy se ha quedado en la sala de agentes. Se asomará a una de las ventanas y llamará la atención de los muertos. Aidan no confía mucho en la habilidad de Andy Probst, pero no le importa. Él piensa hacer todo el ruido del mundo. Russell, los dos bomberos y el extranjero estarán escondidos en una habitación de la parte trasera del edificio, esperando que Zoe de la señal antes de abrir la ventana por la que intentarán que entre el nuevo grupo de gente.

Aidan mira de nuevo hacia el exterior. La lluvia le salpica, pero no le molesta. Observa la horda de muertos vivientes y empuña la escopeta con fuerza.

-Enseguida estoy con vosotros, cabrones - murmura.

Después, cierra la ventana y mira hacia Zoe. En ese momento la chica está de espaldas a él, por lo que Aidan aprovecha para mirarle el trasero. No le importaría montárselo con ella. Le gustan las mujeres más voluptuosas, pero Zoe tiene un rostro lo suficientemente aniñado como para producirle morbo. Aidan levanta la vista, y siente que se le encienden las mejillas al ver al padre Merrill observándole.

-No sabía que estuviera aquí - dice.

El padre Merrill le quita peso con un gesto de la mano. Zoe se da la vuelta y les mira, sonriente.

-¿Qué tal, padre?

-Cansado, Zoe. Pero no me quejo.

El padre Merrill se sienta en una silla. Aidan se acerca a él y se sienta a su lado. Deja la escopeta sobre sus piernas.

-¿De verdad cree que podremos salir de esta, padre? - pregunta. Tiene que alzar la voz para hacerse oír por encima del estruendo que provocan los muertos al golpear una y otra vez la puerta de la comisaría.

-¿No lo crees tú, Aidan?

Aidan se encoge de hombros.

-No lo sé. Es muy posible que no, en realidad. ¿Ha visto cuántos son?

-Los caminos del señor...

-Sí, sí, sí... son inescrutables, eso ya lo ha dicho.

El padre Merrill asiente con la cabeza y observa a Aidan. Su mirada es penetrante, y Aidan se siente incómodo, lo cual no es una sensación que esté acostumbrado a tener. Casi le da la impresión de que el sacerdote puede ver a través de él y sacar a la luz todas las cosas sucias que hay en su vida. Es una estupidez, por supuesto, pero no puede evitar pensarlo.

-Aidan Lambert - dice el padre Merrill-, no eres un hombre religioso, lo sé. Pero lo que he dicho antes también iba por ti. Si quieres hablar, puedo escucharte.

-No soy bueno hablando, en realidad. No de mí.

-¿Crees que irás al cielo, Aidan?

-¿Suponiendo que exista?

El padre Merrill sonríe, divertido.

-Sí, supongamos que existe. ¿Crees que irás al cielo?

Aidan piensa en la respuesta. Se encoge de hombros.

-Si los parámetros que permiten la entrada al cielo son los que promulga su Iglesia... creo que estoy jodido.

El padre Merrill suelta una carcajada, y Aidan se sobresalta. Mira al padre Merrill con asombro, pero la risa del hombre es real. Desde detrás del mostrador, junto a la radio, Zoe les observa de vez en cuando, pero Aidan duda que les oiga. El estruendo de los golpes es realmente atroz.

-¿Por qué crees que estás jodido, Aidan? - pregunta el padre Merrill, con lágrimas en los ojos por la risa.

-Bueno, las dos señoritas de ahí dentro son una de las causas, yo creo. No la única, pero ya le he dicho que no soy bueno hablando de mí.

-No importa, Aidan, no importa. Pero sigamos suponiendo cosas por un momento. Supongamos que el cielo existe, y que por tanto, existe Dios ahí arriba, observándonos.

-Me ahorraré lo que le diría porque no quiero faltarle más al respeto, padre.

El padre Merrill vuelve a reír. Aidan sonríe también esta vez. Está gratamente sorprendido. La imagen que siempre ha tenido de los curas ha estado marcada por el

desprecio que le generan. Para él, todo hombre o mujer que acepta dedicar su vida a eso, más aún los célibes, son una clase extraña de perturbados mentales. Le sorprende que el padre Merrill sea un tipo agradable y con sentido del humor.

Casi le da pena haberlo conocido en estas circunstancias.

-Llámame Albert - dice el padre Merrill-. A las personas religiosas no suele gustaros llamarnos «padre».

-No me preocupa llamarle padre - asegura Aidan.

-Como desees. Pero sigamos suponiendo que existen Dios y el concepto de cielo de la Iglesia católica. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

-Estarás de acuerdo en que el cielo es un buen lugar al que ir una vez tengamos que marcharnos de aquí. Mejor que el infierno, al menos.

-Solía decir que el infierno era un lugar mejor porque era a donde van las colegialas de faldas cortísimas. Era una pequeña broma. Pero sí, imagino que, si aceptamos la creencia de Dios y el cielo, el infierno no es un buen lugar en el que pasar la eternidad.

-Eso mismo creo yo. Y ya había oído esa broma de las colegialas.

Aidan sonríe de nuevo.

-Ahora bien, Aidan... Aunque ambos sabemos que no eres un creyente, ¿no te gustaría asegurarte la entrada en el cielo por si acaso resulta que soy yo el que está en lo cierto?

Aidan abre la boca pero no dice nada. De repente, la pregunta del sacerdote le parece importante, incluso aterradora. Porque es posible que no les quede mucho tiempo, y él cree que después de la muerte solo hay una nada eterna, pero es posible que se equivoque, eso es cierto. Y entonces, él iría al infierno. Así es la vida, tú te lo buscaste, hasta luego, cocodrilo.

-¿Puede un no creyente ir al cielo?

-¿Acaso no salvó Jesucristo al hombre que estaba crucificado junto a él?

-¿Y qué tendría que hacer? Porque ya le he dicho que no se me da bien hablar de mí.

-Aidan, lo único que tienes que hacer es arrepentirte. Pero hacerlo de verdad.

Aidan mira al padre Merrill a los ojos durante unos segundos más. Después baja la mirada y se da cuenta de que siente un nudo en el estómago.

-Me arrepiento - murmura, sin atreverse a mirar de nuevo a los ojos al sacerdote.

El padre Merrill sonríe con la expresión de quien ha hecho bien su trabajo. Porque eso es lo que siente. Sabe que podría morir en ese momento con la satisfacción de haber logrado su labor. Ha salvado al menos a una de esas almas. Puede darse por satisfecho. Aunque no se detendrá ahí.

Apoya la mano derecha en el hombro de Aidan, con firmeza.

-Dios te perdona tus pecados, Aidan.

-En realidad - contesta Aidan-, espero que sea usted quien tenga razón. La idea del cielo me parece más atractiva.

El padre Merrill le guiña un ojo y se levanta. Aidan se queda sentado en la silla, pensativo. Mira hacia Zoe, pero de repente, se siente incapaz de pensar en ella en términos sexuales como habría hecho en cualquier otra ocasión. Aidan mira la escopeta que tiene sobre las piernas y suspira. Esperará la señal de Zoe y, cuando la oiga, se asomará a esa ventana y cumplirá con su cometido. Pero ya no está tan seguro como antes de que vaya a disfrutar disparando a los muertos del exterior.

Escucha el crepitar de la radio. Zoe agarra el micrófono.

-Aquí Zoe. Cambio.

-Estamos a un par de minutos de la comisaría. Cambio.

-Recordad, id directos hacia la parte trasera. Intentaremos apartarles de vuestro camino. No os asustéis si escucháis disparos. Cambio.

-Espero que nos veamos dentro de un momento. Cambio y corto.

Zoe deja el micrófono en su sitio.

-¡Ya están llegando! - grita, para hacerse oír en toda la comisaría.

Aidan se incorpora, empuñando el arma y se acerca a la ventana. Zoe ha salido corriendo desde detrás del mostrador, y le abre la ventana.

-Gracias, guapa - le dice.

Después, Aidan se asoma al exterior y les hace un corte de mangas a la muchedumbre que llena el parking de la comisaría.

-¡Venid a por mí, hijos de puta! - grita.

Y la muchedumbre le devuelve cientos de gritos y gruñidos mientras se agolpan debajo de su ventana. Aidan escucha gritos a su derecha. Andy Probst está haciendo su parte, llamando la atención de esos seres. Aidan nota una mano en su espalda. - Dales duro - le dice Zoe.

Casi no la oye debido a los gritos desesperados de los muertos. Aidan mira las manos que se extienden hacia él, los dedos que se cierran y se abren tratando de agarrarle sin medir realmente que están muy lejos de él. Levanta la escopeta. El primer disparo le revienta la cara a una mujer. Y el ruido parece hacer que la masa enloquezca aún más.

-Dios santo, no paran de venir...

Y Aidan ve que Zoe está en lo cierto. Ve muertos que corren hacia el edificio y el gentío que se agolpa delante de él desde todas las calles que tiene a la vista. Apunta de nuevo y dispara.

Paula está sentada en la sala de agentes. Ve a las dos mujeres, la que está tumbada en el colchón con aspecto de estar realmente enferma, y la otra, sentada a su lado y agarrando a la enferma de la mano. También ve a Andy Probst gritando por la ventana, haciendo gestos para que toda esa gente que está en el exterior se fije en él. Paula sabe que Andy es el padre de Kieran Probst, pero a Paula no le parece que Andy sea tan malo como Kieran. Se pregunta si la madre de Kieran es mala. Porque los niños se parecen a los padres, al menos eso le dice siempre su padre, que le dice que ella es igualita a su madre. A Paula eso le gusta, porque le encanta su madre. Le parece la mujer más guapa del planeta. Y la más lista. Se pregunta dónde está.

Paula cierra los ojos y se tapa los oídos con las manos. No quiere oír los gritos que da Andy Probst. Pero sobre todo, no quiere oír esos gritos espeluznantes que lanzan los que están fuera. Porque le recuerdan a animales de los que uno no querría cruzarse en un bosque. Lobos, o algo peor. Algo monstruoso, del tipo de cosas que podrían esconderse en un armario por la noche.

Su padre siempre le dice que cuando tenga miedo piense en cosas bonitas. Paula lo intenta, pero es que los gritos se cuelan incluso a través de sus manos. Le llegan amortiguados, pero los oye. Igual que oye a Andy insultándoles y gritándoles que vayan a por él.

Paula intenta no pensar en ello, pero es complicado. Su padre lo hace ver fácil, pero es un adulto. Y los adultos, Paula lo sabe como sabe que dos y dos son cuatro, no entienden del todo los problemas de los niños.

12

Jason conduce sorteando los vehículos abandonados en medio de la calle. Carrie tiene su mano sobre la pierna de él, cosa que Jason agradece. Le gusta el contacto con Carrie.

-Si quieres ir a la parte trasera, deberías torcer por ahí - dice Brad desde el asiento trasero.

Jason gira el volante y mete el coche por la calle que ha indicado el periodista. Hay una moto tirada en el centro de la calzada, y más allá ve a cuatro zombis que echan a correr hacia ellos. Jason acelera y les deja atrás. Por el espejo retrovisor les ve girar y tratar de agarrar el coche.

Escuchan disparos de escopeta. Zoe les ha advertido de que oirán disparos, por lo que ninguno de ellos se asusta.

Kurt tiene un mal presentimiento. De vez en cuando se lleva la mano al hombro herido al sentir latigazos de dolor. Al menos, y esto es por verle un lado bueno a todo, en la comisaría seguro que hay aspirinas. Gira la cabeza hacia atrás y ve que los cuatro muertos que acaban de dejar atrás les persiguen.

Jason vuelve a girar y encara la parte trasera de la comisaría, al fondo. Aprieta el acelerador a fondo.

-¡Allí! - señala Carrie.

En la fachada del edificio ven una ventana abrirse. Jason conduce hacia allí y frena el coche bajo la ventana, realizando un pequeño derrape. El parachoques trasero roza la pared y levanta una nube de chispas. Inmediatamente, Jason sale del vehículo y abre la puerta trasera. Brad Blueman sale de un salto, como si tuviera un muelle en el culo. Jason levanta la mirada y descubre a Russell T.Dinner. El agente le está mirando con incredulidad. Tiene una ceja levantada. Jason sonríe.

Brad y Carrie están subiendo ya al techo del coche. Jason ayuda a Kurt a salir.

-¡Están viniendo! - grita Brad, señalando hacia una esquina por la cual han empezado a aparecer zombis que corren hacia ellos.

Acto seguido, el periodista empuja a Carrie a un lado y levanta las manos para agarrar el alfeizar. Terence y Russell le agarran de los brazos y tiran de él hacia arriba. Mark se les une, y entre los tres, y ayudados por Brad que se impulsa con los pies, suben al periodista.

-Chicos, son muchos - murmura Verónica.

Hay cerca de cincuenta muertos corriendo hacia el coche. Los que van en cabeza están a menos de cuarenta metros. Russell mira a Jason, que está sacando a Dolores del coche, y vuelve a mirar hacia los zombis. Agarra su escopeta y apunta.

Carrie ayuda a Kurt a subirse al coche patrulla. Terence y Mark tiran del doctor para ayudarle a subir al edificio. Carrie le empuja en el culo. Kurt grita de dolor al sentir que la herida del hombro vuelve a abrirse. Cuando logra subir, Carrie se da la vuelta y ayuda a Dolores a subir al techo del coche. Jason pega un salto.

-¡Jason! - grita Verónica.

El chico levanta la vista. Verónica le lanza una escopeta, que Jason coge al vuelo. Russell está disparando, y derriba a alguno de los muertos, pero un momento después están alrededor del coche y Jason les da patadas tratando de mantener alejadas sus manos de Dolores y Carrie. Apunta a un hombre que ha empezado a subirse al capó y dispara. El hombre sale despedido hacia atrás. Jason se gira y dispara hacia el lado contrario. Una mujer cae, derribando con ella a cuatro más.

Terence y Mark levantan a Dolores casi de un tirón. La mujer lanza un gritito de impresión al verse propulsada por el aire. Inmediatamente, se dan la vuelta para ayudar a Carrie.

Jason aprieta una vez más el gatillo, pero ya ha gastado las balas. Utiliza la escopeta como si fuera un bate de baseball, derribando a aquellos zombis que intentan subirse al coche. Una de esas manos muertas logra agarrar el cañón del arma y quitársela. Jason se da la vuelta. Un hombre ha logrado poner los pies sobre el capó y se lanza sobre él. Jason le da un puñetazo, derribándolo de nuevo hacia las manos

que rasgan el aire tratando de agarrarle.

-Jason, ya!

Es Russell. Jason se da la vuelta, y sin pensar, se lanza sobre el alfeizar. Siente las manos de Russell, Terence y Mark agarrándole el pantalón y el cuerpo y tirando de él. Durante un aterrador segundo, Jason siente que las manos resbalan sobre la piel mojada de su espalda y sus pies que no logran encontrar apoyo sobre la pared del edificio, pero los dedos de Russell se han enganchado firmemente a una de las hebillas de su pantalón y tira de él hacia arriba. Jason cae dentro de la habitación, al suelo. Cuando se da la vuelta para sentarse, Verónica ya está cerrando la ventana y él respira agitadamente.

-Gracias, joder - dice. Al final, ha sido el policía paleta el que le ha salvado la vida.

-Ha ido por un pelo - asegura Mark.

-Y que lo digas.

Jason mira a Russell. El policía le está mirando fijamente. Jason se incorpora.

-Supongo que, dadas las circunstancias, me alegro de que sigas vivo - dice Russell.

Jason se encoge de hombros y mira a Kurt, que está sentado en un rincón, agarrándose el hombro herido. La camiseta de Carrie, que ya estaba manchada de sangre se ha vuelto aún más roja.

-¿Qué le pasa? - pregunta Russell.

-Le dispararon - responde Jason, omitiendo de forma consciente que el que apretó el gatillo era el agente Jackson.

Carrie y Jason no se esperan lo que sucede a continuación, por lo que se sorprenden. Carrie incluso lanza un grito de sorpresa. Russell está de pie, mirándoles, cuando Terence le agarra los brazos desde atrás y le obliga a arrodillarse forzándole las rodillas con una llave. Mark le arrebató la escopeta de las manos antes de que tenga tiempo de usarla, y en apenas unos segundos, Russell está en el suelo, boca abajo.

-¿Qué coño hacéis? - grita.

-Escúchame, Russell, esto no es nada personal, y si me prometes que vas a estarte quieto, te soltaré y te lo explicaré todo.

-¡Suéltame inmediatamente, jodido imbécil!

Pero Terence aprieta la rodilla sobre la espalda de Russell, por lo que este es incapaz de moverse. Jason abraza a Carrie y la trae hacia él. Está mirando la escena, y le parece obvio que los dos bomberos y el tipo que no conoce estaban preparando saltar sobre Russell. Mira a Kurt, buscando respuestas, pero Kurt no tiene ninguna. Mira la escena con la misma sorpresa que él.

Se abre la puerta y entra Zoe, que se queda paralizada al ver a Russell en el suelo

y Terence sobre él. Aidan Lambert y el padre Merrill están detrás de ella, y también se sorprenden. Jason abraza a Carrie con fuerza y se pega a la pared, temiendo un enfrentamiento.

-¿Qué está pasando? - pregunta Zoe.

-¡Zoe! - grita Russell, intentando revolverse. Pero la presión de Terence le impide hacer ningún movimiento.

-Zoe, podemos explicártelo - asegura Verónica, alzando una mano tranquilizadora hacia ella.

Se escucha el clic inconfundible de una cámara de fotos. Prácticamente todos se giran a mirar a Brad. Jason resopla con resignación.

-Puedes empezar cuando quieras - dice Zoe, mirando a Verónica.

-Zoe, Russell ha sido mordido y es cuestión de tiempo que se convierta en una de esas cosas.

-¿De qué coño hablas? - grita Russell, que cada vez está más enfadado-. ¡Soltadme ahora mismo, cabrones!

-Tiene razón - asegura Mark-. Yo lo he visto con mis propios ojos.

Zoe mueve la cabeza de uno a otro y de nuevo hacia Russell, que tiene los dientes apretados y una expresión de impotencia que le parte el corazón. Conoce a ese hombre desde hace años, y siempre ha sido agradable con ella. Pero todo el día de hoy está siendo una locura, y Zoe tiene miedo.

La tensión casi puede palpase.

-Hágales caso - dice de repente Kurt, y todos le miran-. Si le han mordido, el virus ya está dentro de su organismo. No hay forma de salvarle la vida, porque no hay vacuna. Cuando muera, despertará convertido en eso.

Kurt señala hacia el exterior con la mano buena. Como para darle la razón, un puño golpea la ventana. Verónica, la más cercana, lanza un grito y se da la vuelta. Un grupo de zombis han logrado subirse encima del coche y sus manos alcanzan el cristal. Verónica ve que a uno de ellos le falta un ojo y parte de la nariz. Se aparta de la ventana.

-No voy a convertirme en un puto psicópata - asegura Russell, entre dientes-. ¡Aparta de encima de mí, Terence!

-Lo siento, Russell, pero no voy a hacerlo.

-Hijos, - es el padre Merrill, detrás de Zoe-. Deberíamos calmarnos y hablar de esto como personas civilizadas.

-¿Entonces la otra mujer también..? - Zoe señala hacia atrás.

-Sí - responde Verónica-. Habíamos pensado en encerrarles en una de las celdas.

-¡No me vais a meter en una celda! ¡Soltadme! ¡YO soy el puto policía aquí!

Apretemos el pause. Es interesante que observemos esto teniendo una visión global de la situación. Russell está tumbado en el suelo, boca abajo. Terence tiene la

rodilla apoyada sobre la espalda del agente. Verónica y Mark están junto a él, éste último con la escopeta del agente en las manos. A su espalda, las manos de varios muertos han empezado a golpear la ventana. De pie junto a la pared, Brad Blueman sujeta su cámara en las manos. Frente a él, tirado en el suelo y apoyado contra la pared, está Kurt Dysinger. Jason y Carrie están a su lado, abrazados. Dolores está de pie, un poco más allá. Zoe, en la puerta, junto al padre Merrill. Detrás de ellos, cerrando el grupo y con cara de estar disfrutando de la situación, Aidan Lambert, que tiene la escopeta apoyada sobre el hombro derecho.

Así están las cosas, y cuando el grito de dolor proveniente de la sala de agentes se escucha en toda la comisaría, Zoe y Aidan se dan la vuelta, sorprendidos, y Russell, que siempre ha sabido aprovechar las ocasiones clave, se impulsa con los brazos hacia arriba, pillando a Terence desprevenido y lanzándole hacia un lado. Russell se incorpora a toda velocidad, y Mark intenta girar hacia él para apuntarle, pero Russell es rápido, sujeta el cañón de la escopeta con la mano izquierda y lanza un feroz puñetazo directo a la mandíbula de Mark. El golpe hace que Mark caiga contra un archivador y suelte el arma. Cuando Russell se gira, Terence se está levantando para volver a lanzarse contra él y Verónica está apenas a un paso.

-¡Quietos! - grita.

Y Verónica y Terence obedecen, vencidos. Terence incluso levanta las manos en son de paz.

-Russell, escúchame, teníamos que hacerlo.

-Y una mierda, capullo. Y ahora muévete.

Hace un gesto con la escopeta. Terence le mantiene la mirada durante unos segundos y después obedece. Aidan y Zoe ya han echado a correr hacia la sala de agentes. Jason y Carrie ayudan a Kurt a levantarse, y Dolores se acerca a su hijo. La mujer tiene una expresión perdida, como si no acabara de comprender del todo lo que está ocurriendo. Russell se gira hacia Mark, que se masajea la mandíbula con gesto de dolor y sorpresa.

-Tú también, capullo.

13

Más o menos al mismo tiempo en que Verónica y Terence intentaban convencer a Zoe, el corazón de Candy se detuvo. Parvati le sujetaba la mano cuando eso ocurrió, y aún lo hacía cuando Candy empezó a tener convulsiones. Se asustó, pero no soltó la mano de Candy, sino que intentó agarrarle los hombros.

-¡Candy! - exclamó-. ¿Qué te ocurre? ¡Candy!

Y ahí tienes, a Andy Probst asomado a la ventana e insultando a los muertos que hay fuera y a Paula Henderson sentada en una silla y levantando la cara para mirar

hacia Parvati y Candy. Y mientras Parvati trata de recordar lo poco que sabe sobre primeros auxilios, Paula siente que el miedo crece en su interior y le rodea el cuello como una mano invisible que quisiera ahogarla. Porque Paula ya ha visto antes ese temblor incontrolado que sufre Candy. Lo ha visto en Neville, que se llamaba Donald y no le gustaba decirlo, y en las mujeres semi desnudas que estaban en el bar. Temblaron así antes de volver a levantarse.

Y mientras Andy sigue gritando, encarando la ventana y las caras muertas que le observan desde el exterior, ajeno a lo que ocurre detrás de él, Parvati recuerda que cuando alguien sufre un ataque hay que ponerle de lado y tratar de evitar que se ahogue con su propia lengua. Y mientras Parvati introduce dos de sus dedos en la boca de Candy para agarrar su lengua, Paula salta de la silla y se escabulle entre las mesas, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda.

Y Candy abre finalmente los ojos. Parvati se sobresalta, porque la mirada de Candy ha perdido todo indicio de dulzura y parece un animal a punto de saltar sobre su presa. No tiene tiempo de retirar la mano, y Candy aprieta los dientes sobre sus dedos con toda la fuerza de su mandíbula. Parvati grita por el dolor e intenta echarse hacia atrás, golpeándose contra la pared. Candy estira los brazos hacia ella y logra engancharse a su pelo. Parvati grita. Candy abre la boca y hunde los dientes en la garganta de Parvati. El chorro de sangre que sale de la herida salpica toda la pared.

Para entonces, Andy Probst ya se ha dado la vuelta. Al ver a Candy lanzándose sobre Parvati corre hacia ella y le da una patada para alejarla de Parvati. Candy cae hacia un lado. Andy mira a Parvati y ahoga un grito al ver que su garganta está destrozada y la sangre mana de la herida como si fuera una cascada, empapándole la ropa y el suelo. Parvati cae hacia delante y empieza a tener convulsiones.

Pero Andy no piensa en eso, porque Candy vuelve a levantarse y se lanza hacia él como un toro de lidia. Andy intenta agarrarla para impedirselo, pero el impulso de la mujer es muy grande y ambos caen al suelo, rodando el uno sobre el otro. Andy siente que los dientes de la mujer se le clavan bajo la oreja derecha y grita.

Paula atraviesa una puerta con el corazón latiéndole en el pecho a toda velocidad. Al levantar la vista, ve que se encuentra en un vestuario, con varias taquillas y un par de sillones gastados y que no parecen demasiado cómodos. Una de las taquillas está abierta, y Paula se mete dentro sin pensarlo. Se golpea la cara contra un pantalón que cuelga de una percha. Ese pantalón pertenece a Patrick Flanagan, por si quieres saberlo. El único agente de la comisaría que nunca cierra su taquilla. Paula cierra a su espalda, y la oscuridad sería total de no ser por las dos rendijas que hay en la puerta. Tiene el corazón y la respiración acelerados y está aterrorizada. Intenta calmarse, pero no puede. Le gustaría estar con Mark, porque él sabría qué hacer, pero Mark se ha ido a ayudar a los demás, porque es un adulto y ella solo una niña. Paula no quiere llorar, pero cuando la primera lágrima alcanza el rabillo de su ojo, no puede evitarlo y

rompe a llorar de miedo.

14

Aidan Lambert es el primero en llegar hasta la sala de agentes. Candy está hurgando en el pecho de Andy, llevándose a la boca trozos de carne. Aidan levanta la escopeta para disparar a la mujer, y entonces recibe un golpe desde la izquierda cuando Parvati se lanza sobre él. Los dientes de la mujer se cierran a escasos milímetros de su cara. Aidan cae al suelo y empuja a Parvati para apartarla de él. La mujer cae dando vueltas sobre sí misma.

Terence empuja a Zoe a un lado y desengancha el hacha de su pantalón. Parvati vuelve a lanzarse sobre Aidan, que está intentando levantarse, y Terence le da una patada en la cara que hace que la mujer se estrelle contra la pared.

Zoe se ha quedado paralizada junto al mostrador. Detrás de ella, Verónica, el padre Merrill, Jason y Carrie, Kurt, Dolores y Mark observan lo que ocurre. Cerrando el grupo, apuntando con la escopeta hacia la espalda de Mark, el agente Dinner.

Parvati no se detiene. Vuelve a lanzarse a la carga y Terence le hunde el filo del hacha en la barbilla. El cuerpo de Parvati se estremece y cae al suelo. Su brazo derecho sufre un espasmo y se queda quieto. Definitivamente.

-¡Cuidado, Terence!

El grito de Verónica hace que Terence se dé la vuelta, pero no lo suficientemente rápido como para evitar a Candy, que salta sobre él y hunde los dientes en el brazo del bombero, sobre el escudo de Castle Hill del uniforme. Terence se revuelve y trata de soltarla. Verónica agarra a Candy desde atrás y tira de ella. Cae al suelo, de culo, con Candy encima. Candy grita y se revuelve y lanza los dientes hacia Verónica, mordiendo el aire a unos centímetros de su cara. Vuelve a lanzarse al ataque, pero Terence le da una fuerte patada en el estómago y la lanza volando hacia la puerta. Candy se da un fuerte golpe, que parece incitar más a los muertos del exterior, que golpean la puerta por el otro lado con mayor insistencia. Candy vuelve a ponerse en pie. Aidan dispara, y de repente, la cabeza de Candy parece desaparecer y explotar hacia atrás. Su cuerpo cae al suelo como si fuera un saco de patatas. Pero el disparo no se detiene al atravesar la cabeza de la prostituta, sino que sigue su trayectoria recta y hacia delante e impacta en el lateral de la puerta, sobre una de las bisagras. La presión desde el exterior hace que la puerta se combe de inmediato.

-Joder - murmura Terence.

-¡Lo siento! - exclama Aidan.

Russell empuja a Mark y levanta la escopeta. Su disparo acierta en el pecho de Andy Probst y lo catapulta hacia detrás, salvando a Aidan Lambert de una muerte segura, ya que el antiguo jefe del periódico estaba a punto de lanzarse sobre él.

-¡Vamos! - grita - ¡Podemos salir por la puerta del garaje!

Nadie espera una segunda orden. Russell abre la carrera y todos le siguen. Terence tira de Verónica para ayudarla a levantarse y la empuja para que corra delante de él. Andy vuelve a levantarse y corre hacia ellos. Terence se da la vuelta y le espera, blandiendo el hacha. Espera hasta que Andy se encuentra a una distancia prudencial y lanza su golpe. La hoja del hacha corta el aire, provocando un sonido similar a un silbido, y atraviesa el cuello de Andy como si fuera de mantequilla. El cuerpo se estrella contra la pared y se derrumba. La cabeza vuela por el aire, rebota sobre el mostrador y cae junto al cuerpo de Candy, cerca de la puerta. Antes de darse la vuelta para echar a correr, Terence ve que varias manos empiezan a atravesar la zona de la puerta cercana a la bisagra saltada.

No les queda mucho tiempo.

Terence se da la vuelta. Mientras recorre el pasillo a toda velocidad y luego baja las escaleras que llevan al garaje, tiene tiempo de preguntarse qué harán si tras la puerta del garaje hay otra multitud de zombis. También tiene tiempo de lamentarse, porque la comisaría era el refugio perfecto y ellos deberían de haberse dado más prisa encerrando a la mujer en una celda. Si lo hubieran hecho, la otra mujer y Andy estarían vivos. Y si Aidan no hubiera disparado, no estarían corriendo para escapar antes de que la comisaría sea asaltada por esas cosas. Claro que si Aidan no hubiera disparado, muy probablemente Verónica estaría muerta. O él.

Se pregunta por qué todo tiene que salirles mal.

Y alcanza la planta baja en el mismo momento en que escucha que arriba la puerta cede bajo el peso de todos los muertos que se agolpan contra ella. Los oye entrar, y escucha sus gritos hambrientos y necesitados. Atraviesa la endeble puerta acristalada que da al garaje a tiempo para ver al padre Merrill, Russell y Mark intentando levantar la puerta metálica a pulso. El garaje está vacío, porque todos los coches patrulla estaban fuera cuando empezó el caos.

La puerta metálica sube, y Terence nota el golpe de aire frío en la cara. Russell es el primero en salir y mirar hacia los dos lados. Señala hacia la derecha.

-¡Vienen a por nosotros! ¡Corred!

Y echa a correr hacia la izquierda. El resto le sigue, incluso Kurt corre a toda velocidad, movido más por la adrenalina que por las fuerzas que le quedan. Mark se queda paralizado y mira hacia la puerta de la que ha venido Terence.

-¡Paula! - exclama.

Hace ademán de lanzarse hacia allí, pero Terence le agarra del brazo y se lo impide.

-¡No! ¡Ya han entrado!

-¡Tengo que ir a buscarla! - grita Mark, desesperado.

-¡No! - Terence le empuja hacia fuera-. ¡Ya no hay tiempo!

Mark echa a correr, siguiendo al resto. Terence también, y al salir a la calle, de regreso a la lluvia, echa un vistazo hacia la derecha y ve que son muchos los zombis que corren hacia él. Y a los más cercanos les saca menos de veinte o treinta metros.

No lo conseguiremos.

15

Richard Jewel se encontraba mal. Sentía náuseas y dolor en el estómago, como retortijones. Conocía lo suficiente su cuerpo como para saber que era la necesidad de alcohol. Y también se conocía lo suficiente como para saber que, a esas alturas de la vida, ya nada le calmaba la necesidad de alcohol salvo el alcohol. Hubo un tiempo en que el tabaco le ayudaba, incluso el tra bajar, pero ese tiempo había quedado atrás hacía mucho. Ahora lo único que le aliviaba, y no siempre y no del todo, era el sexo.

El Chester era el mejor lugar del mundo. Unía las dos cosas bajo el mismo techo.

Richard había empezado a beber a los doce años. Su padre era un alcohólico que pegaba a su madre de cuando en cuando, aunque nunca le había puesto un dedo encima a él. Richard le había visto borracho en multitud de ocasiones, y en muchas se había avergonzado de él, pero nada de eso logró evitar que él siguiera sus pasos. No todos, porque Richard Jewel siempre había sido un caballero con las mujeres.

A los dieciocho, ya bebía todos los días. Él pensaba que le hacía parecer mucho más duro, y tal vez fuera así, porque el resto de chicos del pueblo le seguían en todas sus locuras. Solo que Richard no tenía freno ni límites. Bebía hasta caer inconsciente o vomitar en cualquier lado. Estaba tan acostumbrado a despertarse en sitios extraños que ni siquiera se molestaba en preguntarse cómo había llegado hasta allí. Era joven, vivía una vida salvaje y rebelde y pensaba que siempre podría ser así.

Por aquella época, ese lado salvaje y rebelde aún atraía a algunas chicas. Francine Newcomb, por ejemplo, se había dejado arrastrar por esa imagen de vividor capaz de cualquier cosa y había vivido con Richard una noche de pasión, o menos, incluso, un polvo de pasión sobre el césped del Mirador. Al día siguiente, Richard ni siquiera recordaría la cara de la chica, mucho menos su nombre. La historia de ella, bueno, ella sí recordaba el nombre de él, y cuando se enteró de que estaba embarazada, les dijo a sus padres quien era el padre de la criatura. Sus padres, chapados a la antigua, y por tanto terriblemente humillados y enfadados con su hija menor de edad, pero también perfectos conocedores del pueblo y sus habitantes, prohibieron a su hija ningún tipo de contacto con Richard Jewel, la aislaron y enviaron con su abuela hasta que nació el niño, y Francine Newcomb jamás se acercó al que, ya por entonces era el borracho oficial y había perdido todo su toque rebelde y salvaje.

Richard había salido de la sala de agentes y entrado en la cocina después de que Mark le acusara en frente de todo el mundo de haberles abandonado a él y a una niña

pequeña, a una muerte segura. No tenía sentido discutir y tratar de convencerle de que, de todas formas, habían evadido esa muerte, porque incluso Richard sabía que había actuado mal y como un cobarde.

Había abierto el grifo y metido la cabeza debajo, abriendo la boca para beber agua, pero el agua le hizo sentir casi peor. Sentía ganas de vomitar, así que salió de la cocina en busca del cuarto de baño. Pero no sabía dónde estaba, así que, cuando encontró las escaleras que llevaban a las celdas, no lo pensó dos veces y bajó. Normalmente, salvo que hubiera alguien en ellas, las celdas estaban abiertas todo el tiempo. Richard entró en una de ellas y vomitó en el retrete.

Después, limpiándose la boca con la manga, se sentó en el catre y miró a su alrededor. Había despertado en ese mismo lugar en muchas ocasiones, pero nunca antes hasta esa tarde en que Castle Hill se fue a la mierda había hecho balance de su vida y llegado a la conclusión de que había seguido caminos erróneos. Richard fijó la vista en su pierna derecha, que se movía arriba y abajo a toda velocidad, en un irrefrenable tic, y rompió a llorar.

Richard aún lloraba cuando en la parte de arriba Aidan Lambert disparó a Candy en la cabeza, cargándose una de las bisagras de la puerta de paso. Aún lloraba cuando el resto de sus compañeros huían hacia el garaje, y aún lloraba cuando los muertos lograron entrar en la comisaría.

Richard levanta la cabeza de golpe al oír los gruñidos y gritos en el piso de arriba. Se pone en pie, como si tuviera un resorte en el trasero, y corre hacia la salida. Alcanza la escalera justo cuando un hombre, vestido de militar y con el brazo izquierdo cercenado a la altura del codo, empuja la puerta de arriba con su cuerpo y cae rodando las escaleras. Richard lanza un grito y mira hacia arriba. Los zombis han entrado en la comisaría, y un grupo de ellos siguen al soldado manco en dirección a las celdas. Richard se da la vuelta y corre de regreso hacia la celda. El soldado manco se levanta de nuevo al llegar abajo, pero una de sus piernas está doblada en una posición extraña, y cada vez que intenta avanzar cae hacia delante. Pronto se ve sobrepasado por el resto de zombis que corren hacia Richard.

Richard entra en la celda y empuja la puerta para cerrarla. Escucha el sonido metálico que indica que la puerta está asegurada y se lanza hacia atrás en el mismo momento en que varios brazos se cuelan entre los barrotes intentando agarrarle. Los dedos de una mujer le rozan la camisa y le arrancan un botón, pero no logran detenerle. Richard cae al suelo y se golpea la cabeza contra el retrete. Se levanta de un salto y se pega a la pared.

Frente a él, casi veinte muertos se agolpan contra la celda y extienden sus manos a través de los barrotes. Richard ve sus manos abrirse y cerrarse, sus bocas llenas de sangre que braman suplicando un poco de su carne, las heridas que deberían hacer que todas esas personas no volvieran a levantarse. Todos están ensangrentados y

empapados por la lluvia que ha caído sobre ellos, tan inclemente como su ansia de carne.

Richard nota que le tiembla todo el cuerpo y que la necesidad de alcohol ha sido relegada por el momento. Debido al miedo. Aún no lo piensa, pero lo hará de un momento a otro. Su

situación es de lo más trágica. Se encuentra encerrado en una celda, a salvo de los muertos, pero sin ningún tipo de comida con la que resistir. Ni bebida.

Y puede que la necesidad haya desaparecido, pero él sabe que volverá. Lo sabe tan bien como sabe que esos seres jamás se marcharán. No mientras él siga vivo y le tengan tan cerca, incapaces de pensar que nunca lograrán atravesar esos barrotes para cogerle.

16

Paula oye los gritos, los gruñidos, el arrastrar de piernas, golpes de sillas al ser derribadas, cosas que caen y se hacen añicos y pasos, muchos pasos. Se tapa la boca con las dos manos, intentando no hacer ni el menor ruido, ni siquiera al respirar. Al principio, todos esos sonidos los oye apagados, porque ocurren más allá del vestuario, en la sala de agentes y el vestíbulo, pero luego oye un golpe inconfundible y cercano, el de una puerta al golpear la pared. A ese sonido le sigue un rugido que cuesta creer que provenga de una garganta humana. Paula no puede evitar que se le escape un gemido. Y ese sonido ejerce de motor para que el muerto que acaba de entrar al vestuario se lance como un loco hacia las taquillas. Paula grita cuando el hombre empieza a golpear la taquilla, y sigue gritando cuando la zarandea. Paula se ve lanzada hacia delante y a los lados y se golpea contra todos los lados. El pantalón de Patrick Flanagan se le cae encima, y Paula sigue gritando porque está aterrorizada y sabe que va a morir. Y entonces la taquilla se inclina hacia delante y cae al suelo, boca abajo. El impacto hace que Paula quede inconsciente, al recibir un golpe en la frente.

Fuera, el muerto sigue golpeando una y otra vez la taquilla, tratando de alcanzar el cuerpo de la niña.

17

Si hay una persona en el grupo de supervivientes que merezca hacer un paréntesis, creo que estarás conmigo en que es Brad Blueman. Nuestro intrépido reportero, que hace rato que perdió su sombrero, el mismo que Carrie pisó a la entrada de los juzgados. Es increíble, pero parece que hubiera pasado una eternidad desde ese momento cuando apenas han pasado un par de horas.

No ha perdido su cámara, eso sí que no. Y tampoco le ha preocupado que todos le miraran mal cuando fotografió a Terence reduciendo a Russell, porque nunca le han importado los reproches. Por eso, y porque el cerebro de Brad Blueman está en ebullición. Casi podría sentarse en cualquier momento para empezar a escribir su libro.

Un libro que le hará millonario.

¿Un motín entre los supervivientes? Ni siquiera en sus mejores sueños podría haber pensado en algo tan bueno. Puede jugar a ambos bandos, además. Puede defender al agente Dinner, que como policía es el que intenta mantener el control, o puede defender al resto. Pero Brad no es idiota, y sabe que su libro defenderá al agente Dinner, porque es el pobre héroe solitario que ha sido engañado por el resto. ¿Ha sido mordido y se convertirá en un muerto andante? Vale, es cierto, pero si quiere puede obviar esa parte. Porque sería aún más maravilloso un motín sin una causa clara, movido únicamente por las ansias del resto de tomar el control.

Mentir no es lo suyo, pero qué demonios, ese libro le va a hacer millonario. Si tiene que hacerlo, lo hará. Sabe que no es necesario, pero tiene la posibilidad de hacerlo. Si finalmente se decide por añadir el dato del mordisco y la infección, aún puede jugar con los sentimientos de Russell, que aún es un ser humano y que está dispuesto a seguir luchando.

Lo siento, Terence, pero vas a ser el malo de esta película.

Lo primero que piensa hacer cuando reciba el primer cheque será homenajear de alguna forma al pueblo de Castle Hill. No es que le tenga especial aprecio, de hecho siempre ha deseado salir de allí, pero eso le dará un plus de cara al público.

Cuando Russell logra zafarse de la presión ejercida por Terence y le arrebató el arma al extranjero de un puñetazo en la mandíbula, Brad está a punto de lanzar un gritito de júbilo. Por dios, eso ha sido como tener un orgasmo. En su mente, prácticamente tiene ya escrito ese capítulo, y desde luego, ese colofón es el mejor que pueda imaginar. El héroe que resurge como un ave fénix. Maravilloso. Espera que no se le olvide esa frase.

Después, Brad sigue al resto cuando se dirigen hacia la sala de agentes, y presencia como el resto la pelea que tiene lugar en el vestíbulo. Realiza tres fotografías. En una de ellas, Terence forcejea con una de las prostitutas. Prostitutas zombis, santo cielo, este libro va a ser una bomba. En la segunda, Aidan Lambert sujeta la escopeta, después de haber disparado y, al fondo, se aprecia la figura de Andy Probst corriendo hacia él. En la última de las fotografías, el cuerpo de Andy está volando por los aires, Aidan tiene la cabeza encogida como asustado por el disparo, e incluso cree haber captado un trozo del cañón de la escopeta de Russell.

Y por cierto, Andy Probst convertido en zombi es una de las mejores imágenes que ha visto en todo el día. De esas que le alegran a uno la vista. Casi tan bueno como

esas muchachas con vestiditos de verano enseñando las piernas cuando llega la primavera.

Ya nadie volverá a decirle si puede o no ir en portada.

Qué demonios, Andy, esta vez te arrodillarías y lamerías el suelo que piso con tal de que te dejara publicar parte de mi historia en primera plana.

Solo encontrarás una sonrisa entre todos los supervivientes que se encuentran en el vestíbulo de la comisaría, y se encuentra en la cara del infame Brad Blueman.

Después, Russell les grita a todos que corran, y Brad obedece y se da la vuelta. Baja los escalones de dos en dos detrás de Mark y llega al garaje. Russell, Mark y el padre Merrill intentan levantar la puerta del garaje a pulso. Brad levanta la máquina de fotos e inmortaliza ese momento. Porque, venga ya, el sacerdote luchando por su vida también es un punto que podrá explotar en el libro.

Como suele decir la gente en facebook, a esta historia solo le faltaría un velociraptor para ser perfecta.

Brad Blueman está a punto de soltar una carcajada en el garaje de la comisaría. Si lo hubiera hecho, es muy probable que todos hubieran pensado que había perdido la cabeza finalmente, debido a la presión. Ha oído casos de personas a las que les ocurre eso, pero él está jodidamente lúcido. Nunca ha estado tan espabilado. Se siente como si hubiera tomado alguna droga que alterara la percepción, como si no pudiera perderse ningún detalle, como si fuera capaz de absorberlo todo.

Anota mentalmente que tiene que descubrir el nombre del extranjero, el que ha recibido el puñetazo en la mandíbula.

Después la puerta se abre y todos echan a correr. Brad protege su cámara de la lluvia apretándola contra su cuerpo. Tiene delante al agente Dinner, al cura y a Stan Marshall, el hombre que le gruñe siempre que va a comprarle el periódico. Brad corre con todas sus fuerzas, pero no es un hombre rápido. Nunca le ha gustado la gimnasia y no está en buena forma física. Verónica le adelanta por la izquierda como una exhalación. Jason y Carrie están a punto de alcanzarle. Corren de la mano, lo que en otro momento y lugar tal vez habría sido entrañable. O no, porque a Brad nunca le había gustado ese chico.

Pero eso no es lo importante. Lo importante es que Jason y Carrie están alcanzando a Brad en su carrera por la supervivencia, y que detrás de ellos y ganándole terreno rápidamente van Dolores y Zoe, y dentro de unos segundos, uno de ellos lo pagará caro.

El Coronel Trask levanta la mano derecha con el puño cerrado. El grupo de asalto se detiene de inmediato, todos al mismo tiempo, como un solo hombre. A unos cien

metros la carretera da una pequeña curva y desde donde están pueden ver el morro de una camioneta.

El coronel hace un gesto con la mano. De inmediato, Fred Williams y Anne Sanders se desmarcan del grupo y recorren parte de la distancia hacia la camioneta. Ponen una rodilla en tierra, y mientras Anne apunta con su rifle hacia el vehículo, Fred inspecciona la zona con unos prismáticos térmicos. Un segundo después, Fred levanta la mano, y el resto del grupo se acerca. Fred y Anne se unen a ellos, recuperando sus posiciones, y el grupo de élite pasa junto a la furgoneta abandonada de Erik Killian que Brad Blueman utilizó para escapar del pueblo.

Siguen avanzando en dirección a Castle Hill.

19

Russell es el primero en salir a la calle desde el garaje de la comisaría, pero el padre Merrill le alcanza con facilidad a la carrera. Señala hacia delante, a un edificio situado a casi seiscientos metros.

-¡El taller de Wally! - grita.

Russell no se molesta en corregirle. El taller, que tan bien conoce Richard Jewel, pertenece en realidad a un hombre llamado Wayne. Russell alcanza a ver la puerta de su taller completamente levantada. Le parece que está increíblemente lejos, pero tampoco dice nada. Se limita a correr con todas sus fuerzas.

De una calle lateral, a su izquierda, aparece corriendo un hombre. Nada más verle, Russell sabe que se trata de un zombi, por los movimientos espasmódicos de los brazos, la boca abierta en un grito sin fin y el agujero que tiene en el costado por el que cuelga algo que Russell ni siquiera quiere pensar.

Se limita a levantar la escopeta, sin dejar de correr, y apretar el gatillo. No acierta en la cabeza, pero el hombre recibe el impacto en el pecho y sale despedido hacia atrás.

-Joder! - grita Stan, detrás de Russell.

Russell se siente demasiado agotado como para decir nada, como si le faltara el aire, lo cual no es comprensible para él porque es un hombre habituado al ejercicio. Si hubiera tenido fuerzas para decir algo, seguramente habría sido algo similar al joder de Stan. Porque detrás del hombre al que acaba de abatir, desde esa misma calle lateral, empiezan a aparecer más zombis.

Russell, con un nudo en la garganta y completamente aterrorizado, se concentra en correr lo más deprisa que puede, con la vista fija en sus pies y rezando para no tropezarse o caerse.

Russell, el padre Merrill y Stan ya han superado la calle lateral cuando los muertos empiezan a salir de ella. Verónica va detrás de ellos, pero tampoco tiene

problemas. Los zombis corren directos hacia el grupo que tienen delante, y el más cercano resulta ser el hombre que planea hacerse millonario contando lo que ocurre en Castle Hill. Brad reacciona echándose a la derecha sin dejar de correr hacia delante, en un intento por esquivar la trayectoria de los muertos, pero al hacerlo su pie roza la pierna de Carrie y esta, al moverse hacia delante, choca contra su otra pierna. Carrie cae al suelo de rodillas, agarrada aún a la mano de Jason, que está a punto de caer también. Brad pasa junto a ellos como una exhalación, seguido de Dolores y Zoe.

Todo esto ocurre en apenas fracciones de segundo.

Jason levanta la cabeza. Algunos de los muertos han desviado su camino para perseguir al grupo que va en cabeza, pero la mayoría ha fijado su objetivo hacia delante. Justo donde se encuentran él y Carrie. Tira de Carrie para ayudarla a levantarse. Una mujer con varios mordiscos en la cara y parte del pecho lacerado les alcanza, pero Jason la derriba de un certero puñetazo en la sien. Carrie grita y empieza a correr. Jason se gira para seguirla, justo a tiempo para ver a un hombre con los pantalones hechos jirones y parte de la carne de las piernas arrancadas lanzarse contra ella y derribarla. Oye a Carrie gritar, y Jason se lanza hacia el hombre.

Nunca ha sabido controlarse cuando se trata de Carrie. Dos años atrás, un hombre le había tocado el culo a Carrie a la salida del instituto. Había intentado sobarle los pechos también, pero ella había echado a correr. Llorando, se lo había contado a Jason, y él la había consolado y tranquilizado. Sabía quien era ese hombre por la descripción que hizo ella, así que después de dejar a Carrie en su casa y despedirse de ella con un largo beso, Jason había recorrido el pueblo en moto, de bar en bar, en busca de aquel tipo. Lo había encontrado bebiendo en el Yucatán. Había esperado a que el tipo saliera y le había partido la nariz y tres dientes con dos golpes bien dados con el casco de la moto. Después le había agarrado del cuello y le había advertido que, si le veía tocar a otra niña alguna vez, le arrancarían la polla de cuajo. Nunca le había contado eso a Carrie ni a nadie. No era la única pelea que había tenido por ella. A un idiota de diecinueve años que la había llamado puta de mierda durante una fiesta en el Mirador, después de que Carrie le rechazase, Jason le golpeó sin piedad hasta que les separaron. El chico acabó con una costilla rota y la cara hinchada como un balón de playa. Por citar solo unos ejemplos.

Jason derriba al hombre de un empujón y la fuerza de la inercia le hace caer a él de rodillas. Se raspa las manos contra el asfalto, pero no se da cuenta. Vuelve a ponerse en pie y golpea a un hombre que intenta agarrarle, primero en el brazo y después en la cara. El zombi cae hacia un lado.

-¡Vamos, Carrie! - grita.

Hay más zombis corriendo hacia ellos, y los que acaba de derribar ya se están levantando. Jason empuja a Carrie hacia delante, y la chica echa a correr. Uno de los

muertos, el de las piernas devoradas, se lanza de nuevo hacia él. Jason se lanza hacia atrás, y los dedos del cadáver resbalan en su pecho empapado por la lluvia. Si hubiera llevado camiseta, probablemente le habría enganchado. Jason levanta la pierna y logra situar el pie contra el abdomen del muerto. Después, empuja con todas sus fuerzas hacia atrás y derriba al hombre. Jason se da la vuelta y corre detrás de Carrie. Alcanza a ver una herida en forma de media luna en su nuca.

Siente como si le golpearan en los testículos cuando el miedo y el dolor se cuelan en su cuerpo, erizándole todos los pelos del cuerpo.

Puede oír claramente a Kurt diciendo no hay vacuna, si le han mordido, no hay salvación posible.

Y saberlo hace que sea aún peor. El miedo le atenaza las piernas y de pronto se siente sin aire y sin fuerzas. Las piernas le flaquean y cae de rodillas. No se da cuenta, pero tiene los ojos anegados en lágrimas. Escucha los gruñidos de los muertos que se acercan a toda velocidad hacia él. Imagina que son el hombre de las piernas laceradas y la mujer a la que ha derribado de un puñetazo. Les seguirán otros. Pero él es incapaz de moverse, mucho menos de levantarse. Tiene la mirada fija en las marcas de dientes que Carrie tiene en la nuca, en la sangre que se mezcla con el agua de lluvia y le mancha la espalda de la camiseta.

Jason cierra los ojos y se prepara para morir.

20

Brad ve caer a Carrie pero no se detiene. El miedo le bloquea la mente y le obliga a seguir corriendo, pero tampoco debemos pensar que se debe a eso. Si no hubiera tenido la mente paralizada por el miedo, Brad tampoco se habría parado. Es lo suficientemente egoísta como para pensar solo en sí mismo.

Mueve las piernas todo lo deprisa que puede. El corazón ha empezado a latirle a más velocidad de lo que lo ha hecho jamás, un toctotoc en el pecho continuo, bombeando sangre a toda velocidad. Pero no es suficiente, Brad lo sabe, sabe que jamás alcanzará el taller de Wayne porque oye detrás de él los gruñidos y pasos que corren recortando terreno a cada segundo.

Pero no es justo. Yo debería sobrevivir. Yo tengo que contar lo que ha ocurrido. Se suponía que esta era mi oportunidad.

-¡Corre, Dolores!

La voz de Zoe le llega desde la derecha, unos pasos por detrás. Brad gira la cabeza hacia allí y ve a Dolores y Zoe, casi a la par y corriendo con la misma desesperación que él. Están a punto de alcanzarle. Al igual que los muertos que están detrás de ellas.

Él morirá, ellas sobrevivirán.

La historia de su vida, podría decirse. Los demás triunfan y él se queda en Castle Hill, viendo como los que fueron sus compañeros consiguen trabajos bien pagados en periódicos de tirada nacional, en programas de prime time, en puestos superiores a los que tenían en el Journal.

Se suponía que era mi oportunidad.

Es como un mantra. O un llanto, rogado y suplicado.

Pero Dios solo ayuda a los que se ayudan a sí mismos.

Esa era la frase preferida de su padre. La tenía grabada en el cinturón con el que atizaba a Brad cuando sacaba malas notas o hacía alguna trastada, el mismo cinturón que había dejado algunas cicatrices, no muchas, grabadas para siempre en su espalda.

-Perdón.

Susurra la palabra antes de embestir a las mujeres. Golpea con el hombro a Zoe, que se ve lanzada contra la pared y cae al suelo rodando, y después agarra el brazo de Dolores y tira de ella, arrastrándola hacia un callejón lateral que pasa entre dos edificios, uno de esos callejones que se utilizan para apartar los contenedores de basura de las calles principales. Dolores grita, pero la presión de Brad es tan fuerte que no consigue escapar de él y se ve obligada a seguirle por el callejón. Brad aparta un contenedor de basura de un empujón, derribando en el proceso un montón de bolsas que esparcen su contenido. Sigue corriendo hasta llegar al final del callejón y salir a Abbey Street. Brad gira a la izquierda sin pensarlo y tira de Dolores para que corra con él. En un momento dado se atreve a mirar hacia atrás.

Está a punto de lanzar un grito de júbilo al ver que nadie les persigue.

21

Terence cierra la marcha. Delante de él corren Mark, Kurt y Aidan. Cuando ve aparecer los primeros zombis desde la calle lateral, Terence cree que no lo lograrán. Ve a Carrie caer al suelo, a Jason ayudándola, al hombre que muerde a Carrie y la pelea que tiene Jason tratando de apartar a varios zombis. Mark y Kurt tratan de esquivar a los muertos corriendo en diagonal hacia la pared. Aidan dispara hacia uno de ellos, derribándole. Mark pasa como una exhalación junto a las manos extendidas de un hombre. Kurt se frena, para esquivarle, y quiebra hacia la izquierda. Escapa del hombre, pero una mujer se abalanza sobre él. Terence la empuja con el hombro, derribándola. Después, levanta el hacha y la descarga con fuerza sobre la cabeza de la mujer. El hombre corre de regreso hacia él. Terence gira, levantando el hacha, y la hoja arranca la parte superior de la cabeza del hombre, casi como si fuera un flan. Aidan vuelve a disparar contra otro de los muertos. Le da en la pierna, y el muerto cae al suelo. A Terence le fascina comprobar que el tipo sigue arrastrándose, tratando de atrapar a Aidan.

Pero Aidan, Mark y Kurt ya están a salvo, a menos que se caigan u ocurra alguna catástrofe. Terence es otra cosa. Cada vez más zombis salen desde la calle lateral y corren desde atrás, y Terence es la cola del grupo humano. Se da la vuelta y echa a correr, esquivando a una mujer que se lanzaba hacia él.

Ve caer a Jason de rodillas. Dos zombis corren hacia él, y le alcanzarán sin problemas. Terence cierra el puño con fuerza sobre el mango del hacha y grita, al tiempo que lanza el hacha por los aires. El arma vuela en dirección a los muertos que corren hacia Jason, girando en el aire, y se hunde en la espalda de uno de ellos, lanzándolo por los aires hacia delante.

El muerto cae, con el hacha hundida en su espalda, a un par de metros a la izquierda de Jason, que levanta la cabeza al oír el golpe.

-¡Cuidado! - grita Terence, sin dejar de correr.

Jason se gira. El segundo de los zombis se lanza contra él, con la boca abierta y dispuesto a morderle. Jason levanta los brazos y le placa, tirándole a un lado. Se incorpora y mira hacia Terence. Su expresión es de auténtico horror.

Solo que Terence se da cuenta de que no le mira a él. Mira más allá. Hacia la espalda de Terence. Y el bombero, que no ha querido mirar hacia atrás, toma conciencia del creciente sonido de pasos y gritos que tiene a la espalda.

Jason da un par de pasos tambaleantes hacia atrás antes de darse la vuelta y echar a correr. Terence no afloja, y al pasar junto al muerto con el hacha clavada en la espalda, que está intentando levantarse a pesar de todo, agarra el mango y recupera su arma.

22

Mark corre pegado a la pared. Sabe que detrás de él están Kurt y Aidan, y tiene la vista fija en los tres cadáveres que corren detrás de Brad, Zoe y Dolores, pendiente de ellos porque si alguno gira la cabeza y le ve probablemente cambie de trayectoria para ir a por ellos, y entonces Mark tendría que esquivarles.

Lo que ocurre es algo que no esperaba. Brad embiste a Zoe. La recepcionista se estrella contra la pared y cae al suelo. Después, Brad agarra a Dolores y tira de ella hacia un callejón. Los muertos, como es obvio, se lanzan hacia la presa fácil. Zoe grita, tratando de levantarse y apartarse. La chica intenta escurrirse pegándose a la pared y lanzando una patada. Consigue derribar a uno de los muertos, pero los otros dos la enganchan y se inclinan sobre ella.

Mark se maldice por dentro por ir a hacer lo que va a hacer.

Extiende las manos hacia delante y se lanza contra los hombres que agarran a Zoe. El choque es fuerte, y los tres caen al suelo. La pierna de uno de ellos le golpea en la boca, y Mark siente cómo se parte su labio y el sabor cobrizo de la sangre le

llena la boca. Intenta levantarse de nuevo, aterrorizado de que una de esas manos se cierre sobre sus tobillos o sus brazos. Al levantar la cara ve que uno de los hombres ha caído junto a él y trata de revolverse para agarrarle. Mark grita, intenta echarse hacia atrás, el hombre se abalanza hacia él y de repente, su cabeza parece estallar en pedazos.

Mark logra levantarse. Aidan está recargando la escopeta, parado en medio de la acera. Zoe ha echado a correr, y los dos zombis restantes se lanzan hacia Mark. Intenta esquivarles echándose a un lado. Uno de ellos logra agarrarle de la camisa y varios botones saltan despedidos. Mark le golpea el brazo una y otra vez. Tratando de liberarse. Entonces Aidan coloca el cañón de la escopeta a unos centímetros de la cabeza del hombre y aprieta el gatillo. Mark alcanza a cerrar los ojos antes de que le salpique toda la sangre. El segundo de los zombis se ha girado de nuevo hacia ellos. Aidan le dispara en la cara.

-Joder, gracias - murmura Mark.

Aidan asiente y señala hacia atrás. Mark mira. Jason está a punto de alcanzarles. Unos pasos por detrás, con el hacha en la mano derecha, Terence. Persiguiéndoles, cuatro o cinco zombis se encuentran más adelantados. Son la cabeza de una muchedumbre que llena la calle. Ve multitud de bocas abiertas, rostros heridos y mutilados, cuerpos parcialmente devorados. Todos corren en su dirección.

-Joder.

Mark se da la vuelta y corre. Jamás había chillado con tanta fuerza en su vida. Jamás había tenido tanto miedo.

23

Russell y el padre Merrill alcanzan el taller de Wayne. Russell se lanza contra una pared y se agacha, jadeando y tratando de recuperar el aire.

-Será mejor que me ayudes, Russell.

Russell levanta la cabeza. Se siente incapaz de ayudar a nadie, pero hace un esfuerzo para incorporarse y mira hacia fuera. La multitud que corre detrás de Terence hace que se le encojan los testículos.

-Mierda... Perdón, padre.

-Ya me pedirás perdón más tarde. Tenemos que bajar esta puerta.

La puerta metálica del garaje está completamente levantada. Russell no la alcanza con la mano, pero ve que tiene un enganche para bajarla con una palanca. Se da la vuelta, buscando algo que pueda utilizar.

Stan alcanza el taller, y derriba una caja de madera con botes y herramientas y frena contra un coche azul con el capó abierto que debía ser en lo que estaba trabajando Wayne cuando comenzó todo aquello.

Russell ve la palanca. Está colgada de la pared del fondo, junto a otras muchas herramientas. Corre hacia ella, la agarra y regresa hacia la puerta. Cada vez están más cerca. Verónica, Zoe, Carrie y Kurt ya han llegado. Russell estira la palanca y trata de engancharla. La primera vez falla por unos centímetros. La segunda vez, roza el enganche pero no atina.

-¡Deprisa, joder, ya casi están aquí! - exclama Verónica.

Stan Marshall ha retrocedido hasta el fondo y abre la puerta que da a la oficina de Wayne. Es un pequeño cubículo con una mesa y varios archivadores. El ambiente es desordenado y sucio. En la pared hay un calendario de Playboy. La modelo del mes es una rubia de tetas siliconadas. Parvati no habría tenido nada que envidiarle. Stan no entra en la oficina, pero se prepara para hacerlo y cerrar la puerta a su espalda si es necesario.

-¡Lo intento, maldita sea! - grita Russell, pero de nuevo no logra encajar la palanca en el enganche.

-¡Trae!

Verónica le arrebató la palanca y traza un arco con ella. Lo consigue a la primera. Russell la ayuda, colgándose de la palanca, y entre ambos tiran hacia debajo de la puerta metálica. La bajan hasta la altura de sus cabezas.

-¡Corred! - grita el padre Merrill.

Mark pasa por debajo de la puerta, agachando la cabeza, como una exhalación. No frena a tiempo y se golpea la pierna derecha contra el morro del coche. Su caída hacia un lado es más estrepitosa que dolorosa en realidad. Aidan Lambert consigue esquivar el vehículo y se echa a un lado, pegándose a la pared, con la respiración acelerada. El padre Merrill sigue en cuclillas, animando a Jason y Terence. Russell, Verónica y Zoe sujetan la puerta metálica, en tensión, preparados para cerrarla de golpe en cuanto pase Terence.

Disponen de menos de un segundo. Si lo logran, se aislarán en el taller, al menos durante un rato si la puerta metálica resiste. Si fallan, aunque sea un poco, y esas criaturas consiguen entrar, Russell duda de que ninguno de ellos salga con vida de allí.

Jason se lanza al interior del garaje. Rueda por el suelo y se detiene a los pies de Kurt. Mira hacia fuera. Terence recorre los últimos metros que le separan de la puerta y se tira, como un portero de fútbol para hacer una parada milagrosa. Russell grita, y en ese momento, Verónica, Zoe y el propio agente empujan la puerta hacia abajo.

Para Jason, el sonido que hace la puerta metálica al golpear el suelo es el mejor sonido que ha escuchado jamás.

A ese sonido le sigue otro. El de los cuerpos del exterior golpeando la puerta metálica. Al principio no ocurre nada, y todos permanecen en tensión con la vista fija en la puerta. Cuando la multitud alcanza el taller de Wayne y los cuerpos empiezan a

apretujarse contra la puerta, esta se comba hacia dentro. Zoe suelta un grito de angustia al verlo. Russell, el padre Merrill y Verónica retroceden. Al otro lado, los muertos golpean con los puños y arañan el metal, tratando de abrir un hueco por el que pasar.

Un momento después, es evidente que la puerta resiste, al menos de momento.

Mark lanza un suspiro de alivio que parece relajarles a todos. A pesar de que acaban de rozar la muerte, Zoe lanza un grito de alivio, y Jason ve a Verónica y el padre Merrill abrazarse, celebrándolo. Aidan se les une.

Jason se pone en pie, pero él no tiene nada que celebrar. Su vida acaba de desmoronarse y perder todo el sentido. Su mirada se cruza con la de Carrie, que está temblando y a punto de ponerse a llorar. Jason no dice nada. Camina hacia ella y la abraza, con todas sus fuerzas. Carrie llora, con la cara pegada a su pecho. Jason toca la herida de su nuca con una mano, y al mirarla ve que se ha manchado de sangre, tan solo unas gotas. Respira hondo, tratando de calmar sus emociones, y sigue abrazando a Carrie, aguantando las ganas de llorar.

24

-¡Quiero volver con mi hijo, suéltame!

Brad empuja a Dolores contra la pared y le tapa la boca. Mira hacia ambos lados con preocupación.

-¡Cállese! - le dice susurrando-. ¡Va a llamar la atención y vendrán a por nosotros!

Dolores le golpea en el pecho. Brad intenta pararle las manos, pero entonces Dolores le lanza una patada directa a los genitales. Brad suelta todo el aire y se encoge de dolor.

-¡Asesino! - grita la mujer-. ¡Empujaste a esa chica para que muriera!

-¡Era ella o nosotros! - exclama él.

Pero su cerebro vuelve a ir a toda velocidad. Porque acaba de pasar de ser el escritor que sobrevivió al infierno y lo cuenta en primera persona al hombre que utilizó a una chica joven como carnada.

Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos.

Brad sacude la cabeza. Lo último que necesita en ese momento es la voz de su padre dándole consejos. Nunca lo hizo mientras estaba vivo, pero de vez en cuando aparecía para darle consejos ahora que estaba muerto. Brad no sabía por qué demonios, con toda la gente que había en el mundo a la que admiraba, tenía que oír la voz de su padre dándole consejos.

-¡Asesino! - le vuelve a gritar Dolores, mirándole con la cara desencajada de odio y los ojos llorosos-. ¡No te me acerques!

Dolores pasa junto a Brad, empujándole. Él cae al suelo, metiendo todo el trasero

en un charco. No sabe por qué, pero eso le molesta más que la patada en los huevos. Más que los insultos. A pesar de encontrarse ya completamente empapado.

-¡Que te follen! ¡Te he salvado la vida, bruja psicópata!

Dolores se detiene. Se queda tan paralizada en su sitio que Brad se asusta y mira más allá, pensando que ella ha visto más de esos muertos aparecer tras ellos. No le extrañaría, con todos esos gritos. Pero no hay nadie más en la Abbey Street. Cuando Dolores se da la vuelta, es el turno de Brad de quedarse paralizado. La mujer parece a punto de estallar de furia. Sus ojos están hinchados y enrojecidos y tiene la boca torcida en un gesto que parece inhumano.

-¿Yo soy la psicópata, hijo de puta? ¡Tú inventaste esas fotografías para meter a mi hijo en la cárcel! ¡Querías apartarme a mi pequeño! ¡Y ahora has asesinado a sangre fría a esa mujer!

Dolores le señala con un dedo tan acusador que Brad vuelve a pensar que todo ha terminado para él. Aparecerá en los periódicos, sí, pero no como el gran escritor que anhela ser, sino encima de una placa con números, humillado como el hombre que sacrificaba las vidas de otros para salvar la suya. Un nombre que la gente olvidaría con la siguiente victoria de los Lakers.

Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos.

-Eso ya me lo has dicho, papá.

-¿Qué?

Brad se da cuenta de que ha hablado en voz alta. Dolores le está mirando extrañada. Y entonces entiende lo que quiere decirle su padre. Porque esa mujer que le mira odiándole con la mirada es la única persona que sabe que sacrificó a una mujer para salvarse.

Pero yo no puedo hacer eso. No así.

Bras se levanta y echa a andar. En medio de la calle hay un coche con las puertas abiertas. Alcanza a ver una zapatilla deportiva volcada junto a la puerta. Hay gotas de sangre sobre ella. Escucha pasos a su espalda. Dolores le sigue.

-¡No pienses que voy a dejar que te salgas de esta! ¡He visto la calaña de que estás hecho, Brad Blueman! ¡Tú querías encerrar a mi hijo! ¿Pero sabes qué? ¡Seré yo quien haga que te encierren! ¡Asesino!

Brad se da la vuelta, dispuesto a gritarle una vez más que fue necesario para salvarles la vida. Pero no llega a decir nada, porque del callejón por el que ellos escaparon aparece un hombre. Al verles, levanta la cabeza y grita. Después, echa a correr hacia ellos.

Hazlo, hijo.

Y Brad lo hace. Empuja a Dolores hacia atrás antes de darse la vuelta para echar a correr. Dolores tropieza y cae de culo al suelo. Mira hacia atrás y ve que al primer zombi le siguen otros. Dolores se pone en pie, perdiendo un zapato en el proceso, y

corre hacia el coche abandonado en mitad de la calle. Se mete dentro y cierra la puerta un momento antes que la alcance el primero de ellos. El hombre tiene una herida que le recorre la cara desde la frente hasta el cuello. Golpea la ventanilla con los puños. Dolores busca las llaves en el contacto, pero no hay nada. Mira en el suelo, junto a los pedales, pero tampoco. Se inclina para rebuscar en la guantera, rezando por un poco de ayuda. Al primer hombre se le han unido siete u ocho más, que golpean el coche desde distintos puntos. Uno de ellos se ha subido al capó y trata de arañar el parabrisas.

La ventanilla del conductor estalla en mil pedazos con uno de los puñetazos del primer hombre. Los cristales caen sobre Dolores, que trata de cambiarse al asiento del copiloto, gritando. El hombre intenta colarse por la ventanilla. Dolores le lanza una patada directa a la cara. El hombre intenta agarrarle la pierna. Ella le lanza una nueva patada, y esta vez puede oír como cruje un hueso bajo su pie. Dolores intenta escabullirse hacia el otro asiento, pero el hombre no cesa en su empeño y ya tiene metida la mitad del cuerpo en el coche. Dolores se da la vuelta, pero junto a la ventanilla del copiloto hay una mujer, intentando morderla a través del cristal.

Dolores chilla cuando la ventanilla del copiloto se quiebra. La mujer introduce las manos por el agujero y agarra a Dolores del pelo. El hombre consigue asirla de la pierna y tira de ella. Dolores intenta revolverse, pero está atrapada y es cuestión de tiempo. El hombre la muerde en el muslo. Sus dientes atraviesan el pantalón y le arrancan un trozo de carne. Dolores grita aún más alto. La mujer ha introducido su cabeza por la ventanilla y lanza un mordisco directo a la cara de Dolores. Por más que intenta revolverse, no consigue escapar. Pronto más manos y bocas intentan reclamar su porción de carne e intentan adentrarse en el coche por todos los huecos posibles.

Dolores se convierte en un festín.

-Padre...

El padre Merrill mira a Russell. El agente está cabizbajo y tiene mala cara.

-Dime, hijo.

-Me gustaría... hablar con usted.

El padre Merrill mira a su alrededor. Ellos dos son los únicos que se encuentran junto a la puerta, cada vez más combada, del taller. El resto se han ido alejando hacia el fondo, la mayoría de forma inconsciente. El padre Merrill se ha quedado junto a la puerta, y la estaba mirando antes de que Russell se acercara, porque detrás de ella se encuentra el mal con el que Dios ha decidido azotarles esta vez. No un diluvio, ni una lluvia de fuego, sino muertos que se levantan y tratan de devorar a los vivos.

El padre Merrill estaba rezando por todas esas almas.

-Puedes hablar, Russell.

Russell respira hondo, pero levanta la cabeza y le mira. Está más demacrado que nunca y parece haber palidecido. Bajo los ojos, cada vez se le notan más las bolsas oscuras. El padre Merrill no puede negar el valor del hombre.

-Padre, usted también oyó lo que dijeron.

El padre Merrill asiente, pero no dice nada. Siempre ha pensado que, a las personas que van a confesarse es mejor dejarles hablar sin interrumpirles.

-Lo de que me convertiré en uno de ellos - aclara Russell, señalando hacia la puerta. Los golpes no cesan en el otro lado. Los gritos y los gruñidos tampoco.

-No sabemos si es cierto, Russell.

-Venga, padre, en el fondo sí que lo sabemos. Lo hemos visto con nuestros propios ojos y aunque nos neguemos a creerlo, es lo que ha ocurrido con toda esa gente. Y ese otro tipo, el que está herido de bala, es un doctor. Trabaja en la base militar, y estoy seguro de que todo esto proviene de allí. Estoy seguro que sabe de lo que habla. ¿Usted no, padre?

El padre Merrill quiere decirle que no, quiere tranquilizarle y decirle que todo irá bien, pero no lo cree en realidad. Él también ha visto lo que le ocurrió a las dos prostitutas y a Andy Probst. Y puede ver el aspecto enfermizo que tiene Russell.

-No tiene por qué pasarte a ti.

-Pero me pasará, padre, me pasará. Míreme. Yo me he mirado antes de venir a hablar con usted, y, lo siento por el lenguaje, pero joder, tengo un aspecto lamentable. Parezco un cadáver andante.

Russell sonrío al pensar en lo que ha dicho.

-Hijo...

-Además, me siento fatal, como si las fuerzas me flaqueasen y tuviera náuseas constantes. Padre, soy una persona cristiana y quiero confesarme. Si he de morir, quiero hacerlo estando en paz.

El padre Merrill asiente una vez más, comprensivo.

-Pero no sé qué decir, padre.

-Comienza por el principio. Suele hacerlo más fácil.

Russell medita unos segundos. El padre Merrill ve una lágrima cayéndole por la mejilla.

-Ave María Purísima.

-Sin pecado concebida.

-Padre, quiero confesar mis pecados. No son grandes cosas, porque intento vivir de acuerdo a ciertas normas morales que me impongo a mí mismo, pero he cometido pecados de... egoísmo, tal vez envidia... he tenido pensamientos lujuriosos... esas cosas.

-Dios te perdona por todo eso, Russell.

Russell toma aire. En su rostro, el padre Merrill puede ver la angustia que le corroe por dentro. Los ojos del agente están a punto de romper en lágrimas.

-Sé que lo hace, padre - responde Russell.

-Hay algo más, ¿verdad?

Russell asiente enérgicamente.

-Esta mañana actué como un cobarde. La gente estaba muriendo, había mujeres y niños y esos... seres... los estaban matando a todos. - Russell respira hondo antes de seguir hablando-. Y yo huí.

-Russell... Dios perdona a los que se arrepienten, y te perdona por eso... pero también tienes que perdonarte a ti mismo.

Russell le sonríe. Es una sonrisa llena de dolor.

-No sé si conseguiré hacer eso, padre.

El padre Merrill no responde. Coloca su mano sobre el hombro de Russell y le da un suave apretón amistoso. Russell suspira. Se siente mejor después de haberlo sacado, y el padre Merrill lo sabe. Por dentro, el sacerdote sonríe satisfecho. Siente que está cumpliendo con su deber a la perfección.

-¿Alguien ha visto a ese hijo de la gran puta de Brad Blueman? - pregunta Zoe a voz en grito.

Russell se enjuaga las lágrimas con el puño de su camisa. El padre Merrill y él se acercan al resto del grupo. Zoe está enojada.

-¡Ese cabrón me empujó! - grita.

-No fuiste la única a la que empujó - dice Jason.

-Espero que se lo hayan comido - asegura Zoe.

-Os aviso a todos - dice Jason, sin levantar la voz-. Si vuelvo a cruzarme con ese gordo cabrón, que nadie se interponga entre nosotros. Ni siquiera tú, agente.

Russell hace un gesto de negación. Jason lo agradece. Su mirada se desvía hacia el sacerdote, que muestra una expresión compungida. Jason se encoge de hombros.

-Él se lo ha buscado, padre.

El sacerdote no contesta. Sabe que no vale la pena hacerlo.

-Siento ser yo quien estropee esta maravillosa reunión familiar, pero alguien tiene que hacerlo.

Todos se giran para mirar a Aidan Lambert. Está sentado sobre el maletero del coche azul que Wayne debía estar reparando cuando comenzó todo eso. Tiene la escopeta apoyada en un hombro. Su aspecto es el mismo que muestran los héroes en los westerns: cansado, pero un tipo duro donde los haya.

-Dudo mucho que esa puerta resista indefinidamente - asegura, señalando la puerta metálica con la cabeza-. De hecho, no le doy más de media hora si siguen a ese ritmo, y ya sabemos como actúan, son implacables y no se detienen hasta conseguir

lo que quieren. A nosotros.

-La oficina tiene una ventana - dice Stan-. Podríamos salir por ahí. Creo que da a un patio interior.

-No es de eso de lo que quería hablar - le interrumpe Aidan-. Pero el plan de fuga está en el número dos del acta del día, así que ya llegaremos a él-se ríe de su propia broma. Nadie le acompaña. Aidan suspira-. Vamos a ver, teníamos el lugar perfecto, demonios. La comisaría era el puto lugar perfecto, pero teníamos un pequeño problema interno. Algo que Terence intentó solucionar a su manera, y un pelín demasiado tarde.

Nadie responde, pero varios miran hacia Russell. Terence es uno de ellos. Russell le devuelve la mirada y estira el brazo, entregándole la escopeta. Terence se acerca a él y la coge. Después apoya la mano en el brazo de Russell, de forma amistosa.

-No hablo solo del agente Dinner - añade Aidan-. También han mordido a la chica, por lo que veo. Y tal y como yo lo veo, lo que ocurrió en la comisaría pudo evitarse aislando a los infectados del resto del grupo.

Jason aprieta con fuerza a Carrie contra su cuerpo. La chica sigue llorando, con una desesperación que le parte el alma.

-Habla claro, Aidan - Russell levanta la voz para hacerse oír-. Lo que quieres decir es que no os sigamos.

-¡No me mires a mí como si fuera culpa mía!-exclama Aidan-. No tengo la culpa de que esté ocurriendo esto y desde luego no tengo la culpa de que os hayan infectado. De hecho, no es nada personal, pero me gustaría asegurarme de que la herida que tiene es de bala realmente, doctor.

Kurt levanta la cabeza, exasperado e indignado.

-Es de bala - asegura Jason.

-Joder que si lo es - añade Kurt.

-No es nada personal, repito.

-¿Nos vais a abandonar aquí? - Carrie aparta la cara del pecho de Jason. Tiene los ojos hinchados por el llanto y el mie do-. ¿De verdad estáis diciendo eso? ¡Es inaceptable! ¿Dónde ha quedado vuestra humanidad? ¿Eh? ¡No sois mejores que Brad Bluman!

-No es nada personal, chica - asegura Aidan.

-¡Me llamo Carrie, maldito gilipollas! - grita ella.

-Tranquila, Carrie - Jason vuelve a abrazarla, pero Carrie está encendida y señala a Aidan con el dedo.

-¡No creas que vas a abandonarme aquí llamándome chica! Tengo un nombre, y si quieres abandonarme, vas a tener que mirarme a la cara y recordarlo.

Aidan resopla y salta del maletero del coche para ponerse en pie.

-Carrie - dice-, te aseguro que voy a dejarte atrás. No se trata de ser inhumano. Te

aseguro que estoy aterrorizado y me jode como al que más que vayáis a morir, pero si os dejo venir conmigo, no dudaréis en saltarme al cuello cuando os convirtáis en esas cosas de ahí fuera. De la misma manera en que hicieron Candy y Parvati y el jodido imbécil de Andy Probst. - Da un paso hacia Carrie y Jason-. No se trata de nombres, querida. Recuerdo todos los putos nombres de la gente a la que he visto morir hoy. Se trata de supervivencia, pura y dura.

Carrie vuelve a llorar. Jason la abraza y ella hunde la cara de nuevo en el pecho del chico.

-No es justo - solloza-. ¡Es culpa de Brad Blueman!

-Tranquila, cariño.

Aidan se encoge de hombros.

-Tiene razón, por mucho que duela admitirlo - dice Verónica, mirando a Jason. El chico asiente. Solo una vez.

-Vale, cojonudo - gruñe Stan Marshall, visiblemente nervioso - ¿Nos vamos de una puta vez?

-Yo no voy.

Ahora, todas las caras se vuelven hacia Mark.

-¿Te han mordido? - pregunta Aidan, sorprendido.

Mark está de pie junto a una pila de neumáticos sucios. Tiene los brazos cruzados bajo el pecho.

-No-responde-. Pero abandoné a Paula en la comisaría y voy a regresar a por ella.

-¿A por la niña? - Aidan no da crédito a lo que oye.

Mark asiente.

-Mark...-Verónica se acerca a él-...Paula está muerta.

-No lo sabes, porque no la viste.

Verónica suspira. Agarra una de las manos de Mark, con cariño.

-No puede haber sobrevivido sola. Estaba con las chicas y Andy.

-Paula era mi responsabilidad, y tendría que haber entrado a buscarla antes de salir corriendo. Voy a volver a por ella.

-Ha perdido la puta cabeza - murmura Aidan.

-Mark, has visto cómo están las cosas ahí fuera. Volver es una misión suicida.

-Verónica intenta hacerle entrar en razón, aunque puede ver claramente que Mark ya ha tomado una decisión al respecto-. Morirás si lo intentas. Y Paula no querría eso.

-Puede que no esté muerta - responde él-. Puede que se haya escondido.

-Es improbable...

-¡Es imposible, demonios! - exclama Aidan.

-Aidan, no estás haciendo ningún bien ahora - asegura Verónica, lanzándole una mirada de enfado capaz de congelarle-, así que hazme un favor y cállate.

-No te preocupes, Verónica. Sé que es muy probable que Paula esté muerta, pero

tengo que comprobarlo con mis propios ojos. Necesito verlo y asegurarme.

Mark se encoge de hombros, porque las cosas han resultado así y no cree que pueda vivir aunque sobreviva si toma otra decisión. Verónica lo entiende, y Mark se lo agradece con un gesto de la cabeza.

-Ni siquiera es tu hija - dice Aidan-. Vas a morir por una niña que ni siquiera es tu hija.

-Sí - responde Mark, zanjando el tema.

Aidan se encoge de hombros y se acerca a Stan Marshall, junto a la puerta de la oficina.

-Iré contigo - dice Russell, encogiéndose de hombros.

Como en un partido de tenis, las cabezas giran para seguir la bola.

-No voy a quedarme aquí sentado si puedo ser de ayuda. Y en estas circunstancias, una misión suicida se adecua bastante a mis posibilidades.

-Gracias - dice Mark.

-De nada. Pero me gustaría recuperar mi escopeta, Terence.

Todos miran a Terence, que tiene la escopeta de Russell en una mano y su hacha en la otra. Cuando abre la boca para hablar, nadie espera lo que va a decir.

-Iré con ellos también.

-¿Qué? - Verónica se escandaliza - ¿Por qué?

-Esa chica me mordió, Vero.

-Mordió tu uniforme, joder. Ni siquiera lo ha...

Porque es cierto que parece que no lo traspasó, pero Terence introduce un dedo bajo el escudo de Castle Hill y descubre un roto en la tela. Debajo, se aprecia una pequeña herida, apenas un diente que se clavara en la carne.

-¡No me jodas, Terence! - exclama Verónica - ¡Es un rasguño de nada!

Kurt carraspea. Todos le miran.

-Si le han mordido, aunque sea solo un rasguño... está infectado. La única diferencia es que tardará más en enfermar y morir, pero a la larga acabará haciéndolo.

-Pero tardará más. - Verónica se aferra a eso, desesperada-. Y puede que encuentren la cura o... o que a ti no llegue a afectarte porque la herida es muy pequeña. ¡No puedes arriesgarte a esto solo por un rasguño!

-Te equivocas - dice Aidan-. Somos nosotros los que no podemos arriesgarnos a que venga con nosotros.

-¿Le has mirado bien? - pregunta Verónica-. Él solo con ese hacha acabaría con más de ellos que tú en cuatro vidas.

-No pongo en duda sus capacidades como arma - replica Aidan, claramente molesto-. ¡Pero hace media hora tú eras partidaria de encerrar en una puta celda al agente Dinner y a Candy, así que no me vengas ahora con que es solo un rasguño! ¡No me habléis como si fuera un monstruo porque lo único que hago es decir

verdades como puños! ¡Y las putas verdades duelen! ¡Joder!

Tras eso, se hace el silencio. O ese sucedáneo del silencio que consiste en que todos se callan. Los golpes de los muertos que tratan de entrar no cesan.

-Terence...

Verónica mira a Terence con ternura.

-Verónica, confío en ti para que les saques de esta. No se me ocurre nadie mejor para hacerlo.

-Tú eres mejor.

Terence sonríe y niega con la cabeza. Verónica le acaricia la mejilla con la mano, con la misma ternura y cariño con que lo hace siempre que él le pide que formalicen su relación y ella le responde que no deben meter la polla donde tienen la olla. Un gesto que suele romperle el corazón pero que en esa ocasión le duele más que nunca porque sabe que jamás volverá a tocar esa mano, ni a mirar esos ojos y besar los labios de Verónica.

-Siempre te he querido - susurra, un poco avergonzado porque sabe que todos lo oyen.

Verónica llora al tiempo que asiente.

-Yo también, Terence.

Ella se acerca para darle un beso.

-Yo no haría eso - dice Kurt, categórico-. Por si acaso.

Verónica y Terence, cuyos labios se han detenido a centímetros el uno del otro, se giran para mirar al doctor Dysinger.

-No estoy seguro de que pudiera servir como forma de contagio... pero imagino que es mejor no comprobarlo.

Verónica asiente. Lentamente, se separa de Terence. Respira hondo para calmar sus emociones, y retrocede hasta juntarse con Aidan, Stan y Zoe. Kurt se une a ellos. Le duele el hombro, pero ha encontrado un bote de aspirinas en un cajón de la oficina y se ha tomado tres. Aún no le han hecho efecto, pero sabe que le calmarán un poco.

-Padre Merrill - le llama Verónica-. Usted viene con nosotros.

-No lo sé, hija - responde el sacerdote-. Puede que parezca una locura, pero he dedicado toda mi vida a ayudar, y quiero echar una mano.

-Es un suicidio, padre - asegura Stan, aunque en lo único que piensa es en las ganas que tiene de salir de allí. No le importa realmente si el cura decide venir con ellos o no. Además, ha visto actuar al sacerdote, y cuando caminaba por el callejón de la Rosa lo hacía por el centro, sin intentar ocultarse. A Stan le había parecido temerario. Suicida, tal vez.

-Padre, - esta vez es Russell - no hace falta que venga con nosotros. Somos un policía y un bombero. Podremos arreglárnoslas. Márchese con ellos y salga de este condenado pueblo.

-No. Creo que me quedaré, Russell. Soy un hombre de Dios, y no temo enfrentarme al mal.

-Como sea - murmura Aidan, agarrando el brazo de Verónica-. Larguémonos de una vez.

-Jason? - pregunta Verónica.

-No - responde el chico-. Me quedaré aquí.

Verónica asiente. Le dedica una última mirada a Terence y le lanza un beso por el aire antes de darse la vuelta.

-Zoe - dice Jason-. Si te encuentras a ese mamón, patéale el culo de mi parte.

-Puedes estar seguro de eso - responde ella.

-Jason - Kurt se acerca a él - muchas gracias por salvarme la vida.

-Tú salvaste la mía primero.

Verónica abre la ventana de la oficina. Da a un patio interior de un pequeño edificio de tres plantas. En una esquina hay un tendedero con ropa puesta a secar y que ahora está completamente empapada por la lluvia. Salta con cuidado y se da la vuelta para ayudar a Kurt. Stan, Zoe y Aidan no necesitan ayuda para seguirla. Pronto, cruzan una puerta cuya parte superior es de cristal esmerilado, y desaparecen en el interior de la planta baja del edificio.

VIII

-MISIONES SUICIDAS-

1

Mark echa un vistazo a la puerta del garaje. Es bastante evidente que no le falta mucho tiempo para caer y permitir que la horda de muertos entre a por ellos.

-Será mejor que nos vayamos antes de que eso ceda.

-¿Has pensado cómo vamos a hacer? - pregunta Russell. El agente tiene mal aspecto. Mark no cree que le quede mucho-. Porque espero que el plan no sea salir a la calle y volver a correr entre ellos. No creo que mis piernas lo resistan.

-En realidad no lo sé. Había pensado que podríamos... ¿sería viable atravesar la zona por los tejados? ¿Están comunicados entre sí?

Russell se lleva una mano a la cabeza, tratando de pensar.

-No creo que hasta la comisaría.

Mark resopla. Se siente incapaz de pensar con claridad porque en lo único que piensa es en Paula. La niña confiaba en él, y él la había abandonado. Parte de su cuerpo le gritaba que saliera de allí, que si lo hacía, tal vez tendría la posibilidad de engendrar una niña con Karen, pero si se quedaba para buscar a Paula no saldría de Castle Hill. Pero no podía hacerlo.

-Las alcantarillas - dice Terence.

Se giran para mirarle. El bombero se ha remangado la camisa del uniforme.

-¿Crees que serán seguras? - pregunta Russell.

-No veo que sean muy inteligentes - responde Terence, señalando hacia la puerta-. Si no pueden abrir una puerta, no creo que sean capaces de levantar la tapa de una alcantarilla.

Russell se encoge de hombros.

-Tienes razón.

-El alcantarillado de Castle Hill sigue un esquema bastante cuadrículado, así que no creo que tengamos problemas para llegar hasta la comisaría sin perdernos.

-Deberíamos salir por la parte trasera entonces. Si allí no hay zombis, nos metemos en la primera alcantarilla que veamos.

-Pues vamos.

Terence abre la marcha y cruza la ventana de la oficina hacia el patio interior. Ha dejado de llover con fuerza, pero aún sigue cayendo. Russell le sigue. Pierde pie al saltar al patio interior, pero Terence le sujeta. Se miran, y Russell ve preocupación en la cara del bombero.

-¿Tengo muy mal aspecto?

-Sí, Russell. Lo siento.

Russell resopla y trata de sonreír. No lo consigue. Terence ayuda al padre Merrill a bajar al patio interior. Después, salta Mark. Jason y Carrie son los últimos. Terence mira a derecha e izquierda. El grupo de Verónica salió del patio por la puerta de la derecha. El se encamina hacia la de la izquierda. Mueve el pomo, pero está cerrada. Desengancha el hacha.

-Apartaos.

Se hacen atrás. Terence levanta el hacha y la descarga con todas sus fuerzas contra la puerta, golpeando a unos centímetros del manillar y abriendo una brecha en la madera. Después, Terence le da una patada a la puerta y esta se abre hacia dentro, golpeando la pared. Entra. Se encuentra en una cocina pequeña, con paredes de azulejos blancos y muebles del mismo color ribeteados con bordes amarillos. Avanza hasta la siguiente puerta y mira, con cuidado. El pasillo de la vivienda está en penumbra, pero no se oye ningún ruido.

Detrás de él, Russell abre la nevera.

-¿Qué haces?

-Tengo sed - responde el policía, encogiéndose de hombros.

Saca una botella de agua y echa un trago. Después les ofrece a los demás. Mark y el padre Merrill niegan con la cabeza. Jason mira la botella unos segundos antes de rechazarla también. Carrie está abrazada a él, mirando al suelo.

Terence sale al pasillo. Camina despacio, intentando no hacer ruido. Empuja una puerta con la punta del hacha. Al otro lado hay un cuarto de baño vacío. Sigue andando. El suelo cruje bajo sus pies y se detiene. Espera unos segundos antes de seguir adelante. La siguiente puerta da a un dormitorio, que también está vacío. La cama está deshecha y hay ropa amontonada en una esquina, pero ni rastro del dueño de la casa, ya sea vivo o muerto. Terence cruza la habitación y mira por la ventana. La casa da a Abbey Street, pero no ve movimiento. Alcanza a ver, a unos cien metros o así, un coche abandonado en medio de la calzada, con los cristales rotos. Hay una zapatilla deportiva y un zapato de mujer tirados en la calle junto al coche, pero ni rastro de zombis.

Terence silba. El resto tarda apenas un momento en llegar hasta donde se encuentra. Russell se deja caer en la cama, con gesto de agotamiento. Mark se acerca a Terence y mira por la ventana. Señala. Hay una tapa de alcantarilla a unos cinco metros de la ventana.

-Vale - dice Terence-. Saldré yo y abriré la alcantarilla. Si aparecen, tendré que volver corriendo, así que estad atentos.

Abre la ventana. El viento que entra no es del todo frío, pero ellos están empapados y cansados y Mark se estremece. Terence cruza la ventana y cae a la calle,

de pie. Se mantiene pegado a la pared, expectante, mirando hacia ambos lados. Una vez ha comprobado que no hay movimiento, corre medio agachado hacia la tapa de alcantarilla y utiliza el mango del hacha para levantarla. Intenta no hacer ruido.

-Vamos - dice Mark.

Ayuda al padre Merrill a saltar al otro lado y extiende la mano hacia Russell. El agente se levanta pesadamente de la cama y camina hacia la ventana. Mark puede oír su respiración, cada vez más ronca, como si le costase o tuviese algún problema muscular. El agente hace un gesto con la mano, denegando la ayuda, y salta a la calle. Mark se gira hacia Jason.

-No vamos con vosotros - dice.

-¿Estás seguro?

-Sí, completamente.

Mark asiente. Mira a Carrie. La chica es guapa, y la expresión de miedo de su cara realza en realidad esa belleza. Le añade un cariz de indefensión que resulta enigmático.

-Suerte - dice Jason.

-Gracias.

Mark salta a la calle. El padre Merrill ya está metido en la alcantarilla y empieza a bajar. Jason cierra la ventana detrás de Mark, y cuando esta se gira a mirar, les ve alejarse hacia la puerta del dormitorio. Se da la vuelta y corre hacia la alcantarilla.

-¿Y los chicos? - pregunta Terence.

Mark niega con la cabeza, y es suficiente respuesta. Russell se mete en la alcantarilla y empieza a bajar detrás del sacerdote.

-Será mejor que nos demos prisa - dice Mark.

Terence levanta la cabeza. Un grupo de muertos ha aparecido a lo lejos y les ha visto. Corren hacia ellos. Terence le hace un gesto a Mark, y él se lanza al interior de la alcantarilla. Agarra la escalera y baja todo lo deprisa que puede. Terence le sigue, y después empieza a mover la tapa de la alcantarilla para impedir que les sigan. Mark mira hacia arriba, y no puede evitar sentir que la angustia se apodera de él a medida que la tapa va cerrándose, apagando la luz como un eclipse solar.

Verónica observa a través de la persiana. En la calle, los muertos deambulan de un lado a otro y el espectáculo es dantesco. No solo por lo grotesco de sus heridas. El simple hecho de mirarles le resulta insano. Sus movimientos no acaban de ser del todo naturales, como si el rigor mortis que debería estar afectándoles estuviera ahí, pero no al cien por cien. Algunos de sus movimientos le recuerdan a los que hacen los vivos cuando se les monta un gemelo, tratando de estirar la pierna pero sin poder

hacerlo del todo. No sabría cómo describirlo del todo, pero esa es la idea, básicamente.

Se encuentran a dos manzanas y media del taller de Wayne. Desde el patio interior, habían cruzado a una casa de dos habitaciones en cuyo salón había tenido lugar una fuerte pelea. La televisión, una lámpara, libros y objetos decorativos estaban tirados por el suelo. Algunos rotos en añicos. Y había una gran mancha de sangre en la alfombra. Verónica había visto una fotografía enmarcada en una estantería y había reconocido a la pareja de la imagen. Era un matrimonio sexagenario que había vivido en Boston toda su vida hasta que decidieron retirarse a un pequeño pueblo. Habían elegido Castle Hill, y Verónica se acordaba de haberlos visto en muchas ocasiones, paseando de la mano. Siempre le habían parecido una pareja entrañable.

La puerta exterior de la casa estaba abierta, y el grupo había atravesado el jardín en absoluto silencio, agachados para permanecer fuera de la vista, con Verónica al frente y Aidan Lambert cerrando la fila. Habían saltado la valla para cruzar al jardín de la casa de al lado, y así durante dos casas más. Después, habían oído pasos a la carrera y varios gruñidos de los que ya empezaban a ser característicos de los muertos, y se habían refugiado en el interior de la casa.

Guardaban silencio siempre que podían, y cuando hablaban lo hacían en susurros. Trataban de moverse lo menos posible y de hacer el menor ruido cuando lo hacían. Hasta el momento estaba funcionando. Por lo que Verónica podía ver a través de la ventana, los muertos no parecían haberse fijado en esa casa. De hecho, la impresión que tenía Verónica al mirarles era que no tenían ningún objetivo concreto, que se movían más guiados por el instinto o el movimiento del resto del grupo, como ciertas bandadas de pájaros, y seguirían haciéndolo así hasta que otro ser humano se pusiera en su camino y fijaran un nuevo objetivo.

Verónica se sienta, apoyando la espalda contra la pared. Zoe está a su lado. Kurt y Stan junto a la puerta de la habitación. Aidan está fuera, en el pasillo, con la espalda apoyada en la puerta de entrada de la casa.

-¿Cómo estás? - pregunta Zoe, bajando la voz.

Verónica se encoge de hombros.

-No lo sé - responde, también en voz baja-. Supongo que no del todo bien, pero aún no he tenido tiempo de asimilarlo.

-¿Estabais juntos?

-Podría decirse, sí. No lo sé, teníamos algo.

Zoe le coge la mano, y Verónica agradece el gesto porque le ayuda a calmar las lágrimas que amenazaban con empezar a manar.

-Es un buen hombre. Igual que Russell.

-Hoy están muriendo demasiados hombres buenos - dice Verónica, triste-. No te

lo dijimos antes, pero antes de llegar a la comisaría, estábamos con Dennis Sloat. No lo logré.

Zoe meneaba la cabeza apesadumbrada.

-Dennis también era un buen hombre.

Las dos mujeres se quedan en silencio, con las manos aún entrelazadas. Kurt se acerca a ellas y se sienta. Hace un gesto de dolor al mover el brazo herido.

-¿Qué vamos a hacer ahora? - pregunta.

-Esperar que se larguen de ahí y seguir nuestro camino.

-Es cuestión de tiempo que nos crucemos con alguno - replica Kurt-. Y vuelvan a asediarnos.

-¿Qué propones?

-No tenemos demasiadas opciones - admite él-. No es una perspectiva halagüeña. Quedarnos en el pueblo significa seguir haciendo esto hasta que nos cacen, cruzar de casa en casa sin ningún objetivo concreto no sirve para nada.

Verónica suspira, porque sabe que el doctor tiene razón.

-¿Y entonces? ¿Nos quedamos en esta casa guardando silencio hasta que decidan desaparecer?

-En realidad, eso tampoco tiene mucho sentido - admite Kurt-. Y os diré lo mismo que le dije a Jason... me extraña que el ejército no haya lanzado una bomba sobre el centro del pueblo para erradicar el problema de raíz.

-No van a hacer eso - replica Zoe-. Aquí hay gente viva aún. Nosotros.

-Somos cinco personas, chicas. No creo que tengamos la menor importancia para ellos, y lo que está en juego es detener este virus antes de que se esparza por el resto del mundo. Así mirado, la cosa cambia un poco, ¿verdad?

Zoe va a replicar de nuevo, pero cierra la boca, enojada.

-¿Crees que lo harán? - pregunta Verónica.

-Me extraña que no lo hayan hecho ya - responde él-. Y creo que cada minuto que pasa es un minuto que están más cerca de tomar esa decisión. O de apretar el botón.

-¿Por qué vinisteis a la comisaría si pensabais todo esto?

Kurt se encoge de hombros. Tuerce el gesto cuando el hombro herido le lanza una sacudida de dolor que le atraviesa el pecho.

-¿No visteis cómo el ejército disparaba a un hombre? - pregunta Zoe.

-Sí, y huimos sin pensar nada más. Luego contactamos contigo por radio y Jason decidió que era lo mejor. Yo habría protestado, pero creo que el dolor me nublabo el juicio. Pero tenía un mal presentimiento desde el momento en que llegamos a la comisaría.

-¿Y qué pretendes? ¿Dirigirnos hacia el ejército?

-Necesitamos un coche - asegura Kurt-. Eso lo primero. Seguir huyendo a pie es absurdo. Y después, propongo que nos alejemos de Castle Hill lo máximo que

podamos. Tal vez deberíamos intentar ponernos en contacto con el ejército y explicarles que no estamos infectados.

-He visto un coche en el garaje - asegura Zoe-. Creo que era un Hummer.

-Si hay un coche en el garaje, las llaves tienen que estar en la casa - dice Kurt-, y un Hummer es perfecto. ¿Qué opinas?

Kurt mira hacia Verónica. Ella se pregunta cómo y en qué momento se ha convertido en la líder del grupo. Lo fácil sería pensar que se trata de lo que dijo Terence sobre que ella podría sacarles de allí, pero Verónica imagina que ninguno de ellos tiene una capacidad de liderazgo clara. Desde luego, no la tienen Zoe ni Stan Marshall. El doctor puede que estuviera acostumbrado a mandar en su laboratorio, Verónica puede ver que se trata de ese tipo de hombres, pero se encuentra debilitado, y puede que aún esté un poco en shock. Solo hay que oírle hablar, escuchar las cosas que dice, para saber que es un hombre acostumbrado a pensar y actuar de forma práctica. Probablemente, por eso aún está vivo. Pero ahora ha cedido el liderazgo sin protestar, y Verónica cree que eso le convierte en alguien cabal. Y luego tienen a Aidan Lambert, pero ese hombre no es un líder, y nunca lo ha sido, por mucho que actúe como si fuera el hombre al mando.

-¿De verdad crees que arrasarán el pueblo?

-Yo ya lo habría hecho.

La respuesta de Kurt sobrecoge a Verónica.

-Busquemos esa llave. Pero no hagáis ruido. No deben enterarse de que estamos aquí.

3

La oscuridad es opresiva.

Eso es algo que saben muy bien los que temen la oscuridad. No es un efecto de falta de luz, es algo con peso material que intenta sofocarte. Te envuelve y te sume en la paranoia y el miedo, porque en la oscuridad todo es posible. Los niños saben que si sus padres apagan las luces el monstruo saldrá del armario dispuesto a agarrarles sus pequeños pies y arrastrarles al fondo del armario, donde la oscuridad será mucho mayor y el monstruo pueda devorarles. La oscuridad es el terreno donde se mueve el mal, donde los lobos se acercan a las aldeas en busca de presas fáciles, donde los escritores han situado siempre las mayores historias de terror y donde seres reales y mitológicos establecen sus moradas de pesadilla.

En la oscuridad todo es posible. El ruido más pequeño se amplifica, hay cosas que se arrastran y se mueven, que fijan sus ojos en ti cuando tú no puedes verlas. En la oscuridad, el ser humano es débil, una presa fácil, apenas un ratoncillo asustado frente a una pitón.

Mark siente que se le acelera el corazón en cuanto la tapa de la alcantarilla se cierra sobre ellos, sumiéndoles en la más absoluta oscuridad. Se le agarrotan los brazos y las piernas y se siente incapaz de seguir bajando la escalera. Su respiración se vuelve más rápida y agitada. Encima de él, Terence baja la escalera y le pisa el brazo. Terence vuelve a subir y se detiene.

-¿A quién he pisado? - pregunta-. Lo siento.

-A mí - dice Mark, entre jadeos.

-¿Qué ocurre? - pregunta Russell desde abajo.

-Mark se ha parado - dice Terence-. ¿Estás bien, Mark?

Mark está lejos de estar bien. Está tan aterrorizado que es incapaz de mover ni un músculo. Su respiración es cada vez más rápida, y a Terence le parece que está a punto de ponerse a hiperventilar.

-¿Mark?

-Tengo... tengo...

-Tranquilo, Mark. - La voz del padre Merrill llega desde abajo -. Escúchame, todo va bien y aquí estamos a salvo. ¿Me escuchas?

-Sssssí.

Abajo se enciende una luz. Débil y azulada. Mark consigue mover la cabeza y alcanza a ver la pantalla de un móvil. Russell lo sujeta en alto. Puede ver las formas de los dos hombres que le miran.

-¿Tienes miedo a la oscuridad, Mark? - pregunta el padre Merrill, amable y tranquilizador.

Mark asiente. Mueve la cabeza arriba y abajo violentamente.

-Sí-dice. Pero nunca tanto, quiere añadir.

-No pasa nada, Mark - asegura el padre Merrill-. Es normal. Mucha gente teme a la oscuridad.

La luz del móvil se hace más débil y se apaga. Mark suelta un gemido. Jamás se había sentido tan aterrorizado en toda su vida. De pequeño, odiaba la oscuridad, porque creía que había fantasmas y vendrían a por él si todo estaba oscuro, pero ni siquiera entonces se había quedado paralizado nunca.

-¡Joder! - Escucha la voz de Russell-. Un momento... ya.

La luz vuelve a encenderse. No ilumina demasiado, pero algo es algo.

-Mark - el padre Merrill habla despacio, con calma-, Dios está con nosotros, y él es toda la luz que necesitamos aquí abajo. Y tú has sobrevivido a cosas peores el día de hoy. Puedes recorrer un kilómetro por una alcantarilla sin problemas, ¿no crees?

-No lo sé.

Pero el padre Merrill sabe que lo está consiguiendo, porque la respiración de Mark se ha relajado un poco.

-Lo harás, Mark. Sé que lo harás. Y ahora, cierra los ojos un momento.

Mark le obedece. Sigue incapaz de moverse.

-Mark, no quiero que abras los ojos hasta que yo te lo diga. - El tono del padre Merrill es cautivador, pero eso es una orden-. Y quiero que te imagines el interruptor que hay junto a mi mano. ¿Puedes hacerlo?

Mark asiente con la cabeza.

-Sí.

-Bien. Pues imagina que lo pulso. Ahora todo está perfectamente iluminado, hay tanta luz que casi no se pueden tener los ojos abiertos, así que es mejor que los mantengas cerrados. Pero aquí se ve perfectamente. ¿Puedes imaginártelo, Mark?

Mark no responde.

-¿Tú qué crees, Russell?-pregunta el padre Merrill-¿Se ve aquí abajo?

-Perfectamente, padre-responde el agente-Veo todo el pasillo, hasta el fondo.

-¿Hay mucha mierda en el suelo? - pregunta Terence, desde arriba.

Mark suelta una carcajada. El padre Merrill sonrío.

-Déjame que me ponga las gafas de sol, Terence - responde Russell-. Porque la luz me está matando.

-Gracias, chicos - dice Mark. Mantiene los ojos cerrados, pero su respiración se ha normalizado.

-¿Puedes moverte? - pregunta el sacerdote.

-No estoy seguro.

-Concéntrate en tus manos y oblégalas a obedecerte, Mark. Te estamos esperando aquí abajo.

Donde todos flotan, piensa Mark, y se estremece. Jamás ha logrado terminar de ver esa película. Mucho menos ha pensado en leerse el libro. Mezclar payasos y oscuridad le parece el colmo del terror. Mark aparta la imagen del payaso con el globo rojo de su mente y se concentra en su mano derecha. Le ordena a sus dedos que se abran y suelten la escalera. Al principio no sucede nada, pero poco a poco, sus dedos se van abriendo.

-Lo estás haciendo muy bien, Mark.

Gracias, padre, pero yo me siento ridículo. Soy un jodido adulto aterrorizado como un niño pequeño en la oscuridad.

Por Paula. Se obliga a hacerlo por ella. Mueve una pierna para bajar un escalón, después la otra, y pronto uno de sus pies se introduce en un charco que Mark supone que es de agua residual e inmundicia. Intenta no pensar en ello. El padre Merrill le abraza por los hombros.

-Perfecto, Mark.

Terence pega un salto al llegar abajo. Mark siente que algo le salpica las piernas. Se obliga a no pensar en ello, porque de pronto, el miedo a la oscuridad ha sido suplantado por las náuseas. Se obliga a abrir los ojos. La luz del móvil ilumina

tenuemente la cara de los cuatro hombres. Mark mira hacia delante, pero el camino que deben recorrer es una boca negra de oscuridad.

-Joder - murmura.

-Esto no es nada - asegura el padre Merrill, dándole un apretón en el hombro.

Mark resopla.

-Tenemos que recorrer unos ochocientos metros hacia allá y trescientos metros a la derecha, aproximadamente - dice Terence-. Y si los cálculos están bien hechos, saldríamos junto al garaje de la comisaría por donde huimos antes.

Russell le entrega el teléfono móvil a Mark, que lo coge, mirando la pantalla con cierta ansiedad. El fondo de pantalla es una fotografía del propio Russell con el brazo por encima de los hombros de Dennis Sloat. Ambos sonríen a cámara y parecen estar pasándolo bien.

-Será mejor que lo lleves tú - dice Russell.

-Gracias.

Russell se encoge de hombros e inicia la marcha. Mark le sigue. En un momento dado, mira hacia abajo y ve que el fondo lo forma un riachuelo de aguas marrones totalmente opacas que arrastran todo tipo de basura, desde plásticos y papeles hasta hierbas y hojas. El padre Merrill camina detrás de Mark. Terence cierra la marcha. Caminan despacio debido a la escasa luz, cuatro hombres en misión suicida en busca de una niña que no saben si sigue viva y a la que, al menos dos de ellos, presuponen muerta. Mark duda, pero se obliga a creer que sigue viva porque no quiere ni pensar en que haya podido morir. Y el padre Merrill es un hombre de fe y esperanza. Un hombre en duelo con Dios, al que clama por un poco de esa bondad que siempre ha creído que tenía hasta que se llevó la vida de su sobrino por delante.

4

Jason Fletcher camina deprisa. No suelta en ningún momento la mano de Carrie, que va detrás de él. Cruzan el pasillo de la casa de regreso al patio interior. Jason se asoma a la oficina del taller. Está vacía.

-Espérame aquí un momento.

-¿Dónde vas?

-No tardo.

Jason suelta a Carrie y se encarama a la ventana. De un salto, se introduce en la oficina y se acerca a la mesa. Abre el cajón de la derecha hasta sacarlo del todo y lo vuelca sobre la mesa. Revuelve entre los papeles, pero lo único extraño que encuentra es una revista pornográfica. Lo empuja todo, tirándolo al suelo, y abre el cajón izquierdo. No le hace falta volcarlo. Entre la grapadora y más papeles hay un llavero con varias llaves. Jason lo coge.

Movido por la curiosidad, se acerca hasta la puerta de la oficina y mira hacia el taller. La puerta metálica está a punto de ceder. De hecho, los muertos han logrado abrir pequeños resquicios entre la puerta y la pared y Jason puede ver varios brazos arañando el aire del interior.

Regresa a la ventana y salta de nuevo al patio. Le enseña a Carrie las llaves y le guiña un ojo.

-¿Para qué son? - pregunta.

-¿Conocías a Wayne Hughes?

Carrie niega con la cabeza. Jason le da un beso en la frente.

-Haces bien, era un imbécil, pero sabía de motores. De hecho, era un puto genio cuando se habla de motores. Fue él quien trucó mi moto para hacerla más potente.

Jason tira de Carrie hacia la puerta de la derecha. La misma que siguieron Verónica y su grupo. Atraviesan la cocina y el pasillo en dirección a la puerta principal. Carrie alcanza a ver la destrucción y la mancha de sangre en el salón. Se estremece.

-¿Y qué pasa con eso? - pregunta ella.

-Cariño, la moto de Wayne Hughes está aparcada delante de esta casa, y el motor de esa cosa podría hacernos volar como un puto avión. - Jason sonríe, y Carrie le devuelve una sonrisa triste que ahoga un poco más el corazón de Jason-. Vale, tal vez no vuele, pero es increíblemente potente. Créeme.

-Te creo - responde ella, triste.

-Carrie, cariño...

Jason le pone una mano en la barbilla y obliga a Carrie a mirarle.

-Deberías irte - dice ella-, aún puedes sobrevivir, pero yo no. Quiero que vivas, Jason. No puedo pensar en... en que tú...

Carrie pierde la voz y Jason niega con la cabeza.

-Cariño, voy a quedarme contigo hasta el final.

-Pero...

-Pero nada. Carrie, tú lo eres todo para mí y me quedaré a tu lado. No pienso dejarte morir sola.

Carrie le mira. Jason es un poco más alto que ella, por lo que Carrie tiene que mirarle ligeramente hacia arriba.

-Crees que es por tu culpa, ¿verdad?

Jason sonríe. Carrie siempre ha sabido descifrar lo que él piensa.

-Sí, creo que es por mi culpa, pero no es por eso por lo que quiero quedarme a tu lado.

-Ya lo sé. Quieres quedarte conmigo porque me amas y necesitas estar conmigo hasta el final. Lo sé, porque a mí me pasaría lo mismo - Jason asiente, y Carrie le aprieta con fuerza la mano-. Pero no es tu culpa. Fue Brad Blueman el que me

empujó.

-Fui yo quien decidió ir a la comisaría.

-Jason - el tono de Carrie cambia completamente y pasa a demostrar autoridad-te prohíbo que pienses que es culpa tuya. Si no hubieras venido a por mí, habría muerto en tu casa. Pero viniste a por mí.

-Porque te amo, Carrie.

-Lo sé. Y yo te amo a ti. Y al venir a por mí, me has regalado un tiempo contigo que no hubiera tenido de otra forma. Pensaba que no volvería a verte, a menos que fuera a visitarte a una cárcel, así que haberte vuelto a tocar es el mejor regalo que pudiste hacerme.

Jason respira hondo. Siente que se le llenan los ojos de lágrimas. Se acerca a Carrie y la besa. Ella entrelaza las manos por detrás de la nuca de él y llora mientras se besan. Cuando Jason se separa y la mira, le parece que Carrie es el ser más hermoso de la creación.

-Te quiero.

-Y yo a ti, Jason. ¿Qué coño vamos a hacer?

-Nos separan cinco metros de jardín y uno de acera hasta la moto, aproximadamente. Aprovecharemos el momento en que logren atravesar la puerta del garaje y cruzaremos los dedos para que no nos oigan con el estruendo. Si nos mantenemos agachados, no nos verán hasta que lleguemos a la acera. Solo necesito dos segundos para arrancar la moto. Pégate a mí y súbete lo más rápido que puedas. Aunque reaccionen, no nos cogerán.

-¿Y si no todos están junto a la puerta del taller? ¿Y si hay alguno ahí fuera, al lado de la puerta del jardín?

-Entonces estamos jodidos - responde Jason, encogiéndose de hombros.

Carrie sonríe, y vuelve a besarle. Jason desliza sus manos por la espalda de ella mientras se besan. La presiona contra la pared y besa sus mejillas, húmedas por las lágrimas. Carrie le abraza con fuerza, y él le devuelve el abrazo. Se quedan así, fundidos en ese gesto, hasta que escuchan el crujido de la puerta metálica al caer al suelo. Un pequeño estruendo que se ve superado pronto por los pasos que corren por encima de ella, entrando al taller como una masa.

Jason abre la puerta. Tiene la mano de Carrie en la mano izquierdo y el llavero en la derecha. Cruzan el jardín agachados como soldados en tierra de nadie, directos hacia la puerta de madera que da a la calle. Jason sabe que necesita apenas unos segundos. Si hay algún zombi a menos de quince metros de la moto, les alcanzará antes de que puedan arrancarla. Si está a veinte metros, la cosa estará ajustada. Es una apuesta de una sola oportunidad, pero Jason no piensa detenerse.

Agarra el manillar y tira de él. Salen a la calle. Jason recuerda haber visto la moto a la izquierda, y allí está, volcada en el suelo y con el espejo lateral hecho añicos.

Alguno de los muertos debe haberla golpeado al pasar junto a ella y la ha derribado. Jason casi se tira al suelo para agarrarla y ponerla en pie. La multitud de zombis que se agolpan frente a la puerta del taller les ve y cambia su dirección. Empiezan a correr hacia ellos, bramando sus sonidos guturales con la emoción del animal que divisa una presa. Jason pasa una pierna por encima de la moto y trata de meter la llave en el contacto. Carrie se sube a la moto y se abraza a él. Los gritos y pasos están cada vez más cerca. Jason acelera. La moto se levanta sobre la rueda trasera y sale despedida hacia delante. La mano de uno de los zombis llega a tocar la camiseta de Carrie, pero no la agarra. Jason estabiliza la moto, esquiva a un par de zombis que corren hacia él desde delante, y acelera.

5

Brad Blueman corre con problemas. Tiene que lidiar al mismo tiempo con su respiración, que no sabe controlar y está acelerada, lo que le impide tomar aire de forma adecuada y mantener una velocidad aceptable, y con sus pantalones, que insisten en caerse. Corre agarrando la cámara con la mano derecha y los pantalones con la izquierda. Y sinceramente, no podríamos estar seguros de si lo hace porque tiene miedo a caerse si se le bajan los pantalones hasta los tobillos, o porque le aterra pensar en acabar convertido en un zombi que corre en calzoncillos por las calles.

Hace tiempo que nadie le sigue. Gracias a Dios, Dolores fue el cebo perfecto y él pudo escapar. Sin embargo, no quiere dejar de correr hasta que encuentre un sitio seguro. O no puede dejar de hacerlo.

Gira a la derecha en la siguiente calle, pero se detiene tras dar un paso. A unos ciento cincuenta metros hay tres zombis inclinados sobre una mujer tendida en la calle. Los tres tienen las manos metidas dentro del cuerpo de la mujer y se las llevan a la cara con avidez. Brad retrocede, intentando ser sigiloso y pasar desapercibido, pero uno de los muertos, una mujer que Brad reconoce de haberla visto en los juzgados en varias ocasiones, le ve y levanta la cabeza para lanzar un aullido que a Brad le hace pensar en hombres lobo.

Brad se da la vuelta y corre. Detrás de él, los tres zombis se levantan para perseguirle. Uno de ellos se lleva en la mano izquierda un bulbo sanguinolento. Si pudiéramos acercarnos, comprobaríamos que se trata de un riñón. Pero nuestra atención se centra en Brad Blueman, que corre por el centro de la calzada con el rostro desencajado por el pánico y tan enrojecido que parece que va a sufrir un infarto de un momento a otro.

Tropezada. Por un momento parece que logrará mantener el equilibrio y continuar con su enloquecida carrera, pero su tobillo derecho no es capaz de soportar la tensión y Brad se inclina hacia delante. Con un gesto inconsciente, aparta hacia la espalda la

cámara de fotos y coloca la otra mano delante de la cara. Se estrella contra el suelo, salpicando agua en todas direcciones, y se queda quieto un momento. Gira sobre su propio cuerpo. Los zombis siguen corriendo hacia él y se encuentran a menos de cuarenta metros. Y bajando.

Brad sabe que es inútil intentarlo. Jamás les ganaría en una carrera. Se queda tumbado en el suelo, agarrando su cámara de fotos delante de su prominente barriga y mirando aterrorizado hacia las tres figuras que corren hacia él. Ni siquiera es capaz de desviar la mente hacia algo agradable. No puede dejar de pensar que va a morir, y que va a ser doloroso, y que no es justo.

La parte derecha de la cara de uno de los zombis desaparece, y el tipo cae al suelo. Menos de un segundo después, los otros dos zombis corren un destino similar. La mujer cae y rueda por el suelo hasta detenerse a metro y medio de los pies de Brad, que tiene la boca abierta en un gesto de asombro que le hace parecer idiota. No entiende qué ha ocurrido. Se da la vuelta, para mirar al otro lado, y al fondo de la calle ve un grupo de soldados que caminan formando un rectángulo perfecto. Brad no se ha sentido tan feliz en la vida. Se levanta, a trompicones, y echa a correr hacia los militares, alzando los brazos y gritando de alegría.

Sabía que estaba destinado a sobrevivir. Siempre había sabido que estaba por llegar el día en que Brad Blueman se convirtiera en alguien famoso, y lo que acababa de pasar sería una guinda maravillosa para el pastel de su libro. Porque Brad sabe perfectamente que nada enciende más los ánimos de un estadounidense que una entrada crucial del ejército americano salvando la vida de los buenos. En el libro sería mucho más espectacular, por supuesto, y probablemente se pondría a sí mismo peleando con los zombis en el momento en que los soldados aparecían y le rescataban.

Está vivo. Y eso es lo más importante. Y mientras corre hacia los soldados llora de júbilo y nervios y siente ganas de ponerse a saltar.

-¡Quieto!

Brad se detiene de golpe, con las manos levantadas en pleno gesto de alegría. El coronel Trask y los tres soldados más adelantados de la formación le apuntan directamente con sus rifles.

-¡Gracias por aparecer! - grita Brad - ¡Gracias por salvarme la vida! ¡Siempre he sabido que el ejército americano es...!

-¡Cállese! - ruge el coronel, y Brad cierra la boca - ¿Es que quiere atraer a todo el mundo? ¡Échese al suelo, inmediatamente!

Brad quiere preguntar para qué necesitan que se eche al suelo, pero de repente tiene tanto miedo como unos momentos antes, cuando los tres zombis corrían hacia él y la muerte parecía ser su destino más obvio. Temblando, Brad se tumba en el suelo, con cuidado de no golpear la cámara y evitando que se moje.

Uno de los soldados, Fred Williams, se acerca a Brad Blueman y le inspecciona el cuello, los brazos y las piernas. También le cachea, pero a Brad le da la impresión de que esa es la parte que menos le importa al soldado en realidad.

Le hace un gesto al coronel.

-¿Cómo se llama, señor?

-Brad - responde-. Brad Blueman.

-Señor Blueman, ¿está herido?

-No, señor.

-Levántese y colóquese entre mis hombres. Si obedece nuestras órdenes y mantiene el ritmo, le sacaremos de aquí. Si desobedece una sola de nuestras indicaciones, o si pone en peligro a cualquiera de mis hombres, yo mismo le meteré una bala en la cabeza. ¿Me explico?

Brad asiente enérgicamente. El soldado Williams le ayuda a levantarse y le indica dónde debe colocarse, junto al soldado Montoya.

-Chicos - dice el coronel Trask-. Ahora tenemos un civil entre nosotros, así que bajaremos el ritmo. Adelante.

Como una máquina bien engrasada, el grupo de élite empieza a moverse hacia delante en cuanto el coronel da la orden. Brad se sorprende, y arranca un par de segundos tarde. No lleva ni cien metros cuando se da cuenta de que está prácticamente corriendo y se pregunta cómo demonios iban antes si eso significa para ellos bajar el ritmo. Empieza a jadear casi al momento.

El grupo gira a la izquierda en la calle Winewood y se detiene en cuanto el coronel Trask alza el puño. A unos cincuenta metros, un grupo de aproximadamente veinte zombis están aporreando la puerta del Yucatán. Brad, al verles, retrocede un par de pasos y choca contra el soldado Ayes. Éste le dedica una mirada de desprecio, y Brad alza las manos pidiendo perdón.

-Asegurad cada tiro. Disparad - ordena el coronel.

Los doce disparos son ejecutados casi en el mismo segundo, con una sincronización perfecta. El efecto de los silenciadores en los rifles de asalto no logra la ausencia total de sonido, pero la reduce considerablemente. Brad se encoge y se lleva las manos a la cabeza, pero no aparta la vista. Ve caer a unos cuantos zombis. El resto parece perder el interés en la puerta del Yucatán y se giran para correr hacia los soldados. Brad levanta la cámara y aprieta el disparador varias veces, mientras los soldados barren a los zombis con una eficacia brutal. El tiroteo no dura más de diez segundos, el coronel Trask da la orden para ponerse de nuevo en movimiento, y Brad siente que le empujan desde atrás. No protesta. Se mueve entre los soldados admirando los cadáveres que ahora yacen en el suelo, despatarrados y doblados, todos con la cabeza medio destrozada y otras heridas en el resto del cuerpo. Se mueven hacia el Yucatán, y el coronel Trask y Fred Williams se aseguran de que

todos los cadáveres estén realmente muertos. Uno de ellos aún se mueve, tirado en el suelo. Una bala le ha destrozado la columna y no puede levantarse. Trask le dispara a la cabeza, sin dudarlo.

Ordena al grupo que se detenga y le hace un gesto a Williams para que avance. Brad levanta la cámara de fotos y capta una instantánea del soldado Williams corriendo inclinado hacia la puerta del bar. Se pega a la pared, como ha visto hacer a tantos policías de película antes de comenzar una redada. Bernard Trask le indica al resto del grupo que se peguen a la pared. Brad se mueve con ellos.

-¡Les habla el ejército americano! - grita Fred Williams¿Queda alguien con vida ahí dentro?

-¡Sí! - responde una voz desde el interior - ¡Estamos aquí, gracias a dios! ¡Estamos aquí!

Brad reconocería esa voz en cualquier parte del mundo. El dueño del Yucatán, Ozzy, siempre le ha caído bien.

-¿Pueden salir? - pregunta Fred.

-¡Un momento! - pide Ozzy - ¡Hemos montado una barricada con las mesas! ¡Vamos a apartarlas!

-¿Cuántos sois?

-¡Cuatro!

El grupo de élite aguarda mientras Ozzy y su grupo retira la barricada. Mantienen sus posiciones, apuntando con sus rifles en distintas direcciones. Brad hace un par de fotografías. Una de ellas le parece realmente buena. En primer plano aparece la cara de la soldado Anne Sanders. Ligeramente desenfocado, y con una perspectiva oblicua, el rifle apunta hacia el horizonte. El agua de lluvia gotea por el arma. Brad cree que es una fotografía de portada.

Durante los dos minutos que tardan en retirar la barricada de mesas, los soldados se mantienen en tensión, vigilantes, escuchando el sonido que hacen al arrastrar las mesas y sillas. Brad se dedica a observar los cadáveres del suelo. Uno de ellos es Dolores Fletcher. Al reconocerla, Brad se lleva la mano a la boca para ahogar un grito. A la mujer le falta un zapato tiene mordeduras en el cuello, brazos y piernas. La blusa que llevaba puesta está desgarrada y uno de sus pechos asoma por el roto.

Los militares lo llaman bajas colaterales, Brad. No te martirices por eso.

Brad aparta la vista. Se da cuenta de que no hace falta que la mire porque sigue viéndola claramente en su mente. No muerta y llena de heridas, sino su expresión de perplejidad y sorpresa cuando él la había empujado hacia atrás antes de salir corriendo y abandonarla a una muerte segura. Una expresión que decía eres un asesino y me estás matando.

Finalmente, la puerta del Yucatán se abre, y Brad fija en ella la vista. Una lágrima resbala por su mejilla derecha, pero se mezcla rápidamente con la lluvia, y Brad

Blueman es un hombre que sabe recomponerse pronto. Levanta la cámara para retratar a los supervivientes del Yucatán. Brad planea hacerles una entrevista a cada uno de ellos y titular el capítulo exactamente así: Los supervivientes del Yucatán.

Ozzy es el primero en salir. Tiene el mismo aspecto que un perro que se dirige al matadero, y mira los cuerpos tendidos en la calle con auténtico pavor. Después, sonrío al ver a los soldados y rompe a llorar. Apenas un momento después se le unen Erik Killian, Eliza Fletcher y el juez Parkinson. Erik y el juez tienen la ropa cubierta de sangre. Esta último se agarra el brazo izquierdo con la mano derecha. Brad hace una foto.

-Levanten un momento las manos para que podamos registrarles - ordena el coronel Trask-. No tardaremos nada y es por su seguridad.

-¿Para qué necesitan registrarnos? - pregunta el juez Parkinson.

-Obedezcan, por favor - pero el tono del coronel no parece una petición.

Ozzy y Erik levantan las manos de inmediato. Eliza lo está haciendo, pero se detiene a medio camino y se lleva las manos a la cara. Brad sabe perfectamente lo que está mirando.

-¡Dolores! - grita la mujer.

Le flaquean las fuerzas y Eliza cae al suelo de rodillas, llorando. El juez Parkinson se agacha para recogerla. Mientras tanto, el soldado Williams y el soldado Trenton registran a Ozzy y a Erik. Brad observa que los militares inspeccionan el cuello y los brazos de los dos hombres de forma disimulada pero eficaz. Hacen lo mismo con las piernas, levantándoles parte de los pantalones por debajo con la excusa de cachearles bien. Fred Williams repite el proceso con Eliza, que sigue llorando con desesperación sin dejar de mirar a su hermana muerta. Sin embargo, el soldado Trenton no se acerca al juez Parkinson. No hace falta. La herida que tiene en el brazo izquierdo es bastante evidente a la vista. Brad capta la mirada que el soldado le lanza al coronel, y ve que el coronel mueve de forma casi imperceptible la cabeza. Agarra la cámara de fotos.

-Yo de usted dejaría la cámara abajo en este momento - susurra la voz del soldado Montoya junto a su oído-. Si fotografía esto se la quitaré yo mismo.

Brad le mira. En los ojos del soldado Montoya no hay nada que incite a creer que se está marcando un farol. Brad suelta la cámara.

El soldado Trenton agarra al juez Parkinson del brazo y tira de él, apartándole del resto.

-¿Qué hace? - pregunta el hombre, ofendido.

-El soldado Trenton no responde al juez Parkinson, pero sigue tirando de él con fuerza implacable. Ozzy y Erik lo miran boquiabiertos. Cuando habla, el coronel se dirige a ellos, y tal vez también a Brad. Lo que está claro es que el juez Parkinson ha dejado de preocuparle.

-Castle Hill ha sido atacado por un virus catalogado como de máximo peligro y con una capacidad de contagio del cien por cien. La mordedura de un infectado conlleva la muerte segura y posterior transformación en un ser peligroso y mortal, capaz de transmitir el virus a nuevas víctimas. No hay curación posible.

-¡Soy un ciudadano americano! - grita el juez Parkinson; Soy juez de los Estados Unidos! ¡Conozco mis derechos y no pueden hacerme...!

El soldado Trenton le dispara a quemarropa, directo a la cabeza. La bala atraviesa el cráneo de izquierda a derecha, reventando el hueso al salir y llevándose por delante la oreja. Los ojos del juez se giran hacia arriba, quedándose en blanco, y su cuerpo cae hacia un lado, totalmente inerte.

Eliza chilla, y Erik y el soldado Williams la sujetan para que no eche a correr. Ozzy mira a Brad, que está tan asombrado como él, y después al coronel Trask.

-¿Van a matarnos a todos?

-Solo a los que estén infectados. Les sacaremos de aquí, pero deben seguir nuestro ritmo y obedecer en todo momento nuestras órdenes. Siento que hayan tenido que presenciar esto, señores, pero no podemos correr ningún riesgo. No solo se trata de nuestras vidas, sino también de las suyas.

Ozzy mira a Erik. Ambos hombres están asustados, y Brad no está seguro de Killian, pero sabe que Ozzy es un tipo inteligente. No le extraña cuando le ve asintiendo con la cabeza en dirección al coronel Trask.

-¡Formen!

Los soldados recuperan sus posiciones. Erik, Ozzy y Eliza son engullidos por el grupo y situados en el interior de la formación, junto a Montoya y Brad.

-Me alegro de verte, Brad - le saluda Ozzy.

-Y yo a ti - responde el fotógrafo. Después, saca unas llaves del bolsillo del pantalón y se las entrega a Erik-. Tu camioneta está en la carretera.

Erik mira las llaves como si fueran un objeto de otro planeta. Después se echa a reír. Eso le vale un par de malas miradas por parte de los soldados.

-¿Qué demonios está pasando aquí? - pregunta Ozzy; ¿Cómo ha podido pasar esto?

Mientras, el grupo sigue avanzando, a una velocidad que a Brad le parece más asequible. Cada vez que divisan un zombi, los soldados le abaten con facilidad. Erik cierra el puño en torno al llavero y le suelta un puñetazo amistoso a Brad. Éste sonríe y gira la cabeza. Al otro lado, Eliza corre junto a todos ellos, pero su expresión de tristeza es como una jarra de agua fría para Brad. La sonrisa se le borra de los labios. El corazón se le encoge como si lo apretara un puño.

Pero qué demonios... se lo merece.

Mark avanza despacio detrás de Russell. Lleva el móvil en alto para que la escasa luz que desprende pueda servirles a todos. La mano izquierda la tiene estirada hacia la pared, rozándola con la punta de los dedos. El olor es insufrible, de los que penetran en el cerebro. Mark se gira hacia el padre Merrill. El sacerdote tiene la mano en su hombro, en parte para darle aliento, en parte como punto de apoyo.

-Lo estás haciendo muy bien, Mark.

-¿Falta mucho? - pregunta, sintiéndose como un niño pequeño.

La luz se vuelve más tenue. Mark aprieta una tecla del móvil y vuelve a iluminarse.

-Unos cuatrocientos metros hacia delante y luego girar a la derecha - responde Terence.

-¿Cómo puedes orientarte con esa oscuridad? - pregunta el sacerdote, con curiosidad.

Si hubieran podido, habrían visto a Terence encogerse de hombros.

-Estoy calculando en base a mis pasos. Puede que esté haciéndolo fatal y aparezcamos en la otra punta, tampoco te extrañe.

Mark suspira y levanta la vista hacia la luz del móvil. El aparato está sirviendo como luz quitamiedos, un pequeño faro en la oscuridad. Está pensando en Paula, suplicando en silencio para que la niña continúe con vida. Desea ver de nuevo la sonrisa, genuina y hermosa, que aparece en los labios de la chica cuando algo le parece divertido.

Nunca te he pedido nada antes, piensa, dirigiéndose a quienquiera que gobierne las cosas desde ahí arriba, pero te pido esto, por favor. Es solo una niña...

Sumido en sus pensamientos como va, y debido a que la escasa luz del móvil no ayuda a romper del todo la oscuridad que les rodea, Mark no advierte que los pasos del agente Dinner se vuelven más erráticos y se tambalea ligeramente, como si estuviera borracho. Ninguno de ellos lo ve, y para Russell es demasiado tarde. Ni siquiera tiene tiempo de pensar en darse la vuelta y avisarles. La escopeta resbala de su mano y cae al suelo, con un chapoteo. Mark se sobresalta y mueve el móvil hacia abajo, para comprobar qué ha causado ese ruido. Un par de metros por delante de él, el agente Dinner se inclina hacia la pared y cae al suelo, temblando como lo haría un epiléptico. - Mierda - murmura Mark, deteniéndose.

-¿Qué pasa? - pregunta Terence.

No hace falta que Mark le conteste. Russell T.Dinner abre la boca y lanza un desgarrador chillido que hace que los otros tres hombres se estremezcan. Mark retrocede, tropieza con el padre Merrill y ambos caen al suelo. Terence intenta cruzar sobre ellos, desenganchando el hacha mientras lo hace. El teléfono móvil resbala de la mano de Mark y cae al suelo. Lo último que alcanza a ver antes de que la luz vuelve a apagarse y les suma en la oscuridad es a Russell levantándose y Terence

lanzándose hacia él.

Después, un sonido metálico, inconfundible del hacha al golpear la pared. Gruñidos de Russell. Forcejeo. Mark intenta levantarse. Resbala y vuelve a caer al suelo. Es incapaz de ver nada en absoluto y puede sentir cómo la oscuridad empieza a presionarle los pulmones, haciéndole más difícil respirar, mientras a menos de dos metros tiene lugar una pelea que decidirá si viven o mueren. De vez en cuando le alcanzan salpicaduras. Mark siente que le falta el aire. La oscuridad también es capaz de eso, puede robarte el aire y ahogarte. Mark abre la boca, pero nada cruza a través de ella. Sabe que va a morir. El padre Merrill le abraza y acerca la boca a su oído.

-¡Mark! - grita el padre Merrill-. Escúchame, tienes que calmarte y respirar hondo.

Mark lo intenta, pero cada vez que abre la boca no logra llenar los pulmones. Apenas emite un sonido de angustia y ahogo. Y más allá, Terence y Russell siguen forcejeando y peleando.

-Venga, Mark - le anima el sacerdote - ¡No vas a rendirte ahora! ¡No vas a caer así!

Mark cierra los ojos y aprieta los puños con todas sus fuerzas. Se concentra en ello hasta con la última célula de su cuerpo. El padre Merrill sigue gritándole al oído, y la siguiente vez que Mark abre la boca, toma aire hasta que su pecho no da más de sí.

-¡Así se hace! - grita el sacerdote.

Escuchan un crujido, semejante al que haría un hueso de pollo al romperse, y los forcejeos terminan. Pueden escuchar claramente la respiración agitada de Terence mezclándose con la respiración, no menos agitada, de Mark.

-¿Podéis volver a encender la luz? - pregunta Terence entre jadeos.

-Un momento - pide Mark.

Introduce las manos en el agua estancada sobre la que está sentado. Inmediatamente, siente ganas de vomitar. Se concentra en mantener el contenido de su estómago dentro de él. Por suerte, no ha comido nada desde la mañana, antes de empezar el viaje que les llevaría a Neville y a él a Castle Hill.

Pensar en Neville hace que a Mark se le forme un nudo en el estómago.

Su mano izquierda golpea algo. Lo agarra y lo saca del agua. El móvil está empapado y cuando Mark aprieta una tecla, no se enciende.

-Va a ser que no - dice.

-Joder-murmura Terence-¿Usted no tiene móvil, padre?

-No - responde - pero tengo un zippo. Si es que lo he cogido...

Durante unos momentos de absoluta angustia, oyen como el sacerdote rebusca en sus bolsillos. Finalmente, se enciende una llama. El padre Merrill ilumina la cara de Mark, que asiente y se incorpora. Se acercan a Terence, que levanta la mano

izquierda. Tiene una marca de dientes que va desde el meñique hasta la muñeca.

-Tampoco es que sea nada nuevo - dice, encogiéndose de hombros-. El cabrón quería morderme en el cuello.

Tirado en el suelo, Russell parece descansar plácidamente. La ilusión sería perfecta si no tuviera una brecha en la sien de la que sale un hilillo de sangre que se mezcla con el agua estancada. Terence se agacha y recoge la escopeta. Se la entrega a Mark.

-Toma. Te he visto usar una antes.

Mark asiente. Cuando Verónica y Terence les rescataron a Paula y a él del Paradise Fall. Parece que hubiera pasado una eternidad.

El padre Merrill se agacha y le cierra los ojos a Russell.

-Descansa en paz, hijo.

Terence se da la vuelta y empieza a andar. Mark le tiende la mano al sacerdote para ayudarlo a incorporarse. Los dos caminan detrás de Terence.

-¿Cree que esto está ocurriendo en todo el mundo? - pregunta Mark. El padre Merrill siente la angustia que hay en su voz.

-No - responde el sacerdote-. Creo que se limita a Castle Hill, al menos de momento. Ya oíste lo que dijeron Jason y los otros, los soldados han bloqueado las salidas por carretera.

-Pero, ¿por qué?

-Porque así es el ser humano, Mark. Autodestructivo. Jamás dejaremos de inventar armas cada vez más poderosas para matarnos los unos a los otros en absurdas guerras por territorios, religiones o intereses políticos. Puede que empezáramos con palos y piedras, pero luego alguien inventó la pólvora. Y cuando eso no fue suficiente, las armas químicas y la bomba atómica. El planeta Tierra será devastado antes o después porque el ser humano es tan sumamente idiota como para mantener esa escalada de destrucción. Y Dios castiga a los pecadores permitiendo que esas armas sean utilizadas.

-Padre - dice Terence-, si Dios permite estas cosas, está permitiendo que paguen justos por pecadores.

-A veces, y por desgracia, esa es la única manera de hacer entender a los hombres.

Y ante eso, ni Mark ni Terence encuentran una réplica válida. Los tres hombres continúan caminando, iluminados por la llama de un zippo.

Aidan acerca el ojo a la mirilla. El pequeño jardín de la casa en la que están escondidos está vacío. Hace rato que no ve zombis merodeando por allí. Kurt ha encontrado las llaves del Hummer en la cocina y se las ha dado a Verónica. Los cinco

se encuentran en el vestíbulo.

-No veo a nadie - susurra Aidan.

Verónica se encoge de hombros. Aidan agarra el manillar de la puerta y abre, con cuidado y despacio para no hacer ruido. Agachados, los cinco salen en fila y corren hacia el garaje, construido a la derecha de la casa. La puerta lateral está abierta y entran.

El garaje solo tiene cabida para el Hummer. Al fondo, hay una estantería sobre la que hay una caja de herramientas y trastos de distinto tipo. Verónica abre la puerta del coche y sube al asiento del conductor. Kurt, Zoe y Stan suben detrás.

-Abriré la puerta - dice Aidan.

Aidan levanta la puerta del garaje con un gruñido de esfuerzo. Esta vez no se preocupa por el ruido, y atrae la atención de los zombis cercanos. Aidan regresa al coche y cierra la puerta. Verónica pulsa un botón para que todas las puertas queden bloqueadas, y arranca. El vehículo sale del garaje en el momento en que empiezan a llegar zombis. Algunos llegan a tocar el coche, pero Verónica les deja atrás con facilidad.

-¡Chupaos esa, mamones! - grita Aidan, mirando por el espejo retrovisor.

En el asiento trasero, Kurt respira hondo. Zoe le abraza con alegría. Stan, al otro lado, gruñe. Verónica, concentrada en la conducción, no da muestras de alegría. Gira a la izquierda en una calle y acelera, esquivando un par de coches abandonados en medio de la calzada. Más adelante, a la altura de la calle Winewood, Verónica vuelve a girar. Y aprieta el freno de golpe.

Aidan, que estaba girado hacia atrás, se golpea el costado contra la guantera. Zoe lanza un grito de sorpresa. Verónica mira hacia delante con los ojos muy abiertos y abre la puerta del Hummer. Delante de ella, apuntándoles con sus rifles, el grupo de élite comandado por el general Trask.

-Les habla el ejército de los Estados Unidos - grita Trask, para hacerse oír por encima del ruido del motor - ¡Bajen del vehículo!

Obedecen. Zoe ayuda a Kurt a hacerlo.

-Nos persigue un grupo de zombis - dice Verónica, alzando las manos.

El coronel Trask le hace un gesto a Fred Williams, y el soldado avanza hasta apostarse junto a la esquina.

-Vengan aquí - el coronel les hace un gesto para que se acerquen. Verónica se da cuenta en ese momento de que entre los soldados hay cuatro civiles. Reconoce al menos a dos de ellos, el dueño del Yucatán y Brad Blueman.

Verónica avanza hacia el coronel Trask.

-Agente - el coronel mira hacia Aidan-, le voy a pedir que suelte el arma mientras mis hombres les registran.

-¿Eh? - Aidan parece desconcertado. Se mira el pecho y entiende-. No soy policía

- explica-, yo... esto... me lo prestaron.

El coronel Trask frunce el ceño. Dos de los soldados se acercan a él. Uno le quita el arma con suavidad. El otro empieza a cachear a Aidan, que levanta los brazos amistosamente. Después, los soldados repiten la operación con Stan, con Zoe y con Verónica. El soldado Ayes agarra a Kurt del brazo.

-Acompáñeme, señor.

Kurt está desconcertado, pero cuando el soldado tira de él hacia un lateral, Kurt le sigue. Verónica le mira, sin comprender qué ocurre. El que sí entiende es Brad, que se encuentra junto al soldado Montoya y abre los ojos, alarmado. De pronto, alza la voz.

-¡No! ¡Un momento!

Brad estira el brazo hacia el coronel Trask. No le da tiempo a dar más de un paso antes de que el soldado Montoya le retuerza el brazo y le tire al suelo. El coronel ni siquiera se da la vuelta para mirarle. Verónica observa a Brad y comienza a entender. Levanta la mirada hacia Trask.

-¿Qué se supone que está haciendo?

El soldado Ayes golpea a Kurt en una rodilla. El doctor lanza un grito y cae al suelo, a cuatro patas. El soldado empieza a levantar el arma, para apuntarle a la cabeza, al mismo tiempo que el coronel Trask comienza a hablar, con su tono explicativo y expeditivo.

-Castle Hill se ha visto comprometida por un virus catalogado...

-¡No le han mordido! - grita Brad desde el suelo - ¡No le han mordido, le dispararon esta tarde!

El soldado Ayes se detiene. Su dedo ya está colocado sobre el gatillo del rifle y el arma apunta directamente a la cabeza de Kurt. El coronel Trask también se ha callado.

-¿Es cierto? - pregunta.

-¡Sí! - exclama Verónica, ofendida - ¡Por supuesto que es cierto! ¿Iba a dispararle a sangre fría?

-Señorita, - el coronel Trask no pierde un ápice de su orgullo militar-, no podemos lidiar con este virus. Si alguien está infectado, hay que sacrificarlo - se gira hacia el soldado Ayes - ¡Compruébalo!

El soldado Ayes suelta el arma, que cuelga de uno de sus hombros, y agarra el brazo de Kurt, que gime de dolor. Ayes levanta la camiseta de Carrie y mira la herida que hay debajo. Después, vuelve a atar la camiseta a modo de torniquete. Sus manos han quedado manchadas de sangre.

-Levántese - le ordena a Kurt-. Le pondré un vendaje como Dios manda.

Kurt se incorpora con dificultad. El soldado Ayes le ayuda. Detrás, Montoya también libera el brazo de Brad, que se incorpora masajeándose.

-Casi me rompes el brazo - murmura.

No se lo espera. Zoe le abofetea con fuerza. Brad grita, más sorprendido que dolorido, y se lleva la mano a la mejilla. Detrás de él, a Montoya se le escapa una risa.

-Eres un hijo de puta, Brad Blueman - le grita ella-. Casi logras que me maten y por tu culpa morirá una chica.

-¿Qué? Yo no...

Zoe levanta la mano, dispuesta a darle otro bofetón, y Brad se encoge, cerrando los ojos y levantando las manos. En ese momento Fred Williams mira hacia atrás.

-¡Vienen, señor! Y son muchos.

-¡Formad delante del Hummer, chicos!

Los soldados corren para tomar posiciones. Fred abandona su puesto junto a la esquina y se une a sus compañeros. Todos hincan una de sus rodillas en el suelo. Forman una línea recta de once hombres. Montoya está de pie, detrás de ellos, preparado para asistir al que necesite ayuda. El coronel Trask se queda junto a Verónica y el resto de civiles.

-¿Usted es bombero o también le han prestado el traje?

-Soy bombero, señor.

-Soy el coronel Trask.

Verónica le estrecha la mano.

-Verónica Buscemi.

-Verónica, mi equipo y yo pretendemos peinar todo el pueblo, pero nos movemos más rápido cuando no tenemos civiles a nuestro cargo. ¿Cree que podrá conducir ese coche durante un rato más?

-Sí, señor.

-Siga esta calle hasta la plaza. Hemos venido por aquí y no deberían tener problemas. De todas formas, no se confíe. Puede haber más de estos cabrones rezagados.

-De acuerdo.

Los zombis empiezan a cruzar la esquina. Los soldados de Trask comienzan a apretar el gatillo, no en ráfagas sino en disparos individuales. Los zombis van cayendo a medida que aparecen. Eliza Fletcher grita. Erik Killian también, y a él el miedo le supera. Se da la vuelta y echa a correr, alejándose por la calle Winewood. El coronel le dedica apenas una mirada antes de volver a mirar a Verónica. Tiene que alzar la voz para hacerse oír por encima de los disparos.

-Después, coja la carretera. Tenga cuidado, hay una furgoneta abandonada en mitad de una curva. El ejército ha montado una barricada a la salida del túnel, pero les estarán esperando. ¿De acuerdo?

-Sí, señor - responde Verónica, también gritando-. Y gracias, señor.

Brad se ha apartado de Zoe en cuanto ha comenzado el tiroteo. Ha hecho varias

fotografías en dirección a la línea de soldados. En una de ellas, ha captado a uno de los zombis recibiendo un tiro en la frente y cayendo hacia atrás en una postura muy similar a la del miliciano de esa famosa fotografía de la guerra civil española.

Aidan, por su parte, ha cogido su escopeta y se ha colocado junto a los soldados, murmurando algo parecido a Y una mierda voy a perderme yo esto. Pronto, el sonido del disparo de la escopeta se une al de los rifles.

-Verónica, buena suerte. - El coronel señala hacia Erik Killian, que sigue corriendo, cada vez más lejos de ellos-. Y recoja a ese pobre desgraciado si tienen oportunidad de hacerlo. Pero no se arriesgue por nada, ¿me oye?

Verónica asiente. El coronel le hace un gesto para que se vaya, y Verónica corre hacia el Hummer. Zoe se acerca a Kurt, le coge de la mano y tira de él hacia el vehículo. No hace falta que nadie le diga nada a Stan Marshall, ni tampoco a Eliza Fletcher.

-Señor - grita el coronel - ¡Usted también se va con ellos!

Aidan le mira, ciertamente disgustado, pero no protesta. Corre hacia el Hummer. Brad se acerca a la puerta trasera. Stan y Aidan se han metido en el maletero, y Zoe se está sentando encima de las piernas de Eliza.

-¡Deberíamos dejarte aquí, hijo de puta! le grita a Brad.

-Yo no he hecho nada - replica Brad, pero lo hace en voz tan baja que no se le escucha por encima del sonido de los disparos. Porque ni siquiera él se lo cree. Porque sabe que, desde el momento en que Zoe y los demás han aparecido, la historia de cómo Brad Blueman empujó primero a una chica y luego a la propia Zoe para utilizarlas de carnada empañará cualquier proyecto que intente iniciar, incluido su libro. Y por suerte, ninguno de ellos vio lo que hizo con Dolores.

Al menos estoy vivo.

Está vivo, sí. Pero no está seguro de que sea suficiente.

Se sube al coche junto a Kurt. En cuanto cierra la puerta, Verónica arranca de nuevo. Se detienen más allá para recoger a un aterrorizado Erik Killian, que se une a Stan y Aidan en el maletero del Hummer. Dejan atrás a los militares.

El coronel Trask se acerca a Montoya.

-La radio - ordena, observando a los muertos cada vez más numerosos que corren hacia ellos y son derribados a medida que sus hombres aprietan el gatillo- ¡Retroceded! - grita - ¡Mantened la posición y retroceded quince metros! ¡Pongamos aire entre estos hijos de puta y nosotros!

Los soldados obedecen. Se ponen en pie y caminan hacia atrás sin dejar de disparar a los zombis a medida que aparecen por la esquina.

-¡Munición! - grita Sanders, a la izquierda, y Montoya corre para entregarle tres cargadores.

Trask se lleva la radio a la boca.

-Teniente Harrelson, al habla el coronel Trask. Cambio.

-Un momento, señor. Voy a buscar al teniente - la voz se escucha manchada por la estática.

Cuando dejan de aparecer zombis por la esquina, el montón de cadáveres en el cruce entre la calle Winewood y Cambridge asciende a setenta y seis. Los soldados mantienen la posición y las armas apuntando hacia el cruce, pero dejan de disparar. Un rezagado aparece en el último momento, arrastrando tras de sí una pierna claramente rota. El soldado Ayes le mete una bala en el cerebro.

-Aquí Harrelson. Cambio.

-Teniente Harrelson, se dirige hacia ustedes un Hummer negro con nueve civiles en su interior. Vuélvales a inspeccionar allí, pero le advierto una cosa... como uno de sus soldados apriete el gatillo y mate a uno de esos civiles sin que esté infectado, me dará igual que sea por error porque yo mismo le patearé el culo a toda su unidad. ¿Me entiende?

-Sí, señor.

El coronel Trask le devuelve la radio a Montoya y se acerca a Fred Williams. Con un gesto, el resto de los soldados vuelven a tomar la posición inicial y rectangular.

-Informe, Williams.

-Señor. - El soldado parece preocupado-. El grupo que nos ha atacado ha sido pequeño, ya lo ve, y alguno de ellos ha logrado acercarse a tres metros de nuestra línea. Ese ha sido el más avanzado. Pero según los informes, podríamos cruzarnos más adelante con un grupo mayor que este.

El coronel Trask mira hacia el montón de cadáveres desperdigados en nueve metros cuadrados, unos encima de otros, un revoltijo de brazos, piernas y cabezas destrozadas.

-No le llaman misión suicida porque sea fácil - gruñe.

Fred Williams no responde. El coronel hace un gesto, y el equipo vuelve a ponerse en movimiento. No tienen forma de saberlo, pero están a menos de cinco minutos de colisionar con el grupo de muertos más numerosos que recorre las calles de Castle Hill, el que hace casi una hora rodeara la comisaría sitiando a los supervivientes del interior y que después arrasara el taller de Wayne. El mismo grupo del que han escapado Jason y Carrie en moto y Mark, Terence y el padre Merrill están esquivando bajo tierra.

Y ese ejército de muertos es mucho mayor que los setenta y siete cadáveres que les han puesto en aprietos hace un momento.

levantada desde que los supervivientes huyeran. Si miramos hacia la izquierda veremos al fondo el taller de Wayne, cuya puerta ha sido echada abajo. Si miramos hacia la derecha, veremos que, junto a la comisaría, separados por la pequeña Greenway Street, hay un edificio de dos plantas. La superior es una vivienda particular, pero en la inferior hay dos locales comerciales. El primero de ellos, un estanco. El segundo, una tienda de ropa para niños. En el escaparate de esta tienda hay mucha variedad de ropa para bebé, unos bodys con logotipos de grupos de rock, e incluso uno con el símbolo de Dharma Corporation que le hubiera encantado a Neville.

El escaparate está empapado, por supuesto, debido a toda la lluvia que ha caído. El agua ha formado pequeños riachuelos que van directos a las alcantarillas. Una de ellas se encuentra frente al estanco, y si te fijas, verás que empieza a moverse, despacio, con cuidado. Desde fuera, la sensación de ver moverse una tapa de alcantarilla es una sensación extraña.

Terence asoma la cabeza, con precaución, y mira a su alrededor. La calle está vacía. Hace ya un rato que los muertos que les persiguieron hasta el taller han seguido su camino y se dirigen directos al encuentro con el grupo de élite del coronel Trask.

-Vía libre - susurra Terence.

Sube a la calle y se agacha. Le tiende la mano a Mark y le ayuda a salir. Después, ambos ayudan al sacerdote. Los tres hombres corren hasta el garaje y se detienen al entrar. Dentro de la comisaría se oyen ruidos, gruñidos y golpes. Se detienen junto a la escalera. Terence lleva el hacha en la mano herida y una gota de sangre desciende por el mango.

-Si siguen aquí es porque hay alguien vivo - susurra Mark, esperanzado.

-Intentemos no hacer ruido. No sabemos cuántos son.

Terence comienza a subir la escalera, despacio, primero una pierna y luego la siguiente, con el hacha preparada para asestar un golpe. Mark va detrás de él. Tiene la escopeta en las manos, pero no piensa usarla a menos que sea necesario. El ruido de un disparo atraería a muchos más zombis. El padre Merrill cierra la fila. Está desarmado.

Mark ve marcas de sangre en las paredes. Los escalones están llenos de marcas de pisadas. No parece el mismo lugar del que huyeron un rato antes.

Terence llega al pasillo superior. La sensación de suciedad es la misma. El suelo está lleno de pisadas y hay algunas manchas de sangre. Los tres hombres caminan muy despacio. Al cruzar junto a la puerta que lleva a las celdas, los tres giran la cabeza. La mayoría de los ruidos y gritos provienen de allí. Mark se extraña y hace un gesto, preguntando sin hablar en voz alta si deberían bajar a echar un vistazo. Terence niega con la cabeza, se toca el oído con el dedo índice y señala hacia delante.

Mark asiente.

Terence llega hasta el vestíbulo. La puerta de entrada está en el suelo, derribada sobre el cuerpo de Candy. Todos los papeles que había en el mostrador están desperdigados por el suelo y llenos de marcas de pisadas. La radio está volcada. Terence se pega a la pared y se asoma fugazmente a la sala de agentes. Aparte de mesas y sillas volcadas, teléfonos por el suelo y papeles desperdigados, no ve ninguna figura humana. Mira hacia Mark y el padre Merrill.

-No hay nadie a la vista. Los golpes provienen de más allá.

Mark hace un gesto para que sigan. Terence entra en la sala de agentes, pasa por encima de una silla volcada y se dirige hacia la puerta tras la que se oyen golpes. Se detiene ante ella y coloca los dedos sobre la madera, sin empujar aún. Mira a Mark y el sacerdote. Los dos hombres tienen la mirada fija en él. Terence respira hondo y empuja la puerta con suavidad. Al otro lado se encuentra el vestuario. Terence alcanza a ver varias taquillas cerradas, una de ellas, tirada boca abajo en el suelo. Un hombre al que él no reconoce pero Mark sí, Neville, con el vendaje ensangrentado y empapado aún rodeándole el cuello, está inclinado sobre la taquilla y la golpea una y otra vez con brutalidad. La taquilla está llena de abolladuras, pero Neville no ha logrado abrirse paso a través de ella. Gira la cabeza para mirar hacia Terence y éste actúa sin darle tiempo a lanzar uno de esos gruñidos. Descarga el hacha con todas sus fuerzas y lo hunde en la cabeza del joven, casi abriéndola en dos. Después, agarra al chico y lo deja con suavidad en el suelo, para que no haga ruido al caer. Le pisa la espalda y tira del hacha, encajada en la cabeza de Neville.

Mark entra en el vestuario y mira la taquilla, absolutamente esperanzado. Se agacha junto a ella y se dispone a darle la vuelta cuando el padre Merrill le toca el hombro. Mark le mira, y el sacerdote se lleva el dedo índice a los labios. Mark asiente, pero quiere darse prisa. Entre los dos, giran con suavidad la taquilla.

Con urgencia, Mark abre la puerta de la taquilla. Al ver a Paula dentro, rompe a llorar de felicidad. La niña tiene los ojos cerrados. Mark la coge de los brazos y tira de ella hacia él. Se queda helado al comprobar que el cuerpo de la niña se mueve como un muñeco. Alarmado, mira a Terence.

El bombero se agacha junto a ellos y deja el hacha en el suelo, sin hacer ruido. Coloca el oído junto a la cara de la niña. Mark le observa, sintiendo que la angustia empieza a apoderarse de él y que las lágrimas que está derramando dejan de ser felices y se convierten en lágrimas de miedo. El padre Merrill coloca su mano tranquilizadora sobre su hombro, pero en esos momentos no le sirve de ayuda a Mark. No puede dejar de pensar que si hubiera ido más rápido en el túnel de alcantarillado habría llegado a tiempo, antes de que la niña se quedara sin aire dentro de esa taquilla. Si no se hubiera quedado paralizado. Si no se hubiera comportado como un niño.

Terence se incorpora.

-Respira, pero muy débil.

Mark suelta todo el aire de golpe, aliviado. Coge a la niña en brazos y empieza a mecerla, al tiempo que le acaricia la mejilla.

-Paula - susurra, y repite su nombre varias veces.

El padre Merrill cierra los ojos. Por dentro, da gracias a Dios por ese pequeño milagro y le pide tan solo un poco más de Su ayuda. No expresa, ni siquiera en su mente, lo que en realidad querría decirle. Que se lo debe, por su sobrino, que está haciendo todo lo que puede en Su nombre, que no puede dejar que esa niña muera después de todo.

A veces, basta con dar las gracias.

Paula entreabre los ojos. Mark sonrío y la abraza con fuerza. Los labios de la niña se estiran, sin fuerzas, pero alcanzan a formar una sonrisa.

-Sabía que vendrías.

-Por supuesto - responde él-. Jamás te abandonaré. Perdóname por tardar tanto.

Paula aún no abre del todo los ojos, pero sigue sonriendo. Al verles abrazados, el padre Merrill se siente lleno de dicha. Es uno de esos momentos que le hacen a uno dar gracias a Dios por la belleza que se puede encontrar en el mundo. El sacerdote mira a Terence, y le parece ver una lagrimilla de emoción en el ojo del bombero. Hasta los hombres duros se enternecen.

-No me di cuenta - susurra Paula-. Me di un golpe en la cabeza.

Mark le mira la cabeza. La niña tiene una zona un poco hinchada, pero no hay sangre. Le da un beso en el pelo.

-Pues ya estoy contigo otra vez.

-Sí - responde ella.

Paula hace un esfuerzo sobrehumano para abrir del todo los ojos. Mark la abraza con más fuerza, sin dejar de mirarla, como si quisiera fundirse con ella y no separarse nunca más. - Mark...

-Dime, preciosa.

-Hueles fatal.

Mark se muerde los labios para no soltar una carcajada y vuelve a besar a la niña, una y otra vez, en la mejilla. Paula parpadea varias veces, como si no entendiera el por qué de todo aquello, pero también abraza a Mark con fuerza. El padre Merrill y Terence están sonriendo. Parecen espectadores de una comedia romántica, cautivados con la secuencia final cuando el chico y la chica se encuentran en el aeropuerto y van a declararse amor eterno.

Entonces, a Paula le entra la tos.

Jason detiene la moto haciendo un pequeño derrape y apoya el pie en el suelo. Tanto él como Carrie, abrazada a él, observan el pueblo. Desde el mirador, la vista de Castle Hill es perfecta, digna de postal, como bien sabes. Pero ven, observemos el pueblo junto a ellos, porque imágenes como esta no se ven a menudo. Desde aquí arriba, podría parecer que no ocurre nada en el pueblo, que simplemente es un día sin demasiado tráfico ni movimiento. Por supuesto, si obviamos a la masa humana que se dirige a la calle Winewood. Pero desde el Mirador no se percibe el peligro, y tampoco alcanzamos a ver al grupo comandado por el coronel Trask, que está a punto de encontrarse con ese gran ejército de muertos andantes. Desde aquí arriba, podríamos pensar que se trata de una gran manifestación. Esa es la magia de la perspectiva.

Aquí arriba, sin embargo, hay calma. Si miramos alrededor y ponemos énfasis en buscar, veremos que las cosas no han cambiado mucho. Latas oxidadas, monedas, envoltorios de chicles, paquetes de tabaco arrugados, el llavero oxidado que hace mucho tiempo perdiera Francine Newcomb y, allí, junto a aquel árbol, el mismo preservativo usado que ya vimos cuando nos encontramos aquí esta mañana.

Te dije que las cosas se pondrían realmente feas en Castle Hill. Puede que no me creyeras entonces, pero no puedes negarme que estaba en lo cierto.

La hierba está mojada después de toda la lluvia que ha caído. Parece que empieza a escampar, pero aún tardará un rato. Jason se baja de la moto y ayuda a Carrie. Ella está temblando, pero es de frío. Jason la abraza.

-¿Crees que me dolerá?

Jason suspira. Se separa de ella lo justo para mirarla a los ojos.

-No.

-Tengo miedo de que duela.

Jason coge la mano de Carrie. Está helada, pero él no la suelta. Tira de ella hasta alcanzar un árbol. No el mismo bajo el que descansa el preservativo usado. Se sienta y le hace un gesto a ella para que le acompañe. Carrie duda.

-Está mojado, pero, a estas alturas no creo que lo notes.

Carrie se ríe y se sienta junto a él. Jason le pasa el brazo por encima de los hombros y le da un beso en la mejilla. Carrie se recuesta sobre él.

-Jason...

-Dime, cariño.

-Prométeme que después seguirás adelante con tu vida. Que no te... que no harás una locura.

Jason, que en realidad está pensando exactamente en hacer una locura cuando ella muera, resopla antes de contestar.

-Si tú no estás, no merece la pena.

-Jason, no...

-Carrie - la interrumpe él - si no estás, no merece la pena. Eres toda mi vida, todo

lo que siempre he querido. Pienso en ti durante las veinticuatro horas del día, todos los días. Tú eres lo que me hace querer ser mejor persona, aunque luego me cueste conseguirlo, pero eres la que me hace intentarlo. Sin ti, ya habría entrado a la cárcel hace mucho tiempo, porque sabes cómo soy, sabes qué tipo de persona soy. Soy un gamberro, antes de conocerte tendía a meterme en peleas, las buscaba, de hecho. Desde que estoy contigo, solo me he peleado un par de veces. O tres.

Carrie le toca la mejilla con suavidad para obligarle a mirarla.

-Jason, ¿puedo hacerte una pregunta?

-Claro que puedes.

-¿Me responderás honestamente?

-Nunca te he engañado.

Carrie sonrío. Se le forman unos hoyuelos a los lados de los labios y los ojos se le achican ligeramente. A pesar de que empieza a estar pálida, está preciosa con ese gesto.

-Eso ya lo sé, tonto. No es eso lo que quiero preguntar.

-Dispara - dice él.

-¿Quemaste la granja de los Meyer?

Jason no contesta de inmediato. Aparta la vista de Carrie y mira al frente. Es suficiente respuesta para ella, pero no dice nada. Jason mueve lentamente la cabeza. De arriba abajo.

-¿Por qué?

-Sé que estuvo mal, y si pudiera volver atrás no lo haría - responde él-. No importa el por qué. Me dejé llevar y lo hice, y por mi culpa, casi murieron dos personas y estuvieron a punto de separarme de ti para siempre.

-Sí - admite ella - ¿Y recuerdas lo que me respondiste cuando yo te dije que no podría soportar estar sin ti?

Jason no quiere responder. Sabe perfectamente la respuesta a esa pregunta. Tiene los dientes apretados y está llorando. Carrie se abraza aún más a él.

-Te dije que tenías que seguir con tu vida.

-Sí.

-Y que te amaría siempre, pero que tú, aún así, tendrías que seguir con tu vida y odiaría que no lo hicieras.

-Sí.

Jason asiente. Se miran. Están a centímetros el uno del otro.

-¿Es tu forma de decirme que no haga una locura cuando te vayas? - pregunta él-. Porque no creo que sea el mismo juego del que estamos hablando. No es lo mismo ir a la cárcel que morir.

-No lo es - admite ella-. Eventualmente, tú habrías salido y podríamos haber estado juntos de nuevo, y aún así me pediste que siguiera adelante. Yo no voy a

volver, Jason, y te lo pido igualmente porque odiaría irme de este mundo sabiendo que tú te irás detrás. Necesito que vivas, y me recuerdes cada día de tu vida. Y que me sigas queriendo, para que yo no termine de desaparecer.

-Jamás dejaré de amarte.

-Lo sé, Jason. Prométemelo.

-Te lo prometo.

-Que seguirás adelante.

Jason asiente. Se besan, apasionadamente. Se funden en uno de esos besos dignos de película a los que solo les falta la banda sonora para ser perfectos. Jason introduce sus manos bajo la camiseta que lleva puesta ella. Carrie le acaricia la espalda y enreda una de sus manos en el cabello de él. Jason le quita la camiseta y la tira a un lado. Se tumban en el suelo, ella encima de él. Siguen besándose mientras terminan de desnudarse y Jason se coloca sobre ella. Cuando Jason entra en su interior, Carrie cierra los ojos y gime de placer.

10

Richard ha vuelto a vomitar. Le duele el estómago y la cabeza ha empezado a martillearle. Se siente como si estuviera dentro de una montaña rusa.

Ahora, está sentado en el suelo, junto al inodoro. Se dedica a arrancar pequeñas bolas de gomaespuma del colchón y lanzárselas a los muertos. Ha pensado en suicidarse. A fin de cuentas, se encuentra en una celda de tres por dos, sin posibilidad de escape, esperando la muerte por inanición. Y hasta que eso ocurra, tendrá que mirar a sus nuevos amigos.

Richard no tiene el valor necesario para suicidarse. Además, ¿Qué podría hacer? Solo se le ocurre que podría lanzarse con los brazos abiertos hacia esas manos que se abren y cierran, pero Richard no quiere pasar la eternidad convertido en una de esas cosas y metido en una celda.

Eso le lleva a preguntarse... ¿Si muere de inanición, también se levantaría convertido en un muerto viviente?

Aún tiene la llave inglesa en el bolsillo lateral del pantalón. Se pregunta si podría matarse a sí mismo de un golpe en la cabeza. No lo cree. Aunque podría quedar inconsciente, y eso sería mejor que los tirones que siente en el estómago.

-Mataría por un vaso de Whisky - dice, en voz alta, mirando hacia las caras magulladas y llenas de heridas, algunas mutiladas incluso-. Un puñetero vaso de Whisky me haría feliz en estos momentos.

Por respuesta, solo recibe gruñidos. Richard se encoge de hombros, como si les entendiera.

-Me llamo Richard y soy alcohólico, mamones - murmura. En realidad, no parece

muy distinto a las criaturas que se agolpan fuera de la celda, estirando sus brazos muertos hacia él. La necesidad es distinta, pero tampoco pueden controlarse.

Más gruñidos. Richard se pone en pie y se acerca a ellos, hasta quedar a un palmo de las manos que intentan agarrarle. Su cercanía les enloquece. Gruñen y gritan de forma más salvaje, se agolpan contra los barrotes como si intentaran traspasarlos. Como en esa película de Schwarzenegger. Richard inclina la cabeza y les observa.

-A ti te conozco - dice-. Solías mirarme mal cuando cruzabas delante del taller y me veías allí trabajando. Para ti solo soy un borracho, claro, y no te equivocas, pero mira, mira al final quien está convertido en una aberración y quien está...

Richard se calla y se encoge de hombros.

-Sí, aquí esperando a morir de hambre. Pero te diré lo que haré.

Richard sonrío. Está hablándole a un montón de muertos. Si pensaba que la vida podría ser más surrealista, nunca lo hubiera dicho.

-Me sentaré en el suelo - continúa-. Y me quedaré mirándoos hasta que me muera de hambre o de sed. Porque no pienso dejar que me toquéis, que va. Disfrutaré viéndoos sufrir. Porque está claro que sufrís. Queréis comer, malditos.

En ese momento, proveniente del piso superior, se escucha una tos ahogada. Lo que parece ser una tos de niña. Richard mira hacia las escaleras, con gesto de asombro. Algunos de los muertos, sobre todo los que están por detrás y no alcanzan los barrotes de la celda, también vuelven la cabeza. Uno de ellos lanza un grito que hiela los huesos de Richard.

-¡No! - grita - ¡Venid a por mí, cabrones!

Pero no importa cuánto grite. Algunos de los zombis han fijado un nuevo objetivo y se lanzan a la carrera hacia el piso superior. Richard retrocede hasta que su espalda toca la pared, impotente y con el corazón en un puño.

11

Mark intenta taponarle la boca a Paula, pero es demasiado tarde. El daño está hecho. Desde el piso de abajo les llega un grito desgarrado. Después, oyen pasos a la carrera subiendo las escaleras. Terence mira a Mark.

-Tenéis que salir de aquí. Os cubriré.

Mark mira alrededor y se acerca a la ventana.

-¿Otra vez vamos a salir por la ventana? - pregunta Paula, en sus brazos.

-Y agradezcamos que hay una.

Terence abre la puerta del vestuario y cruza hacia la sala de agentes, con el hacha en la mano, preparado para luchar. Mark se descuelga por la ventana y salta. Al caer, apoya mal un tobillo y acaba despatarrado en la calle. Se levanta rápidamente. El padre Merrill está sujetando a Paula en volandas. Mark extiende los brazos hacia

arriba y el sacerdote suelta a la niña. Mark la coge al vuelo. Ella ríe.

-Padre, ahora usted.

El sacerdote niega con la cabeza.

-Sácala de aquí, Mark. Lo que has hecho por ella ha sido maravilloso.

-Padre, salte. Aún está a tiempo.

-Suerte, hijo - responde el sacerdote lanzándole la escopeta. Mark la coge al vuelo.

El padre Merrill le da la espalda. Mark abre la boca para protestar, pero decide que no vale la pena. No cree poder convencer al sacerdote y solo serviría para hacerles perder tiempo. Mark agarra la mano de Paula y los dos se ponen a correr, alejándose de la comisaría de una vez por todas.

12

El padre Merrill se gira hacia la puerta abierta a tiempo para ver a Terence descargar el hacha hacia los zombis que corren hacia él. Terence decapita al primero de ellos. El segundo se lanza hacia él, y Terence le golpea con el mango del hacha y le empuja hacia atrás. Al tercero le da una patada en el pecho.

Mientras Terence lucha e intenta resistir, el padre Merrill se arrodilla en el suelo y junta las manos a la altura del pecho. Cierra los ojos, para no distraerse con la pelea, e ignora los sonidos y ruidos. Intenta concentrarse en lo que tiene que hacer.

-Padre nuestro - murmura - sé que últimamente no he estado a la altura. Tendrás que perdonarme por ello. Soy humano, y nos hiciste con fortalezas y debilidades. Has lanzado sobre nosotros tanta destrucción, y no voy a poner en duda las razones que hayas tenido para hacerlo, señor. Pero hoy te hemos demostrado que hay bondad en nuestros corazones, que hay amor y alegría, incluso en estas circunstancias. Señor, perdona los pecados de los hombres...

Uno de los zombis logra morder a Terence en el brazo. El hacha cae al suelo y Terence se ve lanzado hacia atrás. En apenas unos segundos, cinco zombis más se lanzan sobre él, mordiéndole y devorándole, arrancándole los intestinos, abriendo su carne y hundiendo sus bocas en sus tripas. Terence chilla, pero ni siquiera con eso deja de rezar el padre Merrill. El sacerdote sigue rogando por las almas de todos los seres humanos hasta que se lanzan sobre él. El primer mordisco que recibe casi le arranca la yugular de cuajo, y de la herida sale disparado un chorro de sangre que alcanza hasta el techo. Muere prácticamente al instante.

13

Para cuando el Hummer negro conducido por Verónica y lleno de gente más allá de

su capacidad real alcanza el bloqueo militar a la salida del túnel, el propio teniente Harrelson les está esperando, con los brazos cruzados sobre el pecho. Verónica detiene el vehículo a un lado y abre la puerta del coche. Les hace un gesto a los demás para que esperen antes de salir.

-Hola.

-Hola - responde el teniente - me llamo Jack Harrelson.

-Verónica Buscemi - responde ella.

-¿Bombero?

-Sí.

-Señorita Buscemi, voy a necesitar toda su cooperación y la de la gente que va con usted. ¿Puedo contar con ello?

Verónica mira hacia el Hummer. Ve un montón de rostros que la observan, expectantes, con miedo pero también con esperanza. Están a un paso de ver cómo termina la pesadilla que han vivido en las últimas horas.

-Sí - responde ella.

-Quiero que quede clara una cosa, señorita Buscemi, y luego usted les hará llegar a ellos mis palabras. Estamos aquí para ayudarles, pero no vamos a correr ningún riesgo. Obedecerán todas y cada una de las órdenes que les den mis hombres, sin rechistar. Cualquier desobediencia será tratada de forma sumaria. ¿Entiende lo que quiero decir?

-Que nos pegarán un tiro en la cara.

El teniente Harrelson ladea la cabeza.

-En resumidas cuentas, a eso se reduce. ¿Queda claro?

-Cristalino. Yo también quiero dejar una cosa clara.

-Dígame.

-Tenemos un herido de bala. No le han mordido, así que no quiero que nadie saque un arma y le apunte a la cabeza.

El teniente Harrelson asiente.

-Le examinaremos la herida, no se preocupe. Hable con ellos. Después salgan y formen una fila.

Verónica regresa hasta el coche y se asoma al interior. El teniente Harrelson no la escucha hablar, pero no tiene la menor duda de que estará reproduciendo sus palabras. Un momento después, las puertas del Hummer se abren y los supervivientes empiezan a bajar. Verónica se coloca a la cabeza de la fila. Ozzy al final.

-Señor, le voy a pedir que tire el arma.

Aidan sonríe al teniente y deja el arma en el suelo.

-Ahora, quiero que me sigan.

El teniente se da la vuelta y empieza a andar. Verónica abre la marcha de supervivientes. Su estado es lamentable. Todos están empapados y sucios, muchos

tienen manchas de sangre en la ropa y están visiblemente exhaustos. Pero ninguno de ellos protesta mientras camina entre el campamento improvisado y los soldados que les observan, la mayoría cubiertos con impermeables, todos con el arma en las manos y expresiones que varían entre la curiosidad y el asombro.

Desde el pequeño recinto de concentración, Patrick Flanagan, Duck Motton y Gabriel lanzan silbidos y vítores. Los otros tres hombres que están con ellos se les unen y empiezan a aplaudir. Pronto, algunos de los soldados se les unen, tímidamente. Al final, cuando la fila empieza a llegar a la gran carpa de color verde militar, todo el campamento aplaude a los supervivientes.

-¿Habéis visto? - pregunta Patrick, agarrándose a la verja, sonriendo y absolutamente feliz-. Verónica estaba allí.

-Es difícil no verla. Su pelo rojo es como un faro - responde Duck, riendo.

-¿Habéis reconocido a alguien más? - pregunta Patrick. La emoción les embarga y se abrazan entre ellos.

-He visto a vuestra recepcionista - dice Gabriel.

-¿Zoe? ¿Zoe estaba allí? ¡Sí, joder! ¡Bien! - Patrick vuelve a abrazarse a Duck.

-Y otro de los tuyos - añade el chico-. He visto el uniforme pero no he reconocido quien era.

-Brad Blueman también estaba - asegura Duck-. Con esa barriga solo podía ser él. Los tres se echan a reír.

Mientras tanto, en el interior de la carpa, un grupo de soldados con la banda de la cruz roja en el brazo aguardan que les llegue el turno. Uno de ellos lleva guantes de plástico en las manos.

-Desnúdense - dice el teniente Harrelson, mirando al grupo de supervivientes.

-¿Qué? - pregunta Verónica.

El teniente Harrelson no responde, pero le aguanta la mirada. Detrás de Verónica, escucha algunos murmullos entre el desaliñado grupo. Verónica, con expresión de enojo, empieza a desabrocharse la camisa del uniforme. La deja caer al suelo. Uno de los soldados, un joven que apenas debe tener veinte años y aún tiene la frente picada por el acné, no es capaz de reprimir un silbido de admiración cuando Verónica se queda en sujetador. Eso le vale una mirada de reprimenda por parte del teniente. El joven baja la mirada, avergonzado.

Verónica se desabrocha el cinturón, luego el pantalón, y levanta primero una pierna y luego la otra para quitarlo. Lleva puesto un culotte de color granate, ceñido a su cuerpo. Esta vez, el que no logra reprimir un gesto de admiración es Brad Blueman. Pero lo cierto es que Stan, Kurt, Ozzy y Aidan tampoco apartan la mirada del estupendo trasero de la bombero. Como si estuvieran hipnotizados. - El resto también, señores. No tenemos todo el día.

Aidan tuerce el gesto, con algo que podría interpretarse como un «vamos allá» y

empieza a quitarse el uniforme de policía. El resto le imita unos segundos después. El único que no se mueve es Brad.

-¿Qué más quiere que hagamos ahora? - pregunta Verónica, con una voz que deja claro que está enfadada.

-Señorita Buscemi - el teniente Harrelson no se amilana-. Le aseguro que no tenemos el menor interés en humillarles y todo esto es por su bien. Ahora, si me hace el favor, siga a uno de mis hombres a la siguiente sala.

Verónica le mantiene la mirada, digna. El teniente Harrelson respira hondo, como si todo eso le resultara cansado. Uno de los soldados toca con suavidad el brazo de Verónica. Ella le sigue en dirección a una puerta de plástico transparente. Más allá se percibe una estructura con diversas puertas. A Verónica le recuerda a las casetas prefabricadas de las obras.

Mientras tanto, Kurt, en calzoncillos, se acerca a Zoe.

-Necesito ayuda - dice.

Zoe se ríe. Kurt se ha desabrochado el pantalón pero no puede hacer mucho más debido al dolor que siente en el brazo. Zoe mira al teniente.

-Disculpe, pero no creo que debamos quitarle el vendaje a menos que haya un equipo médico preparado para suturar la herida. Cosa que, por cierto, creo que deberían hacer cuanto antes.

-Imagino que usted es el herido de bala.

-Sí, señor.

El teniente Harrelson frunce el ceño.

-¿Es usted militar?

-Científico, pero sí, señor. Mi nombre es Kurt Dysinger, señor.

-¿Usted es el doctor Dysinger?

-Sí, señor.

El teniente Harrelson mira a uno de los soldados.

-Acompañe a este hombre. Inspecciónese, cúrele esa herida y después llévelo a la tienda de comunicaciones - mira de nuevo a Kurt-. Creo que al presidente le gustará hablar con usted, doctor Dysinger.

-Lo haré encantado - responde Kurt, avanzando hacia donde se encuentra el soldado que le escoltará-. Trate bien a esta gente. Ya han sufrido bastante.

-No tengo intención de tratarles mal, doctor.

El soldado y Kurt desaparecen en dirección a otra zona de la carpa. El teniente se gira hacia el grupo de supervivientes. Todos, hombres y mujeres, están en ropa interior. Excepto Brad, que sujeta su cámara de fotos contra el pecho.

-Señor - el tono del teniente es el de una persona que puede perder pronto la paciencia - desvístase.

-Me da...-Brad carraspea-. Me da vergüenza.

-Más vergüenza debería darte ser un asesino - replica Zoe.

Las mejillas de Brad enrojecen. Lentamente, empieza a quitarse la ropa. Una lágrima cae por su mejilla derecha.

14

-Quítese toda la ropa, por favor.

Verónica está de pie en un pequeño cuarto de dos metros de ancho por tres de largo. El soldado está de pie, frente a ella, y sostiene una manguera en la mano derecha. Es un hombre de unos treinta y cinco años, moreno, con el pelo cortado a cepillo y gafas redondas que le dan más aspecto de intelectual que de hombre del ejército.

-¿Es necesario?

-Sí, señorita.

Verónica suspira. Se desabrocha el sujetador. El soldado le indica una bolsa a su derecha, y Verónica tira el sujetador en ella. Después hace lo mismo con el culotte.

-El agua está templada, pero sale a presión. Intente mantener la boca cerrada, porque contiene productos desinfectantes - advierte el soldado.

Ella se encoge de hombros. El soldado acciona una palanca y apunta con la manguera hacia Verónica. Ella se encoge y gira sobre sí misma para permitir que el soldado pueda lavarle todo el cuerpo. Cuando termina, ella se abraza, tapándose los pechos. El soldado le tiende una toalla, que ella coge agradecida.

-Séquese - le pide el soldado-. Y después tendrá que levantar los brazos mientras inspecciono su piel. Después de eso, habremos acabado y le entregaré ropa para que pueda vestirse.

Sin decir nada, Verónica se seca y obedece, levantando los brazos. El soldado se acerca y recorre el cuerpo de ella observando cada centímetro de su piel iluminándolo con una linterna de luz negra, empezando desde las orejas hasta los pies. Es un proceso rápido que culmina en cuatro minutos. Después el soldado le entrega un pantalón y una camiseta azules, doblados con perfección militar.

-Ya puede vestirse. Siento mucho todas las molestias.

-¿Estoy bien?

El soldado asiente. Verónica sonríe al ver la expresión del hombre, que no solo responde refiriéndose a la salud, sino también a su cuerpo. El soldado se da cuenta y se avergüenza.

-Lo siento.

-No se preocupe.

El soldado abandona el cubículo y Verónica se viste. Mientras lo hace, se da cuenta de lo realmente agotada que se siente, física y mentalmente. Se encuentra

exhausta como nunca antes se había sentido. Tiene tiempo para reflexionar en todo lo que ha ocurrido durante ese día, en toda la gente que conocía a la que ha visto morir. En Terence.

Verónica rompe a llorar. Son lágrimas de agotamiento. Cuando el soldado regresa a buscarla, encuentra a Verónica envuelta en lágrimas y se queda en la puerta, sin saber muy bien qué hacer.

15

Jason y Carrie están sentados el uno junto al otro, abrazados. Han vuelto a vestirse después de hacer el amor. Carrie está muy pálida y tiene los ojos entrecerrados. Jason le da besos de vez en cuando en la cabeza y en la mejilla. Evita llorar, aunque sabe que no falta mucho tiempo porque la respiración de Carrie es cada vez más espaciada.

El sexo ha estado bien. No ha sido el mejor polvo de sus vidas, pero ha tenido el aliciente de la complicidad y la angustia de saber que era la última vez que podrían hacerlo. Carrie ha llegado al orgasmo antes que él y todo su cuerpo se ha estremecido al hacerlo. A Jason siempre le ha gustado la forma en que el cuerpo de Carrie tiembla al llegar al orgasmo, y cómo la piel de los brazos y las piernas se le pone de gallina, y cómo la mínima caricia después la siente multiplicada por cien.

-Te quiero, Carrie.

Ella sonríe. Le cuesta hacerlo, como si le pesaran los músculos. Su respiración es lenta. Jason le da un beso junto a la oreja.

-¿Sabes? - le susurra-. La primera vez que te vi me pareciste un ángel. Estuve tentado de acercarme a ti para soltarte la tontería esa, lo de «eh, en el cielo tienen que haberse equivocado, porque han dejado escapar un ángel». Pero nunca se me han dado bien esas cosas.

-Me hubiera reído de ti - asegura ella, espaciando las sílabas de una forma preocupante.

-Sé que te hubieras reído de mí. Estabas preciosa. Me acuerdo perfectamente de cómo ibas vestida. Llevabas unas botas marrones de piel y un vestido fino, gris, con bastante escote por la espalda. Y llevabas el pelo recogido en una coleta.

-Tú tenías la... goma.

-Sí. La guardé como recuerdo. Luego te vi buscarla, pero me dio vergüenza admitirlo así que me hice el tonto.

Ella sonríe. Los ojos casi cerrados.

-Tenía intención de llevarte de viaje. El día que me detuvieron iba a comprar los billetes. Estuve ahorrando durante mucho tiempo. ¿Sabes a dónde quería llevarte, cariño?

Solo recibe un gemido como respuesta. Jason mueve ligeramente a Carrie, y ella

abre un único ojo, el izquierdo. Aturdida. Jason tiene que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para evitar las lágrimas y mantener la sonrisa. Ella intenta sonreír.

-Quería llevarte a París. Dicen que es la ciudad del amor, y en las películas parece muy bonita. Además, te he oído decir un par de veces que te gustaría subir a la torre esa...

-Eiffel - murmura ella. Casi no se la oye. Su ojo vuelve a estar casi cerrado. Es apenas una rendija. Da la impresión de estar quedándose dormida.

-A la torre Eiffel - dice él, sintiendo una lágrima que le resbala por la mejilla. La aparta de un manotazo y sigue sonriendo-. Estuve mirando mapas y guías turísticas porque quería que fuera un viaje perfecto. Aunque la verdad es que no hacía falta tanta historia porque todo es perfecto a tu lado...

Los ojos de Carrie están cerrados. Su cabeza empieza a inclinarse hacia un lado. Jason la oye gemir. Es su intento por responderle. Jason no puede contener durante más tiempo las lágrimas. Se abraza con todas sus fuerzas a Carrie y la mece en sus brazos, besándola en la mejilla una y otra vez mientras la chica inspira una vez más, de forma agónica, y el aire va saliendo de sus pulmones despacio, como si no tuvieran fuerza para seguir bombeando aire. Jason hunde la cara en el cuello de Carrie y la escucha volver a tomar aire. Es la última vez que lo hace, y después su pecho se queda quieto, todo su cuerpo pierde tensión en los brazos de Jason, y él grita. Lleno de furia y de dolor, el grito de Jason es desgarrador puro.

Carrie empieza a tener espasmos. Jason la deja en el suelo y se incorpora, limpiándose las lágrimas de los ojos con los puños, golpeándose al hacerlo como si quisiera arrancarse los ojos. Retrocede hasta el camino y se agacha para coger una roca del tamaño de su puño.

Entonces Carrie grita, solo que ya no es Carrie en realidad, y Jason sabe en ese momento que no podrá cumplir su promesa, que jamás podrá seguir adelante con su vida, no después de haber oído ese grito, realizado con la garganta de su novia. Y no es lo único con lo que no puede cumplir, porque tampoco se ve capaz de eximirse a sí mismo de la culpa, él debería haber cuidado de ella y no permitir que la mordieran.

Las cosas no son como deberían haber sido. Hace tiempo que se torcieron.

Jason no había crecido con ilusiones de familia. Era un chico rebelde y solitario. Amaba a su madre, por supuesto, pero tenía verdaderos problemas para adaptarse a la vida en sociedad. Hasta que había conocido a Carrie. Con ella, Jason se había visualizado en el futuro, y no había visto chupas de cuero, una moto trucada y una vida salvaje. Se había visto a sí mismo como un padre de familia orgulloso de su mujer y sus hijos, dispuesto a ir todos los días a trabajar, religiosamente, y llevar una vida normal. Y no había tenido dudas de que así debía ser. Puede que los padres de Carrie no aceptaran su relación, pero Jason estaba seguro de que podía cambiar. Gracias a Carrie, él podía ser quien quisiera.

Y ahora, cuando el monstruo en que se había transformado el cuerpo de Carrie se levanta y se lanza a la carrera hacia él, Jason alza el puño con la piedra y espera, los ojos llenos de lágrimas y los dientes apretados con tanta fuerza que parece que vayan a romperse, la expresión de un hombre que va a hacer algo que nunca pensaría que podría hacer. Espera, mientras ella se acerca a toda velocidad. Son apenas unos segundos en el mundo real, pero a Jason se le hacen eternos, los más largos de toda su vida.

Y cuando ella está a punto de agarrarle, Jason descarga con todas sus fuerzas la piedra sobre la cabeza de Carrie. El crujido es brutal. Carrie cae sobre Jason por la inercia de su propio movimiento, rebota contra su cuerpo y cae al suelo.

Esta vez, se queda inmóvil.

Jason vuelve a gritar. Deja caer la piedra al suelo y se tira de rodillas, junto al cuerpo de ella. Así seguirá hasta que le encuentre la división 37-C del ejército de tierra de los Estados Unidos.

15

El grupo de élite del coronel Trask tomó contacto con el grupo de zombis más numerosos a las 17:02. Para entonces, la lluvia había parado, pero el cielo seguía cubierto de nubes. Se adivinaba el azul por el norte, pero aún tardaría en llegar a Castle Hill. Los soldados formaron una línea recta para hacer frente a la horda. Durante los primeros cinco minutos no tuvieron problemas para contener el avance de los muertos, después, el coronel Trask ordenó a sus hombres que retrocedieran, sin dejar de disparar, y pidió refuerzos por radio. Por suerte, el teniente Harrelson se había adelantado a su petición. Sus hombres seguían la marcha de Trask y sus soldados, y al ver que estaban a punto de chocar contra un grupo muy numeroso de zombis, el teniente Harrelson ordenó al sargento Brando que llevara una división a la zona para ayudar al grupo de élite.

Para cuando Brando y sus hombres alcanzaron al grupo de élite de Trask, estos estaban a punto de ser arrollados y ya habían perdido al soldado Trenton. Brando y sus hombres se apostaron de inmediato junto a los hombres de Trask. El sonido de los disparos se hizo atronador y continuo. Dejaron la calle Winewood sembrada de cadáveres.

El último zombi de Castle Hill en ser abatido fue Sawyer, el campeón de dominó al que Mark y Neville tendrían que haber entrevistado. Recibió un disparo en la frente a las 19:20. Para entonces, el ejército había enviado varias divisiones de soldados al pueblo y registraban casa por casa, eliminando a los zombis que encontraban a su paso y buscando supervivientes. El grupo que entró en la comisaría libró una pequeña batalla contra los zombis que, podría decirse, custodiaban a Richard Jewel. Cuando vio a los militares, Richard empezó a dar saltos de alegría dentro de la celda, de un lado a otro, levantando los brazos y gritando lo mucho que se alegraba de verles.

Cuando abrieron la celda y le dejaron salir, Richard se abrazó a los soldados, llorando de felicidad. Lo siguiente que hizo fue pedirles Whisky.

Mark y Paula fueron encontrados corriendo en dirección Este, hacia la carretera 110. Mark llevaba a la niña agarrada de la mano. Los soldados le pidieron que tirara la escopeta. Mark lo hizo sin protestar. Tampoco pudo contener las lágrimas, pero se negó a separarse de Paula en todo momento. La niña se abrazó a su cuello, y Mark la llevó en brazos hasta el camión militar.

Todos los supervivientes fueron trasladados hacia el campamento del teniente Harrelson, donde se les inspeccionó minuciosamente. Los heridos por mordeduras fueron ejecutados.

Cinco soldados, contando al soldado Stanley Trenton del grupo de élite, murieron durante la operación de limpieza de Castle Hill. A las 20:00, el conteo oficial, y final, de supervivientes, ascendía a treinta y una personas.

IX

-LOS RESTOS-

1

A medida que el día termina, lo ocurrido en Castle Hill concluye también.

Ven, aún nos queda una última cosa por hacer antes de despedirnos por hoy, y hasta la próxima. Ha sido un día largo, pero hemos conseguido ser testigos de todo lo que ha tenido interés en esta crisis. No sé tú, pero a mí me han tenido en vilo algunas de estas personas. Pero no hablemos de eso ahora. Es tiempo de comprobar qué ha sido de los restos del naufragio.

El campamento militar montado a la salida del túnel tiene ya las dimensiones de cinco campos de fútbol. Antes de que nos digamos adiós, demos un paseo. Ven, sígueme. A estas horas, el último camión que saldrá de Castle Hill en dirección al campamento con un superviviente a bordo está a punto de llegar. Míralo, deteniéndose allí, junto a la barricada. De él descienden varios soldados, escoltando a Jason. Sé que cuesta reconocerle, en parte por la manta térmica que le han echado por encima de los hombros, pero también porque camina como si en realidad no estuviera aquí. ¿No te recuerda a los sonámbulos? Te lo aseguro, Jason apenas es consciente de lo que ocurre a su alrededor. En su mente, no deja de oír el grito lanzado por Carrie tras despertar de la muerte, su cuerpo abalanzándose hacia él, el crujido de la cabeza al golpearla con la piedra. No llora porque ya no tiene lágrimas que soltar. El soldado que se encuentra a la derecha le agarra del brazo para indicarle el camino de entrada a la gran carpa donde le inspeccionarán y quemarán sus ropas.

Ven, dejemos a Jason por el momento. El teniente Harrelson acaba de salir de la tienda de comunicaciones y camina con pasos ágiles y largos hacia la celda de reclusión. Se detiene a un metro de la verja.

-Agente Flanagan.

Patrick se acerca a la verja.

-¿Cuándo nos dejarán ver a la gente que han traído en los camiones?

-Ahora mismo, agente - asegura el teniente-. Voy a dejarles salir. Les pido, por favor, que no intenten abandonar el campamento de momento. Pero pueden dirigirse a aquella carpa - señala hacia la derecha-. Hemos colocado unas mesas para que puedan comer algo. Allí encontrarán a los supervivientes.

Patrick asiente, agradecido. El teniente le ordena al soldado de guardia que les libere, y el soldado abre la puerta. Patrick, Duck, Gabriel y los otros hombres que estaban con ellos, se dirigen hacia el comedor que les ha indicado el teniente

Harrelson. Y nosotros les seguimos.

En el comedor reina el buen humor. Los supervivientes llevan todos las mismas ropas azules que parecen monos de trabajo. Al ver a Patrick, Zoe corre hacia él y le abraza. Hay mucha alegría, palmadas en la espalda, apretones de manos, saludos y preguntas. Podemos ver a Duck abrazar a Verónica y preguntarle cómo se encuentra. Y más allá, a Aidan y Stan contándoles a Patrick y a Gabriel lo que ha ocurrido. Hasta Stan Marshall parece feliz, y eso debería ser suficiente indicativo del ambiente que se respira en la carpa y lo que sobrevivir a una cosa como esa le hace a la gente.

Mark y Paula también están allí, sentados el uno al lado del otro y disfrutando de una buena sopa caliente. A Paula el mono azul le queda un poco grande y Mark le ha remangado la parte de arriba para que pueda comer. Paula es la única niña presente. Nadie tan joven ha sobrevivido. Pero mírales, porque son la imagen perfecta de la felicidad entre un padre y su hija. Y que no te quepa duda, Mark ya ha pensado en eso y sabe que, a menos que los padres de Paula hayan sobrevivido, pedirá la custodia de la niña.

Dentro de la carpa que hace las veces de comedor solo hay una persona que no parece feliz. Puedes imaginarte quien es, pero puedes verle por ti mismo si miras hacia aquella esquina. Brad Blueman está sentado solo en una mesa. Tiene un plato de sopa delante, pero aún no lo ha tocado. Tiene la mirada perdida y la expresión de quien ha visto derrumbarse todos sus sueños. Aún puede escribir el libro, eso lo sabe, y tiene una buena cantidad de fotos que harán que el libro sea un superventas. No tiene la menor duda de que acabará en el Top Cinco.

Incluso es posible que llegue a ser el libro más vendido al menos durante una semana.

Pero también sabe que no será Brad Blueman, el escritor famoso que sobrevivió a la tragedia de Castle Hill. Que va. Le perseguirá el estigma de ser Brad Blueman, el hombre que empujó a una joven para poder salvarse.

Y no está seguro de lo que prefiere, si mantenerse en el anonimato o ser señalado por la calle como un asesino. No importa que se diga a si mismo que está vivo gracias a lo que hizo, y que estaría muerto de no haberlo hecho. Da igual que trate de explicárselo al resto del mundo.

¿Alguien le apoyaría? ¿Alguien diría «¡eh, tiene toda la razón, lo hizo para sobrevivir!»?

Podemos apostar a que no.

Vamos, dejemos al grupo de supervivientes disfrutar de su momento y comer tranquilamente. Estoy seguro de que todos aprecian la sopa caliente después de las horas de lluvia que han soportado. Les hará entrar en calor y les sentará bien.

Junto al comedor, sentado en un tronco, podemos encontrar a Richard Jewel. Está fumando, mirando hacia el cielo. Neville habría disfrutado, si miras hacia arriba verás

que hay una nube con forma de avión. Pero ya nunca más fotografiará nubes. Hay mucha gente que no volverá a hacer las cosas que les gustaba hacer, demasiadas vidas truncadas.

Si nos acercamos a Richard seguro que percibimos el aroma a alcohol de su aliento. Después de que le inspeccionaran, Richard le explicó su problema al soldado encargado de revisar su estado. Le rogó y suplicó por un único trago de Whisky. Le dijo que lo necesitaba porque si no se pondría peor. No mentía. Llegó incluso a ponerse de rodillas. El soldado se negó al principio, pero acabó cediendo. Le dio un único vaso, pero sirvió para calmar el ansia de Richard.

Se encuentra mucho mejor, es algo que puedes comprobar tú mismo.

Sigamos. Ahora nos dirigimos a la tienda de comunicaciones. Kurt Dysinger acaba de ser escoltado hacia esa tienda. Le han cosido la herida y le han puesto un vendaje de verdad, y aunque se encuentra ligeramente adormecido por la medicación, el Presidente ha insistido en hablar con él cuanto antes. Al entrar en la tienda, vemos que Kurt está sentado delante de una pantalla plana, esperando que se establezca la conexión. Junto a él, de pie en posición de descanso, está el coronel Bernard Trask.

Levanta los ojos cuando la pantalla se ilumina. Al principio, solo se ve una pared blanca. El Presidente entra en la imagen un momento después. Kurt se pone recto en la silla.

-Doctor Dysinger, me alegro de que siga usted vivo.

-Gracias, señor Presidente.

-He leído su expediente, doctor. Parece usted un hombre extremadamente inteligente. Entre otras cosas, usted es el creador del Cuarto Jinete.

-Sí, señor.

-¿Cuántas muestras del virus hay?

Kurt respira hondo y piensa un momento.

-Señor Presidente - dice-. Guardábamos diez viales con muestras del virus en el laboratorio. Me han informado sobre los hechos, y ya sé que fue el sargento Deep quien provocó esto, pero desconozco cuántas muestras se vieron comprometidas.

-Junto a usted se encuentra el coronel Bernard Trask. Doctor Dysinger, le acompañará usted a la base militar y destruirá para siempre todas las muestras de este virus. El coronel Trask supervisará la operación. No quiero que esto vuelva a ocurrir nunca. ¿He sido claro, señores?

-Sí, señor presidente - responde Bernard.

Kurt asiente con la cabeza.

-Esto jamás debería haber ocurrido, señores - añade el Presidente-. El día de hoy ha sido trágico. Han muerto más de tres mil personas, y el más pequeño error podría haber condenado a todo el planeta. No sé qué demonios pretendía hacer el sargento Deep con esto, pero si el cuarto jinete llegara a caer en malas manos... Por dios,

podría significar el fin.

-Estoy de acuerdo, señor.

-Bien. Quiero que me informen en cuanto se hayan deshecho de todas las muestras del virus. Inmediatamente, ¿de acuerdo?

-Sí, señor presidente.

-Buena suerte, señores.

El Presidente corta la transmisión. Kurt se gira para mirar al coronel Trask. La expresión de Kurt es la de un hombre que se siente responsable. A fin de cuentas, es su firma la que está estampada detrás del proyecto Cuarto Jinete, y por tanto, es su firma la que está estampada detrás de los más de tres mil muertos que ha habido hoy. Y tres mil muertos son mucha culpa que cargar. Una culpa que pesa como una losa.

-¿Está usted listo, doctor?

Kurt suspira y hace un gesto de dolor al levantarse.

-Sí - responde-. Cuanto antes acabemos con esto, mejor.

Bernard Trask abandona la tienda, seguido de Kurt. No hace falta que vayamos con ellos. Kurt cumplirá con su cometido y destruirá todas las muestras del Cuarto Jinete, y lo hará sin dudar un segundo. No es una creación de la que esté orgulloso. Cuando Bernard Trask informe al Presidente, esta le dará las gracias y el pésame por la pérdida de uno de sus hombres. Trask agradecerá ese gesto del Presidente. Para Kurt, lo más complicado será volver a caminar por los pasillos por los que anduvo con Sarah antes de que todo ocurriera. Jamás logrará borrar de su mente la imagen de los sesos de Sarah estampándose contra la ventanilla de su coche.

Salgamos. Ya no hay nada más que hacer aquí. Nuestro último destino, antes de despedirnos del todo, es la carpa con el logotipo de la cruz roja, concretamente el cubículo donde ahora se encuentra Jason Fletcher, en ropa interior. Delante de él, un soldado le apunta con una manguera. Puede que te suene, se trata del joven que no pudo evitar silbar al ver el cuerpo de Verónica Buscemi y se ganó una reprimenda por ello.

-Necesito que se quite el calzoncillo - dice el joven - y lo tire en esa bolsa.

Jason obedece, como un autómata. El soldado abre la manguera y ducha a Jason con la mezcla de agua y solución desinfectante. Jason se deja hacer. Es la viva imagen de la desolación.

Después de cerrar el agua, el soldado le da la toalla. Jason se seca despacio, sin prestar demasiado interés. Levanta los brazos cuando se lo dice el soldado, y mira al frente mientras el chico inspecciona su piel en busca de la mínima herida. Obviamente, no la encuentra, porque Jason no ha sufrido ninguna herida. El soldado le entrega ropa y le indica que ya puede vestirse. Después, abandona el cubículo dejando a Jason solo con su tristeza.

Si recuerdas, el Presidente ha comentado antes que incluso el más pequeño error

podría haber ocasionado una catástrofe mucho mayor. Aquí tienes ese error, lo estás observando con tus propios ojos.

Han estado tan ciegos siguiendo la premisa de que el virus se propaga a través de mordiscos o arañazos, que no han tenido en cuenta otras posibilidades. No lo han hecho, porque en teoría no existen otras posibilidades. Aunque, si haces memoria, el propio Kurt Dysinger le advirtió a Verónica que no besara a Terence. Dijo «por si acaso» porque ni siquiera él estaba seguro de que pudiera ocurrir. Y si él hubiera estado al mando del campamento del teniente Harrelson, seguramente se habría ocupado de hacer que revisaran también la sangre de los supervivientes, que incluso les mantuvieran encerrados en cuarentena, para ver cómo progresaban. No le hubiera importado que en sus propios informes la saliva no figurara como potencial medio de infección. Y si Kurt hubiera estado más lúcido cuando fue guiado por el proceso de desinfección, tal vez lo habría mencionado, pero el dolor del hombro le nublabla la mente y solo podía pensar en tomarse algo más fuerte que una aspirina. Hubiera aceptado morfina si se la hubieran dado.

Así es como se escribe la historia. Un pequeño error, una pequeña cosa que no se tiene en cuenta, y todo se va al traste.

Y ahora, Jason se viste y sale de la tienda siguiendo al joven soldado, sin que nadie sospeche que es una bomba andante. Vestido con su ropa azul, entra en el comedor. Al verle, Verónica le abraza con fuerza y le da un beso en la mejilla. Le dice que se alegra mucho de verle.

Jason le responde con un gracias que no tiene entonación ninguna. Verónica vuelve a abrazarle, pero después se aparta a un lado, para que Zoe también pueda abrazar al joven. Mientras lo hace, Aidan Lambert y Mark Gondry se acercan y le estrechan la mano. Aidan incluso le da una palmada en la espalda. Todos parecen felices de verle, pero la que más lo celebra, lanzando un grito de felicidad, es su tía Eliza. Le abraza y le besuquea la cara, y Jason se deja hacer.

—Jason — es Zoe quien le habla—. Cálmate antes de girarte, ¿de acuerdo?

Jason se da la vuelta. Al fondo, ve a Brad Blueman sentado en una mesa, solo, ante un plato de sopa que ya no está caliente, mirándole con pánico en los ojos. Jason da un paso hacia él. Zoe le agarra de un brazo. Aidan se pone delante de él para detenerle.

—Chico, no vale la pena — dice.

Jason mira a Aidan.

Aidan siempre se ha considerado un tipo duro, aunque luego no lo sea tanto, pero desde luego, nunca se ha dejado avasallar por nadie. Sin embargo, la mirada de Jason contiene un poco de locura y Aidan no puede evitar retroceder un paso. Jason aprovecha para seguir su camino, librándose de Zoe y Eliza también. Se detiene ante la mesa de Brad, que se ha encogido en el asiento, esperando la paliza que está por

llegarle.

—¡Jason, no lo hagas! — le pide Eliza, que ha empezado a llorar.

Patrick Flanagan se acerca a Jason y se coloca a su lado. Mira hacia Brad.

—Jason, sé cómo te sientes — le dice, pero no lo hagas...

Jason le ignora. Se inclina hacia Brad, que se encoge aún más. Da la impresión de que incluso se hace pequeño.

—¿Tienes algo que decir? — pregunta.

Brad boquea, sorprendido. No comprende. Jason no se mueve. El resto de supervivientes, que se encuentran detrás de Jason, observan la escena en silencio. Mark siente la mano de Paula cogiendo la suya y mira a la niña. Ella le devuelve la mirada y añade una sonrisa. Mark le guiña el ojo.

—Lo... - Brad se traba. Respira hondo—. Lo siento.

—No creo que sea a mí a quien tengas que decirle lo siento.

La voz de Jason es suficiente para intimidar a cualquiera. Pero Brad, además, es el blanco de su mirada. Y la mirada de Jason es asesina.

—Lo siento, Zoe — dice—. Siento haberte empujado.

—Muy bien. ¿No crees que te falta alguien?

—¿Qué?

Jason estira la mano y agarra a Brad por el cuello de la camiseta. Brad suelta un grito agudo. Nadie le ve porque está sentado, pero en sus pantalones azules empieza a formarse una mancha de orina.

—Que te falta alguien, imbécil.

—No... no sé a qué te refieres...

—Carrie Spencer. ¿La recuerdas?

Los ojos de Jason destilan tanto odio que Brad empieza a temblar y a llorar, de forma incontrolable. Eso no hace que Jason le suelte, sino que se enfada aún más y le zarandee.

—¡Lo siento! — grita Brad — ¡Lo siento mucho!

—Mírame, hijo de puta.

Brad levanta la vista. Está sollozando como un niño pequeño.

—No vales absolutamente nada — le espeta Jason, con los dientes tan apretados que las palabras parecen salir forzadas entre sus dientes—. Eres la mayor escoria que nadie pueda echarse a la cara. Y retorcería ese cuello tuyo con ganas, pero no lo haré. No pienso empañar la memoria de Carrie con tu muerte. Y prefiero que pese sobre tu conciencia.

Jason escupe a Brad en la frente y le suelta. Brad se queda temblando, incapaz siquiera de limpiarse. El resto de supervivientes acogen a Jason como si fuera un héroe, y Brad en realidad no entiende nada. Esas son las mismas personas que hubieran ahorcado al joven si la policía no le hubiera arrestado antes por lo de la

granja de los Meyer. Pero tiene demasiado miedo, y se siente demasiado humillado como para decir nada.

Patrick Flanagan le observa durante un momento, y en sus ojos, Brad ve desprecio. No compasión, ni siquiera entendimiento, sino desprecio absoluto.

—¡Se ha meado encima! —exclama Paula.

Mark le dice que se calle y la coge en brazos. Pero Brad alcanza a ver la sonrisa que asoma a los labios del hombre. Se levanta, temblando, y sale de la tienda. No quiere que le vean llorar más.

Jason se sienta, y los supervivientes hacen piña a su alrededor y le llevan un plato de sopa. Eliza le pregunta si quiere algo de beber y le da un beso en la frente, maternal. La alegría y la dicha regresan al comedor. Mientras Jason come y se deja llevar por la pena que le aflige y de la que piensa que jamás podría librarse ni aunque viviera mil años, los demás van recuperando las conversaciones que habían dejado a medias.

A las 23:15, un convoy formado por seis camiones militares llevará a los supervivientes a la capital, para alojarles en un hotel mientras el proceso de limpieza de Castle Hill continúa. A la mañana siguiente, el Cuarto Jinete volverá a ponerse en juego y mostrará su verdadero potencial, atacando una ciudad grande. Nadie sabrá cómo empezó hasta que sea demasiado tarde. Tal vez ni siquiera entonces. Pero esa noche, todos caerán dormidos en cuanto toquen una cama. No todos dormirán plácidamente. Algunos se verán asediados por pesadillas donde los muertos regresan a la vida y les persiguen.

La verdadera pesadilla les espera al despertar.

AGRADECIMIENTOS

La primera historia que recuerdo haber leído ni siquiera la leí yo y ni siquiera recuerdo de qué trataba. Sí, sé que suena extraño, pero es cierto. No debía tener más de cinco años y estaba tirado en la cama con varicela, sarampión o vete tú a saber qué enfermedad que me producía cuarenta y tantos de fiebre, y mi madre me leyó un libro cuya trama se ha borrado de mi memoria con el paso del tiempo pero que me encantó en su momento. Lo que sí recuerdo perfectamente es que cuando la fiebre pasó, yo quería ser escritor para hacer vivir a otros aventuras tan fantásticas como la que yo acababa de vivir.

Dicho y hecho, empecé a escribir historias, bolígrafo en mano, en cuadernos de cuadrícula (no me gustaban los de líneas) o folios sueltos si surgía la necesidad. Eran bastante patéticas, creo, pero para el niño que las escribía eran colosales. Y mi madre se las leía todas, de punta a punta y mostrando en ellas el mismo interés adicto que parecían producirle las novelas de Robin Cook.

Paralelamente, además de escritorzuelo en ciernes, me volví ligeramente adicto a la lectura. Tanto mi madre, que tenía estanterías llenas de sus novelas sobre epidemias médicas (Robin Cook again) y thrillers detectivescos, como mi hermano eran grandes lectores y era raro no verles con una novela en las manos. Fue mi hermano quien me introdujo en el mundo de la ficción de terror, por obra y gracia de Stephen King y La Tienda.

A ellos dos quiero agradecerles, en primerísima instancia, el que me hayan hecho llegar hasta aquí. Fue su ánimo constante el que me impulsó a seguir escribiendo.

También quiero agradecerles su tiempo y sus críticas constructivas a Luíís León y Adrián R. Mediavilla, dos buenos amigos siempre dispuestos a leer cualquier cosa que escribo y discutir los más y los menos.

Pero si alguien se merece un agradecimiento por mi parte es Cristina. Mi mujer odiaba los zombis (aún hay gente así en el mundo, pero dicen que pronto existirá una cura) y cuando estaba escribiendo El cuarto jinete estuvo a mi lado todos los días, intentando conseguir que mi tiempo escribiendo fuera lo más ajeno a cualquier otra tarea posible, y cuando estuvo terminado, fue la primera persona en leerse el primer borrador. En tres días. Y estando de vacaciones en la playa (folios llenos de arena y manchas de helado lo atestiguan). Fue ella la que propuso ciertos cambios que luego hicieron crecer la novela y la que me impulsó a enviársela a Álvaro.

Que es la siguiente persona a la que le debo el estar escribiendo esto hoy. Álvaro ha tenido más fe en la novela de la que yo mismo he tenido, y me ha apoyado desde que terminó de leer el manuscrito que le entregué, soportando mis infinitas dudas y preguntas con la estoica determinación de quien sobrevive a los zombis encerrado en un centro comercial.

Si a alguien considero lector cero de esta novela es Alcorce. Completamente ajeno a mi círculo, le hice llegar la novela porque quería conocer impresiones ajenas. Gracias por la lectura exhaustiva y la búsqueda de los más y los menos de esta historia.

Y termino ya, citando a la gente cuyo apoyo, palmaditas en la espalda o disposición para resolver preguntas forma también parte del recorrido que ha tenido y tendrá El cuarto jinete: A mi familia al completo, Pedro Ballesteros, Isabel López-Peláez, Luís Moreno, Helena Mayorga, Paula Armario, Sonia Rodríguez Riveiro, Juan Manuel Torres Monterrey, Juan Ramón Biedma, Jesús Palacios, Carlos Sisí y a los que me dejó en el tintero.

Y sobre todo, gracias a ti, que has comprado este libro. Espero que lo hayas disfrutado lo mismo que disfruté yo escribiéndolo.

Madrid. Octubre 2011.

Notas

[1] Juego de palabras: blueman significa hombre azul.<<